

NUMERO 5 / SETIEMBRE 1967 / PRECIO $ 30.00

cuadernos de MARCHA

GUERRA Y REVOLUCION EN LA CUENCA DEL PLATA

CINCO AÑOS CRUCIALES: 1863 - 1868

Cuadernos de MARCHA es una publicación uruguaya mensual, editada por MARCHA en Tall. Gráf. 33 S. A.

Director: Carlos Quijano

Administrador: Hugo R. Alfaro

Rincón 577 - Tel. 98 51 94 - Casilla de Correos Nº 1702

Montevideo - Uruguay

60

Cuadernos de MARCHA

NUMERO 5 SETIEMBRE 1967

SUMARIO

CARLOS REAL DE AZÚA

Bernardo Berro,
el puritano en la tormenta 3

ALFREDO R. CASTELLANOS

Una prueba de fuego
para la soberanía oriental 25

JUAN ANTONIO ODDONE

Mauá, el banquero del
imperio y de la crisis 39

PABLO MONTERO ZORRILLA

El sitio y la defensa de Paysandú 50

HUGO LICANDRO

La Guerra del Paraguay
(Sus orígenes y la lucha diplomática) 68

CARLOS REAL DE AZUA

BERNARDO BERRO, EL PURITANO EN LA TORMENTA

A Elina.

DURANTE el largo tránsito que corre desde el momento en que el Uruguay se desprendió formalmente del conglomerado colonial hasta aquél en que ordena, de manera relativamente estable, los elementos de una nacionalidad semindependiente, ninguna personalidad como la de Bernardo Prudencio Berro ofrece a nivel humano más alto, con fuerza —diríase "retórica"— más esclarecedora, la relación dramática entre el pensamiento normativo y la acción práctica, la tensión, casi nunca amortizada, entre las inducciones, por fuerza universalistas, de lo ideológico y la más cabal, la más entrañada toma de conciencia del contorno. Pero, también, ningún destino como el suyo y el de su obra, nos lleva con mayor claridad hacia el contraste entre lo que fue y lo que pudo ser, entre ese sino que implicó nuestro crecimiento mediatizado, reflejo, "umbilical", para usar la figuradora palabra, y el desarrollo firme, libre y autónomo que alguna vez la coyuntura histórica hizo posible aunque la estructura mundial del poder, la traición de unos, la enajenación mental de otros y, en suma, la insuficiencia de todos ante lo exigente de la posibilidad y el desafío, concluyeron, bien lo sabemos, por frustrar.

Cuando se escribe sobre Berro —como cuando se escribe sobre Artigas, o sobre Batlle— se percibe con más inmediatez la amenaza que representan para la eventual verdad de nuestras conclusiones dos sostenidas proclividades que afectan, incluso, los más decorosos logros de nuestra literatura biográfica e historiográfica.

Podríamos llamarle a una la pendiente hacia **la magnificación**, el olvido involuntario de cuáles fueron, y son, los parámetros entre los que se movieron nuestros hombres y nuestro pueblo y la real estatura de nuestros conflictos, nuestros logros, intereses, ambiciones. La misma seria objeción o la misma ironía con que se ha enfrentado la común, dramática desmesura que marca la historización de tantas pequeñas ciudades italianas del Medioevo o el Renacimiento pueden ponerse también alegremente a realizar descuentos drásticos en lo que supusimos el real volumen de nuestros acontecimientos y "dramatis personae". Con el agravante, para el caso uruguayo, de que mientras aquellas minúsculas unidades se agitaban en lo que sería el riñón mismo de una dinámica más tarde universal, el nuestro, en los aledaños de occidente, no conllevaría jamás, ni de lejos, semejante trascendencia.

La tendencia a **la reducción** representa, como es obvio, el otro extremo deformativo. Opera, cuando lo hace, a través de la generalización y la homogeneización del dato histórico, anega las singularidades de situaciones y decisiones en una especie de gran cal-

do, de espesa mixtura que, si insume en ella componentes ennumerables, todos los identifica en un indiferente producido. Para ceñirnos al momento y al personaje que ahora me interesa, concluirá, perentoriamente, fallará, por ejemplo, de este modo: en una pequeña república suratlántica de América Latina, de base económica agropecuaria extremadamente primitiva y dotada de una única ciudad en la que dominan los mores y patrones intelectuales de Europa, controvierten por el poder político bandos generalmente reducidos y apasionadamente hostiles entre sí, compuestos, en abrumadora proporción, por letrados de extracción burguesa, militares insatisfechos y ambiciosos, especuladores económicos, aventureros de diversa laya y unos pocos hacendados que representan al sector de mayor fuerza económica, sin que sea de despreciar (pues es más segura, más estable) la de un comercio importador-exportador renuente por lo común a toda participación política y aun dotado de cierto poder de veto sobre cualquier decisión que lo afecte, ya que su actividad llena la bolsa —la Aduana y sus derechos— y su composición, en buena parte extranjera, le permite contar con el respaldo, muy propenso a esgrimir la amenaza de pasar a las vías de hecho (y aun de recorrerlas) de las representaciones diplomáticas, o consulares, o navales de las potencias europeas (Inglaterra, Francia, España, Italia), más directamente implicadas en el turbulento trámite público de estas latitudes. La identidad ideológica de esos bandos contendientes es casi absoluta: es el liberalismo europeo en el período medio de su desarrollo; las rivalidades por el mando tienen un carácter abrumadoramente personalista y un estilo pasional y faccioso; hay, en algunos, la voluntad de llenar los perfiles de una sociedad tal como las que ofrecen en calidad de modelos las grandes naciones del viejo mundo, pero la distancia entre esos dechados y la realidad es demasiado grande, las estrategias para acercar los extremos demasiado torpes y contraproducentes, la desilusión o el cinismo (que es también una forma de ella) suelen representar la instancia final de tales intentos. Los estratos medios de la sociedad, todavía muy tenues, un pequeño infraproletariado urbano, un cierto sector artesanal extranjero, un peonaje paisano relativamente importante pero muy disperso, no llegan a articular en forma sostenida (sí, a veces, de modo esporádico) intereses distintos a los de la clase superior, ya sea ésta la más antigua o "patricia", ya la más reciente (vasca, catalana, británica, francesa, noritaliana). Esos sectores "sumergidos" o emergentes, pero siempre inferiores, integran en cambio, por lo habitual, el séquito, casi nunca enteramente voluntario, de los bandos de la clase alta; para los más fructuosamente movilizables de ellos, el peonaje y/o la creciente masa que la estancia empezará hacia esa época a arrojar de sus cuadros, el modo de enrolamiento informal y personalizado que el caudillaje conlleva, se mostrará como el más eficaz: sobre esa plataforma, los izados en ella, ya sea promovidos, ya resistidos por el sector dirigente urbano (desde Montevideo, o desde núcleos afines del interior), establecerán con los titulares de un sistema de gobierno precario, corto, inefectivo, en estado de crónica insolvencia, relaciones eminentemente inestables, situaciones de poder fluidas, dentro de las cuales unas veces servirán como elemento de estabilidad y de orden y otras, en un desbocado escape hacia las alturas, tratarán, y alguna vez conseguirán, alzarse con el santo y con la limosna. Y ésta es una tarea que no realizarán solos, pues siempre encontrarán escoltas letradas o económicas urbanas insatisfechas, para servirlos, siempre serán aceptados, si logran éxito, por el sector superior de los neutros y los menos implicados, siempre representarán, con la llave de la ley, del decreto o la resolución administrativa en la mano, la vía hacia una función pública bastante bien retribuida y, más particularmente, hacia el fructuoso negociado (concesiones, proveedurías, privilegios, una tierra pública ya muy reducida pero todavía saqueable) que importe para algunos el paso inicial en el ansiado curso de una "primera acumulación" capitalista y para otros el restablecimiento de patrimonios pingües que la inseguridad y la guerra volatilizaban con aterradora rapidez. Pero aún el cuadro no estaría ni medianamente completo si se saltease el hecho de que esta pequeña nación oriental, nacida atípicamente por una convención internacional en la que no tuvo parte y con la turbada conciencia de que así haya sido, esta pequeña nación oriental con sus fronteras abiertas a todos los vientos y todas las incursiones, está rodeada por dos (relativamente) poderosas vecinas, que nunca han renunciado del todo

a sus ricos pastos y a su seguro puerto, que con intenciones de anexión o sin ellas, se entrometen de cualquier manera en todas nuestras querellas, las aprovechan para sus fines, hacen el juego de báscula entre los bandos para mantener la inestabilidad cuando así les conviene o echan todo su peso en uno de los platillos de la balanza si es que mejor les resulta a su juego, alegando sin pausa (lo que no era del todo falso cuando la lucha civil a su vez las escindía) sentirse amenazadas por todo lo que tras de nuestros límites podía tramarse. Y más allá, todavía, estaba el predatorio, aún juvenil capitalismo de Europa, convencido de su derecho divino a comerciar, invertir y lucrar, instrumentando la acción exterior de Francia neo-napoleónica y, sobre todo, el poder hegemónico, a escala mundial, de la Inglaterra victoriana, sirviéndose de ellos para aplanar todas las barreras que las comunidades nacionales pretendiesen alzar a su paso (1).

Para cierto tipo de mirada, en este cuadro podrían hundirse y hundirse hasta desaparecer el curso de vida, la obra, la incanjeable tonalidad personal de numerosas figuras cuya actuación se centra en forma dominante, digamos, en el tercer cuarto del siglo XIX. Una mirada sintética, o urgida, o abarcadora, se contentaría con este manojo de datos o con cualesquiera otros, más precisos, que desde una distancia óptica similar se desprendiesen.

Y aun pudieran irse esfumando los trazos, por alejamiento del objetivo, sin que la verdad posible de cada toma desapareciese. Es como en el apólogo de aquel rey de Persia, que siempre estaba cansado de leer y que se hizo resumir la historia de la humanidad en una frase.

La síntesis, la abreviatura, la displicencia por todo lo que pasó en **este paisito** no carece, entonces, de cohonestaciones. Pero para aceptarlas hay, pese a esto, que olvidar dos series de posibilidades. Y si aquí se mencionan es porque es dable suponer que es en ellas que se da la más valiosa justificación con que toda mirada vuelta hacia nuestro ayer puede autorizarse.

Primero: desde que la energía expansiva de Europa unificó el mundo, en cada rincón de él incide, amortiguado o terrible, directo o indirecto, el juego de todas sus fuerzas. A mediados del siglo XIX tal cuadro de incidencias está completo y en la nueva historiografía latinoamericana la atención al fenómeno imperialista —que algunos despistados y otros no tan tontos creen el fruto de una obsesión— no responde a otra cosa que a la emergencia de esa decisiva realidad. Pues creo que no es lo que define mejor a esa nueva historiografía por oposición a la tradicional (u oficial, o "heroica", o liberal), el interés por lo "infraestructural" respecto a lo "superestructural" (aun despojada la dualidad de todo su peligroso esquematismo). Más radical aun es el antagonismo entre lo que cabría llamar el "enfoque inmanente", y lo que también podría denominarse el "enfoque conectivo". El primero sólo toma en cuenta la incidencia exterior a mero título episódico, aun en el caso de "intervención" o "presión" y, más regularmente, bajo un rubro de "relaciones internacionales", colocado a similar nivel con los restantes. El "enfoque conectivo" sabe, en cambio, que el margen relativo de autonomía con que cada desarrollo histórico se cumple está en aguda oposición dialéctica con el otro, mucho más ancho aun, de inducciones que modelan nuestros destinos, de fuerzas universales que nos arrastran a la deriva, tal vez hacia un reencuentro o derrotero presumible. Y si me explayo en esta antítesis es porque pienso que la presidencia de Berro o, la intervención porteño-brasileña en el Uruguay y la posterior guerra paraguaya es a esta luz conectiva que asumen su total relieve.

Hablé de dos series de posibilidades y queda todavía, entonces, una segunda. Es la de que existan acontecimientos históricos, personajes históricos, conflictos ideológicos o vitales cuyo análisis interese sin relación a magnitudes, a medidas cuantificables a escala universal. Y ello en razón de su riqueza de matices o, de su intensidad de significación de su tipismo esclarecedor. Maquiavelo urdió la perenne materia inductiva de su obra con rivalidades y tácticas locales verdaderamente limitadas. Y a propósito del Batlle de Milton Vanger, yo mismo recordaba que su análisis del proceso de la elección presidencial de 1903 y del proceso mismo táctico que su triunfador transitó era comparable a algunas de las mejores páginas del historiador florentino.

— II —

sed nox atra caput tristi circumvolat umbra
Aeneidos, VI, v. 866 (2)

Hay un secreto mal circuible en la per-

sonalidad de Bernardo Prudencio Berro. Su curso entero de vida es desusadamente claro y casi, salvo la trágica instancia final, no ofrece baches a la más cabal verificación. Y, sin embargo, el personaje se nos escapa. Un velo de distancia, de sombra, parece hurtarnos los móviles de algunas de sus decisiones capitales. Cierto pudor arisco se enreda con esa melancolía de que habló Aureliano Berro y retomó temáticamente Luis Pedro Bonavita en la página tal vez más sensible y penetrante que Berro, como hombre, haya suscitado (3). Tendré que referirme casi en seguida a la dolorosa conciencia de su singularidad que en Berro alentó, lo que es también un modo de decir: de su soledad.

Cyril Connolly, en las agudas reflexiones que al Palinuro virgiliano dedicó en "La tumba sin sosiego", alude al mito, a la actitud humana, de persistencia arquetípica, que estaría configurada por una **cierta voluntad de fracaso o de repugnancia por el éxito, un deseo de renuncia a última hora, un apremio de soledad, de aislamiento y de oscuridad** (4). Tal proclividad, creo, soterra, asordina, algunos momentos cenitales de la trayectoria de Berro, tan diamantino, inflexible luchador, y adensa, hasta lo inquietante, su interés y su misterio.

Podemos deslindar sus etapas y, sin embargo, se nos escapa su **faculté maîtresse**, para usar el venerable término tainiano.

Esto sea dicho sin negar la relevancia decisiva que su origen familiar y de clase representa, la condición de hijo de Pedro Francisco de Berro (a la partícula renunciará, como otros muchos, democratizándose), figura de consideración en el grupo comercial español que gobernara económica y socialmente a Montevideo hasta tiempos posteriores a la ruptura del vínculo formal del coloniaje. Pedro Berro, el Grande (había un "Pedro Chico"), socio de Errazquin y del acaudalado Francisco Juanicó, llegó él mismo, según algunos testimonios, a representar la tercera fortuna del país, (5) poseyó barcos que llegaron, en actividades de corso —¡o tempora, o mores!— a apresar navíos ingleses en aguas del Indico. Tan desaprensivo como toda la constelación humana a la que pertenecía, no se caracterizó precisamente (algunas inferencias firmes hay a ese respecto) por un respeto excesivo a la legalidad fiscal española. Como casi todos los comerciantes montevideanos de la primera década del XIX, Don Pedro pasó, tal vez sin darse demasiada cuenta ni particular dramatismo, de la fidelidad acendrada a la Corona y a su patria a la mansa, aquiescente aceptación de la "patria nueva". Es decir: P. F. Berro encarna bastante bien la media de una actitud distante entre la cabal y temprana aceptación de la ruptura —como fue el caso de Ramón Villademoros— y la otra postura implicada en el empecinamiento "godo" de Mateo Magariños o José Batlle y Carreó. Fue sobre todo a través del período cisplatino que esta actitud media se solidarizó con el orden de cosas que estaba por advenir, momento que, por otra parte, no es desglosable del fin de las esperanzas en la factibilidad en las expediciones recuperadoras de España.

La sociedad uruguaya de la primera mitad del XIX, y esto es especialmente cierto para su nivel superior, fue una "sociedad de familias" (lo observaba certeramente Barrán hablando de Vásquez Acevedo), de familias que tendían a eslabonarse y coligarse en clanes y a pesar en cuanto tales en el trámite político y económico. Los Berro, los Larrañaga, los Errazquin constituyeron uno de ellos, que se vio un día reforzado por el aporte sustancial de los Jackson, con cuyo primer personero en el país se casó una Errazquin. Berro fue un solitario y un introvertido, decía, pero sería más que falso verlo actuando sobre, y en, la sociedad global mediante una especie de "discontinuo": entre ambos extremos los cálidos respaldos clánicos (y también los compartidos odios igualmente clánicos) deben ser siempre tenidos en cuenta para una adecuada discriminación de fuerzas.

Berro, por su edad —tenía diecisiete años cuando la rota de Tacuarembó— no se vio compelido a una definición, pro o contra, la corriente artiguista, aunque es más verosímil que no participó de la auténtica devoción al patriarca que caracterizó al grupo, bastante cercano, de los Pereira y allegados. La independencia tuvo en la Banda Oriental mucho de una drástica cesura generacional, pero la misma actitud de su padre, relativamente benigna hacia ella, hace que esta cesura sea mucho menos marcada que en otros casos. En Berro, en suma, persiste una filiación españolista muy acentuada (ya diremos a qué altura del curso español se sitúa) y no parece haber sido problema para él enjugar ninguna actitud personal o fami-

liar ante lo que ya había ocurrido. En sus respuestas a Manuel Herrera y Obes, en 1847, desde "El Defensor de la Independencia Americana", Berro sostuvo que las dos intenciones de la Revolución Hispanoamericana fueron la de independizarnos de España y **fundar una sociedad libre bajo el régimen republicano** (6). La Revolución, de esta manera, tuvo un contenido esencialmente político **y la causa de los desórdenes** residió en quererla hacer **atropelladamente** social, **bajo el modelo de las modernas revoluciones liberales europeas** (7), posición indudablemente conservadora en la que sin embargo hay que destacar el matiz con que la cautela el adverbio "atropelladamente" y también a que es por largo más acertada que la del periodista y político a quien replicaba.

Desde tales supuestos hay que seguir el rastro del comisario policial de los tiempos de la "patria nueva" y del pagador del ejército republicano. La etapa que corre entre 1829 y 1843 es la que adensa mayormente su personalidad de poeta y de libre meditador, su experiencia campera por el Casupá, Godoy, Illescas, Mansevillagra, el Chamamé, al periodista impetuoso de "La Diablada" y al más sereno de "El Estandarte Nacional", al "soldado de la ley" en las fuerzas de Oribe, al diputado por Maldonado en 1836 y, antes que él, al puritano tempranero que se rehúsa a considerarse elegido por el mismo departamento en 1833, porque votado según los procedimientos de la época, afirma en una carta: **Sé que el pueblo no me ha elegido, y yo no debo usurpar inútilmente un poder y una representación que no se me ha dado** (8).

Tras él vendrá el hombre del Cerrito, camarista y Ministro de Gobierno de 1845 a 1851 y, sin embargo, uno de los muchos disidentes de la influencia rosista sobre Oribe, si hemos de atenernos al significado de apuntes íntimos que además no parecen posteriores a la caída del dictador argentino (9). Y tras él todavía, al nuevamente ministro, ahora de Giró, en la cartera de Gobierno y Relaciones Exteriores, al perseguido a muerte de 1853 por la primera explosión de un militarismo rampante que no comienza por cierto en 1875, y al autor de una dramática carta interrogativa a Maillefer. Y tras él, al senador nacional durante la presidencia de Pereira y al triunfador en las elecciones presidenciales de marzo de 1860, que abre un período y un estilo gubernati vos sobre los que tendré que volver. Y tras él, por último, al silencioso, al reprimido de casi cuatro años hasta el estremecedor final del 19 de febrero de 1868.

Una sucesión de imágenes, sí. Pero ¿qué [illegible] coordina?

— III —

UN HOMBRE DEL SIGLO XVIII

La historia de las ideas políticas en América señala con regularidad, entre la perención, desigual y escalonada, de las corrientes intelectuales de sello tradicional y el liberalismo romántico, la existencia de una ancha veta "ilustrada". En ella suelen englobarse, si es que la referencia se hace en términos filosóficos, diversas formas de idealismo, el sensualismo mecanicista, el racionalismo y el empirismo frecuentemente imbricados, la "ideología", las primeras formulaciones utilitaristas. Política-socialmente hablando, la zona se deslinda entre los extremos que constituyen el Despotismo Ilustrado y su pensamiento (tan bien analizado por Sánchez Agesta en lo que a España toca) y el radicalismo utilitarista, con un ancho espectro intermedio en el que obraron el generoso filantropismo dieciochesco, el democratismo de la "Gran Revolución" y el cauto liberalismo de los "doctrinarios", en los aledaños del romanticismo o ya plenamente en él.

Todo esto es cosa sabida y la influencia de Bentham, por ejemplo, sobre figuras tan alejadas geográficamente como Rivadavia y José Cecilio del Valle ha sido bien estudiada. La veta "ilustrada" (en la ampliada y tal vez indebida acepción con que la estoy utilizando), se tiene, con todo, presente, en cuanto se trata de indagar o hacer explícitos, los fundamentos ideológicos de la lucha independentista y de sus protagonistas mayores. No es habitual, en cambio, que se contemple su vigencia en el posterior período de la organización y la anarquía signado ese período, como lo está, por un romanticismo que penetra de modo torrencial en Latinoamérica en la cuarta década del XIX y ello aun sin tener en cuenta ese "romanticismo vital" (piénsese en Miranda, Bolívar, Mariano Moreno, Fray Servando Teresa de Mier, Monteagudo, Camilo Henríquez, nuestro Monterroso, tantos otros) que

fue un estilo del hacer, del padecer y del sentir mucho antes de que un romanticismo literario se hiciera presente por estas longitudes del mundo.

Sobre el fondo de este introito creo que adquiere su intentado sentido mi suposición de que una de las claves de la originalidad de Berro —también una de las razones de su ejemplaridad y de su final fracaso— se halla en que el presidente de 1860 fue, y lo fue radical, cabal, imborrablemente, un "ilustrado", un hombre formado ideológicamente en muchas de las pautas prestigiosas de la centuria anterior a la que le tocó vivir. Lo que no significa, por cierto, que no haya estado abierto a todos los influjos de su tiempo que le eran congeniales: caso del de Sismondi, del de Tocqueville, sobre el que habré de volver. Es obvio que los grandes sistemas culturales no clausuran abruptamente su incidencia histórica y que, por lo contrario, corren, soterradamente, debajo de su sucesor y dominante hasta desaparecer o reencontrar, a veces, triunfalmente, en otro avatar intelectual posterior, una especie de "desquite por afinidad", así sea de mera actitud, con la que le fue peculiar. (Lo que muy bien pudo ocurrir entre la Ilustración y el realismo positivista, esto sin desmedro de grandes y esenciales diferencias).

Tal vez en esta vivencia remanente de lo "ilustrado" Berro no estaba solo y sería factible rastrearla también en sus contemporáneos Carlos Villademoros y Eduardo Acevedo, el codificador (10). Como éstos fueron también sus correligionarios y el segundo su ministro (el primero no ciertamente su afín ni su amigo), un elemento ideológico importante se nos ofrece, dicho sea de paso, para explicar el clivaje inicial de nuestros dos grandes partidos históricos. Pivel Devoto (11) ha hablado de la "generación de **El Defensor de las Leyes**", de 1836, vertiente blanca-oribista y filantrópica, de la más publicitada y notoria "generación de **El Iniciador**" de 1838, vinculada políticamente al destino de Fructuoso Rivera y más abierta a las nuevas corrientes europeas. Aunque, en puridad, ambas constituyan una sola, como lo rubricaría, por otra parte, la común devoción a Larra y a su costumbrismo, tan cargado de implicaciones ético-sociales.

Dispersada o más tenue que su ala rival, la promoción de ese **Defensor** que, luego, con otros complementos en su título, renacería en la parvedad del Cerrito, lo cierto es que en Berro se reiterará con fuerza impresionante la conciencia de su aislamiento intelectual, la noción de su radical disentir con las que sus contemporáneos tenían por vigencias culturales indiscutibles, la percepción, en suma, de su soledad. En las libres confidencias a su hermano Adolfo, de temprana muerte, o a Miguel Errazquin, hijo del socio comercial de su padre, se explaya en el cardinal año de 1838: **Los "eminentes" quizás me tendrían por loco y me compadecerían. Yo no me curo de sus desprecios. Me examino; y me hallo puro. Registro mi razón y la hallo superior a la suya, no por su capacidad sino por su imparcialidad** (12). Y en otra carta acepta: **Conozco bien que mis ideas no están de acuerdo con el sentir de la generalidad, y lo que más me acobarda a veces, ni con el de los sabios y entendidos. Muy desde los principios, cuando recién empezaba a adquirir nociones sobre varias materias con la lectura, ya solía rebelarme contra la autoridad de los autores más clásicos. Esta osadía en medio de mi ignorancia, ha crecido con la edad, y con el continuo ejercicio de mi reflexión. Pero lo particular es que mi completa desconfianza de mi capacidad intelectual no ha dejado de ser la misma (...) De lo mismo que he dicho, también deducirás que no puede haber presunción en mí, y que la comesión de aparecer original tampoco tiene parte en la exposición de mis raros modos de pensar** (13). Ejemplar sentido de la medida, alerta vigilancia sobre las propias posibilidades que contrasta extrañamente con el triunfal arranque con que los más improvisados se echaban a andar. Cierto es que la mayor parte de ellos se limitaban a internalizar los estereotipos mentales de su tiempo y a ilusionarse con que los habían inventado. No hay tal presunción en esta desacomodada conciencia con que Berro siente su singularidad, no hay tal ilusión sino, por el contrario, un desasosiego que ronda la angustia: **Confieso que no sé dónde me hallo. Cuando tantos se empeñan en probarme que ando perdido ¿qué extraño es que aunque mis ojos vean claro el camino no crea ni a la deposición de mis sentidos?** (14).

Antonio Pereira, en "Recuerdos de mi tiempo", subrayaba entre las causas del fracaso político de Berro los inconvenientes de **haberse formado solo y la falta de trato** (15). Digámoslo con otras palabras:

una cierta introversión, un acechante solipsismo que habría tendido a ponerlo al margen de una crema social eminentemente elocutiva, sonora, argüidora dialogal. Que no se formó solo lo sabemos hoy y sí junto a dos hombres un caudal de cultura insólito para su medio: su tío Dámaso Antonio Larrañaga y D. José Raimundo Guerra, hombre de confianza de éste y su asociado en los tan utilizables "Apuntes históricos". De cualquier manera, gran parte de su instrucción tuvo que cumplirse, y se cumplió, con posterioridad a esas enseñanzas, lo que, por otra parte, no hace a Berro excepción entre los hombres de su tiempo ni de los que le siguieron: hubieran o no pasado por la Academia de Jurisprudencia o la "Universidad vieja", les hubieran dado éstas poco o mucho, lo más sustancial del bagaje de los efectivamente nutridos fue al margen de toda formación institucional que se logró.

Reiterando mi anterior proposición, apunto que esta fidelidad a una "Ilustración" configurada en su modalidad española y el anti-romanticismo que le corresponde constituye la explicación más idónea de esta conciencia dolida de singularidad que en Berro alentó y aun de esa "melancolía" a que hice referencia.

La filiación de Berro en la "corriente ilustrada" se ofrece con singular contundencia en los escritos de la cuarta década del siglo y, especialmente en los de ese revuelto año 1838 en que cumplió treinta y cinco años y, en "medio del camino de la vida", debió sentir más que abocetado su perfil personal; su persistencia en este perfil es fácil dictaminarla si en casi otro tanto de su existencia no se halla ningún trazo que rectifique el conjunto.

Se ha señalado la vinculación de su poesía, (de rigor constructivo y riqueza inusual a todo el nivel de su tiempo) en la poesía del Siglo de Oro español (Fray Luis de León, los Argensola, "La Epístola Moral"). Pero si bien se mira, o si mejor se la mira —aunque las dos miradas no estén en estricta contradicción— esta tradición literaria en la que Berro supo apoyarse tan bien, era una tradición permeada, y renovada, por el influjo dieciochesco, ya que lo contrario, en puridad, le hubiera quitado su índole de verdadera "tradición", esto es, de continuidad viva, para hacer la restauración, reacción, ejercicio arqueológico o algo parecido. Una tradición permeada, en suma, por el bucolismo y el filantropismo, que son notas tan eminentes del XVIII hispano, es la que mejor, más precisamente coloca sus tres composiciones mayores: la "Epístola a Doricio", la "Oda a la Providencia", y el "Canto a las excelencias del amor", inédito hasta hace poco y cuya publicación demoraron ciertos remilgos ético-familiares bastante absurdos. Pero la sustancia doctrinal de un texto singularmente notable: la Naturaleza como gran norma a obedecer, el sensualismo a lo Condillac, ciertos pasajes de detonante anticlericalismo; esa sustancia doctrinal, digo, no era necesaria, o no era imprescindible, para localizar el núcleo ideológico que da coherencia, unidad, significado, al lote mayor de sus actitudes.

Con su "regalismo" comienzo, y esto a mero título de enumeración, tan característico de la política "ilustrada" española y sin el cual no sería comprensible su largo conflicto con la Iglesia uruguaya, extremado hasta el destierro de D. Jacinto Vera y uno de los factores más adversos al éxito de su período presidencial (16). Pero la firme y hasta empecinada afirmación de los derechos del Estado sobre el ejercicio, y aun la regulación interna del ministerio eclesiástico conllevaba, en los países en que se desplegó y en los estadistas que la asumieron, una amigüedad radical en lo atinente a la posición última frente a la religión misma, como experiencia, personal y social, al cristianismo como moral y como cultura, a la Iglesia católica como institución y al clero como cuerpo. En tal diversidad de planos, bajo tal sombrilla de posibilidades se movieron con holgura ateos y deístas, escépticos y creyentes, masones y cristianos. Se ha estudiado entre nosotros con solvencia este tornasol ideológico, tal como se ofreció en el Uruguay de 1860 (17), pero aquí me importa más señalar que Berro mismo no fue ajeno a él, que sus aseveraciones cristianas más explícitas suenan distintamente a Ilustración (18) y que en su misma descendencia inmediata se marcó el clivaje que esta equivocidad promovía (19). (Al fin y al cabo, el ámbito familiar es, en este rubro, decisivo).

Habrá después que hacer referencia a las modalidades de su liberalismo y su individualismo. Pero no tendré oportunidad de volver a su entusiasmo juvenil por la Ciencia Natural, como colaborador de Teodoro Miguel Vilardebó, en ese estilo pionero que su tío Dámaso, y Pérez Castellano, y

toda la larga cauda imantada por la trayectoria de Humboldt en el norte del continente, también representaron. Ni tampoco volveré a ese "filantropismo", a ese humanitarismo generoso, sin veta en su caso ni de hipocresía ni de sensiblería, que es una de las señas más espléndidas de aquella instancia matinal de la contemporaneidad, de aquel gran arresto de compasión activa y a veces enfurecida ante todo sufrimiento humano causado por la "preocupación" (un término premonitoriamente actual), originado en estructuras sociales que se veían (y en verdad lo estaban) sostenidas en la avidez, la soberbia y la crueldad de los fuertes. La esclavitud prolongando su estatuto a través de algunas artimañas legulescas y otras veces en abierta vulneración de la ley, arrasando la cautelosa interdicción constitucional (nadie nacería esclavo en el futuro, en el país; se prohibía la importación o "la trata"; "a contrario": quienes eran esclavos lo seguirían siendo) no despertó sólo la indignación de Berro, más cabalmente, esa "experiencia del escándalo" a la que no escapa ninguna alma bien nacida. Hasta el acomodaticio Acuña de Figueroa quebró alguna lanza contra ella y el sesgo antiesclavista fue uno de los lemas distintivos de "El Defensor de las Leyes". Todo el grupo estaba implicado en el "Desahogo poético de un patriota oriental", que Luciano Lira publicó en forma anónima en su "Parnaso" de 1835. La politización, sin embargo, que tan intensamente teñía todos los comportamientos hacía que aquella piedad por **la mísera Etiopía** afrentada en América tuviera sus precoces puntas partidarias. A la sombra del desprejuicio de Rivera, Lucas Obes, casando a **Don Lícito con Doña Utilidad,** sostenía como bueno todo lo que fuera provechoso a los movedizos sobrevivientes de la burguesía comercial del coloniaje y a sus letrados; en el calor de esa tesis se cocinó una sabrosa porción del poder económico del séquito riverista. Con algunas familias implicadas, caso de los Magariños, el antagonismo de Berro se mantuvo impertérrito por casi treinta años: las medidas contra la propaganda de subversión de "El Pueblo", durante su presidencia, no se desglosan, por cierto de él (20).

Que Berro entendía que pudieran extraerse otras inferencias éticas del pensamiento revolucionario de los siglos XVII y XVIII, se verifica en la ya citada carta a Errazquín, en la que menciona frente a las novedades de su tiempo, el valor fundamental y decisivo de Newton, Locke, Condillac y el **analítico y prosaico Bentham,** capaz, en **un par de páginas,** de proporcionar más **conocimientos útiles** (subrayó la palabra) que toda la faramalla que encandilaba a su amigo (21). Expresiones en verdad definitorias, en las que tampoco sería imposible encontrar, debajo del embanderamiento cultural algo así como un instintivo arrimo a aquellos modos que más condecían con su temple profundo: hispano, vasco, práctico productivo. A uno de sus allegados le encarece **que sea positivo como buen español** (22); cuando opone **lo práctico** y **lo especulativo** es siempre para fallar a favor del primero.

En un plano aun más radical, más entrañado, me parece estar la pasión de Berro por un orden humano pautado de **racionalidad e impersonalidad:** con ella creo que se plenifica la filiación "ilustrada" de su personalidad y con ella, también, se explican las que serán las notas más reiteradas de su acción política: su animadversión a facciones, partidos y caudillos, su adoración de La Ley (así, con mayúscula) y su desconfianza del hombre y de los hombres. La contraposición entre el principio personal y el principio de la ley, o la del "gobierno de las personas" y "el gobierno de las cosas" fueron usadas por casi todos los dirigentes de su tiempo, incluyendo entre ellos a los caudillos más desmandados; tal vez esté en Lamas, antes que en él, la antítesis hombres-cosas, de origen socialista-utópico. Pero, posiblemente, en nadie se dieron con tanta autenticidad y persistencia como en Berro esa elección entre opciones que configura en su cota máxima el racionalismo burgués, universalmente entendido, pero, asimismo, decisiones morales nada fáciles de sostener (23).

— IV —

Tornasol de épocas, tornasol de estilos, tornasol de sentimientos. De aquella "filantropía" de que hablé recién, su hermano Adolfo se puso a caminar con los más penosos pinitos estróficos que dio la ya muy modesta poesía uruguaya del 1840. Una temprana muerte preservó su prestigio de poeta y lo dejó como uno de los fundadores del romanticismo uruguayo. Pero sólo con bue-

nos sentimientos, es tan sabido, no se hace buena literatura y él únicamente consiguió derramar a raudales su piedad sobre todas las castas malheridas: el esclavo, el expósito, la ramera. A Adolfo, y a su amigo Errazquin, dirigió Bernardo Berro las cartas que mencioné, pergeñadas desde la paz de Minas pero con el oído muy atento a las novedades montevideanas y al ancho eco del mundo que éstas portaban (24). La suscitación que las provocó, fueron, seguramente, las entregas quincenales de "El Iniciador", de Lamas y Cané, un periódico muy importante en nuestra historia cultural y el primer vehículo sistemático de las vigencias espirituales de la Europa de los treinta.

Las epístolas de Berro querían ser, sin duda, una amonestación y un antídoto contra las fascinantes nuevas románticas: su hermano (y tal vez Errazquin) sucumbieron a ellas; no don Bernardo, por cierto, para quien el romanticismo constituyó el mordiente decisivo que en relación de hostilidad, terminó de dibujarlo. Y que no era una inquina pasajera se podría ver en su respuesta de 1847 a los artículos de "El Conservador", del Montevideo defensista. Allí todavía se ridiculiza **el estilo hueco y rapsódico, el tono magistral** y el **énfasis profético, el lenguaje apasionado e hiperbólico** y **la desarreglada imaginación** de su antagonista político Manuel Herrera y Obes, apenas tres años menor que él. Con lo que también, digámoslo de paso, tal vez pudiera fijarse por allí (1803-1806) un corte generacional, un hiato decisivo que lo distanciaría, con su devoción a **la razón ilustrada e imparcial,** de su casi coetáneo, autor de **aquella producción exótica, engolfada en la personalidad,** sobre la Revolución y los caudillos en América (25). Se puede rastrear perfectamente en su descripción de un romántico típico (26) esa cesura generacional, aunque también cabría hablar de dos direcciones en una común generación de 1835, según la ya mencionada sugestión de Pivel (27).

Vuelvo sin embargo a las epístolas a su hermano y a Errazquin, cuya glosa y, sobre todo, a cuya sistematización del rico caudal doctrinal me tengo que resistir. Esa sistematización, empero, no nos mostraría la personalidad intelectual de Berro diferente a como la he dibujado, ni la matizaría de manera sustancial. Frente al nuevo **idealismo tenebroso** (28), Berro sigue adscripto con indeclinable fuerza a su fe en el descubrimiento y exposición de la verdad a través del **método,** del **análisis,** del **raciocinio,** sigue fincando su aspiración en convencer al entendimiento, más bien que en cualquier otro truco mágico de deslumbramiento o sugestión. (26 bis).

Testimonio capital constituyen estas cartas de la refracción del Romanticismo en Latinoamérica y en el rubro de las reacciones adversas el más importante junto con que ofreció posteriormente el general Tomás de Iriarte en sus "Memorias" —ya por aquel entonces convertidas en registro diario— hacia 1844 y 45. Además, en el caso de Berro, que es el que ahora me atañe, una reacción auténtica, en el sentido de que no estaba, promovido por textos y autoridades de militancia anti-romántica, que la hubo por cierto, y muy considerable, en los años mismos de triunfo del estilo. Si alguna huella visible hay en esas cartas es tal vez la de las nutridas críticas de Mariano José de Larra al "Antony" de Dumas —ya dije que la devoción a "Fígaro" había sido un trazo común entre el grupo de "El Defensor" y el grupo de "El Iniciador". Debieron impresionar a Berro, y todavía hoy parecen desusadamente lúcidos— los análisis de la anarquía moral que promovía aquel "emocionalismo burgués" a nivel de las costumbres de las gentes. Asimismo debió provocar a su inteligencia la noción de las relaciones entre literatura y sociedad que constituyen en el presente un lugar común de la cultura pero en aquel entonces representaban una deslumbrante novedad.

Pero Berro no quedó en eso y enriqueció el tema con una nueva dimensión que sólo mucho más tarde sería recorrida cabalmente. Ernest Selliére y otros historiadores de nuestro siglo relevaron las conexiones del romanticismo con las formulaciones políticas de su tiempo; la ambigüedad del estilo romántico proyectado a esta dimensión contrarrevolucionario y liberal-revolucionario y socialista-utópico; restauración de la sociedad feudal y nueva toma de la Bastilla y última Arcadia igualitaria— ofrece sustancioso cuerpo a cualquier análisis. En lo que a Berro toca, su originalidad residió en sorprender los "vínculos sutiles", implícitos pero indubitables, entre el nuevo estilo literario y vital y la anarquía caudillesca (que él tenía que ver encarnada en Rivera) que ya había conseguido por ese 1838 romper las

formas precarias de regularidad e impersonalidad con que el patriciado montevideano quiso dotar, en 1830, a la nueva república. **Rivera, sus ministros, sus escritores y trompeteros han adoptado las exterioridades del romanticismo** (29). Alegato de lucha, se dirá. Pero en Berro el repudio a romanticismo y caudillaje se imbricaba a un plano mucho más hondo en una hostilidad a lo que hoy llamaríamos "el culto a la personalidad", en una desconfianza invencible al "héroe" carlyleano o al "hombre representativo" de Emerson, a todos aquellos, fueran Alejandro o Napoleón (o Rivera) que invocaran **misiones** y se consideraran **profetas** de algún orden o desorden a sobrevenir. El objetivismo, el racionalismo y el impersonalismo de Berro se encoge, como ante un revulsivo, frente a cualquiera de estos arquetipos.

Se encoge, diríamos, y pierde pie. Porque romántica y no otra fue la música con que bailaron los protagonistas y aun las masas de su época; él, tan amigo de la danza, como lo recordó en su libro el nieto Aureliano, nunca aprendió el nuevo paso y el precio pagado fue una contundente inferioridad de condiciones. Porque el Romanticismo representó en América Latina una especie de gran desentumecimiento que las sociedades sufrieron y con el que tramontaron, no sin pérdidas sustanciales, el formalismo pasado. El triunfo de la **matter** sobre las **manners**, de los fines sobre los procedimientos y las reglas y las técnicas. Ya dije que había existido en América un preromanticismo vital antes de que cualquier literal romanticismo circulara. Y los que pudieron sostenerse en lo que alguno llamara **la carrera de la revolución** (entendida como una serie vertiginosa de cambios en la que era imposible tomar cabal conciencia de la situación y sólo el gesto, y el arranque, y la lucha a muerte por la sobrevivencia contaban) fue con **moods** románticos que consiguieron llegar a puerto. Como decía antes, Berro pagó a la postre muy caro su antirromanticismo, pero cualquier otra actitud, cualquier adaptación, lo hubiera hecho un ser muy distinto al que fue y, de seguro, menos interesante.

— V —

CINCINATO

Estanciero en Casupá y zonas cercanas del noreste y este de Florida, chacarero en el dominio familiar del Manga, pequeño empresario, casi siempre fracasado, de tambo, pulpería, dulce de membrillo, jabones, velas, gran parte del período activo de la vida de Berro transcurrió fuera de Montevideo pero muy en sus aledaños, si es que se tiene sobre todo en cuenta la ya entonces más difusa localización de tales gestiones. Esta circunstancia, creo, tiene en el caso de Berro un relieve especial y nada fortuito (podía haber sido fruto de azar), esclarece, creo también, ciertos adentros personales y ciertos datos de la situación.

Todo este trámite de vida, posee, para empezar, un extraño parecido con el de los "primeros pobladores": igual grisáceo ritmo, igual modestia, igual cortedad de vuelo, vasta, patriarcal progenie (como único exceso). Se supondría que, clausurado (o así se creía) el asunto de la independencia política formal —ya se aludió a su posición ante la lucha emancipadora; algo habrá que agregar—, Berro, tal vez inconscientemente, entendió a aferrarse a aquellos quehaceres, aquellas certidumbres tan concretas, de suelos y de materias, con que se había echado a andar la familia uruguaya. Varios testimonios existen, y muy transparentes, de que él entendió "la nación" como algo esencialmente "in fieri", un proceso recién iniciado cuando vivía sus años maduros, un boceto, apenas. "National-building" es el término que maneja la ciencia histórico-social norteamericana (30) y esta urgencia de construcción nacional es el fundamento de lo que tiene que examinarse bajo el rubro de su nacionalismo. En unas páginas escritas probablemente hacia 1859, sostenía Berro: **Nuestra nacionalidad fue una dádiva, no nació por sí misma, por obra nuestra. Fue una declaración, no un hecho. Y ¿se puede dar una nacionalidad? ¿puede una declaración hacerla brotar? Toda nación es una formación** (subrayado por el autor). **Nace propiamente cuando está hecha. La declaración no la puede crear; es un nombre y un reconocimiento que confiere ciertos derechos e impone ciertas obligaciones, dejando entregado a sí mismo el grupo social a que se aplican.** Y luego: **Nuestro modo de ser político es una nacionalidad declarada y reconocida; pero que aún se está formando. Por el valor de esta declaración tenemos el derecho antes que el hecho, el efecto antes de la causa, el consecuente primero que**

el antecedente (31). Y prosigue, en la misma línea argumentativa.

De cuál era el sitio que él se atribuía en ese proceso, da cuenta una conocida carta a Acha, de 1862: **mi preocupación es más el porvenir que el presente. Nunca creí poder edificar; pensé no más que en preparar, o a lo sumo echar cimientos** (32).

Desglosemos para después la interpretación política de estos asertos y quedémonos con el estanciero, el chacarero, el mínimo industrial. El Uruguay empezaba de nuevo, salido del vórtice de las guerras que él, en 1862, cándida ilusión, creía cerrado.

Y empezaba en las dimensiones más parcas que podían imaginarse. No es una trascendentalización ilegítima (aunque no en el modo de Vaz Ferreira) recordar aquel barco de su padre que había apresado navíos ingleses por los mares de Asia. Entre D. Pedro y D. Bernardo han tomado vuelo la revolución industrial y la revolución técnica: ya no habrá paisitos y puertitos desde donde subírsele a las barbas a los grandes y el salto cualitativo, el abismo entre los "have" y los "have not", que todavía en 1845 y vuelta de Obligado no era tan insondable, se irá ensanchando cada vez más.

Con esa actividad de poblador, con esa cultura-cultivo en su más radical, etimológico sentido, Berro dibujó un "tipo" y aun un "arquetipo".

Muchas figuras de nuestra historia latinoamericana pasada, muchas conductas no pueden entenderse bien si no se es capaz de otear los modelos, los dechados que las dinamizan y sugestionan. El "arquetipo Napoleón", por ejemplo, transita Eurasia y América; fascina a aquel Andrés Volkonsky, de "Guerra y Paz", que esperaba encontrar en Austerlitz su "pont d'Arcole" y se encarna en América desde Iturbide, Santa Ana y Christophe hasta nuestro tormentoso Melchor Pacheco y Obes o el casi nuestro Juan Lavalle (33). Sin el "arquetipo Napoleón III" no se comprende a fondo a Francisco Solano López pero tampoco la personalidad de Máximo Santos ni ese esplendor de pacotilla que fue el sello de su época. **Y un más lejano arquetipo, el de Cincinato, pero un Cincinato pasado a través de la versión washingtoniana** también, entre otros tendría que ser tomado en cuenta. A él responde el ideal personal de Berro, él hace en su caso de ese molde vital en que todo hombre, sin desmedro de su singularidad, le gustaría vaciarse (34).

Cuentan los cronistas que cuando llegó a su chacra del Manga la comisión de la Asamblea General que iba a comunicarle su elección de Presidente de la República lo encontró en compañía de dos de sus hijos manejando el arado de madera que él mismo había construido. Difícil que la escena haya sido preparada: es demasiado coherente con todo su resto y, sobre todo, con las páginas deliciosas en que su hijo Mariano ha evocado su infancia en la chacra paterna (35).

Un Cincinato, decía, pasado por la versión que de él había proporcionado Washington, también hombre de Estado y de guerra y agricultor, aunque esto a una escala muy distante de en la que Berro lo fuera.

Pero todos los Estados Unidos actuaron sobre Berro como una meta incitante, como un estímulo y un espoleo. Con esto, Berro no se aleja por cierto del juicio común de los dirigentes latinoamericanos de su tiempo y con tal aserto podría cerrar el tema si no importaran, y mucho, las particularidades que en Berro ese prestigio adoptó y la autenticidad y persistencia con que en él operó (36).

Berro no fue hombre de un solo libro sino de ser de miscelánea información pero tuvo —no tendría sentido negarlo— algo de la tiesura de aquel que se nutre en una única y obsesiva fuente. No es muy seguro que haya tenido suerte con ella pero tal duda, en su caso, no deriva de que esa obra dominadora fuera endeble o secundaria. Porque no lo es —y el verbo en presente quiere subrayar la dimensión de su vigencia— "La démocratie en Amérique" (1835-1840), de Alexis de Tocqueville. No; ni un Leroy-Beaulieu ni un Ahrens, que decidieron sin embargo direcciones conspicuas, era ya el extenso estudio de Tocqueville sobre los Estados Unidos en el que Berro debió encontrar esa herramienta de esclarecimiento, de explicitación de sí mismo que en ocasiones constituyen ciertos libros (37).

La obra de Tocqueville (que todavía prolongó sus ecos hasta constituirse en una de las fuentes del "Ariel" de Rodó) es inexcusable así cuando se indagan las claves del ideal político de Berro y el sentido mismo de su acción como gobernante. No haré, por cierto, un "estudio de contactos", faena que

bien podrá cumplir como ejercicio cualquier especialista de historia de las ideas. Pero sí habrá que insistir, por sumariamente que ello se haga, en dos o tres de esas que llamo "claves".

Primera: La democracia como espontaneidad popular y social que se moviliza desde los estratos más bajos hacia la cumbre y desde los núcleos de decisión más plurales, más dispersos hacia un centro cuya función será más coordinadora que impulsora. Todo el pensamiento liberal europeo y especialmente el francés (desde Tocqueville a Lefebvre y Laboulaye) encomió como lección cimera de los Estados Unidos la encarnación histórica de este ideal. Aunque el individualismo sea en Berro una inclinación, una definición inequívoca (38) no es difícil inferir que éstas se perfilaban en él desde la entonación anglosajona y no revolucionaria francesa. Hay que decir, entonces, un individualismo compaginado con las "asociaciones primarias", apoyándose en ellas y movilizándolas; en manera alguna una energía social que reclamase el arrasamiento (que propiciara la ley Le Chapelier) de toda institución existente entre el átomo social y el Estado mismo. Sin el imperio de estas ideas, verdaderas normas para él, la verdadera obsesión que Berro exhibió durante su presidencia por las disposiciones que instauraran un auténtico régimen municipal no es ni medianamente explanable —sobre todo si se la coteja con las urgencias, las presiones a corto plazo que acuciaron sus años de mando (39).

La primacía de la "sociedad civil" respecto a la "sociedad política" (40); su planteo de la cuestión del unitarismo y el federalismo en el Río de la Plata, bandos de cuyos lemas descreía absolutamente (41), se inteligen contra ese trasfondo. Pero, sobre todo, lo hace su permanente preocupación por la pureza y la autenticidad de la expresión popular en las elecciones. En pugna contra otra inclinación radical de su modalidad política será examinada en el rubro de sus contradicciones decisivas y aquí sólo me limito a mencionarla.

Segunda: la "sociedad civil" movilizada a nivel de sus instituciones primarias cuando lo hace sobre una base económica agraria como lo era la de los Estados Unidos en los años de Tocqueville y lo fue el Uruguay hasta tanto más adelante configura un sistema político-social que no es evitable denominar "democracia agraria" o "democracia rural". Los Estados Unidos del período de Jackson ofrecieron a Berro su dechado y en el balance de la revolución rioplatense que realizó en su réplica a Manuel Herrera y Obes esa tendencia le resultaba lo más positivo que la revolución hubiese producido. **Sacar la clase más numerosa de la sociedad de una condición dependiente y servil, hacerla independiente e igual a aquella a que estaba subordinada, y darle una acción permanente en este sentido, es a la verdad llevar a los pueblos muy lejos de la situación anterior e imposibilitar su regreso a ésta** (42). Y poco después, al considerar el segundo de los **objetos** de la revolución, **fundar una sociedad libre bajo el régimen republicano,** afirmaba que en **éste, todas las clases deben estar en actividad política, sin que ninguna se subordine a otra, y cada una en aptitud de obrar en igualdad con las demás con sus fuerzas propias. Constituir a alguna en dependencia, particularmente si fuere la más numerosa, sería trastornar por su base ese sistema, que no permite que los más estén subordinados a los menos, sino más bien éstos a aquéllos. En él, el progreso se busca por medio del concurso franco de todas las fracciones de que se compone la sociedad, y sólo se le considera legítimo, verdadero, y seguro cuando interviene esa acción compleja. ¿Cómo podría, pues, la misma idea que trazaba la República exigir la desigualdad de derechos y de posición en las clases de la sociedad, y la conservación de los privilegios y del predominio en favor de una de ellas, por más superioridad de luces, y capacidad que se le atribuyese? La participación de la que reside en la campaña, en el movimiento político, su nivelación con las otras, y el libre desarrollo a que ha sido llamada en igualdad de ellas, entra en los fundamentos esenciales del régimen republicano** (43).

Idealización más que insincera, podrá decirse enseguida, de una realidad, visión rosada que dictó la exigencia replicativa y un abuso de la antítesis que tan fácil hacía el desembozado elitismo de los unitarios porteños, vértebra ideológica de la Defensa. Pero véase, y la vía conclusiva es casi inversa, lo que estampó Berro en un papel íntimo y sin fecha establecida: **Cuando la constitución política de un Estado establece la democracia y priva por otra parte a los distritos que se administren a sí mismos, sucede que la masa popular, ignorante y grosera**

por lo general, encuentra en la forma republicana una puerta abierta para ejercitar su natural turbulencia, al paso que no se halla corregida en sus arranques por el interés personal o por la utilidad (44). Berro cree, en suma, que hay una potencialidad disruptiva (**turbulencia**) en los estratos sociales más bajos; no olvidemos que perspectiva es una perspectiva patricia, altoburguesa, y no podía ser otra. Pero en perspectivas como la suya las hay de tipo empecinado y extremo —y así era la de Herrera y Obes— y las hay abiertas y conciliadoras: así la suya. Berro pensaba que el centralismo geográfico, la ciudad en suma, y el poder "desde arriba" acrecentaban el riesgo de esas disrupciones, sobre todo cuando las instrumentalizaba la intervención exterior, la ambición de los caudillos y la maniobra de algún sector dirigente urbano (o cualquiera de estos factores asociados). No creo aventurado suponer que Berro creía —y no estaba equivocado— que en esas **turbulencias la masa popular** jamás ganaba nada: es el ingrediente "universal" que abre su óptica de clase. La solución estaba, entonces, en bajar el nivel de ejercicio democrático desde las instituciones cúspides a la base, en la que, implicando metas concretas dictadas por **el interés personal** y **la utilidad**, la actividad popular concurriese al bien común de la entidad social. La "democracia rural" se funda así con más soltura que en el trance polémico; queda también configurado un designio que tiene mucho que ver con sus desvelos de fomento agrícola y de colonización durante su período gobernante.

Tercera: la entonación "puritana". Distintos acentos podía encontrar con los que acordar su espíritu un hombre de 1840 en el desarrollo de los Estados Unidos. Uno, y es el aquí importa, el "puritano", que desde una intensa movilización ético-religiosa impregnó el período colonial en los núcleos del Este y prolongaría su influencia hasta muy posteriores tiempos. Otro, el "iluminista", que caracterizó a la generación de la Independencia, desde Franklin a Jefferson. El tercero, menos categorizable pero ampliamente advertido por Tocqueville, era el intensamente dinámico que el desplazamiento de "la frontera" marcaría en la vida de los Estados Unidos hasta el último cuarto de la centuria pasada.

Cada uno encuentra y busca en la realidad histórica las suscitaciones que más afines le son y es obvio que la última versión norteamericana mal podía servirle a un pensamiento nacional que buscara promover el desarrollo de un país "encajonado" (el verbo es de Berro) por el fracaso del planteo artiguista. Ello, naturalmente, sin detrimento de que haya sido en la expansión y hacia el Oeste, y Berro no podía ignorarlo, que se había fortalecido una "democracia agraria" y levantado la onda histórica que expresó "the age of Jackson". Ya he repasado, por otra parte, las coincidencias posibles entre el iluminismo de los hombres de 1776 y el del presidente de 1860 y la operancia del arquetipo Cincinato-Washington. Fue, sin embargo, en el puritanismo o, tal vez, en lo que él entendía por tal, que Berro vio la clave del sensacional éxito histórico - político que los Estados Unidos representaban para los dirigentes de su generación y la que le pareció susceptible de esa recreación ético-vital —siempre tan difícil— en un medio de realidades y tradiciones tan disímiles. De 1838 (ese año decisivo en su existencia) es el "Catecismo de la doctrina puritana cimentadora" que posee el valor sin par de una contundente definición personal y de un programa político al que no había de ser infiel (45). En una carta del mismo año a su hermano Adolfo afirmaba: **En la juventud principalmente deben conservarse puras y en tibieza las almas republicanas. Y aun creo en la conveniencia de fundar una hermandad de puritanos políticos, para contrastar la preponderancia excesiva de lo que hacen la llaga para ganar en su cura** (46). "Puritanos políticos": Berro es preciso. Rigor y autenticidad en el funcionamiento de las instituciones representativas y de los mecanismos constitucionales. El posterior "principismo" tiene en aquel documento su más claro antecedente, con todas las divergencias que Berro ofrece con él y que más adelante trataré de examinar. Pero aun más allá de lo político todo un repertorio de pautas de comportamiento sociales con los que Berro se identificó siempre. Un catecismo (también) de acción y trabajo incesantes: **pureza, celo, constancia.** Y las famosas **sobriedad y sencillez republicanas** que en él no fueron meras palabras. Y un estilo de estrictez, **fiscalización severa, estricta economía** que hicieron del puritano una tan "rara avis" en nuestra desaprehensiva Arcadia (47). Y actitud, en fin, de generosa participación en la cosa pública desde el nivel de los grupos primarios y las asociaciones voluntarias.

(Con lo que, de paso, vuelvo a la clave primera y cierro en círculo todo el ámbito de la suscitación estadounidense). Mediante una participación de tal categoría se haría posible que los países de la órbita latinoamericana tramontaran los viejos o nuevos meteoros de la **licencia** y el **despotismo**, vencieran **la apatía egoística y la intolerancia tiránica**, superaran **la adhesión ciega a los partidos y a los hombres del poder**, produjeran los contravenenos idóneos para el **espíritu militar** que perpetuaba la guerra civil y angostaba aquella participación política, cuya ilimitación soñaba, a **una fracción dominante** y aun **una sola mano**.

— VI —

DUALISTAS Y GRADUALISTAS

El pensamiento romántico se goza con la antítesis y no puede vivir sin el claroscuro. El contraste es para él inevitable pero prefiere erigirlo en cierto estatismo maniqueo que no prevé ninguna conciliación, ninguna superación a nivel más alto como no sea en una instancia final, imprevisible y repentina. Con el pensamiento dialéctico tiene en común la concepción de los opuestos pero la semejanza termina aquí: es disímil, por no decir enemigo, el espíritu que los procesa. El pensamiento antirromántico, por el contrario, se mueve en las gradaciones, las transiciones, los matices, posee, por decirlo así, la "sensibilidad de la interpenetración en las fronteras" aunque por lo general (no estoy intentando construir un modelo ucrónico) desdeñe —por desgano o timidez o miopía— los extremos del espectro y su restallante diferencia. Ese sentido de las transiciones, esa vivencia del crecimiento lento, vegetal de las instituciones históricas, se puede agregar, fue una característica de la corriente contrarrevolucionaria de fines del XVIII y principios del XIX —Edmund Burke es su ejemplo más alto—, con lo que también hay que reconocer que sufrió la potente impronta del romanticismo. Todo se imbrica y eslabona en la historia de las ideas y no hay lugar, a veces, para un corte neto.

Pero mi propósito es infinitamente más modesto, puesto que más modestos son igualmente el Uruguay y el personaje. Ese propósito es apuntar como eso que puede llamarse "gradualismo" marca la actitud de Berro ante las antítesis más detonantes de su tiempo, le enfrenta polémicamente con el liberalismo romántico y signa, en profundidad, todo un estilo político.

El indicador más completo de la postura del autor lo proporcionó, sin duda, su respuesta a Manuel Herrera y Obes. La reciente edición de los dos textos, los subtitula no muy acertadamente "polémica"; se trata en realidad de los monólogos que hilan dos enfoques irreductibles y nada más (48). Ya se hizo referencia a los artículos publicados en 1847 en "El Conservador", de la ciudad, por quien sería desde ese año el canciller de la Defensa. Las páginas de Herrera y Obes (cuyo mayor mérito tal vez está en haber provocado la réplica de su adversario) representan un eco bastante achabacanado —tanto en lo literario como en lo conceptual— de las tesis fulgurantes que Sarmiento había promovido en el "Facundo" (1845). Enderezadas a justificar por todo lo alto el destierro de Rivera a Brasil sufren en exceso del designio demostrativo, tan menor, y de lo apurado, lo pegadizo de los argumentos que lo endosan. Sin embargo, y de cualquier manera, nos brindan, a ese nivel medio en que los lugares comunes reptan, ideas que habrían de tener larga incidencia en nuestras culturas y aún hoy continúan (tenuemente) pesando.

Para Herrera y Obes la Revolución americana importó el choque de la ciudad civilizada y revolucionaria y el campo bárbaro reaccionario y colonial. Si con ello la gesta artiguista quedaba nulificada, no había de importarle mucho esto, por cierto, al hijo de Nicolás Herrera. Y si el empecinado Montevideo español o cisplatino se trocaba en centro de irradiación revolucionaria, tampoco. Pero tal tensión seguía ordenando el curso de nuestra historia, porque ella se duplicaba en la antítesis de Europa y América. De América - campo - reacción - co-niaje-barbarie versus Europa-ciudad-revolución y civilización. El caudillo, personificado en Rivera, se adscribía a la primera serie de identidades y su destierro desde Maldonado a Brasil eliminaba una impureza, una debilitadora conmixtión en la causa de la Defensa de Montevideo y la ponía en camino del triunfo final. Desde 1846, entre Montevideo y Concepción del Uruguay, Benito Chain llevaba mensajes y se tejía la tela en que Rosas y Oribe habían de quedar enredados; como en medio de ella otro caudillo, Urquiza, oficiaría de Libertador, el lector puede preguntarse legítimamente hoy si toda la sumaria tesis de D. Manuel no era

una cortina de humo, un sacrificio de lucidez con el fin de enredar las pistas.

En los artículos de réplica de Berro en "El Defensor de la Independencia Americana" debemos descartar todo lo que es política presente o de un pasado inmediato: su argumentación en torno a cuál había sido la conducta anterior del patriciado civilista de la Defensa con Rivera o sobre la naturaleza de la presidencia de Oribe son de una soberbia contundencia (49), importan, en cambio, sus razones en la materia que entorna esos acaeceres: ellas nos dan, como ninguna otra de sus páginas, la medida de su sensatez, la intensidad de su claridad mental, la tónica de su estilo y, también ¿por qué no?, su ajenidad, su ingenuidad a todos los demonios que rondaban nuestro continente, a esos demonios, a esos meteoros que veintiún años después habían de endosarle, como al Laprida de Borges, su **destino sudamericano.**

Berro, como ya dijo, se movió habitualmente en un enclave sureño estanciero y chacarero que sería excesivo llamar, con término de hoy, "rurbano" (50) pero que tenía que dictarle una visión del medio agrario abismalmente distinta de la que Herrera y Obes, más que otra cosa, llevaba en su mente, externa al campo como en sustancia era y aun trasmitida por vía literaria, desde el "Facundo" de Sarmiento (que también acogió para su libro fuentes literarias inglesas, como hoy se sabe, para su pintura del ámbito pampeano que totalmente desconocía). (51). Para Berro, con su experiencia de cultivador a cuestas, con su vivencia de una **cultura** reintegrada a su sentido prístino y elemental no hay tal solución de continuidad entre ciudad y campo; también la campaña, hasta la gran devastación de la Guerra Grande (sobre la que pasa, aunque mal podía imputarla solamente a su partido) había realizado, había conocido progresos efectivos (52). No existía, tampoco, la antítesis de prototipos de un "hombre de ciudad" y un "hombre de campo": el mismo ser que podía tropear y domar y carnear era capaz de hombrearse con los más perfumados galanes en un salón de Montevideo, (53), aserto válido para el "gentleman farmer" pero no para el resto paisano y que nos da los límites de clase entre los que su discurrir se movía. Poco atento a las implicaciones etimológicas de sus términos, Berro a veces debilita sus líneas y prefiere traer la **civilización** (cosa de ciudad al fin) a su causa, en vez de invocar, como hubiera podido hacerlo con mejor tino, a la **cultura**. Con lo que hace menos fuerte su ya discutible aseveración de que el domar y carnear es tan conciliable con el progreso como el tejer telas y destripar terrones (54) y le lleva a desertar de ese gradualismo que hace, en general, el vigor de su razonamiento.

Si el campo para Herrera y Obes (y su mentor Sarmiento) era la **barbarie**, Berro, ahora más fiel a su sistema de transiciones lo negará como dictamen cabal, aunque bien conociera la dureza de la guerra civil, la despoblación del agro, ese su vacío de instituciones que será la obsesión de su gestión presidencial y su primitivismo tecnológico (y también, de seguro, el impulso civilizador que alentaba en los más humildes esfuerzos por despegarse de él). Atenido ahora a un estricto literalismo, Berro que consideraba (lo veremos enseguida) a América y a Europa modernas como dos crecimientos divergentes de un mismo tronco histórico, recuerda entonces que la **barbarie** había sido superada justamente al iniciarse la bifurcación, en el alba de la Modernidad coetánea al descubrimiento y colonización de nuestro continente. Un genérico proceso civilizador tiene su escenario en Europa y en América, en el campo y en la ciudad (55), aunque asimismo, mediante ese tipo de tentación a la que ningún replicante escapa, no pueda evitar el dispersar sus tiros recordando el clásico (o romántico) tema de la barbarie regeneradora (56).

Todo el asunto "barbarie - civilización" tiene que ser considerado digresivo, verbal, si se le coteja con el que arrastra la identificación de ciudad - revolución y campaña - reacción y coloniaje. Porque Berro —temperamento antirrevolucionario, si lo hubo, devoto de la continuidad, el trabajo, la paz, el orden, en cuanto todos estos valores sinonimizan estabilidad política y social— no podía dejar de comprender que Herrera y Obes empleaba una palabra prestigiosa, amparándose de su equivocidad y de la equivocidad general de todo el lenguaje político. Ya se ha visto más arriba el alegato de la revolución de la Independencia como movimiento campesino democrático, la etiología de ese pueblo que se alzó arrastrado por instintos certeros aunque oscuros mientras las clases dirigentes de la ciudad que debieron darle la doctrina idónea

fueron omisas. Berro no nombra a Artigas, como tampoco lo hace Herrera y Obes, ni alude al pasado infiel de Montevideo y aun sostiene al final de su réplica que el pueblo no hizo "la revolución", en lo que cabe estar de acuerdo con él si la revolución fue la ruptura con España y el nuevo orden en que, ésta al tiempo, remató.

Bien puede pensarse que esta parte de su réplica es la más débil de todas, no sólo porque Berro no era una "conciencia histórica" en el sentido específico del término, sino porque temía lo que pudiera implicarle de un dictamen sobre hechos pasados cuando llegara el trance de juzgar su presente.

La "revolución" que a Berro le acuciaba era la guerra civil y sus personeros y promotores, que el elenco educado, al que pertenecía, veía encarnados en los caudillos. Procede aquí un desglose del tema en dos, lo que permite comenzar recordando el temperamento antirrevolucionario de Berro, poco más arriba subrayado (57) y a la bastante variada aforística con que lo cohonestó (58). Una aforística de sentido invariablemente negativo que implica, sobre todo en los papeles privados, el mismo proceso de la Emancipación, con lo que hemos de decir que en ellos sí se desnuda en toda su coherencia el "gradualismo" de Berro, su hostilidad al cambio violento que no desvirtúan, por mucho que se haya alegado, ni su conducta en 1832 (cuando todavía su personalidad no estaba definida), ni en 1853 (en que representaba el orden legal quebrado por un motín militar) ni menos en el oscuro trámite de 1868.

A la luz de esta persistencia deben entenderse dos expresiones que Berro —por lo demás como tantos hombres de su época— tuvo a menudo en su boca y en su pluma. Eran la del **principio conservador** y la **vía** o el **esfuerzo reaccionario** (59). El curso de los años altera más rápidamente la semántica política que la de otros vocabularios: los términos "conservador" y "reaccionario" poseen hoy cierto sentido no demasiado unívoco pero suficientemente estable. Y el problema terminológico se complica en el caso de "conservador" por la circunstancia de que existiera en el país, desde 1853 hasta los años setentas, un Partido Colorado Conservador, o Conservador a secas. Fue el de Juan Carlos Gómez, José María Muñoz, Lorenzo Batlle, César Díaz y otros, es decir, el de la fracción letrada y militar urbanas del coloradismo. Y ocurrió, como bien se sabe, que extremadamente minoritario dentro de su propio partido, recurrió sin pausa al motín montevideano y a la invasión desde Buenos Aires (era, en buena proporción, una sucursal del porteñismo) para ganar el poder. También se caracterizaba por el más empinado espíritu de superioridad social y de clase: se ha citado muchas veces el pasaje de "El Comercio del Plata" en que se felicitaba del alto nivel económico y cultural de su conscripción juvenil. Sin embargo, Berro habría podido suscribir el editorial definitorio del partido que Juan Carlos Gómez escribió para "El Orden" en 1853 (60). Con la diferencia, claro está, de haber sido él, consecuente a sus términos, y no quien lo compusiera.

Fieles o no, en suma, Berro y otros, no creo aventurado suponer que cuando invocaban el **principio conservador** aludían a un complejo de valores y pautas de integración, cohesión y consenso, identificables con la misma sociedad y aun con cualquier tipo de sociedad. Un principio, también, amenazado persistentemente por el espíritu partidario y faccioso, los modos del personalismo, la demagogia caudillesca, la intromisión extranjera y la división incesante. La **vía** o **el esfuerzo reaccionario** representaba, complementariamente, la pugna por remontar estos males, por aventarlos, como un mal sueño, del país que anhelaba.

— VII —

LOS CAUDILLOS Y SU MITO

En su respuesta a Herrera y Obes —más insincero éste aquí que en ninguna otra parte—, Berro no dudaba de la existencia de los caudillos y menos de su negatividad, concorde en esto tanto con sus tendencias profundas como con el juicio general y culto de su tiempo. Muy sobriamente, se limita a recordar que las revoluciones (guerras civiles) no habían salido de la campaña (aunque a veces se iniciaran tácticamente en ellas, hubiera podido agregar), sino de los núcleos políticos de la ciudad y de sus ambiciones. También sostiene que si la campaña había elevado **caudillos ignorantes**, la ciudad (o sus dirigentes) los había **usado** y que nada parecido a un choque frontal de "hinterland" y capital habían representado las ya plurales guerras civiles sino sectores de uno y otra entremezclados (61).

Berro, por el contrario, y aquí no pensaba en el "gentleman farmer", prefería considerar el campo y sus hombres como víctimas de una conjugación de fuerzas en las que el caudillo era un elemento adjetivo. En un fragmento, redactado probablemente en tiempos de su presidencia o en la de Giró, afirmaba, después de revistar las diferencias entre el trato concedido a la campaña y el concedido a la capital: **Y no se diga que esa diferencia ha estado en que han gobernado caudillos y en que ha habido guerras. Hoy mismo que hay un gobierno sin caudillaje, sin partido, y verdaderamente nacional está sucediendo lo mismo...** (62). Y, aun retrocediendo un tramo en la vía de la abstracción, Berro se encontraría (también por esos probables tiempos, también en esas reflexiones íntimas) con su auténtica, visceral antítesis de **impersonalismo y personalidad**. O, en el lenguaje de la ciencia social de hoy: de **universalismo y particularismo**. Aquí sí Berro es dualista, aquí sí no establece "continuum". **Hay un anhelo general por el orden y la estabilidad; y sin embargo, no se ha formado ningún partido para conseguir y defender esas cosas. ¿En qué consiste? En que todos los hombres, sabios e ignorantes; de ciudad y de campo, han acompañado los partidos; por los jefes que los encabezan, no por las ideas que se hacen valer para sostenerlos. Cuando se ha dicho partido del orden, de la legalidad, no se ha hablado con exactitud, ha debido decirse, partido de tal Gefe apoyado en una base de orden, o legalidad (...) Esto ha nacido de nuestra costumbre de personalizar todo, de no saber defender un principio sin encarnarlo en un ídolo personal, sin expresarlo en el culto a una persona, y vincularlo a ésta** (63).

Entre los logros más inequívocos de su gobierno (y esto, por lo menos, hasta la invasión de Flores pero aun después) estaría la demostración de cuánto tenía de inflado, de artificial, el énfasis romántico y doctoral puesto en la cuestión del caudillaje. Berro convirtió la jefatura política de los departamentos en un verdadero instrumento pontifical entre Montevideo y el interior, entre el gobierno y el país real (64). Designando para ellas a vecinos de arraigo o a jefes militares habituados al pago, en ocasiones aún, a doctores, logró enjugar, con una eficacia hasta entonces desusada el crónico, latente disturbio que desde la pirámide de caudillejos y sub-caudillejos se promovía. Dionisio Coronel, Pinilla, Fregeiro, Sienra y otros muchos se constituyeron en órganos de regularidad y de progreso efectivo, se erigieron en auténticas autoridades que no necesitaban la bota de potro ni la amenaza montonera para hacerse respetar. Flores, se dirá, se le subió a las barbas. Aunque, sin ánimo por volver sobre un debate hace décadas cerrado, bien se sabe que sin el apoyo sucesivo o simultáneo de Buenos Aires y del Imperio, otro gallo le hubiese cantado a la "Cruzada Libertadora" y su destino.

Sí, interesa, en cambio, subrayar otra circunstancia. Y es la de que Berro —y esto sin caer en la estéril faena de la busca de "precursores"— constituye seguramente el primer hito para el urgente examen desmitificador de la noción del caudillaje. Montado sobre el culto artiguista y el culto a Rivera (por lo menos), el concepto del caudillismo atravesó el período final de la historiografía oficial - liberal (65). Aun entremezclado con elementos ideológicos y racionalistas le eran poco congeniales, fue pilar fundamental de la que Germán Carrera Damas llama "la segunda religión", el culto gubernativo y partidario a héroes fundadores mal entendidos y peor justificados. La onda revisionista, en esta zona, revisó poco y aun agravó el estado del problema. Pues no se trata ahora, como es obvio, de volver sobre los errores y desenfoques del liberalismo doctoral sino destacar, como Berro pasó del barrunto de hacerlo, la variable muy "dependiente" que el caudillo representó, su estricto condicionamiento a un contexto socio-económico determinado. Que, en nuestro caso, era el desmantelamiento institucional del Estado, la intervención extranjera, la discontinuidad geográfico - social entre las clases inferiores del medio rural y las medias y altas del medio urbano, la conformación estanciera y latifundista del primero (66), la proclividad personalista y particularista de nuestro temple colectivo. Berro, que por cierto no agotó el tema en su réplica parece haber avizorado —véase sino el último pasaje transcripto— que el caudillaje rioplatense como versión del liderazgo informal era, más que otra cosa, un molde que podía llenarse con cualquier sustancia y a cualquier altura de la pirámide social cuando ciertas condiciones se dieran, y solían y suelen darse frecuentemente. En una palabra: la no - sustantividad y ubicuidad del caudillaje no parece haberle sido ajena y ni, qué decirlo, si olvidó o no conoció bien a Artigas, la condición de

muy mera hipótesis del "carismas" caudillesco. De su experiencia vital misma pudo conocer que el prestigio de nuestros caudillos raramente se autogeneró por mucho tiempo (y esto es lo implícito en la noción de "carisma") sino, por el contrario, sufrió monumentales altibajos según tuvieran o no mucho que dar o que ofrecer. La carrera de Rivera abunda en estas oscilaciones. Y los tres años de la revolución florista, ya en las postrimerías de su acción de estadista, no estarían en condiciones, por cierto, de rectificarle tal creencia. (66 bis).

— VIII —

EUROPA Y SUS ESMEROS

Me referí ya a la convicción que Berro profesaba en lo relativo a Europa y América. La oportunidad de su expresión se dio en la réplica a Herrera y Obes, quien alzaba el dualismo tajante de una América reaccionaria y colonial y una Europa benévola a cuyo influjo debíamos abrirnos sin retaceos. Para Berro, la Europa y la América de su tiempo eran dos puntos de llegada diferentes de un mismo, común punto de partida constituido por la mixtura cristiano-germánica - romana de los siglos medios. Esta comunidad inicial significaba **principios generales,** identidades importantes que bien podían sinonimizarse con lo universal. Pero las trayectorias posteriores separadas habían suscitado inocultables factores de diversidad que peculiarizaban tanto a un continente como al otro (67). Pero los cursos distintos de las dos entidades, la más rápida maduración de Europa, representaba, con este "desarrollo desigual", sustanciales, insoslayables peligros. No se trata, vuelvo a repetir, de encontrar "precursores", en este caso al antimperialismo. Que Berro, gradualista y hombre de matices, buscó y cortejó el apoyo de las tan peligrosas Francia e Inglaterra contra Buenos Aires y Brasil es hecho que la historia abona y sobreabunda de inteligibilidad (68). Cierto es, también, que permitía "fiorituras" y abusos de razonamiento la tesis de Herrera y Obes, en el sentido de abrirnos confiados a toda acción europea, ya que Europa nos había hecho objeto de todas **sus consideraciones y esmeros.** No se ensaña Berro con una frase tan grotesca, aun gratuita en el canciller de un gobierno que vivía del subsidio francés. La provocación que la sentencia representa

le habilita, sí, a establecer un balance de la acción de las potencias europeas que no es común en el pensamiento de su tiempo.

En un pasaje íntimo y sin fecha había partido del rechazo ético a una moral fundada en (la) conveniencia (que domina lo mismo en las ideas que en los cuerpos. Y la ejemplarizaba en la aceptación aparentemente universal del saqueo colonial de Europa que con la doble superioridad de su fuerza material y de su entendimiento, somete a los demás a su voluntad y a sus decisiones, cualesquiera que sean, y el asentimiento universal convierte en derecho y justicia lo más opuesto a uno y otro. Los ingleses conquistan la India, los franceses el Egipto y la Mauritania, y hablan de estas conquistas como de adquisiciones justas. La Europa hace un derecho de gentes acomodado a sus solos intereses y pretende su universalidad. ¿Quién se les opone? ¿quién la convence de sus errores? Su poder hace que sea obedecida en silencio por unos y su saber obliga a callar a los otros (68). Él intentará escapar a los dos lotes y, mientras tanto y a cuenta de mayor cantidad, recuerda en su réplica: "El Conservador" confunde torpemente la comunicación social con el roce político. Puede un pueblo recibir de otro con aquélla muchos bienes, y al mismo tiempo sufrir con este último males muy graves. Los pueblos de una civilización llevan ésta a los otros con quienes se comunican, y en eso ya se ve que les producen un bien; ¿pero esto impedirá acaso que su ambición a vueltas de este bien, les haga daños los mayores? ¿Cuántas naciones pudiéramos nombrar que entregándose inconsideradamente cebo de los beneficios que les resultaba de comunicarse sin reserva ni precauciones con otras mucho más civilizadas, luego se vieron cruelmente maltratadas por éstas, y aún reducidas a duro vasallaje, perdida su existencia nacional (69) Y prosigue más tarde: ¿Quién puede dudar que de las relaciones de la América con la Europa han nacido y nacerán para aquélla provechos de mucha consideración? ¿Pero es cierto que la acción con que la Europa ha contribuído a estos provechos ha sido de tal manera desinteresada y benévola que merezca toda nuestra gratitud?, ¿es cierto que nos haya prodigado esas "consideraciones y esmero" que dice "El Conservador" y que su poder hacia nosotros se haya demostrado siempre tan benigno, tan inocente, que sea una injusticia atroz temer de ella la menor cosa? Responder afirmativamente a estas interrogaciones sería olvidarse de los hechos que han pasado, sería cerrar los ojos para no ver lo que ante ellos está sucediendo. ¡Líbrenos Dios de ser ingratos! Jamás borraremos de nuestra memoria los favores que algunos generosos europeos nos prestaron para obtener nuestra independencia, ni dejaremos de mirar siempre reconocidos los votos sinceros que otros han formado por nuestra felicidad; hoy mismo tenemos que agradecer esas voces llenas de humanidad y de filosofía que de varios puntos de la Europa se levantan por defender nuestra justicia, y nuestra inocencia, y maldecir el bárbaro uso de su poder que han hecho para sostener las pretensiones más inicuas los europeos interventores. Pero nadie podrá negar que en general La Europa nos dejó solos en la porfiada y sangrienta guerra de la independencia, sin darnos auxilio alguno de consideración; y al buscar nuestras relaciones ha pensado no en el bien que nos iba a hacer con su contacto sino en lo que a ella le debía redundar con el nuestro. Bajo este aspecto es que hemos de considerar su venida; y esto explica porque después de tener asegurado el vasto mercado que la América le abrió con su emancipación, abandonó los antiguos sentimientos de amistad hacia ésta y empezó a afligirla con pretensiones avanzadas, y a ofenderla con desprecios y descomedimientos insultantes (70). La noción de meteoros históricos muy otros que locales, un realismo a escala universal, la despierta conciencia del rioplatense, el sentido del matiz y la discriminación, el desdén a la antítesis efectista: todo está aquí. El "drama del 65" le enseñaría sin embargo, que esas fuerzas de escala universal, actuaban ya desde dentro y que era tarde, en verdad, para contenerlas.

(fragmentos de un estudio).

NOTAS:

(1) Por otro lado, iba ganando general aceptación la teoría de que había una especie de derecho divino a comerciar en cualquier parte y de que era antinatural que los gobiernos cerraran los países al libre desarrollo del comercio (...) Si el gobierno chino no deseaba estimular el comercio extranjero era necesario obligarlo a que lo hiciera, en pro de la paz, la prosperidad y el progreso (K. M. Panikkar: "Asia y la dominación occidental", Buenos Aires, 1966, págs. 120-121).

(2) Mas vuela aciaga sombra de negra noche en torno a su cabeza (Virgilio, "La Eneida", traducción J. Echave).

(3) "Berro. Anotaciones marginales a una vida ejemplar", en "Asir", junio de 1951, nº 22, págs. 19-26. Es una de las omisiones de la bibliografía, por otra parte excelente, trazada por Pivel Devoto, en nota final (pág. LIV) de su prólogo a "Escritos", de Bernardo Prudencio Berro, Montevideo, Biblioteca Artigas, 1966. Otros textos que no parece excesivo traer a colación son, también: Mariano B. Berro, "La Agricultura Colonial", Montevideo, 1914, págs. 269-293 (recuerdos de la chacra paterna del Manga); Fermín Huertas Berro: "Guía histórico-genealógica de las familias Huertas, Berro y Bustamante", Montevideo, 1962. El libro de Demetrio Erausquin: "El gobierno de Don Bernardo P. Berro", Montevideo, 1891, es una colección documental y, pese a mis esfuerzos, no he podido consultar el folleto de la señora Berro de Frías sobre su familia. El material básico para el estudio de la época de Berro y su personalidad se constituye, en suma, con las exposiciones y ediciones de Pivel Devoto, los "Anales Históricos", de Eduardo Acevedo, los informes de Martin Maillefer (ver nota 45) y los dos nutridos volúmenes de Aureliano Berro: "Bernardo P. Berro. Vida pública y privada" y "De 1860 a 1864", Montevideo, 1920-1921.

(4) Cyril Connolly: "La tumba sin sosiego", Buenos Aires, 1949, pág. 202.

(5) Huertas Berro: "Guía..." (ver nota 3) pág. 35.

(6) Manuel Herrera y Obes-Bernardo Prudencio Berro: "El caudillismo y la revolución americana", Montevideo, Biblioteca Artigas, 1966, pág. 153.

(7) Ídem, pág. 109.

(8) Carta a su padre, desde Casupá (26 de diciembre de 1833), en Aureliano Berro (ver nota 3), t. I, pág. 58.

(9) En "Revista Nacional", nº 134, Montevideo, 1950, págs. 280 y 294.

(10) Hago la precisión, porque hasta el nivel administrativo llegó inverosímilmente, a raíz de su centenario, la confusión con su hijo, el historiador.

(11) "Historia de los partidos y las ideas políticas en el Uruguay", Montevideo, 1956, t. II, pág. 256 y ss.

(12) En "Escritos" (ver nota 3), pág. 74.

(13) Ídem, págs. 121-122.

(14) Ídem, pág. 77.

(15) Montevideo, 1891, págs. 224-225.

(16) Confirmaciones programáticas en "Escritos", págs. 212-220.

(17) Arturo Ardao: "El catolicismo masón bajo Berro", en MARCHA, Nos. 1041, 1042, del 30 de diciembre de 1960 y 13 de enero de 1961; en "Racionalismo y Liberalismo en el Uruguay", Montevideo, 1962, págs. 157-189.

(18) **La religión cristiana, única y verdadera, que nuestra patria tiene la felicidad de poseer, es también la más pura, la más social y la más acomodada a los principios liberales del sistema republicano.** "Escritos", pág. 128. Debo registrar, sin embargo, por lealtad a verdad —detesto forzar las tesis— sus semejanzas con varias formulaciones de Echeverría y la generación del "Dogma". Puede leerse en Aureliano Berro, op. cit. t. I págs. 327-330, la argumentación de su nieto en refuerzo de la religiosidad de Berro: se trata, sustancialmente de actos de reverencia formal y/o oficial: v. gr. auxilio a la construcción de templos, etc., que fueron norma de todos los gobiernos patrios hasta Santos y Cuestas.

(19) Mariano Balbino Berro, racionalista, y Carlos Antonio, fervoroso católico. Este hecho sirve también para marcar la indecisión ideológica de las élites político-culturales sudamericanas en el siglo XIX.

(20) Sobre la libertad de los esclavos en 1840 y la actitud de Berro ante Rivera, ver "Escritos", págs. 119-120. Durante su presidencia, la ley sobre el colonato, de julio de 1862 afirma el empeño antiesclavista junto al nacionalizador y antibrasileño; representando, fuera de duda, uno de los alicientes más sustanciales para la posterior intervención de Brasil contra su gobierno. "El Pueblo" era de Mateo y Luis Magariños Cervantes y estos episodios cobran poderoso interés si se piensa que con ellos y a través de ellos se produjo la primera polarización neta (la de "Logia Imperial" versus "Caballeros Orientales" no fue tan estable) de los sectores dirigentes hacia los dos núcleos que definirían al partido blanco y al colorado. Sería interesante también hurgar en la correlación conspicua entre la condición de descendientes de los españoles —y aun criollos— más persistentes en su fidelidad monárquica y peninsular y la constelación de la Defensa —es el caso de los Batlle, Magariños, Herrera y Obes y Ellauri— así como la que existe entre los hijos de los que acataron o adhirieron antes que otros el hecho de la Independencia y el grupo de Cerrito durante la Guerra Grande. Claro que todo esto no significa retornar a una historia de "buenos" y de "malos": bastante saturados hemos sido por ella, ya sea en sus viejas como en sus nuevas versiones.

(21) "Escritos", pág. 80.

(22) Ídem, pág. 75.

(23) Ídem, págs. 196-203 y 240.

(24) Ídem, págs. 68-122.

(25) "El caudillismo", págs. 67, 98, 121, 130.

(26) "Escritos", págs. 82-83.

(27) Ver nota 11.

(28) "Escritos", pág. 85.

(28 bis) Escritas estas páginas, encuentro en Aureliano Berro, op. cit. I, pág. 97, este pasaje que ilustra casi experimentalmente mi aserto. Recordando sus relaciones con Oribe y Villademoros, durante el período del Cerrito, afirmaba de Oribe Berro: **Creía y se decidía por sentimientos. Acostumbrado yo a discernir "a ratione", sostenía mis proposiciones raciocinando lógicamente. El ministro de relaciones exteriores contestaba con una proclama, con una peroración que halagaba los sentimientos del Presidente y con ella echaba por tierra toda mi argumentación. También el tono algo osado y decisivo le hacía mucha impresión... La declamación era la única forma de persuadirlo, y yo no sabía declamar: mi manera filosófica era la cosa más desairada a sus ojos.**

(29) "Escritos", pág. 68. Todo esto sea señalado sin perjuicio de apuntar que Berro coincidía con sus rivales en la aspiración característica del romanticismo latinoamericano a una "li-

teratura propia", con sabor y aun pensamiento nativos. Pues con cierto precursor pragmatismo —que también se halla en el Alberdi de esos años— reclamaba un arte y una filosofía que sirvieran para la promoción de nuestra realidad: ver "Escritos", págs. 91 y 95. En las polémicas de Sarmiento en Santiago de Chile, pero años después, se retomaría la misma postura..

(30) Que no se invalida por más que el presidente Johnson sostenga que está colaborando en el "national-building" de ¡Vietnam del Sur!

(31) "Escritos", págs. 246-247 y A. Berro, op. cit. t. I, pág. 201.

(32) En "Revista Nacional", nº 8, Montevideo, 1938, pág. 276.

(33) Ver "ut supra" su antagonismo al "principio personal" y toda legitimación de tipo carismático, sobre **misiones, profecías** y **regeneraciones** las cartas antirrománticas: ver nota 24.

(34) Por obra de una de esas frecuentes trampas de la memoria, creía mía la identificación Berro-Cincinato, cuando encontré el siguiente pasaje en un discurso de José Irureta Goyena (que había leído con mucha antelación): **Bernardo Prudencio Berro, vástago ilustre de una familia indígena del valle del Ronkal, político y granjero, tribuno y labrador, una especie de Cincinato que, con la misma mano que escribía correctos versos en latín y excelente prosa castellana, empuñaba afanosamente para ganarse la vida, la rugosa esteva del arado** ("Discursos", Montevideo, 1948, pág. 172). En venganza de mi olvido diré que jamás oí hablar de esos versos latinos.

(35) "La agricultura colonial (ver nota 3). En esas páginas, especialmente ver lo referido a la comida, a la terapéutica casera (no había asistencia médica), a la contribución recíproca de los vecinos para la trilla (p. 275) y a la corrida de la bandera y el pantagruélico banquete posterior a ella (p. 276-278).

(36) Sobre la admiración a los EE. UU.: "Escritos", págs. 73-74, 112-118; "El caudillismo" pág. 119 **et passim.**

(37) Sobre la devoción a Tocqueville: "Revista Nacional", nº 134, pág. 291 y "Escritos", pág. 87-95.

(38) Sobre el progreso como obra de unas pocas personalidades cimeras: "Escritos", pág. 92-94; sobre **la propiedad y la riqueza particular como base de la riqueza pública:** "Escritos", pág. 219; sobre felicidad y derechos individuales: "Revista Nacional", nº 134 pág. 296.

(39) Ver en "Escritos", págs. 284-330, sobre régimen municipal.

(40) Ídem, pág. 301.

(41) Ídem, págs. 117-118.

(42) "El caudillismo..." pág. 152. Berro acepta también la versión independentista liberal de la colonización española: **despotismo cruel,** represión de **todo progreso moral y material.** No cree, empero, que le quepa el calificativo de **bárbara:** ídem pág. 131.

(43) Ídem, págs. 153-154.

(44) "Revista Nacional", nº 134, pág. 291.

(45) En "Escritos", pág. 123-137. Berro acogió del puritanismo mucho de sus elementos básicos y aun ciertas exterioridades de conducta: repásense los testimonios de su nieto Aureliano y el, a menudo, ácido de Martin Maillefer (en "Revista Histórica", Nos. 49-50, 51, 52, 55, 64 y 76), sobre su modalidad sobria y severa, contenida (y tal vez reprimida). No debe olvidarse, sin embargo, que los ingredientes **"ilustrados"** de su pensamiento, atiéndase, por caso, a su "Canto a las excelencias del amor" y a sus **explícitos** sensualismo y naturalismo, le **alejaban** por grandes trechos de una verdadera **cosmovisión** y ética puritanas.

(46) "Escritos", pág. 70.

(47) Ídem, págs. 207, 220-221.

(48) Ver nota 6.

(49) Es claro que Herrera y Obes identificaba campo-reacción-coloniaje-barbarie-América con el partido blanco y los términos opuestos con el colorado. Berro deducía las consecuencias implícitas en la antítesis de su oponente.

(50) Este enclave le da cierta afinidad —aunque sólo en esto— con un gobernante, Tomás Berreta, casi un siglo posterior a él.

(51) Cabría, sí, la interrogación de si también en Berro no se interpuso alguna vez el velo literario entre su visión de nuestra realidad natural y esa realidad misma. El hecho es, por otra parte, general: al fin y al cabo, la naturaleza, decía Wilde, copia al arte y ¿hasta dónde **el campo** de la "Epístola a Doricio" es **auténtico y hasta** dónde salmantino o mantuano? Y aun **lo mismo** podría indagarse con atención esa **aura pestilente que infecta las ciudades** (estrofa IV de la "Epístola"). ¿Es la de los saladeros, muy lejanos a la edificación montevideana, o es la de la literatura y poesía de Europa?

(52) "El caudillismo..." págs. 141-146.

(53) Ídem, págs. 137-138 y antes en "Revista Nacional", nº 129, pág. 344, sin indicación de origen.

(54) "El caudillismo..." pág. 110.

(55) Ídem, págs. 136-155.

(56) Ídem, pág. 146.

(57) Subrayado también por Pivel Devoto, en "Revista Nacional", nº 129 pág. 335 y apartado.

(58) Contra la "revolución": a) **en su justificación:** "Revista Nacional", nº 134, págs. 283-284 (sobre la invocación del "derecho a la resistencia"); b) sobre sus modalidades: ídem, pág. 284 y "Escritos", pág. 81; sobre sus **resultados:** "Revista Nacional", nº 129, pág. 341; "Escritos", págs. 88-90 **et passim.**

(59) "Revista Nacional", nº 134, pág. 271.

(60) Juan Carlos Gómez: "Su actuación en la prensa de Montevideo", Montevideo, 1921, t. I, págs. 25-27.

(61) "El caudillismo...", págs. 139-141 y borrador en "Revista Nacional", nº 134, pág. 295.

(62) Ídem, pág. 296.

(63) Ídem, págs. 297-298.

(64) Ídem, págs. 267, 270.

(65) Atiéndase, por ejemplo, al significado de ciertas páginas de Rodó: "Perfil de caudillo", "Artigas", etc.

(66) Tulio Halperin Donghi destacó no hace mucho la estricta correlación argentina entre latifundio y caudillaje ("El surgimiento de los cau-

dillos en el cuadro de la sociedad rioplatense post-revolucionaria", en "Estudios de historia social", nº 1, Buenos Aires, 1965, págs. 123-149). Pero Halperin subraya el "contexto" latifundista, muy lejos de la tesis de José Ingenieros haciendo del gran latifundista caudillo, "per se", él mismo.

(66 bis) No tengo espacio ahora para explanar la idea de que el liderazgo caudillesco allí donde efectivamente existió, allí donde no es una desmesura retórica o una categoría interpretativa facilona fue cuando acumuló sobre sí las notas de funcional y formal-legal. La única excepción auténtica me parece Artigas en los años 1819-1820. Pero salvo él, los otros caudillos sólo se sostuvieron cuando tuvieron una función efectiva que cumplir: intermediación, reparto, saqueo, mediatización a una intervención extranjera, voz de un grupo sin expresión política adecuada o jefatura militar de una reivindicación partidaria armada (que, creo, es el caso de Timoteo Aparicio y de Saravia). A veces se adosó a esta función la condición de líder legal o formal: presidencia de la República o jefaturas departamentales. Pero "carismas": don de gracia, autoalimentación de prestigio sin investidura política o algo que ofrecer o a qué servir conoció muy poca nuestra historia. Y este es el "caudillismo" y el "caudillo" que acuna y prefiere la interpretación romántico-partidista.

(67) "El caudillismo...", pág. 118.

(68) Ver sobre todo la carta a Maillefer: en "Revista Histórica", nº 51, págs. 451-453.

(69) "El caudillismo", pág. 110.

(70) Idem, págs. 111-112.

ALFREDO R. CASTELLANOS

UNA PRUEBA DE FUEGO PARA LA SOBERANIA ORIENTAL

• El presente artículo se integra con dos capítulos de un extenso trabajo inédito del profesor Castellanos acerca de la mal llamada "Cruzada Libertadora" del general Flores, resumidos y acondicionados por el autor para su publicación en estos "Cuadernos".

ES hoy cuestión admitida sin mayores discrepancias, el apoyo prestado a la revolución de Flores por el círculo político del presidente, general D. Bartolomé Mitre, —su antiguo camarada de armas en Cepeda y Pavón—, no obstante las protestas oficiales de neutralidad ofrecidas por éste a nuestro gobierno.

Por lo demás, si no justificado, esto era natural y lógico dentro de los planes políticos, tanto internos como externos, del "unitarismo" porteño que secundaba al mandatario argentino, en modo particular respecto de un levantamiento armado, —siempre latente—, de los caudillos "federales" de las provincias interiores.

No obstante la política de estricta neutralidad seguida por el presidente Berro frente al desarrollo de la última guerra civil en la Argentina, epilogada en los campos de Pavón, los "unitarios" porteños desconfiaban de algunos de los hombres del gobierno de aquél, cuyas simpatías con los "federales", —y particularmente sus vinculaciones con Urquiza—, eran por demás notorias.

De algún tiempo antes de la invasión de Flores, la prensa unitaria de Buenos Aires no cesaba de señalar la conmixtión de intereses entre los partidos políticos de ambas márgenes del río.

He aquí lo que expresaba "La Tribuna" de dicha ciudad, a fines de 1861: "La discusión sobre las cuestiones que se debaten en la República Argentina en este momento se ha trasladado a la prensa oriental, y se explica que haya allí contradicciones en la apreciación de los sucesos, porque en el Estado Oriental están en pie los dos partidos que luchan desde mucho tiempo atrás en aquel país, partidos que son los mismos que han existido en la República Argentina: El Partido Blanco, que es el mismo Partido Federal con su misma bandera, sus mismas tendencias, sus mismos crímenes y sus mismas infamias, se ha puesto como era de esperarse al servicio del partido vencido en Pavón. . ."

"El Partido Colorado, que es el Partido Unitario, con sus mismos principios y sus mismas tradiciones gloriosas, por el contrario defiende nuestra causa".

Y comentando las primeras noticias de la invasión, decía el mismo diario en abril de 1863:

"La cuestión que hace treinta años se de-

bate en las repúblicas del Plata va a ser resuelta definitivamente: la lucha encarnizada que se perpetúa desde aquella época entre los principios que representan por una parte las tradiciones unitarias y por otra las federales, va a tener una solución estrepitosa. En la República Argentina los elementos puestos en acción por la mano oculta de Urquiza se agitan convulsivamente con la pretensión insensata de conmover las bases sobre que descansa el orden constitucional de la República. Y al mismo tiempo que en la Argentina donde dominan los hombres y las ideas del partido unitario la federación reacciona, en la República Oriental subyugada por los blancos, se pronuncia la reacción de los hombres y de las ideas del Partido Colorado... Las miradas de todos los que se interesan por el triunfo de las buenas ideas están fijas en la República vecina; el desenlace del drama que allá se ejercita preocupa profundamente a los argentinos, porque la causa es idéntica, porque la solidaridad de intereses es innegable, porque es de importancia vital para la República que en el Estado Oriental se levante un gobierno simpático a nuestra autoridad y hostil a los hombres que tanto mal han ocasionado a la causa de las buenas ideas en ambas orillas del Plata. Ignoramos cuáles son los elementos con que cuenta el general Flores, pero lo que sí sabemos es que el Gobierno argentino, dando a los hechos toda la importancia que tienen, debe arrancar su política de este punto de partida. El triunfo de la revolución será para la República Argentina una garantía más de orden y de estabilidad".

Pero la prensa unitaria bonaerense iba aun más lejos. El propio diario mitrista "La Nación Argentina", en octubre de 1862 se expresaba en los siguientes términos:

"Las nacionalidades americanas deben tender a ensancharse, porque ésta es la ley natural... Por eso hemos dicho que la confederación americana vendrá con el tiempo... Esos medios son, por una parte, los tratados particulares, y por la otra, la fusión de las nacionalidades que tienen verdadera afinidad de intereses y que se hallan unidas cuando menos por su posición geográfica... Así lo que no es materia de congresos, quedaría arreglado separadamente con Chile, con Bolivia, con Perú, etc. El segundo medio está ya indicado, y consiste en la anexión recíproca de las repúblicas limítrofes... Tal vez estemos destinados a reconstruir la grande obra que deshicieron las pasiones locales, volviendo así las nacionalidades americanas a las condiciones en que se hallaban antes de los sucesos que las redujeron a su estado actual".

Y a raíz de la invasión de Flores, agregaba el mismo órgano refiriéndose al 18 de julio:

"He aquí el aniversario de la independencia de la República Oriental. ¡Triste fecha! Ella rememora el triunfo del localismo que ha impedido por medio siglo la organización de la República, y que ha ido desmembrando poco a poco la patria de 1810".

De lo expuesto se infiere que para la prensa bonaerense, —oficial u oficiosa,— de entonces, la revolución de Flores era un episodio de la historia argentina, mejor diríamos de las Provincias Unidas, cuya reconstrucción según se ha visto formaba parte de los sueños de algunos unitarios de la época, ni más ni menos que las ambiciones atribuidas al federalismo rosista veinte años atrás...

Esto explica el apoyo moral y material prestado por autoridades oficiales de Buenos Aires y del litoral argentino a la revolución florista, denunciado en su momento por el gobierno oriental, y posteriormente reconocido y confesado por algunos de los más destacados actores de entonces pertenecientes al círculo político y gubernamental del presidente Mitre.

En nuestro país, —expresa el doctor Eduardo Acevedo—, "no hubo discrepancia alguna entre los dirigentes de la época al apreciar la revolución de Flores. Todos estaban contestes en condenarla, lo mismo los Colorados que los blancos, porque todos, absolutamente todos, o aceptaban el Gobierno como una conquista nacional, o lo juzgaban como un puente insustituible para ir a soluciones más favorables al partido político a que pertenecían".

Rechazada por "El Siglo", órgano el más caracterizado del Partido Colorado, la invasión florista aparecía también condenada por otro diario montevideano, "La Reforma Pacífica", donde Nicolás Herrera y Obes, —hermano del futuro secretario del jefe invasor,— escribía lo siguiente:

"El General Flores, lanzándose en esta empresa es la expresión genuina del caudillaje que ha sido siempre la gangrena de nuestro país. No es el Jefe colorado, es el

caudillo que viene a hacer preponderar la razón del sable y de la lanza a la razón de la ley; es el caudillo que viene a derribar un orden establecido de cosas que impera, el principio de la autoridad constituida, y no el prestigio del hombre; es el gaucho que viene apelando a los suyos para oponerlos a los hombres de principios y de progreso".

"Querer vencer a Flores no debe querer establecer la influencia absoluta influyente del partido que se llama blanco. No es ese partido el que debe vencerlo; no debe vencerlo ningún partido. Es el país entero representado por su gobierno legítimo, sin bandera de color político ninguno, el que debe anonadar a la revolución".

Y en 1864, expresaba José Pedro Ramírez, desde Buenos Aires: "La revolución que llevó al General Flores al Estado Oriental el 19 de abril del año próximo pasado, no fue autorizada ni aprobada por muchos hombres del Partido Colorado, entre los cuales debo y quiero incluirme".

Era la voz del elemento doctoral que desde los mismos orígenes de nuestros bandos tradicionales venía haciéndose oír contra la acción personalista de los "caudillos"; lo que no fue óbice para que ese mismo elemento doctoral, antes y después de entonces, se vinculara a los denostados caudillos en la hora del triunfo...

"Dentro del Partido Blanco ya reconstituido, —expresa el historiador Pivel Devoto,— también campeaba la división, casi diríamos la anarquía. En este estado lo sorprendió la revolución iniciada por D. Venancio Flores. Berro resistió la reconstrucción del Partido Blanco; y cuando éste rehizo sus cuadros adoptó una actitud de indiferencia que lo colocaba al margen del partido. No supo formar en torno a su persona el núcleo indispensable de hombres sin el cual las mejores intenciones se condenan al fracaso, y alejado de las luchas internas del partido, al cual en realidad no llegó a reincorporarse durante su gobierno, habría de quedar aislado".

En efecto, principista exaltado también él, sus ideas lo pondrían en pugna contra el caudillismo blanco, así como los principistas colorados lo estaban contra el de su propio partido; con la diferencia que el presidente Berro fue más consecuente que estos últimos en su postura política, que al fin de cuentas habría de debilitar su gobierno y facilitar los avances de la revolución.

A éstos y otros factores políticos de carácter interno que alejaron al presidente Berro de un numeroso y caracterizado grupo de gobernantes, —ministros, senadores, diputados,— del Partido Blanco, se sumó la actitud de estricta neutralidad que el mandatario oriental quiso mantener y mantuvo en la lucha que en los primeros años de su gobierno se desarrollaba en territorio argentino, entre Buenos Aires y la Confederación. A este respecto dirá el propio presidente Mitre un año después de su victoria de Pavón: "La nueva política iniciada por el Sr. Presidente Berro, y la estricta neutralidad que con tanta lealtad ha guardado, ponen al Gobierno Oriental una corona que sus mismos enemigos políticos no podrán marchitar".

Neutralidad que contrariaba los manifiestos deseos de muchos destacados hombres del Partido Blanco —incluso miembros del mismo gobierno de Berro,— abiertamente partidarios de ayudar al general Urquiza contra Mitre, y que a la postre habría de convertir aquella corona de gloria en una corona de martirio y de sangre para nuestra república, tejida por manos extranjeras...

LA "NEUTRALIDAD BELIGERANTE" DEL MITRISMO

El apoyo moral y material prestado a la revolución florista, desde su iniciación en 1863, por las autoridades bonaerenses y del litoral argentino, puede sintetizarse en los siguientes hechos: participación de altas personalidades del gobierno del presidente Mitre en los preparativos de la invasión, entre otros el propio ministro de guerra, general Gelly y Obes quien acompañó al general Flores al barco "Caaguazú" de la armada argentina en que éste salió de Buenos Aires rumbo a nuestro territorio con público y manifiesto propósito de iniciar su acción revolucionaria; protección dispensada por otros barcos de guerra argentinos a embarcaciones que transportaban hombres y pertrechos bélicos, a través del río Uruguay, destinados a las fuerzas revolucionarias; obstaculización de parte de dichas unidades de guerra argentinas a la labor de patrullaje realizada por barcos de guerra uruguayos para impedir aquel tránsito que en forma sostenida y creciente se hacía a la vista y paciencia de las autoridades de las ciudades del litoral argentino; promoción de reiterados reclamos diplomáticos por parte de la cancillería argentina, a raíz de incidentes producidos con motivo

de aquella labor de vigilancia desempeñada por barcos de nuestro gobierno, con acompañamiento ulterior de actos de fuerza contra estos barcos en nuestras propias aguas jurisdiccionales; rechazo por parte de la misma cancillería de las tentativas de mediación del Cuerpo Diplomático extranjero a objeto de obtener garantías de auténtica neutralidad del gobierno argentino en la lucha que se desarrollaba en nuestro suelo; falta de respuesta o respuesta evasiva a los hechos denunciados por nuestro gobierno que delataban la pasividad de las autoridades oficiales del litoral argentino con respecto a la pública y notoria ayuda material que desde las ciudades de dicha zona se prestaba a la revolución florista; y, finalmente, suspensión de relaciones diplomáticas con nuestro país, quedando así libre el gobierno del presidente Mitre de las molestas reclamaciones de nuestro gobierno, y expeditos los puertos de Corrientes y Entre Ríos, así como la isla de Martín García, para las expediciones de ayuda a los revolucionarios.

"Todas las personas desapasionadas concuerdan en la creencia de que este Gobierno ha prestado a Venancio Flores su ayuda clandestina, mientras uno de sus miembros se cuidaba poco de ocultar sus simpatías y esperanzas en el éxito de la revolución", escribe el encargado de negocios británico en Buenos Aires, Mr. Doria, el 28 de julio de 1863; y el mismo diplomático escribía también a su gobierno el 27 de agosto siguiente: "Me informa una persona que goza de la confianza de un miembro del Gobierno argentino, que éste espera, y la intención ha sido abrigada desde que Flores salió de Buenos Aires, anexar la República del Uruguay a la Confederación. Los diarios ahora escriben y hablan de esto abiertamente".

Claro está, que el gobierno del presidente Mitre, por boca de su canciller Dr. Rufino Elizalde, habría de negar una y cien veces los hechos notorios denunciados por el gobierno oriental, y hacer las más formales protestas de "neutralidad" en la guerra civil iniciada en nuestro territorio.

A este respecto expresa el historiador inglés, destacado profesor de la Universidad estadounidense de Illinois, Dr. Pelham Horton Box:

"El concepto de "neutralidad" enunciado por Elizalde, equivalía en rigor a un reconocimiento tácito de Flores como potencia beligerante soberana. De aquí se sigue, naturalmente, que la neutralidad consistía para él en acordar a Flores las mismas facilidades que al gobierno legal. Sólo por un preconcepto de esta naturaleza pudo quejarse Elizalde de que el gobierno de Montevideo pareciera esperar que la Argentina tomase partido en la lucha de facciones en el Uruguay. Tomar medidas activas contra el contrabando de armas, disolver el comité revolucionario que operaba desde Buenos Aires en interés de Flores y dirigía una abierta campaña de reclutamiento a favor de éste, habría sido una violación de la neutralidad, según entendía Elizalde, a pesar de que a nadie que estuviese libre de tales prejuicios le hubiera parecido semejante conducta sino el cumplimiento de un elemental deber internacional en la conservación de buenas relaciones de amistad".

Más adelante añade:

"¿Habría alguna verdad en las afirmaciones de neutralidad frecuentemente repetidas por Mitre? A la luz de lo que se ha relatado más arriba, se podría contestar a esta pregunta diciendo que era esencial al desarrollo de la política de Mitre una neutralidad de forma. Su actitud, hasta donde podemos ver, y hayan sido cuales fueren sus predilecciones personales (él mismo nos ha dicho, a través de Flores, en dónde estaba su corazón), era dictada por las exigencias de la situación interna de su país. No podía actuar contra Montevideo, salvo mediantes gestos repentinos provocados por "episodios " apropiados, porque Urquiza y los federales eran amigos de los Blancos, y el Paraguay se destacaba como una nube en el horizonte. Podía confiar en Urquiza hasta cierto punto, mas no se atrevía a forzar demasiado la adhesión del gran caudillo. Además, interpretar honestamente las leyes de la neutralidad, hubiera sido enajenarse las simpatías de los "porteños" impacientes que anhelaban habérselas con los "asesinos de Quinteros". Su propio gran partido liberal, que él manejaba con tan consumada pericia, tenía sus exaltados que deseaban la guerra. Pero Mitre se daba cuenta de que una guerra internacional, probablemente desencadenaría una guerra civil, y sólo en la quietud y en la confianza podía nacer la nueva nación bajo el mando de Buenos Aires; sólo en la quietud y en la confianza podía articularse bajo una cabeza única aquel cuerpo dislocado. Y así, de cuando en cuando, dejaba suelta a la serpiente Elizalde para que silbara a los Blancos, y luego, de

sopetón, se la volvía a guardar en la bolsa, antes de que pudiese infligir algún daño irreparable. Su política era tan sutil y cambiante como la que empleó su gran contemporáneo Cavour para dar nacimiento a la Italia unida en medio de todas las adversidades. Bartolomé Mitre es uno de los grandes estadistas liberales del siglo XIX. Tiene con Cavour ciertas características comunes. La sutileza de ambos es debida a la necesidad en que se hallaban de conciliar los principios liberales con la práctica de Maquiavelo. Los Bismarcks y los Itos de este mundo son menos complejos, porque no les incumbe la tarea complementaria de preparar una emulsión espiritual estable de aceite y agua."

"Y así, Bartolomé Mitre aguardaba los acontecimientos pero también los engendraba. No se dejaba dominar por los rencores de un Elizalde, o sobrepujar por los repentinos impulsos apasionados de Urquiza. Un alto espíritu contemporáneo, que como Mazzini, abrigaba poca simpatía por el género de política de un Cavour o de un Mitre (se refiere al argentino Juan Bautista Alberdi), analizaba el problema de este modo:

"La guerra en la Banda Oriental es un episodio de la guerra civil argentina bajo el gobierno de Mitre, como lo fue bajo Rosas. Nadie es neutral en esa guerra en la República Argentina, porque todos conocen por instinto su sentido. Los dos partidos beligerantes de la Banda Oriental sirven y representan los dos intereses y los dos campos argentinos, que asist · a la lucha oriental con la ansiedad del que contempla el debate de su pleito propio"

El mitrismo nada tenía contra el presidente Berro, de cuya política nacional e internacional hizo el mandatario argentino, —y debemos pensar que sinceramente,— el más cumplido y justiciero elogio. Sus tiros iban dirigidos por elevación contra el Partido Blanco, en particular contra la fracción caudillista de este partido, denominada entonces de los "amapolas", grupo opositor a la política principista del presidente Berro, a cuyos adeptos llamaban "vicentinos".

La proximidad de las elecciones generales a celebrarse en noviembre de 1863, y la posibilidad —muy fundada, por cierto,— de que en ellas triunfaran los blancos "ultras" contrarios al presidente Berro, fue lo que inquietó al mitrismo, pues ello significaría el cambio consiguiente en la política estrictamente nacional en que el mandatario oriental hallábase empeñado desde los comienzos de su gobierno, contra sus adversarios de dentro y fuera de fronteras.

El apoyo del mitrismo a la revolución florista, —iniciada precisamente en el año en que debían realizarse aquellas elecciones,— tuvo entre otras motivaciones, la de impedir que el muy probable triunfo de los blancos "amapolas" en estos comicios viniera a alentar las esperanzas de revancha del "federalismo" vencido en los campos de Pavón, por quien aquéllos confesaban públicamente una abierta simpatía.

Nada mejor pues que la ocasión brindada a Mitre por su antiguo camarada de armas, el general Venancio Flores, quien acaso sin proponérselo venía así a secundar los planes políticos del mandatario argentino.

Un "gobierno amigo" en la República Oriental, era lo que reclamaban de viva voz la prensa y la opinión pública unitaria porteñas en vísperas de la revolución florista; y ellas obligaron al gobierno de Mitre a jugar la comedia de la "neutralidad" beligerante.

LA INTERVENCIÓN BRASILEÑA

Por obra de un encadenamiento natural e ineluctable de los hechos, la revolución florista viose sobrepujada a poco de su iniciación por nuevas interferencias extranjeras, que habrían de desembocar, al cabo de dos años, en la más sangrienta lucha entre naciones sudamericanas habida hasta el presente: la "guerra del Paraguay" (1865-1870).

Un mes antes de la invasión de Flores, tres estancieros brasileños del Salto, se dirigieron al general Diego Lamas, comandante militar al norte del río Negro, y a la legación imperial en Montevideo, denunciándoles la existencia en Río Grande, sobre el Ibicuy, de grupos armados compuestos de orientales y brasileños; los que según algunos rumores circulantes, disponíanse a emprender "una californía" o robo de ganados, y según otros a reunirse con el general Flores a quien aguardaban por momentos.

Nuestra cancillería trasmitió de inmediato la denuncia a la legación del Brasil, y ésta luego de solicitar informes del brigadier Canavarro (Comandante brasileño de la frontera del Quarahim) contestó que no había tales movimientos en la frontera.

Pocos días más tarde se producía, sin embargo, el anunciado avance de los gru-

pos fronterizos, y la cancillería oriental volvía a dirigirse a la legación imperial formulándole nuevas denuncias.

"A pesar de la seguridad, —le decía— con que el señor brigadier Canavarro califica en su nota a la Legación imperial de infundados los informes del Gobierno oriental, los hechos han venido hoy desgraciadamente a confirmar las previsiones de éste, imponiendo el sello de la verdad a las relaciones anticipadas que el infrascrito hizo a Su Señoría. En estos últimos días, el territorio de la República ha sido invadido por la frontera del Salto por grupos armados, con organización militar, procedentes del Brasil, que se han apoderado violentamente de algunos puntos del país, que por ser fronterizos con un Estado amigo confiaba el Gobierno que no sufrirían agresión por parte de fuerzas que sólo podrían organizarse dentro de los límites de ese país".

"Dada la impunidad, —concluía nuestra cancillería,— con que los hechos se han producido por la connivencia o tolerancia de las autoridades brasileñas, se considera el Gobierno oriental en el caso de exigir una declaración del Gobierno imperial contra los atentados criminales de las autoridades provinciales, y el castigo severo del brigadier Canavarro y demás culpables, y a la vez medidas que eviten en el futuro la repetición de los atentados".

Que existió el apoyo en hombres y armas a la revolución florista, —desde sus comienzos,— por parte de jefes y caudillos de Río Grande, con la connivencia o tolerancia de las autoridades de dicha región, fue reconocido por el propio canciller del Imperio, quien en nota del 22 de diciembre de 1863, dirigida al presidente de la provincia de San Pedro, decía:

"El Gobierno Imperial ha visto con honda amargura que, a pesar de sus insistentes y reiteradas órdenes y recomendaciones, la causa de la revolución que actualmente azota al Estado Oriental, continúa encontrando el apoyo y el concurso de algunos brasileños irreflexivos, que desconociendo sus propios deberes y los de su país, exponen así al mismo gobierno a acusaciones de deslealtad en sus declaraciones solemnes, y quizás a conflictos internacionales de consecuencias gravísimas".

"Además de infringir la abstención y la neutralidad, que el gobierno imperial está interesado en hacer respetar en la desastrosa lucha de que se trata, la imprudencia de esos brasileños es tanto mas criminal y condenable, cuanto que no sólo inhiben al mismo gobierno de prestarles la protección debida, reclamando contra cualesquiera vejámenes o violencias de que puedan ser víctimas en la senda desatinada a que se han lanzado, sino, lo que se más, dificultan la protección y el apoyo a que tienen sagrado derecho los brasileños inofensivos que residen en el territorio de la República, exclusivamente dedicados a su trabajo y a su industria".

Cabe destacar aquí la distinta conducta adoptada, ante situaciones idénticas, por la cancillería mitrista y la cancillería imperial.

Frente a denuncias y reclamaciones semejantes de nuestro gobierno por el apoyo moral y material prestado a la revolución florista en el litoral argentino y en el mismo Buenos Aires, la cancillería bonaerense negaba o decía desconocer los hechos públicos y notorios señalados por el gobierno oriental, y bajo las más solemnes protestas de "neutralidad", no solamente nada hacía para reprimirlos, sino que, por el contrario, entorpecía todas las medidas adoptadas por nuestro gobierno para impedir el tránsito de hombres y armas que a través del río Uruguay, desde la costa argentina, venían dirigidas a los revolucionarios.

En cambio, la cancillería imperial, no sólo reconocía la "criminal y condenable conducta" de "algunos brasileños irreflexivos", que prestaban su apoyo y concurso a la revolución florista, sino que les hacía el gravísimo cargo de exponer al Gobierno imperial a ser acusado de desleal en sus declaraciones solemnes de "neutralidad" frente a la susodicha revolución. Y al mismo tiempo ordenaba al presidente de Río Grande, emplear todos los medios a su alcance para impedir que los súbditos brasileños tomaran parte en la guerra civil oriental, y, si fuese menester, "castigar con todo el rigor de la ley a los que, sordos a la voz de la razón y del deber, persistieran en su insensato propósito".

Podría asegurarse que el Gobierno brasileño era sinceramente "neutral" en aquel momento, y que siguió siéndolo hasta comienzos de 1864, vale decir, hasta el término del mandato constitucional del presidente Berro. Nada lo inclinaba por entonces a apoyar a Flores, como tampoco a éste a buscar el apoyo del Imperio, bastándole el que hemos dicho se le prestaba subrepticiamente desde la Argentina y Río Grande.

Pero la actitud de "neutralidad" del gabinete brasileño no podría durar mucho tiempo; factores internos y externos lo impulsarían a abandonar poco a poco aquella posición expectante, para intervenir decididamente en el pleito que se dilucidaba en el vecino territorio; haciéndolo primero por la vía diplomática, y finalmente por la fuerza armada puesta del lado de la revolución contra el gobierno legal de la República.

El motivo o pretexto de la intervención del Imperio brasileño en la guerra civil oriental de 1863 a 1865, fue oficialmente formulado por intermedio de la misión encomendada en abril de 1864 al consejero D. José Antonio de Saraiva, como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante nuestro gobierno. Este era entonces desempeñado por el presidente del Senado, D. Atanasio C. Aguirre, encargado del Poder Ejecutivo desde el 1º de marzo de dicho año, por terminación del mandato legal del presidente Berro, y no poderse realizar elecciones generales a causa del estado de guerra en que se hallaba el país.

La llegada del consejero Saraiva a nuestra capital, el 6 de mayo de 1864, coincidió, poco más o menos, con la entrada al Río de la Plata de una fuerte división naval brasileña, al mando del vice-almirante, barón de Tamandaré, y con vastos y urgentes preparativos militares en Río Grande, y sobre nuestra frontera, a cargo del nuevo comandante de dicha región, mariscal de campo Menna Barreto; una y otra medidas estaban destinadas ostensiblemente a apoyar las reclamaciones de que era portador el emisario brasileño ante nuestro gobierno.

¿A qué se debió este cambio tan radical del Imperio, que abandonando súbitamente su primera posición de "neutralidad" adoptaba ahora esta actitud amenazante, que ponía al gobierno oriental en la terrible disyuntiva de transigir bajo el apremio de la fuerza armada, o reclamar contra aquellos medios coactivos que lesionaban abiertamente nuestra soberanía?

La respuesta puede hallarse en los términos de la nota presentada por el emisario Saraiva a nuestra cancillería, el día 18 de mayo de 1864; en ella se hace hincapié en la no satisfacción por parte del gobierno oriental a las numerosas reclamaciones entabladas por el Imperio con motivo de violencias contra súbditos brasileños residentes en nuestra campaña, cometidas tanto por particulares cuanto por los propios agentes administrativos y policiales; y para testimoniar esa desatención de nuestro gobierno, se acompañaba la antes referida nota con una extensa relación de las reclamaciones pendientes iniciadas ante aquél por la legación imperial en Montevideo, que incluía 63 casos ocurridos desde 1852 hasta el año en curso de 1864.

La nota brasileña pretendía justificar en esa presunta omisión por parte del gobierno oriental la conducta de los súbditos brasileños residentes en el interior de nuestro país, que en número aproximado a los dos mil se incorporaron a las filas de la revolución florista, "tan solamente —dice— en defensa de su vida, honor y propiedades".

"El Gobierno oriental, —expresa la nota,— está bien informado de que el Gobierno imperial, observando la más absoluta neutralidad en las luchas internas de este país, ha sido incansable en recomendar a la Presidencia de la Provincia de San Pedro de Río Grande del Sur, medidas que obsten al pasaje por la frontera de tropas en auxilio de la rebelión que domina una parte de la República".

"No obstante, empero, esas providencias, un crecido número de brasileros apoya y auxilia la causa del general D. Venancio Flores, exhibiendo para ante el Gobierno Imperial, como motivos de su procedimiento, no simpatía por uno de los partidos políticos de este Estado, sino la necesidad de defender su vida, honor y propiedad, contra los propios agentes del Gobierno de la República".

"El grito de esos brasileros repercute por todo el Imperio, y principalmente en la Provincia vecina de San Pedro de Río Grande del Sur; y el Gobierno imperial no puede prever, ni podrá tal vez evitar el efecto de esa repercusión, si para remover las causas indicadas no contribuyese prontamente el Gobierno de la República con franqueza y decisión".

Efectivamente, el "grito" de esos brasileros había llegado hasta el Gobierno imperial, pero sus causas eran muy otras que las enunciadas en la nota del emisario Saraiva.

La mayoría de los historiadores brasileños, así como la prensa y la opinión pública de la época, —particularmente de Río Grande,— son contestes en calificar de excesiva condescendencia, rayana en peligrosa debilidad, la actitud asumida hasta 1864 por el gobierno imperial frente a sus insatisfechas reclamaciones entabladas ante el go-

bierno oriental por presuntos atentados cometidos contra la vida y los bienes de hacendados brasileños radicados en nuestro país.

El general brasileño, J. B. Bormann explica del siguiente modo aquella aparente poca energía del gobierno imperial:

"El Imperio, rodeado de repúblicas que lo miraban con desconfianza, —ora real, ora simulada, según las circunstancias del momento,— adoptaba una política de longanimidad y tolerancia para con ellas, muchas veces incompatible con el decoro y los recursos nacionales".

"De este hecho sacaban partido los hombres políticos platenses, y así es que hubo un tiempo en que el mejor título para los sufragios populares era exponer programas de gobierno en que se trasluciesen prevenciones, aún diremos, odio al Brasil".

"Todo eso pesaba mucho en el ánimo imperial, empeñado siempre en demostrar que su política era leal y desinteresada, y que, por tanto, ningún proyecto abrigaba atentatorio de la integridad territorial de las naciones limítrofes".

"De este modo procuraba el Emperador evitar complicaciones internacionales, no solamente en el continente americano, sino también con las potencias europeas, por cuanto de Europa monárquica probablemente nos proviniesen consecuencias de profunda gravedad, si realmente la política imperial encarase expansión del territorio brasileño a costa de la conquista y anexión del de sus vecinos".

"Para probar la sinceridad de esa política, el Imperio sólo empuñaba la espada para resolver las cuestiones con los países limítrofes, cuando conseguía la alianza de uno de los partidos políticos que allí disputábanse el poder, pues de ese modo no se le podrían atribuir proyectos expansionistas, porque no sería creíble que su aliado sacrificase la integridad de la patria a cambio del auxilio prestado a su ascención".

"Por tanto, débense considerar nuestras últimas campañas en el Plata como verdaderas «guerras de intervención», como califica el derecho internacional, porque allí combatimos o intervenimos en favor de un partido".

En esta forma, —que llamaríamos "realista", para utilizar un eufemismo muy en boga actualmente en el campo internacional,— encara este autor brasileño la "intervención" del gobierno imperial de su país en apoyo de la revolución florista de 1863.

LA PRESIÓN DE RÍO GRANDE DEL SUR

La fuerte presión ejercida sobre el gobierno imperial brasileño por los jefes y caudillos, grandes terratenientes y señores feudales de Río Grande del Sur, —así como por la opinión pública de dicho estado, excitada por éstos,— fue lo que determinó el envío de la misión Saraiva, en abril de 1864, ante nuestro gobierno.

"Uno de los brasileños que más sufrió en sus propiedades, en la vecina república, —expresa el general Bormann,— fue el brigadier honorario Antonio de Souza Netto, ciudadano acaudalado, al cual recurrían sus compatriotas perseguidos, sin que él pudiera remediar los males de que eran víctimas".

"Era natural, por tanto, que el general Netto fuese blanco de especial rencor del gobierno uruguayo y de sus delegados".

"La situación de nuestros nacionales tornábase, día a día, más llena de peligros, principalmente después de la invasión del general D. Venancio Flores, al cual, como dijimos, reuniéronsele gran número de ellos".

"Netto resolvió, pues, ir a la capital del Imperio a llevar al gobierno sus quejas y la de sus compatriotas, y pedir pronta justicia".

..."No fue sólo la prensa que, al unísono, reclamaba providencias gubernamentales; en el parlamento alzáronse también voces enérgicas, exigiendo del gobierno imperial otra orientación política en relación con los graves acontecimientos que se daban en la república, en que perecían nuestros connacionales, y en los cuales no era raro fueran protagonistas las propias autoridades".

"De este modo la opinión pública agitábase, en general, por la guerra, como única solución digna, honrosa, compatible con el decoro del Brasil".

..."Indudablemente, no solamente la venida de aquel general, uno de los jefes más prominentes de los revolucionarios riograndenses de 1835, concurrió poderosamente para dar un giro un poco más enérgico a la política exterior del gabinete imperial, sino también la actitud de algunos diputados".

La presión llegó a su máximo en la sesión del 5 de abril de 1864. El gobierno tuvo que responder a las interpelaciones de los diputados Ferreira da Vega, de Minas

Geraes, y Felipe Nery, de Río Grande del Sur, —vocero este último del general Netto,— relativas a presuntos atentados cometidos por las autoridades civiles y militares de nuestro país contra las personas y bienes de los súbditos brasileños radicados en él.

En estos presuntos atentados basaban el derecho de "legítima defensa" ejercido por cerca de 2.000 brasileños, enrolados en las fuerzas revolucionarias del general Flores para empuñar las armas contra el gobierno oriental; y para apoyar o corroborar cuanto decía, el fogoso diputado mineiro leía en aquella memorable sesión un artículo de un diario riograndense, donde se expresaba:

"El gabinete de San Cristóbal se conserva mudo y quedo ante la desgracia de tantos miles de brasileños; no comprende, o no quiere comprender la noble misión que Dios dio al Brasil, predestinándolo para ser la primera potencia de la América del Sur".

"¡Pobres compatriotas, que estáis indefensos, sin protección, entregados al furor de vuestros verdugos! ¡Infelices 40.000 brasileros del Estado Oriental, que no tenéis un gobierno que haga respetar vuestro derecho! ¡No contéis con vuestro país; confiad en vosotros, y solamente en vosotros! ¡Cuando no pudiéreis sufrir más el vejámen a que estáis expuestos, tomaréis las armas en vuestra propia defensa y a vuestro frente encontraréis al valiente Neto!"

Por los mismos días que se desarrollaba este histórico debate en el Parlamento imperial brasileño, llegaba a Río de Janeiro el ministro argentino don José Mármol quien iba a procurar una definición de las relaciones de su gobierno y el del Brasil respecto al Uruguay; según informara el canciller argentino Elizalde al ministro inglés en Buenos Aires, Mr. Thornton, Mármol tenía instrucciones de "averiguar con el gobierno del emperador, por cuánto tiempo juzgaría propio permitir la continuación de las actuales conmociones intestinas de la República Oriental, que tan serios perjuicios causan a los intereses de los numerosos residentes argentinos y brasileños en aquel país, así como al comercio en general, y si sería posible llegar a un arreglo con el gobierno brasileño para una acción encaminada a poner fin al desorden existente en la República Oriental mediante el ejercicio de su influencia, o, si fuese necesario, mediante la fuerza".

"En presencia de sus instrucciones, —expresa el profesor Dr. Box,— es justo inferir que Mármol nada hiciera por refrenar al Brasil en ese momento, si en realidad no lo alentó de hecho, con la esperanza de la cooperación argentina, a embarcarse en una política de intervención en el Uruguay".

Años más tarde, será el propio Mármol, entonces en abierta discrepancia con Mitre de cuyo gobierno fuera emisario ante el gabinete imperial, quien escribirá:

"La alianza con el Brasil no proviene de abril del 65, sino de mayo del 64. Desde la presencia del almirante Tamandaré en aguas del Plata, y de los generales Netto y Menna Barreto en las fronteras orientales, se estableció la verdadera alianza de hecho entre los gobiernos brasilero y argentino, en protección de la inícua revolución del general Flores, contra el mejor de los gobiernos que ha tenido la República Oriental, y con el cual no había cuestiones que pudieran pasar de las carteras diplomáticas".

"La alianza del 65, —prosigue el ex-emisario mitrista,— no es sino una consecuencia de la alianza del 64, o, mejor dicho, es la misma alianza en diferente teatro. Se comenzó por insultar a la soberanía oriental, cuyo gobierno era en esos momentos una garantía de orden y de paz para sus vecinos. ¿Qué mucho que se haya insultado después a la soberanía paraguaya que al fin nos infirió una ofensa por la mano de su gobierno?"

LA MEDIACIÓN PARAGUAYA

En julio de 1863, en un momento crítico de nuestras relaciones con el gobierno del general Mitre, la cancillería oriental había enviado a la Asunción al nuevo ministro residente Dr. Octavio Lapido, para solicitar la cooperación militar del Paraguay para el caso de una eventual agresión argentina contra nuestro territorio. Sus primeros sondeos en pro de una alianza ofensivo-defensiva paraguayo-oriental no encontraron eco en la cancillería asunceña, a pesar de las protestas de amistad formuladas por el flamante mandatario de aquella república, general Francisco Solano López, y de su honda preocupación por el desarrollo de los sucesos en nuestro país, y por los planes bonaerenses en el Río de la Plata.

Por aquellos mismos meses de mediados de 1863, la capital paraguaya convirtióse en centro de convergencia de la actividad di-

plomática, no sólo del Uruguay sino de la Argentina, y hasta del propio gobernador de Entre Ríos, general Urquiza, todo lo cual satisfacía las aspiraciones del presidente López dispuesto a jugar un papel importante en la vida internacional, y, sobre todo, sacar al Paraguay de su tradicional política de aislamiento en los asuntos rioplatenses.

No obstante la mutua predisposición con que encaraban entonces sus relaciones oficiales el Paraguay y la Argentina, el presidente López guardaba las mejores relaciones con el presidente general Mitre; la apelación, pues, de nuestra cancillería al gobierno de Asunción, si bien coincidía con la "doctrina del equilibrio" en el Río de la Plata sustentada por el mandatario paraguayo, tropezaba, en cambio, con la política de "neutralidad" de la cancillería asunceña toda vez que no se viera en peligro, —mediato o inmediato,— la independencia o la integridad territorial de su país.

De aquí la resistencia demostrada por esta última para entrar en los planos comprometedores que nuestro gobierno le formulara a través del ministro oriental Dr. Lapido; planes temerarios, —dictados por la evidencia del apoyo del mitrismo a la revolución de Flores,— que preveían la inmediata ocupación de la isla Martín García por fuerzas paraguayas y orientales para asegurar la libre navegación de los ríos Uruguay y Paraná, e incluso una vasta liga ofensivo-defensiva con las provincias de Corrientes y Entre Ríos contra el gobierno de Buenos Aires.

Ahora bien, prestar su apoyo a estos planes equivalía para el gobierno paraguayo a declarar la guerra al gobierno del general Mitre con quien estaba en perfecta paz y amistosas relaciones; por lo demás, para el presidente López la conservación de la unidad argentina era una de las condiciones del equilibrio rioplatense, y por tanto condición también de la independencia paraguaya que era consecuencia de ese equilibrio. Una Confederación argentina dividida en dos bandos, rompería dicho equilibrio en favor del Brasil de quien el Paraguay tenía mayores motivos de recelo que respecto de aquélla.

Por lo demás, López no confiaba, y con razón, en el apoyo de Urquiza a los presuntos planes de las provincias del litoral contra el gobierno bonaerense; después de su derrota en Pavón, el desorientado gobernador entrerriano, desoyendo el sentir de sus más acendrados partidarios, se inclinaba ante el triunfante poder de Buenos Aires, y mantenía las mejores relaciones con su vencedor, el general Mitre; éste a su vez no desdeñaba ocasión de halagarlo dándole las mayores pruebas de confianza, incluso hasta llegar a ofrecerle su apoyo para la reelección como gobernador de Entre Ríos.

Entretanto, la cancillería oriental desempeñada por el activo y enérgico Dr. Juan José de Herrera urgía a nuestro ministro en Asunción, Dr. Lapido, a que concluyese el tratado de alianza ofensivo-defensiva con el Paraguay, no obstante haberse finiquitado pocos días antes, a fines de junio de 1863, uno de los más graves incidentes diplomáticos habidos entre nuestro gobierno y el de Buenos Aires. El canciller oriental juzgaba, con razonable previsión, que semejantes incidentes habrían de repetirse mientras la política exterior del Paraguay y del Uruguay no descansaran sobre una base sólida, "unidos en la defensa de comunes intereses".

Poco después, en agosto de 1863, nuestra cancillería se dirigía al cuerpo diplomático acreditado ante el gobierno de Montevideo, denunciando la creciente ayuda argentina a la revolución florista, al tiempo que solicitaba su apoyo, "moral al menos", a las gestiones que iba a entablar ante el gobierno de Buenos Aires, y que fueran declaradas "piráticas" las expediciones que de continuo salían de las costas argentinas en ayuda de la revolución oriental.

Nuestro gobierno creyó del caso, —además de la nota general al cuerpo diplomático,— dirigir otra especial con el mismo objeto al ministro brasileño en Montevideo, Dr. Juan Alves Loureiro, para recordarle las obligaciones contraídas por el Imperio, en 1828, con respecto a la independencia del Uruguay. Para ese entonces, nuestra cancillería no dudaba de la lealtad del gobierno imperial acerca de su política de "neutralidad" respecto a la revolución florista, que fue sincera hasta comienzos de 1864 y luego torcida por la fuerte presión ejercida por los grandes caudillos y terratenientes riograndenses.

A fines de setiembre de 1863, Loureiro fue enviado en misión especial por su gobierno, a Buenos Aires; su llegada a aquella capital intranquilizó al gobierno bonaerense, si bien fue uno de los fautores del protocolo Elizalde-Lamas, firmado el 20 de octubre siguiente.

Entretanto las gestiones de nuestro ministro en la Asunción, Dr. Lapido, habían obtenido un éxito parcial, aunque fracasare en su intento de concertar una alianza ofensivo-defensiva paraguayo-oriental, a que le urgía nuestro canciller, Dr. de Herrera; quien con profética visión había expresado que si el Paraguay no lo ayudaba, el Uruguay iría solo a la lucha, y si era derrotado, a otros más tarde les llegaría su turno...

Luego de muchas cavilaciones, el gobierno paraguayo se decidió finalmente a pedir explicaciones al gobierno de Buenos Aires acerca de los hechos denunciados por el nuestro a través de su legación en Asunción; lo cual hizo por nota de setiembre 6 de 1863, a la que, —en actitud inexplicable,— acompañó con copias de las notas de nuestro ministro, Dr. Lapido, relativas a los hechos denunciados.

"El Paraguay acababa de franquear el Rubicón", escribe el historiador paraguayo Dr. Efraim Cardozo. La nota del 6 de setiembre de 1863 señaló el fin de una época y el comienzo de otra. Muerta estaba la política de abstención en los problemas del Río de la Plata. Comenzaba a girar el fatal remolino. El Paraguay se presentaba en el ruedo platino, apercibido a todas las contingencias que le deparase su incierta aventura en las turbulencias de que antes se apartaba tan cuidadosamente, y hacia las cuales ahora se sentía irresistiblemente atraído. Ya no sería en lo sucesivo espectador, sino actor y de primera fila. Así a lo menos se lo proponía López, quien, al fin, encontraba la oportunidad de aducir ante las otras naciones el derecho de ser escuchado y atendido en todos aquellos asuntos hasta entonces debatidos con preterición de la opinión paraguaya, y en este caso, de la suya propia, su vocero principal.

"Tal como estaba redactada la nota, no se infería que el Paraguay tomaba partido a favor del gobierno uruguayo, cuyas acusaciones contra Buenos Aires recogía, no para avalarlas con su fe, y no tanto para arrancar del gobierno acusado las satisfacciones que se negaba a conceder a su acusador, como para obtener el reconocimiento del derecho paraguayo a mediar en la preservación del «statu quo» del Río de la Plata".

La nota paraguaya del 6 de setiembre de 1863, en que se solicitaba al gobierno argentino "amistosas explicaciones" acerca de la participación que el gobierno oriental le atribuía en la perturbación de la paz y la propia existencia de nuestra República, no surtió el efecto buscado o esperado por la cancillería asunceña; en cambio contribuyó a agitar aun más los ya caldeados ánimos de la diplomacia y la opinión pública rioplatenses.

Llegaba en momentos en que el gobierno brasileño, —igualmente advertido por nuestra cancillería de la participación argentina en los preparativos y desarrollo de la revolución florista,— enviaba a su ministro en Montevideo, Dr. Juan Alves Loureiro, en misión especial a Buenos Aires para asegurarse del mantenimiento de la neutralidad argentina en la guerra civil oriental.

Al parecer, —y así pareció creerlo nuestro canciller, Dr. de Herrera,— el Imperio se disponía a salir de la actitud prescindente que oficialmente había adoptado su gobierno, para averiguar qué había de cierto en las graves acusaciones formuladas por aquél contra el gobierno del general Mitre.

Si realmente éste proponía valerse de la revolución florista para atacar la soberanía oriental, no se justificaría la prescindencia del Brasil, —fueran o no ciertas aquellas acusaciones,— pues sería ésta la primera vez que el Imperio no interviniera en las tumultuosas disenciones rioplatenses, y semejante actitud no conducía con la tradición de la diplomacia imperial.

La nota paraguaya, aunque "débil en el fondo y no bastante explícita en los términos", —como la juzgaba de Herrera,— provocó inquietud en los círculos oficiales de Buenos Aires, por la inopinada pretensión del presidente López a intervenir en el mantenimiento del "statu quo" rioplatense; a que sólo se creían con derecho la Argentina y el Brasil, fortalecidos en esa creencia por la actitud de aislamiento hasta entonces asumida por el Paraguay.

"El Imperio del Brasil y la República Argentina —escribe el doctor Cardozo— se hallaban confrontando un problema de comunes raíces; ambos tenían que tratar con un vecino tenaz, intransigente y animoso, que para más acababa de lanzarse, con toda la energía de su juventud tanto tiempo contenida, a la caldeada arena de las luchas internacionales, dispuesto a desempeñar el muy alto y por nadie, —que no fueran los blancos,— pedido papel de árbitro del equilibrio y pacificador del Río de la Plata. Estaba en las tradiciones de la diplomacia imperial sugerir la cooperación argentina pa-

ra enfrentar juntos al arisco país tropical, enquistado como un tumor infeccioso cerca de las vísceras vitales de una y otra nación, y como tal considerado peligroso y enemigo común. Las circunstancias no habían variado. Ahora como antes, al Brasil le convenía la cooperación argentina frente al Paraguay".

LA "ENTENTE" ARGENTINO-BRASILEÑA

En esta actitud, claramente definida por el destacado historiador paraguayo, el Brasil habría de encontrar un eficacísimo y muy valioso aliado en nuestro comisionado especial en Buenos Aires, Dr. D. Andrés Lamas, viejo conocido de la corte de Río de Janeiro, donde llegó a gozar de alto predicamento.

Había llegado, para Lamas, el momento de poner en práctica su vieja y arraigada convicción de que el norte de nuestra política debía ser la obtención de un entendimiento con sus dos grandes vecinos, Argentina y Brasil.

Tal fue el origen del controvertido protocolo Elizalde-Lamas, del 20 de octubre de 1863, y cuyo fracaso aparejó tan graves consecuencias para la marcha de los sucesos de aquellos años, en nuestro país, y en el Río de la Plata.

Los propósitos de Lamas vinieron a secundar los trabajos pacifistas del famoso banquero brasileño José Irineo Evangelista de Souza, barón de Mauá, tendientes a poner fin a la lucha civil en nuestro suelo, y a la peligrosa disputa internacional rioplatense, cuya prosecución comprometía gravemente sus cuantiosos intereses financieros en estos países; personalidad con extensas y valiosas relaciones en Río de Janeiro, Buenos Aires y Montevideo, a su influencia en la corte de San Cristóbal debióse en buena parte la misión de Loureiro a la capital argentina. Lamas y el barón de Mauá trabajaron de consuno para obtener —y lo lograron— que el emisario brasileño enviado a Buenos Aires hiciese un compás de espera en sus gestiones ante el gobierno del general Mitre, en tanto el propio comisionado oriental demoraba la presentación de las reclamaciones que nuestra cancillería le ordenaba deducir ante dicho gobierno.

Al tenor de las mismas, Lamas debía exigir la disolución del comité revolucionario florista constituido en Buenos Aires, la internación de los emigrados, el castigo de los funcionarios públicos implicados en actos subversivos contra el gobierno oriental, y una reprobación pública por parte del gobierno argentino contra las maquinaciones que dentro de su territorio se hacían contra nuestro país y sus autoridades constituidas.

Lamas obrando por su propia cuenta, aun a riesgo de ponerse en contradicción con su gobierno, —como efectivamente ocurrió,— no solamente no presentó de inmediato aquellas reclamaciones, sino que comenzó sus trabajos de acercamiento argentino-brasileño en pro de una acción conjunta que pusiera término a la guerra civil oriental.

Habíanse cumplido así las predicciones de nuestro canciller Dr. de Herrera acerca de la inocuidad práctica de la nota paraguaya, a la que presumía habría de contestar el gobierno argentino con sus ya reiteradas manifestaciones de neutralidad frente a la revolución florista, con lo cual el gobierno de Asunción no tendría más remedio que darse por satisfecho en cuanto "a las sencillas explicaciones pedidas". Y también acertó el Dr. de Herrera acerca de la comprometida situación que se le crearía al gobierno oriental frente al argentino, al serle enviadas a éste por la cancillería paraguaya, adjuntas a su nota del 6 de setiembre, copias de las notas diplomáticas uruguayas en que se revelaban sus planes políticos contra el gobierno del general Mitre.

La nota paraguaya, que quiso ser conciliadora y pacifista, vino, sin proponérselo, a empeorar las cosas: despertó recelos en los gobiernos de Argentina y Brasil acerca de la pretendida intervención del presidente López en los asuntos rioplatenses, aproximando así a aquellos dos gobiernos para una acción conjunta hasta ese momento poco o nada previsible; enconó aun más las relaciones oficiales entre Argentina y Uruguay, por la revelación de aquellos planes debida a la insólita e inexplicable actitud de la cancillería de Asunción; y finalmente, al ser rehuidas las explicaciones pedidas en ella al gobierno de Buenos Aires, fortaleció el propósito del presidente López a reclamar la intervención del Paraguay en los asuntos rioplatenses, lo cual hizo reiterando su pedido de explicaciones, por nota de octubre 21 de 1863, y destacando al "Tacuarí", buque insignia de guerra paraguayo, en aguas del Plata.

Cuando ésto ocurría, habíase firmado ya

en Buenos Aires, el 20 de octubre, un amistoso protocolo entre el canciller argentino, Dr. Elizalde, y el comisionado oriental, Dr. Lamas, por el que se zanjaban las diferencias entre ambos gobiernos, dándose por satisfechos con mutuas declaraciones acerca de sus pasadas desavenencias. Por el artículo 3º se establecía que en caso de desacuerdo acerca de la interpretación de sus deberes de la neutralidad, los gobiernos de Argentina y Uruguay, siempre que no tuvieran inconveniente en ello, someterían la cuestión al arbitraje del emperador del Brasil.

El gobierno argentino, aunque a regañadientes, aceptó el arbitraje del emperador del Brasil, si bien no en las condiciones de extensión y obligatoriedad sugeridas por Lamas; tampoco era partidario de la designación por anticipado del árbitro, pero ante la insistencia de este último aceptó la designación del emperador, aunque limitada su intervención arbitral a las cuestiones que se suscitaran entre nuestro país y la Argentina por la interpretación de los deberes de la neutralidad, y estando ambas partes conformes en diferirle la solución. "¿Está loco el señor Lamas? ¿De cuándo acá pretende erigir al emperador del Brasil en tribunal supremo para los asuntos internacionales de la nación oriental?", había exclamado el presidente Berro cuando tuvo noticia del texto del protocolo de octubre 20 de 1863.

Por su parte nuestro canciller, Dr. de Herrera expresó igual asombro, y negó que Lamas en sus despachos hubiera mencionado jamás al emperador como árbitro permanente, antes de la firma del protocolo.

Para aumentar las complicaciones de aquella hora decisiva para el rumbo posterior de los acontecimientos, el 26 de octubre fondeaba en la rada de Montevideo el barco de guerra paraguayo "Tacuarí", cuyo arribo haría variar la situación, de manera fundamental.

La presencia del "Tacuarí" en aguas del Plata, —y, en modo particular, su arribo a Montevideo,— debió ser considerada por nuestro gobierno como que el Paraguay se decidía al fin a terciar en el conflicto argentino-oriental suscitado con motivo de la revolución florista que en aquellos momentos se desarrollaba en nuestro territorio.

No de otra manera podía interpretarse aquella ostentosa aparición de una nave de guerra paraguaya en ambas capitales platenses; máxime cuando se tuvo conocimiento de los despachos de nuestro ministro en Asunción, Dr. Lapido, llegados conjuntamente con aquélla. Este anunciaba que sus gestiones ante el gobierno paraguayo habían tenido éxito: el presidente López sólo deseaba desempeñar el papel más honroso y espectable en todo arreglo de las cuestiones pendientes entre nuestro país y la Argentina, y Lapido se había adelantado a ofrecérselo y garantizárselo a nombre del gobierno oriental. En vista de ello, y hallándose aún pendiente de ratificación por parte de nuestro gobierno el protocolo suscrito pocos días antes (20 de octubre de 1863) entre el canciller argentino, Dr. Elizalde, y nuestro agente confidencial en Buenos Aires, Dr. Lamas, se resolvió cursar a este último instrucciones para solicitar la modificación y ampliación del susodicho protocolo. La más importante de estas modificaciones solicitadas por nuestro gobierno fue, —por su repercusión política ulterior,— la inclusión del presidente paraguayo, general López, como árbitro a la par del emperador del Brasil.

Pronto y categórico rechazo encontraron las proposiciones uruguayas por parte del gobierno argentino, quien se negó a considerar cualquier enmienda o ampliación al protocolo del 20 de octubre.

El propio comisionado de nuestro gobierno, Dr. Lamas, encargado de trasmitir al gobierno argentino las proposiciones orientales, no estaba de acuerdo con la modificación del susodicho protocolo, —de que había sido principalísimo fautor,— por cuanto en aquellas circunstancias ello equivaldría a anularlo; y por cuanto el Brasil había ejercido su influencia para arribar a aquel arreglo, la enmienda sugerida ofendería al emperador, como ya había disgustado al ministro Loureiro quien habíase adelantado a enviar a Río de Janeiro el texto del documento antes de su aprobación por nuestro gobierno; finalmente parecía a Lamas "un poco aventurado" el compromiso de dar intervención al Paraguay, "que ni por su posición geográfica, ni por la índole y estado de su organización social y política, puede ejercer al menos por ahora, una acción directa y que pese materialmente en las cuestiones que aquí debatiéramos por las armas".

En definitiva, el protocolo quedó anulado al ser rechazado el presidente paraguayo como co-árbitro al par que el emperador del Brasil como lo proponía nuestro gobierno, para solucionar los problemas sobre "neutralidad" suscitados con el gobierno argen-

tino. Y la situación llegó a empeorar en los meses subsiguientes, como consecuencia de la colaboración cada vez mayor, prestada desde la vecina orilla a la revolución de Flores.

Corresponde aquí rectificar algunas inferencias que se han insinuado en la historiografía extranjera, —particularmente paraguaya,— acerca de la "política de los blancos", como suele llamarse a la seguida por los gobiernos de Berro y Aguirre para procurar la intervención del Paraguay en los asuntos rioplatenses, tratando de sacarlo de su tradicional actitud de aislamiento y prescindencia en todo asunto que no afectara directamente a dicho país.

No creemos que la intervención del general López haya sido provocada por la acción de la diplomacia oriental, sino que, a lo sumo, ésta le dio la oportunidad para poner en ejecución un designio ya de antemano concebido, y luego llevado a la práctica según directivas propias del gobernante paraguayo, y en interés, fundamentalmente, de su propio país.

Lo que ocurrió fue que los hechos anduvieron más rápido de lo que suponía la cancillería asunceña, desempeñada por un hombre de procedimientos y maneras demasiado cautelosas y cavilosas como lo era el Dr. José Berges, y aquellos hechos ocurrieron finalmente en la forma prevista, desde un primer momento, por la cancillería oriental, a saber, el entendimiento y luego la alianza formal de Argentina y el Imperio del Brasil para intervenir de "motu proprio", y con exclusión de todo otro Estado, en los problemas del Río de la Plata.

No fue culpa, pues, del gobierno oriental si el Paraguay advirtió tardíamente que sus métodos diplomáticos no serían capaces de contrarrestar el curso fatal de los acontecimientos.

A lo que hay que añadir, —preciso es reconocerlo,— la habilísima política del presidente Mitre, quien comenzó por neutralizar a Urquiza, asegurando así para siempre su "frente interno"; formuló reiteradamente sus más solemnes protestas de neutralidad ante nuestro gobierno, entretanto sus colaboradores y partidarios, a la vista y paciencia de todo el mundo apoyaban y ayudaban abiertamente a la revolución florista; entretuvo a López con cartas y emisarios que formulaban vagas promesas y hechos concretos ninguno, en respuesta a la pretendida tercería paraguaya en el conflicto oriental; entretanto el canciller argentino procuraba un entendimiento con el Imperio brasileño, que finalmente obtuvo mediante los buenos oficios también de nuestro emisario en Buenos Aires, Dr. Lamas, para quien el arbitraje del Paraguay sobre cuestiones que podían ocurrir entre los pueblos libres, "equivalía, —según sus propias palabras,— a que los pueblos libres fueran a buscar el verbo del derecho en la China".

JUAN ANTONIO ODDONE

MAUA, EL BANQUERO DEL IMPERIO Y DE LA CRISIS

FIGURA dominante en el desenvolvimiento económico del área atlántica de América Latina, Ireneo Evangelista de Sousa (1813-1889) domina el escenario brasileño del segundo Imperio como temprano propulsor de la modernización de un país que tras la decadencia minera y la crisis del azúcar ensaya una transición en su estructura agrícola al desplazar la plantación de la caña por el cultivo extensivo del café. Las tierras coloradas de San Pablo y la mano de obra esclava se aúnan decisivamente para explicar la prosperidad del ciclo cafetalero que se expande —en otra marcha hacia el oeste— ganando nuevas tierras y reclamando la apertura de caminos al mar. La región de San Pablo se convierte así en el eje febril de la nueva monocultura brasileña sin haber modificado sus hábitos tradicionales de explotación montados sobre una base latifundista. (1)

A la vuelta del medio siglo, la abolición del tráfico negrero propicia la movilización de capitales hacia empresas que anuncian un despertar industrial limitado todavía por la tutela del libre cambio británico y la estrechez del mercado interno.

Cierto disconformismo con las prácticas comerciales y financieras del medio, y fundamentalmente su primer deslumbrante contacto con la Inglaterra victoriana del 40, en pleno ascenso industrial, le sugieren al futuro Barón de Mauá planes para cuya realización cuenta unas veces con influencias políticas, pero por sobre todo con vinculaciones personales que secundan sus empresas.

El trazado de vías férreas, la navegación fluvial por el Amazonas, la iluminación a gas de Río de Janeiro, las aguas corrientes, el telégrafo, el cable submarino que conecta continentes, surgen como otras tantas aventuras financieras de Mauá que deslumbran a la sociedad brasileña, pero que son resistidas y combatidas por los intereses encontrados del monopolio rutinario o de la política conservadora, que no suele tolerar un gran poder económico encaramándose por encima del Estado.

Un día se lanza también a organizar la red económica capaz de unir con lazos financieros esas múltiples empresas, y así establece el Banco Mauá, Mac Gregor & Cía. que en pocos años negocia en las capitales del mundo sajón, en París, en las grandes y pequeñas ciudades del Imperio o de la cuenca del Plata. En nombre de las nuevas teorías de la pluralidad bancaria se le ataca en el Parlamento de su país; las complicaciones de la política y las alternativas financieras empiezan por incidir en sus negocios uruguayos; una y otra vez sale airoso, consigue nuevos apoyos, negocia nuevos empréstitos, con el respaldo de sus empresas europeas. La crisis del 68, y la permanente inestabilidad de la política oriental marcarán el comienzo de una paulatina declinación que va abatiendo la fortuna del banquero y del industrial. A los 65 años —al cabo de una carrera sin descanso—, los inmensos bienes del Vizconde de Mauá son rematados judicialmente, pero su honorabilidad queda a salvo cumpliendo con sus acreedores. Obtenida la rehabilitación, con dinero que facilitan

su hijo y algunos viejos amigos, vuelve a emprender nuevos negocios. Pocos días antes de la caída del Imperio, muere casi olvidado, el gran empresario de los tiempos de Don Pedro II.

La intervención del Imperio brasileño en la Guerra Grande tuvo una tortuosa gestación. Las medidas discriminatorias de Rosas contra el puerto de Montevideo comprometen la libre navegación del Plata, sancionada por la convención de 1828. El bloqueo posterior revela en toda su magnitud la importancia clave del Río de la Plata, donde confluyen los intereses encontrados de Brasil y las provincias argentinas. Rosas proclama la necesidad de controlar el comercio y la navegación en la cuenca del Plata, como garantía para su independencia económica, comprometida por la presión de Inglaterra. Brasil, a su vez, falto de comunicaciones eficientes, dependía de los ríos interiores y de su libre navegabilidad para mantener vínculos comerciales entre regiones distantes. Los esfuerzos encaminados a contrarrestar la influencia argentina sobre el Plata tropiezan con las vacilaciones de la Corte de Río, inclinada hacia la no intervención desde el gabinete del Marqués de Olinda.

Una política firme y concreta respecto al comercio y la navegación en el Plata, recién se define bajo el gabinete Soares de Sousa. Luego del entendimiento de Rosas con Inglaterra y Francia, la suspensión de los subsidios al gobierno de Montevideo dio a Brasil ocasión para ofrecer su ayuda pecuniaria a la causa de la Defensa evitando así que se debilitase la base de operaciones para la guerra inminente. El Barón de Mauá, a nombre del Imperio, aparece como agente directo de esta negociación entablada en Río de Janeiro, de la que surge un empréstito destinado a solventar los gastos de guerra y los apremios de la plaza sitiada.

Vinculado ya como especulador e industrial a múltiples empresas desde el Amazonas hasta Río Grande, ensancha por una prolongación natural de sus intereses, el radio de sus operaciones al Río de la Plata, asociando los suyos a los intereses políticos del Imperio.

Por obra de esta combinación político-financiera, Mauá se convierte en el artífice de la intervención brasileña, sustanciada poco después con la firma del Tratado de Alianza contra Rosas. Desde entonces, —como lo encarece su más consecuente apologista brasileño— fue "el agente y ejecutor principal de nuestra política en el sur, el depositario de nuestros secretos diplomáticos, nuestro plenipotenciario". (2)

Las apreciaciones del propio Mauá traslucen el alcance asignado al ofrecimiento inicial del Imperio, donde confluían solidariamente los amplios intereses personales del especulador con la diplomacia envolvente del Segundo Imperio. "El país era un verdadero cadáver político, económico y financiero; los diez años de guerra civil lo habían asolado todo. Desde mi punto de vista sólo la ocupación brasileña y los nuevos auxilios del Brasil durante algunos años, salvarían a esa nacionalidad de una disolución completa. El Brasil extendió su mano protectora a la República en vez de dejarla caer en disolución". (3)

Mauá tiene entonces 37 años y una cuantiosa fortuna distribuida entre su casa importadora, de giro tradicional, y diversos establecimientos ganaderos situados en la frontera. A partir de 1850 sus inquietudes comienzan a bifurcarse y de aquel sosegado tráfico pasa a una fase de creciente audacia operacional fomentando iniciativas progresistas que movilizan grandes capitales.

El Imperio persigue entonces objetivos concretos. Ante todo necesita asegurarse el control de los ríos interiores desde la cuenca del Plata para lo cual la costa uruguaya cobra —es obvio— un valor estratégico primordial. Procura asimismo resarcir con creces subsidios y prestaciones militares tolerando, y aun estimulando, un vasto contrabando fronterizo que amenaza la estabilidad del comercio montevideano (4), en momentos en que la despoblación ganadera, revelada en toda su magnitud por el censo de 1852, asestaba un ruinoso impacto a nuestra fuente de recursos tradicionales. En tales circunstancias, la sobrevivencia económica del país parecía dudosa. Por añadidura, su condición de deudor insolvente bien podía pretextar nuevas anexiones territoriales, favorecidas por la presencia dominante de los hacendados brasileños al norte del Río Negro. (5)

Después de la caída de Giró, los informes del cónsul francés Martin de Maillefer traducen con creciente encono el desplazamiento de la influencia europea por obra de la ayuda del Brasil que, a su modo de ver, corrompe a los colaboradores de Flores e impone "la docilidad" oriental (6). Más allá de su disgusto, los representantes de Francia e Inglaterra presionan abiertamente al gobierno, instándolo a resistir la política imperial cuyas miras absorbentes comenzaban a ser insistentemente denunciadas en la prensa por Juan Carlos Gómez. Intereses encontrados definen un enfrentamiento cuyo trasfondo reitera la fragilidad material del Estado Oriental y el menguado alcance de su soberanía. Por una parte pujan los reclamos europeos (Francia e Inglaterra, sobre todo) no sólo en defensa de sus connacionales residentes, sino también bajo el punto de vista de su respectiva expansión co-

mercial y financiera, estimulada quizá menos por la dimensión de los mercados receptores como por las perspectivas que depara en estas regiones la explotación de materias primas requeridas por los centros industriales de ultramar.

Del otro lado, opera la naciente burguesía de un país que como el Brasil, inicia una fase expansiva de su desarrollo y necesita dominar una red de comunicaciones entre distantes regiones de diverso signo productivo. Ese reclamo modela una política exterior que bajo otras formas retoma la fórmula tradicional de internación en "tierras de castellanos" invocada desde el siglo XVII por la Corona portuguesa, que ya entonces tipificaba a la Banda Oriental como tierra de frontera y como llave de acceso al sistema de los grandes ríos mediterráneos.

El Barón de Mauá será el tutor financiero de aquellos "años revueltos" que suceden a la disolución del Triunvirato, ligados a menudo sus propios intereses con los de la Cancillería de San Cristóbal. El endeudamiento vertiginoso bajo la administración de Flores vino a servir de ancha base a esos comunes objetivos. Es así que —bajo el alcance del Tratado de subsidios— las arcas exhaustas reciben en 1853, 30.000 patacones del gobierno brasileño. A poco, la suma se duplica llegando a contabilizar en abril de 1855 —incluidos los préstamos acordados por el tesoro imperial a partir de 1853 y los créditos de Mauá— un total de 720.000 patacones; algunos meses después, un informe del Ministro de Hacienda al Senado de la Repúbica elevaba lo adeudado a 864.000 patacones.

Paralelamente, la diplomacia brasileña acentúa y perfecciona los mecanismos de intervención directa, apoyándose alternativamente en facciones de partido cuyas disidencias canaliza con provecho hacia una conquista pacífica. Los estancieros "gaúchos", que ya han convertido la campaña oriental en invernadero de Río Grande, se vuelven consecuente instrumento de esa política, adquiriendo tierras fronterizas avanzadas sobre el Cuareim o el Yaguarón. (7)

A comienzos de 1855, luego de cesar el subsidio brasileño, las finanzas del gobierno oriental vuelven a hacer crisis. Los recursos disponibles no cubren siquiera el presupuesto, en tanto que la inestable situación política dificulta cualquier tipo de operación a largo plazo. Con tales argumentos había ya Mauá anticipado las condiciones en que acordaría un nuevo empréstito, colocándolo expresamente bajo "la bien definida garantía del gobierno imperial". (8). Flores procura el apoyo de comerciantes montevideanos, mientras Lamas desde Río gestiona en beneficio de Mauá una lucrativa combinación que se impone bajo la presión del cónsul Amaral descartando todo arreglo con los capitales locales. (9) Resulta así un contrato por 400.000 patacones nominales, de hecho reducidos a 240.000, dado que el resto cubría la suma adeudada al propio Mauá. Fuera del interés y las comisiones usuales, quedaban afectadas como garantía las rentas de patente de giro y papel sellado, y todavía se agregaba una onerosa cláusula por la cual se reconocía al prestamista el derecho de reclamar en caso necesario la intervención de su gobierno para obligar a la República a cumplir sus compromisos. Los apuros de Flores encontraban así una salida momentánea, impuesta posteriormente por la diplomacia brasileña, aun sin aprobación legislativa, excusada —como se alegó— por la gravedad de la situación. Mauá lograba así, gracias al desvelo consecuente de Andrés Lamas —el amigo personal de Pedro II— la garantía compulsiva que reclamaba para sus negocios uruguayos. La cancillería del Imperio confería de tal modo un espaldarazo oficial a las operaciones del especulador.

En medio del borrascoso clima político del 55, Mauá consolida y ensancha su red de influencias, al amparo de la penetración brasileña que procura —según el punto de vista de Maillefer— "adueñarse del Estado oriental" y expandirse por las regiones del Paraná y del Paraguay, "absorbiendo" Entre Ríos, Corrientes y el Norte de la Confederación Argentina. (10)

La política económica de Francia, que no pierde ocasión de buscar puntos de apoyo en el Río de la Plata, sale más de una vez al paso de los intereses brasileños. El proyecto bancario Menck, de origen francés aunque conectado con capitalistas de Montevideo, ofrece al gobierno oriental un crédito de $ 50.000 mensuales reembolsables, garantizados con documentos sobre la renta de Aduana, a cambio del privilegio de la emisión. Simultáneamente Mauá y Lamas estructuraban y sometían al gobierno el primer proyecto del futuro Banco Mauá —entonces llamado de Montevideo— previsto con 5 millones de capital.

En esa instancia inicial, ninguna de ambas fórmulas se concretó con el alcance que le adjudicaban sus promotores; sin embargo surgió del enfrentamiento la Sociedad de Cambios de Montevideo, antecesora del Banco Comercial, que pasa a compartir la modesta plaza financiera de la capital con la preexistente Agencia Bancaria que montara Mauá hacia las postrimerías de la Guerra Grande para atender el servicio del empréstito brasileño al gobierno de la Defensa.

Anunciada por este precedente inmediato, comienza a poco a desarrollarse la actividad bancaria regular en el país necesariamente vincula-

da —como señala Roque Faraone—, al problema del crédito público, "tanto del punto de vista intrínseco —proveedores de empréstitos al Estado, voluntarios o forzados— cuanto por los mecanismos de colocación y de atención de los servicios de deuda, que fueron cometidos en esta época a algunos de ellos". ([11])

A la iniciativa del Barón de Mauá —fundador y propietario— se vincula el funcionamiento del primer establecimiento bancario instalado en la República. Concebido tempranamente cuando sus primeros contactos rioplatenses, la inestabilidad política, la falta de condiciones de mercado o las divergentes miras de los gobernantes demoraron su instalación hasta 1857; aunque de hecho la "Agencia" primitiva había ejercido casi todos los cometidos bancarios, inclusive la función emisora.

Para Mauá la plaza ofrecía entonces una coyuntura favorable a semejante empresa. El gobierno oriental adeudaba importantes sumas a la firma, sobre cuya base, y con el apoyo más o menos velado de la diplomacia imperial, el establecimiento contaba obtener beneficios iniciales que permitieran arriesgarse en un país cuya estabilidad política era tan precaria. La administración de Pereira, como antes la de Flores, seguía apelando a la bolsa infalible de Mauá. En junio de 1856 el Estado reconoce un crédito por 370.000 pesos en capital y 21.575 en intereses devengados. ([12]). Un año después, ante la obligación de amortizar el servicio de intereses de la Deuda Consolidada, se autorizó al Poder Ejecutivo a gestionar con ese fin un nuevo adelanto de Mauá, acordándosele entonces por ley el derecho exclusivo de emitir billetes de cambio menor hasta el 20% de la emisión autorizada. ([13]). Como ya se señalara, en realidad el Banco había comenzado a funcionar como tal al promediar 1856, con un capital de 50.000 patacones, sin previa autorización de la Asamblea ni del Gobierno. Recuerda Acevedo que ante la sorpresa causada en la plaza por sus primeros billetes se decretó su retiro iniciándose entonces las tratativas que desembocarán en la ley de mediados de 1857, por la cual se autoriza el establecimiento de un Banco de emisión, depósitos y descuentos, bajo la responsabilidad ilimitada de Mauá con la base de $ 1:200.000 de capital. ([14]).

En realidad, la instalación del Banco Mauá en Montevideo obedece a un proyecto de alcances más vastos, que tiende a estructurar una red bancaria internacional con puntos de apoyo en las principales plazas europeas y americanas. Montevideo suministraría la base operacional desde la cual se extendería a Buenos Aires y la Confederación Argentina un gran centro económico y financiero que, manteniendo el equilibrio necesario entre las distintas fracciones de partido, lograra el control de la situación económica del Río de la Plata. En una sugestiva carta que dirige Mauá a Lamas se repasan rápidamente las coincidencias sucesivas de proyectos y realizaciones comunes en torno a los países del Plata. "Por la posición en que me colocaron —dice— de medianero de socorros financieros indispensables para la vida de la República, rápidamente fui arrastrado, por mis ideas generosas, o por mi dedicación al gabinete que en el Brasil iniciaba en esa época una política rigurosa con relación al Plata, que me parece tenía en cuenta también un gran interés brasileño, esto es, hacer prevalecer en esas regiones los elementos de civilización contra el elemento gaucho, haciendo así posibles relaciones de buena vecindad con aquel país, para lo que comprometí intereses de vuelo". Destaca Mauá entonces que estudió a fondo la política del Río de la Plata, "y no sólo por las ramas como la mayoría de los brasileños"; en ese análisis coincidió reiteradamente con Lamas en que "la base meramente política no daba sino resultados parcialmente favorables y muchas veces negativos; los Tratados —que fueron una tabla de salvación en que escapó de un naufragio infalible la nacionalidad Oriental— fueron mal apreciados por los orientales y se volvieron el origen de lamentables recriminaciones, ya de la prensa periódica de ambos países, ya de parte de los miembros del Parlamento, tanto en Montevideo como aquí, dificultando el acuerdo de ideas entre los gobiernos del Brasil y del Río de la Plata, tan necesarios para afirmarse las relaciones políticas comerciales y de buen vecino". El Tratado de Comercio de 1857, entre el Brasil y la República, fue así el primer paso con miras a un plan mucho más vasto. "Comprendí desde luego —agrega Mauá— que echada la base económica como ensayo para afirmarse en un futuro no muy distante las relaciones entre el Brasil y el Estado Oriental, correspondía extender la acción de esa influencia al otro lado del Plata, y de ahí nació en mí la idea de un Banco Brasileño en la Confederación Argentina, obteniendo con sorpresa las concesiones que pedí. Conozco hasta dónde puede extenderse la influencia de estos establecimientos cuando son bien organizados y bien dirigidos en el trabajo, en el desenvolvimiento de la industria, en el progreso y bienestar de los pueblos y finalmente en la creación de riqueza, aliciente para la realización de muchos mejoramientos de que carecen estos países nuevos. Creí que haciendo mover este mecanismo desde Montevideo al Paraná, aun en modesta escala, y so-

bre bases muy seguras, yo haría el mayor de todos los servicios a la idea nueva que queríamos plantar, esto es, preparar el terreno para que **una base económica uniese los intereses de los pueblos del Río de la Plata con el Brasil,** entrase como el principal elemento de la política de los gobiernos y entre pueblos vecinos llamados a estrechar y desenvolver relaciones entre sí, tanto de buena vecindad, como comerciales e industriales y monetarias de que se podría hacer recíproco y ventajoso trueque.". ([15]).

Los vaivenes de la política frustraron estos proyectos iniciales, pero el Banco Mauá logró sin embargo imponerse en la plaza de Montevideo, pese a las dificultades que opusieron los procedimientos comerciales rutinarios y los hábitos tradicionales de un régimen metalista. Hubo que luchar, —diría Tomás Villalba años después— "contra las desconfianzas del público y las malquerencias de los prestamistas", pero con el tiempo, la liberalidad de los préstamos y la puntualidad en el cumplimiento de los compromisos "conquistaron rápidamente la confianza". ([16])

No serían estos, por cierto, los problemas capitales que debió afrontar el giro del banquero brasileño, cuya solvencia es puesta tempranamente a prueba al conocerse las primeras noticias de la crisis norteamericana de 1857. Los diferentes estados de estos primeros años señalan como superior al Banco Comercial su giro en letras, en cuentas corrientes, en cajas de ahorro. Según el aludido informe del Comisario de Bancos y Contador General de la Nación, Tomás Villalba, entre julio de 1857 y las postrimerías de 1864, el Banco Mauá ganó la suma de $ 2:301.475, y su capital emisor llegó a duplicarse en 1865.

Los desórdenes políticos y la inestabilidad social de nuestro país parecen, en cambio, los verdaderos motivos de inquietud que empiezan a mellar el espíritu de Mauá ya en estos años de auge. Las frases de desaliento se deslizarán más de una vez en su correspondencia personal, traduciendo un creciente escepticismo ante el tortuoso curso de nuestras luchas civiles. De tal modo, si a comienzos de 1857 sostiene que es "remar decididamente contra la marea pretender reorganizar esta nacionalidad" ([17]); luego de Quinteros llega a maldecir "la hora en que se mezcló con las cuestiones del Plata". ([18]).

Durante la administración Pereira, la insolvencia del Estado frente a la magnitud de la deuda reconocida pretexterá nuevas y lucrativas especulaciones del Banco Mauá, por cuyo intermedio se extrema —hasta límites casi incompatibles con la soberanía— la dependencia financiera ante el Imperio brasileño. La operación más importante —envuelta en ribetes de escándalo— se realizó en torno a la Deuda Consolidada que había surgido de la Convención de 1857, suscrita con Francia e Inglaterra para reparar perjuicios ocasionados durante la Guerra Grande. Merced a un hábil ofrecimiento de Mauá, que previamente había adquirido una buena parte de los títulos respectivos, se acuerda la conversión de la Deuda mediante una fórmula elaborada en Río con la mediación de Lamas, y finalmente aprobada por el Parlamento luego de un trámite que —de creer a Maillefer— llegó a poner en cuestión la dignidad de la Legislatura. "Plenipotenciario de los agiotistas de todas las razas", califica el Ministro francés en esta oportunidad al banquero brasileño, denunciando las "enormes ofrendas" distribuídas entre el ministro Nin Reyes y algunos legisladores para allanar la aprobación del proyecto. ([19]). Mauá, no obstante, aludiendo veinte años después a esta operación que había encontrado tan "fuerte oposición", la recordaba como una liberación de las fuentes productivas del país, pues había logrado reducir la deuda que pesaba sobre un elemento tan vital como la propiedad de la que debían salir los recursos para pagar los intereses y la amortización. ([20]).

Los acuciantes problemas que afectaban al país a comienzos de 1860, cuando la elección de Bernardo P. Berro, no lograron ensombrecer sin embargo, las perspectivas de una administración que se reveló ordenada y emprendedora. En el orden de las relaciones internacionales se insinuaban, con todo, las mayores inquietudes. El Uruguay, sometido a la presión de sus poderosos vecinos, volvía a ser vulnerable encrucijada de zonas de influencia. Luego de Pavón, y más marcadamente a partir de la elección de Mitre, las relaciones con el gobierno de Buenos Aires se volvieron tensas, ahondando diferencias que no se resolverán sino con la ulterior imposición de Flores.

La penetración brasileña al norte del Río Negro pretextaba la intervención frecuente de la Legación imperial reclamando aun las sentencias de la justicia ordinaria. Concurrentemente, la acción diplomática de los gobiernos de Francia e Inglaterra, y luego de Italia, redobla reclamos compulsivos por perjuicios de guerra a sus súbditos. Las presiones externas que gravitan sobre el país en estos años, más de una vez plantearon la alternativa de la absorción por uno de los estados vecinos o la mediatización por las potencias europeas.

De creer a Mauá, desde 1860 "la prosperidad del Banco marchó a galope"; la propiedad había entonces "quintuplicado su valor y el

Banco tenía depósitos superiores a diez millones de pesos"; sus billetes de emisión eran recibidos con preferencia al oro, "pues hasta de la campaña venían los gauchos con su oro para trocarlo por billetes del Banco Mauá" (21). De todos modos, exageradas o no sus afirmaciones, la personalidad de Mauá sigue preponderando en el ambiente financiero del país. Por lo pronto, antes de cerrarse el primer año de guerra, su banco suscribe con el gobierno la colocación de un empréstito denominado Deuda Interna, por un monto real de $ 1:675.000. (22).

La neutralidad armada, entre tanto, parecía la política a seguir frente a las diferencias entre la Confederación y el Gobierno de Buenos Aires, cuando los conflictos internos de la política oriental comienzan a envedijarse una vez más con los problemas de la otra banda del Plata. El gobierno de Berro ya siente sobre sí, en 1862, la permanente amenaza de la invasión de los partidarios de Flores, abiertamente apoyados por Mitre. (23). La política brasileña, a su vez, oscila, aunque en forma velada aún, en torno a una posible alianza ofensiva y defensiva con los gobiernos de Paraná y Montevideo.

Al materializarse la esperada y temida invasión de Flores, comienza una indecisa guerra de amagos y escaramuzas, prolongada hasta la frontera brasileña donde los revolucionarios entran en franca connivencia con los grupos armados riograndenses; mientras el Ministro de Brasil pide explicaciones al gobierno de Berro por la circular remitida al cuerpo diplomático, acusando al Imperio y al Gobierno de Buenos Aires de prestar su apoyo a la revolución. (24). Ante la alarma que plantean nuevas expediciones revolucionarias que salen de Corrientes y Entre Ríos, Berro inicia gestiones, ya en 1863, encaminadas a la neutralización del país por medio de un acuerdo con naciones europeas, para asegurar así la integridad de las fronteras. (25).

Ante las primeras tratativas de pacificación, Flores acrecienta exigencias a la espera de la ya muy probable ayuda del Brasil, sabiendo que el tiempo corre a su favor mientras se mantenga el estado de conmoción en los campos orientales. La alianza de Flores con los liberales de Río Grande, y más tarde con el Imperio, venía a colocar a Mauá en el penoso extremo de ver sus intereses dentro del Uruguay, perturbados por la política de su propio gobierno, que ya preparaba la inminente campaña del Paraguay. (26). El afianzamiento de la "Cruzada" parece marcar así en su carrera financiera del Plata el comienzo de una fase declinante que se arrastra hasta la crisis definitiva. "Este deplorable acontecimiento lo trastornó todo —diría más tarde Mauá. El resultado de los esfuerzos de 12 años en que me tocó representar un papel importante, se encontraban comprometidos". (27).

Mientras la política imperial no se definía por el apoyo decidido a una revolución que creando un clima de inestabilidad social beneficiaba siempre a los intereses expansionistas de Río; mientras Berro y su ministro Herrera buscaban desesperadamente puntos de apoyo que garantizaran la integridad nacional, y el respeto de las fronteras del país, Mauá, facilitaba —como vimos— los recursos financieros para detener la revolución e intenta, con reiterados esfuerzos, una posible mediación para lograr el cese de la guerra civil. Su modalidad y sus conveniencias le impulsaban a ese apoyo —doblemente sincero, pues— que manifestó en todo momento al gobierno de Montevideo. Berro representaba para Mauá "la civilización y el orden", a la vez que una ubicación realista en las circunstancias de su tiempo. "Este país no tiene hombre de ideas más sanas ni más bien intencionadas —le escribía a su amigo Lamas, aun sabiendo que no compartía sus simpatías hacia el presidente oriental—, su idea capital es que los partidos se moderen y se respeten, visto que no es posible que se extingan". (28).

En Brasil, mientras tanto, no dejaba de sentirse cierta alarma, por un lado ante el pedido de apoyo del gobierno oriental a los estados europeos, y por otro ante cierta insinuante preponderancia de la política mitrista, unida a los rumores que le adjudicaban intenciones de anexión respecto de la antigua Provincia Oriental. (29).

El propio Mauá, mediante sus vastas vinculaciones en el mercado financiero argentino, sigue atentamente las negociaciones de Lamas y Mitre, que buscan a su vez la pacificación del Plata. Los vaivenes de la diplomacia y el arbitraje del Brasil propuesto por Lamas al margen de sus instrucciones y agregado en el protocolo suscrito con Elizalde, cuando la gestión de Lapido en Paraguay respondía a la política internacional del Ministerio blanco, llevan a la no aprobación de dicho protocolo ante las protestas de Joao Alves Loureiro que se muestra agraviado por la ofensa personal inferida al Emperador. Mauá mueve nuevamente sus influencias ante el gobierno oriental y se traslada a Buenos Aires, procurando con urgencia casi desesperada el restablecimiento de la paz, que ahora presiente aun más amenazada. Desde Buenos Aires escribe al Ministro Juan José de Herrera, en noviembre de 1863, que la sustitución de la alianza del Brasil por la del Paraguay, cambiaría "una seria prenda de paz" por el seguro estallido

de una guerra. ([30]). "Perdiéndose el apoyo de Brasil para esta política —agregaba Mauá— y me parece que está perdido, los elementos en fermentación en estos países son demasiado incandescentes para que no se produzca una explosión". ([31]).

Mauá se convierte así en este año 63, en un importante personaje de la diplomacia rioplatense; la defensa de sus intereses y, con ellos, de la paz en la cuenca del Plata, le llevan a entablar largas entrevistas en el despacho de Berro o en el del Ministro Herrera en el Fuerte; a mantener prolongadas reuniones con Mitre y Elizalde; a procurar contactos aun con el jefe revolucionario —"el estúpido y miserable gaucho Flores" (como lo llama en su carta a Lamas del 3 de agosto de 1863)— dentro del múltiple juego de la intrincada diplomacia rioplatense, cuyos complejos y entremezclados intereses llevan a marchas y contramarchas en una coordinación de alianzas que mueven Juan José de Herrera, Flores, Mitre, Elizalde o el Ministro Loureiro. La correspondencia de Mauá en estos meses refleja claramente esos afanes, sin que al parecer le importe vitalmente el triunfo de una determinada línea política. Si el apoyo pecuniario de Mauá al gobierno de Berro —como se viera— le es decisivo para conservarse en el poder, no logra en cambio ningún resultado concreto su gestión de componedor político. ([32]).

Mauá regresó al Brasil "desalentado". Por añadidura, la nueva alineación de fuerzas que en su país lleva al poder al "partido liberal" en 1864, precipitará la definición de la Corte de Río hacia una franca intervención armada en el Río de la Plata. La misión Saraiva, pese a la prudencia y habilidad del Ministro brasileño, anticipó la radicalización de la política del Imperio y su vuelco por el partido de Flores.

A comienzos de 1864, concluido su período legal, Berro había sido sustituido por Aguirre, que representaba el ala más extremista e intransigente del partido blanco, lo que forzosamente prometía dificultar la transacción que Saraiva buscó inicialmente.

El Barón de Mauá se incorpora a la Cámara de Diputados de Río oponiéndose abiertamente a los exaltados reclamos parlamentarios que propiciaban la intervención armada hasta "para garantir el porvenir de los brasileños". Mauá hizo oír su protesta desde el Journal do Commercio: "Es para mí —decía— motivo de la más viva satisfacción ver que el Brasil despierta al fin del letargo que parecía engolfado en presencia de la nefanda rebelión que, asolando las campañas de la República Oriental del Uruguay hace peligrar los intereses y la vida misma de nuestros compatriotas, que en grande número habitan esa República. Deploro que la intervención anunciada ahora tenga lugar bajo la presión de informaciones exageradas, sobre hechos mencionados en los relatorios de los diez últimos años y sobre otras ocurrencias en que ni siquiera se respeta la verdad para envenenar mejor el espíritu público y fomentar el odio de raza... Deploro también que el Brasil aparezca en el Río de la Plata no en la actitud elevada y digna de una nación vecina poderosa que procura aconsejar, guiar y conducir los espíritus inquietos y extraviados que allí perturban la paz pública y que son la causa verdadera de los sufrimientos de los brasileños, sino con aires de amenaza que para mí, que conozco de cerca a nuestros vecinos, pueden ser fatales a las negociaciones que pretendo entablar". ([33]).

Es evidente que la presión que ejercerá sobre el gobierno del Imperio la convulsionada situación de su provincia de Río Grande, tendrá importancia decisiva en la orientación de la política rioplatense. El triunfo republicano en las elecciones riograndenses, que aparejó además una crisis comercial y monetaria, exigió claras decisiones del poder central obligando a posponerlo todo a los intereses de su pacificación interior, en momentos en que parecía tambalear hasta la propia legitimidad imperial ante el embate de los grupos republicanos.

Desechadas ya definitivamente las gestiones de paz promovidas en el Plata, Mauá insiste desde el Brasil ante el gobierno de Aguirre ofreciendo una vez más sus oficios para procurar en Europa una fórmula de pacificación que proponga por base la neutralización del territorio oriental, bajo la garantía de Inglaterra, Francia, España, Italia, Brasil y la Argentina.

De todos modos, el bloqueo de la escuadra brasileña, el bombardeo de Paysandú, la toma de Salto y el sitio de Montevideo, allanaron el camino hacia el discutido convenio de paz del 20 de febrero. Brasil, que había decidido por la fuerza la partida prestando su apoyo a Flores, comenzaba ahora una nueva fase tutelar utilizando bien pronto a la República como base de operaciones para su guerra con el Paraguay.

El pánico de los primeros días de enero de 1865 había abarrotado los Bancos Mauá y Comercial, para "cambiar papel por oro". Aguirre decretó entonces el curso forzoso —el primero que conoció el país— hasta seis meses después de finalizada la guerra, contra un empréstito de $ 500.000 que fue aceptado por el Banco Mauá. "Es extraño que este banco brasileño —decía Maillefer— confíe la caja de su sucursal de Paysandú a nuestra cañonera **La Decidée**, pre-

firiéndola a la misma escuadra brasileña, nos pida guarnición francesa en Montevideo, y preste fondos al gobierno montevideano para rechazar el ataque de las fuerzas brasileñas". (34). La perplejidad aparente del diplomático francés no implica, por cierto, un juicio simplista de nuestro advertido testigo. Las conexiones políticas e individuales de Mauá —como lo ha señalado Lidia Besouchet— son muchas veces contradictorias con el desarrollo de los acontecimientos. Su vinculación múltiple con las figuras dirigentes de Uruguay, Argentina y Brasil no responde obviamente a intereses partidarios sino a intereses económicos que le colocan por encima de las luchas de los grupos políticos; entre blancos y colorados, unitarios y federales, Mauá tuvo en Uruguay y Argentina amigos y enemigos, como en Brasil perteneció al sector liberal y pudo a la vez mantener estrecha conexión con los conservadores del partido de Río Branco. (35).

Tras los agitados días de la entrada de Flores en la capital, su decreto derogatorio de la inconversión, y la ley del 23 de marzo del 65, instaurando una ilimitada libertad para el establecimiento de casas bancarias, modificaron nuevamente la situación de la plaza, restableciéndose el régimen metálico, pero con el resultado de que ya el Banco Mauá y el Comercial —que habían recuperado los capitales antes detenidos por la incomunicación con la campaña— pudieron enfrentar la demanda de cambio.

Mauá, entre tanto, urgido por diversas comisiones, se había trasladado a Londres. Mientras se definía la situación política del Plata, el prestigio aún indeclinado de Ireneo Evangelista de Sousa, había logrado concretar en la City la conversión de la Deuda interna en externa, cuya gestión había sido autorizada por el gobierno de Berro en 1863. Era ésta la primera operación de crédito que nuestro país negociaba en mercados europeos y, con ella, la turbulenta República Oriental ingresaba en la Bolsa internacional. Bajo la denominación de Empréstito Montevideano-Europeo, y por un monto nominal de un millón de libras, Mauá ponía a disposición del tesoro público £ 100.000 procedentes del 10% cedido por los tenedores de Deuda. (36). Pocas horas después de la capitulación de Montevideo, el Banco Mauá comunicaba al gobierno de Flores "que había quedado completamente realizada en Londres la conversión".

Mauá trata, empero, de preservar sus intereses, que teme ver afectados por la nueva situación, sin poder ya confiar tampoco en el apoyo de su propio gobierno, cuya política censuraba sin ambages, considerando un error garrafal la intervención armada en el Uruguay. (37). Ante semejante emergencia decide colocar sus intereses "bajo bandera inglesa", intentando fusionarse con el London Brazilian Bank, en condiciones que —más allá del alarde— mostraban una situación financiera que empezaba a resentirse.

Con la apertura del crédito inglés— señala Faraone— podemos considerar cerrado un ciclo, lo que de ninguna manera implica el cese de la dependencia política brasileña, pues las contingencias de la Guerra del Paraguay aparejarán, de nuevo, los subsidios del Imperio. (38).

La situación del Uruguay, vista con un escéptico resentimiento, sigue preocupando en sus cartas de Londres al Barón de Mauá, que deplora haber invertido en nuestro país "más intereses de los debidos". "El Estado Oriental, en mi opinión, de ahora en adelante es un país para huir, salvando de la mejor manera los intereses". (39). Pero también la situación del Brasil se modifica, por imperativo de sus propios problemas internos, y la nueva orientación política volverá a enfrentar una vez más al Estado con las iniciativas privadas. La lucha es despareja y determina por lo pronto un retraimiento de los empresarios industriales que habían comenzado a hacer carrera a la sombra de un régimen crediticio liberal.

En Montevideo el panorama se torna deprimente. El crack de Overend provocó un primer pánico y abrió el camino a la corrida bancaria. En pocos días el público retira, sólo del Mauá, más de un millón y medio de pesos con lo que tambalea su encaje y se impone la inconversión, que Flores decreta por seis meses en junio de 1866, obligado por la deuda de un millón de pesos que el Estado tenía con Mauá. La salvación es sólo momentánea. Una segunda vuelta de galopante especulación, empujada por los fomentos territoriales y la coyuntura comercial de la guerra paraguaya, se cierra bruscamente a fines del 67 con un nuevo decreto de inconversión que sólo aplaza un desenlace inevitable. A mediados de 1868, varios bancos de plaza (Mauá, Montevideano, Italiano), comprometidos en vastas especulaciones de bolsa, entran en quiebra. La crisis, que se ensañó con el comercio y los pequeños ahorristas, tuvo una tortuosa liquidación dado el desequilibrio financiero que afectaba al gobierno. El trámite inflexible que impuso el Ministro Pedro Bustamante a la conversión de los billetes fallidos alineó bandos políticos y parcialidades doctrinarias.

Mauá recobra sus bríos y publica un manifiesto desafiante colocando la causa del papel moneda bajo la protección de la diplomacia brasileña. Luego, al estilo de gobernante depuesto, se refugia en la Legación Imperial cuando

arrecian los tumultos callejeros contra los bancos insolventes al grito de "Abajo Mauá y el curso forzoso". ([40]). Mauá, vencido, afrontaba la liquidación mientras se retiraban $ 7:183.000 ([41]).

Desórdenes y manifestaciones, apenas contenidos por el desembarco de la tropa extranjera, subrayan un agitado clima de inquietud mientras la prensa, la Asamblea, el comercio, la Bolsa, discuten dispares proyectos tendientes a paliar el derrumbe.

Según el cónsul italiano Raffo, un solo paso del gobierno hubiera podido detener la quiebra estableciendo el cese gradual de la inconversión. Pedro Bustamante es acusado de haber cedido a antiguos rencores precipitando la quiebra del Banco Mauá —"una potencia brasileña surgida en el seno de la República"— y del Banco Montevideano, fuente de recursos de la oposición florista, con cuyos fondos su gerente Pedro J. Varela, luego de su derrota presidencial, había instigado la rebelión de Máximo Pérez. ([42]).

Una aguda crisis monetaria fue la consecuencia inmediata de la liquidación bancaria, con su secuela de perturbaciones para el comercio y los sectores más modestos. La Comisión de Balance designada por el Juez de Comercio registra en el activo del Banco Mauá $ 12:920.598 repartidos en títulos de deuda pública y bienes inmuebles varios, consistentes en 50 suertes de estancia en Salto y Soriano, pobladas de ganado fino y las instalaciones del dique y la empresa del Gas. ([43]).

Hubo fuertes presiones de la Legación brasileña sobre el Presidente Batlle y el nuevo Ministerio de "junio" propició una salida transaccional sin atender totalmente las condiciones propuestas por Mauá. La caída del gabinete aparejó una política de lucha abierta contra la influencia del capital extranjero, sobre todo el brasileño, muy particularmente dirigida contra Mauá que seguía pagando la culpa política de haber apoyado a un gobierno legal, cuya derrota, por lo demás, había quebrantado su fortuna.

El decreto del 21 de enero de 1868 suspendía el derecho que se había otorgado a los bancos de hacer uso de la suma de emisión que pudiesen garantir con valores. Mauá consideró que el gobierno había roto "el contrato bi-lateral" de julio. "No hubo esfuerzo que no hiciera —diría Mauá— para hacer revocar o al menos modificar el atentado gubernativo, pues finalmente, ya me contentaba con que el gobierno me permitiese hacer uso de la menor parte de la emisión a que tenía derecho el banco". ([44]). El Ministro del Brasil mantuvo sucesivas conferencias con el Presidente Batlle e incluso le hizo llegar los despachos que había recibido del gobierno Imperial y del Consejero Paranhos, "cuyos amistosos y bien claros términos —señala el ministro— esperaba fuesen tomados en la debida consideración". ([45]).

Los depositantes, viendo así confiscada la mejor garantía del Banco, cedieron al pánico y materializaron una nueva "corrida" que obligó, el 11 de febrero del 69, al cierre del Banco Mauá. Pese a que el gobierno de Batlle prolongaba su tratamiento hostil al Banco, Mauá no transó, buscando apoyo en el sector parlamentario que hizo causa común con el papel moneda ([46]). Sometida la sublevación cursista de Francisco Caraballo, en los primeros días de julio se sanciona una ley de liquidación inmediata de los bancos insolventes, lo que levanta renovadas protestas de Mauá, decidido a interponer la vía diplomática en defensa de sus intereses, "habiendo ya agotada —dice— todas las medidas de conciliación y teniendo la dolorosa convicción de que de parte del gobierno de este país ya no me es dado esperar justicia" ([47]). Consecuentemente, el ministro brasileño Godin eleva una reclamación oficial, alegando los perjuicios ocasionados a Mauá. La intervención diplomática, con todo, no fue más allá de esta formal reclamación.

Las crecientes dificultades del banquero venían así a medir también cierto desplazamiento de su poderosa influencia. En diez años, los cambios de alianzas, de hombres, de partido, afectaron irreparablemente el prestigio de Mauá en el Imperio y en el Río de la Plata. Sus puntos de apoyo han cedido o han desaparecido. En cuanto a las líneas de crédito, el gobierno de Batlle procura el concurso de otros capitalistas (Lafone, Lanús, Fynn), que ya habían financiado el empréstito argentino. Asimismo se iniciaba en 1870 un proceso de reorganización de la Deuda, restaurándose la Junta de Crédito Público, disuelta años atrás cuando Mauá se hiciera cargo de la Deuda Fundada.

La quiebra de la sucursal de Montevideo amagó repercutir en la casa central de Río de Janeiro, que venía afrontando inquietudes desde la crisis bancaria de 1864, pero la oportuna ayuda del Banco do Brasil permitió superar la situación. Toda la energía de Mauá se vuelca entonces en la rehabilitación de su Banco en Montevideo, tratando de evitar el extremo de la entrega a los tribunales. La fórmula adoptada —un acuerdo con sus acreedores ante los que asume personalmente el compromiso de pago— le permite obtener la autorización del gobierno para reanudar el giro bancario.

En mayo de 1870, a poco de formalizarse la invasión de Timoteo Aparicio, reabría sus puertas el establecimiento. Con todo, el banco

que sobrevive a la crisis del 68 es casi una sombra de aquela flamante institución de los tiempos de Pereira, cuando dominaba la Bolsa, arbitraba los empréstitos estatales y distribuía dádivas generosas bajo la tutela y el respaldo del Imperio. Con menos ambiciones, bajo el gobierno de Ellauri entabla gestiones de aproximación para obtener el ansiado acuerdo sobre el proceso que aún pende sobre el banco. Sin haber llegado a ninguna solución, el motín de enero y el descrédito de Pedro J. Varela abrevian el camino hacia la crisis del 75. Los días de Mauá están contados: la nueva quiebra en marzo, tras once días de corrida, anuncia un derrumbe inevitable, definitivo. La alarma cunde a Brasil, donde los acreedores urgen, mientras los rumores y las circulares anónimas acrecientan un desprestigio ruidoso que se vocea hasta en el Parlamento.

El último episodio de la carrera de Mauá en nuestro país vuelve a asociarse curiosamente con la gestión de Andrés Lamas, junto a quien concertase la primera operación de crédito que lo trajo al Uruguay en 1850.

El antiguo ministro de la Defensa en Río, ahora titular de Hacienda en el gabinete de Varela, se propone resolver los apremios financieros del gobierno mediante la rehabilitación del banco en falencia. Según los términos suscritos en octubre del 75, el Mauá pasa a ser, de hecho, banco de Estado, al asumir el servicio de la Deuda Pública y las prerrogativas del monopolio de la emisión. En cambio, Mauá desistirá de su reiterada reclamación ($ 5:000.000 por indemnizaciones) y proveerá de fondos al ministerio. Pese a todos los esfuerzos, la respuesta popular al convenio fue lapidaria: la desconfianza ante un banco quebrado y la reacción contra el papel moneda que lo representaba empujaron una depreciación vertiginosa del billete, que a comienzos del 76 llega a 300% y alcanza a 850 en marzo, al cabo de una carrera que termina con la dictadura de Varela.

El expeditivo decreto de Latorre, con que se rescinde el vidrioso contrato de octubre, marca el previsible final de una aventura financiera que impregna todo un cuarto de siglo decisivo para el destino de la nacionalidad oriental. Final previsible quizá desde el fin de la guerra del Paraguay, durante la cual, sirviendo "la causa de la civilización y el orden" —como gustaba decir Mauá— fue puntual prestamista y abastecedor de los ejércitos aliados; y, a la vez, el promotor entusiasta de todos los ramos industriales a que lo ligaban sus empresas brasileñas, que conocieron entonces un surgimiento promisorio pero efímero, condicionado a la coyuntura bélica. Con el triunfo de la Triple Alianza, decisivamente sostenida por Inglaterra, Mauá comienza a perder pie. Sus grandes empeños financieros hacen tambalear al Banco, al tiempo que declinan los astilleros y las fundiciones de Punta Arenas. Es entonces que Inglaterra, en pleno "boom" vendedor, se lanza sobre los mercados brasileños, protegida por las facilidades obtenidas durante la guerra a cambio de su interesado concurso.

De tal modo, al cabo de la guerra del Paraguay, la insinuante decadencia del Imperio, incapaz de arrostrar la concurrencia británica, se evidencia en la creciente disgregación de sus fuerzas económicas, en beneficio de la potencia recolonizadora. Cabría relacionar así la paralela decadencia del Imperio y del barón de Mauá, con el ascenso industrial, comercial y financiero de la pujante Inglatera victoriana. En nuestro país, el ocaso de la influencia brasileña comienza a manifestarse bajo síntomas diversos al despuntar la década del setenta, cuando la expansión británica empieza a descubrir un mercado ventajoso para sus inversiones.

No deja de ser sugestivo el hecho, alguna vez ya señalado, (48) de que Mauá en cierto modo haya sucumbido indirectamente bajo el peso del capital que tanto se había empeñado en propulsar

NOTAS:

(1) Cfr. LIDIA BESOUCHET, **Mauá y su época**, Buenos Aires, 1940.

(2) ALBERTO DE FARIA, **Maua, Irenéo Evangelista de Souza, Barão e Visconde de Mauá. 1813-1889**, Río de Janeiro, 1926.

(3) VISCONDE DE MAUÁ, **Exposiçao aos Credores e ao Público**, en VISCONDE DE MAUÁ, **Autobiografía**, Río de Janeiro, 1943.

(4) Informe de M. Maillefer al Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia, Montevideo, 6 de abril de 1854, en **Revista Histórica**, t. XVII, p. 465.

(5) Informe de M. Maillefer al Ministro de Asuntos Exteriores de Francia, Montevideo, 5 de marzo de 1854, en **Revista Histórica**, t. XVII, p. 449.

(6) Ibid.

(7) L. BESOUCHET, **Mauá y su época**, cit., Según los protocolos del Tratado de 1857 existían en 1850 en la República 428 estancias brasileñas que abarcaban 1.782 leguas.

(8) Carta de Mauá a A. Lamas, Río, 23 de octubre de 1854, en **Correspondência política de Mauá no Río da Prata (1850-1885)**, Sao Paulo, 1943, p. 63.

(9) Informe de M. Maillefer al Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia, Montevideo, 2 de febrero de 1855, en **Revista Histórica**, t. XVII p. 551.

(10) Ibid.

(11) ROQUE FARAONE, **Aspectos del cré-**

dito público en el Uruguay entre 1852 y 1875, Montevideo, 1967, p. 16.

(12) E. ACEVEDO, **Anales Históricos del Uruguay**, Montevideo, 1933, t. II, p. 708.

(13) El 2 de julio de 1857.

(14) E. ACEVEDO, **Anales**, cit., t. II, p. 698.

(15) Carta de Mauá a A. Lamas, noviembre de 1860, en **Correspondência politica de Mauá**, etc., cit., p. 149 y Carta de Mauá a A. Lamas, 26 de setiembre de 1859, en Ibid. p. 69.

(16) Informe de Tomás Villalba, cit. en E. ACEVEDO, **Anales**, cit. t. III, p. 453.

(17) Carta de Mauá a A. Lamas, Montevideo, 5 de enero de 1857, en **Correspondência politica de Mauá**, etc.

(18) Carta de Mauá a A. Lamas, Río, 10 de abril de 1858, en Ibid., p. 88.

(19) Informe de M. de Maillefer al Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia, Montevideo, 29 de abril de 1859, en **Revista Histórica**, t. XVIII, p. 274.

(20) **Exposición a los acreedores**, 1879, en JUAN ANTONIO ODDONE, **Economía y Sociedad en el Uruguay liberal, 1852 - 1904, Antología de textos**, Montevideo, 1967, p. 185.

(21) Ibid. p. 186.

(22) R. FARAONE, **Aspectos del crédito público**, etc., cit. p. 21.

(23) Informe de R. Barbolani al Ministerio de Asuntos Exteriores del Reino de Italia, Montevideo, 1862, en JUAN ANTONIO ODDONE, **Una perspectiva europea del Uruguay, Los informes diplomáticos y consulares italianos, 1862-1914**, Montevideo, 1965.

(24) Informe de R. Barbolani al Ministro de Asuntos Exteriores del Reino de Italia, Montevideo, abril de 1863, en ibid.

(25) J. A. ODDONE, **Una perspectiva europea**, etc., cit. p. 10.

(26) L. BESOUCHET, **Mauá y su época**, cit. p. 177.

(27) **Exposición a los acreedores**, 1879, cit., p. 186.

(28) Carta de Mauá a A. Lamas, 3 de agosto de 1863, en **Correspondência politica**, etc., cit., p. L.

(29) Informe de R. Barbolani al Ministro de Asuntos exteriores del Reino de Italia, Montevideo, agosto de 1863, en J. A. ODDONE, **Una perspectiva europea**, etc., cit.

(30) Carta de Mauá a Juan José de Herrera, Buenos Aires, 18 de noviembre de 1863, en L. BESOUCHET, **Mauá y su época**, cit., p. 188.

(31) Ibid.

(32) Cfr. L. Besouchet, **Mauá y su época**, cit., p. 182 y ss.

(33) E. ACEVEDO, **Anales**, etc., cit., t. III, p. 305.

(34) Informe de M. Maillefer, al Ministro de Asuntos Exteriores, Montevideo, 14 de enero de 1865, en **Revista Histórica**, t. XXII pp. 449-50.

(35) L. BESOUCHET, **Mauá y su época**, cit., pp. 170-171.

(36) Carta de Mauá a A. Lamas, Londres, 8 de enero de 1865, en **Correspondência politica**, etc., cit., p. 220.

(37) Carta de Mauá a A. Lamas, Londres, 20 de marzo de 1865, en Ibid. p. 223.

(38) R. FARAONE, **Aspectos del crédito público**, etc., cit., pp. 25-26.

(39) Carta de Mauá a A. Lamas, Londres, 8 de octubre de 1865, en **Correspondência politica**, etc., cit., p. 227.

(40) Informe de M. Maillefer al Ministro de Asuntos Exteriores, Montevideo, 2 de junio de 1868, en **Revista Histórica**, t. XXVI, p. 329 y 331.

(41) Su papel, sin embargo, más tarde rescatado casi todo por el mismo Mauá, conservó más valor que el del Banco Montevideano que regenteaba Pedro Varela. (Cfr. Informe de M. Maillefer al Ministro de Asuntos Exteriores, Montevideo, 14 de junio de 1868, en **Revista Histórica**, t. XXVI, p. 332).

(42) Informe de Raffo al Ministro de Asuntos Exteriores del Reino de Italia, Montevideo, 28 de junio de 1868, en J. A. ODDONE, **Una perspectiva europea**, etc., cit., p. 61.

(43) E. ACEVEDO, **Notas y Apuntes. Contribución al estudio de la Historia Económica y Financiera de la República Oriental del Uruguay**, Mont., 1903, t. II, p. 219 y ss.

(44) **Exposición a los acreedores**, cit., p. 188.

(45) Oficio de Antonio D. Araújo Gondin al Ministro de Relaciones Exteriores, Montevideo, 27 de julio de 1869, en BESOUCHET, **Mauá y su época**, cit., p. 212.

(46) Carta de Mauá a A. Lamas, Montevideo, 26 de abril de 1869, en **Correspondência politica**, etc., cit., p. 241.

(47) Nota de Mauá al Ministro Gondin, Montevideo, 27 de julio de 1869, en L. BESOUCHET, **Mauá y su época**, cit., p. 209

(48) **Correspondência politica de Mauá no R. da Prata**. Prefacio e notas de Lidia Besouchet, cit., p. 50.

PABLO MONTERO ZORRILLA

EL SITIO Y LA DEFENSA DE PAYSANDU

CONSIDERACIONES PRELIMINARES

SOBRE los acontecimientos habidos fuera y dentro del recinto fortificado de la ciudad de Paysandú durante el Sitio de 1864, existen algunos trabajos de muy diverso valor documental y con distinto sentido histórico. Unos, escritos por testigos o contemporáneos del Sitio y otros por generaciones posteriores. (1) Entre estos trabajos, los que tienen mayor valor documental a nuestro juicio son el de Rafael A. Pons con Demetrio Errausquin y el de Orlando Ribero.

El primero forma una recopilación de recuerdos personales y documentos de época completada con lo más apasionado y parcial que se publicó en la prensa contemporánea a los hechos. Pons sirvió en la Defensa de Paysandú con el grado de Teniente 2do. del Ejército y ejerció la capitanía de Guardias Nacionales.

Orlando Ribero, en cambio, fue miembro de una vieja familia de comerciantes sanduceros en el ramo de almacén, que sirvió de soldado durante todo el Sitio, luciéndose no sólo por su valor, sino también por su sentido de responsabilidad y su inquietud permanente en favorecer los sistemas defensivos de la plaza. Era el menor de varios hermanos, hijos de don Maximiliano Ribero, entre los que se encontraba el Capitán Pedro Ribero, Jefe de Policía de Paysandú y héroe del episodio del "Villa del Salto."

Ambos trabajos forman, por su contemporaneidad con los sucesos, documentos de valía. No obstante, ellos pecan de alta parcialidad y de errores de visión por carecer, precisamente, de perspectiva en el tiempo. El de Pons-Errausquin, más valioso en la faz documental, más completo y más sujeto a un plan cronológico, es de una parcialidad tan descubierta que parece estar confeccionado bajo el más grave estado de pasión partidaria. Todos los apasionados relatos, críticas, proclamas y diatribas contra el General Flores y el Imperio del Brasil, han sido incluidos en este libro. El documento pierde entonces gran parte de su valor histórico, de imparcialidad y de justicia, para dar cabida a la obcecación partidista de sus autores.

El de Ribero es, más bien, una recopilación de recuerdos escritos veintiocho años después del Sitio. Tiene el mérito de ofrecer una narración simple, clara y precisa de los sucesos generales y de aquellos en que fue protagonista. Trae al lector una veracidad no desprestigiada por su estilo sencillo, y avalada, en cambio, por el franco objetivismo con que los narra. Según el propio autor, "se refiere en una gran parte a hechos personales".

* * *

Hemos citado a aquellos autores que han escrito libros u opúsculos dedicados exclu-

sivamente al Sitio de Paysandú del 64. Fuera de ellos, han habido grandes historiadores que han tratado el tema dentro de obras de gran extensión histórica. Entre ellos, citaremos a Eduardo Acevedo en sus seis tomos titulados "Anales Históricos del Uruguay" y Carlos María Maeso en su libro "Glorias Uruguayas". Especialmente Eduardo Acevedo trata exhaustivamente el punto y, por ello, es uno de los autores más consultados sobre el episodio que nos ocupa. Acevedo agrega a su erudición y a su pasión investigadora la justeza del juicio, por tratarse de un historiador cuyas tendencias no pueden tildarse de parcialidad hacia el Partido Blanco.

* * *

Tenemos en los documentos mencionados, la narración precisa de los hechos políticos y militares de la época. Cuentan ellos una cronología o una relación ordenada de los sucesos acaecidos en las distintas distancias de tiempo en que los escribieron sus autores. Hoy, ese tiempo se traduce en un siglo. Aunque la mente humana se coloque de hecho en los ambientes en que sucedieron los acontecimientos del pasado, no está demás (creemos), tonificar ese retorno **in mente**, para otorgar su verdadero valor al heroico sacrificio que significó la Defensa de Paysandú.

Un siglo en la Edad Media o el Renacimiento fue un paso lento en las técnicas vitales del hombre. Pero la última centuria significó un paso infinito y vigorso y una renovación total en todos los rubros de la civilización. El hombre ha dominado a la naturaleza en los tópicos de mayor significación para su cómoda existencia y aunque las guerras modernas tengan un índice de mortandad en proporción incalculable, el paso de un siglo ha puesto al combatiente de hoy en posición distinta en todo aquello que se convierte en la antesala de la muerte.

Si esta comparación pareciera inadecuada al tema, creemos que ella sea necesaria para colocar al lector dentro de las escenas que se sucedieron en el Sitio. Como punto de partida nos atrevemos a suponer que el **statu quo** de la vida de un siglo atrás, impondría penurias que no podría resistir un hombre de hoy.

* * *

Posémonos en el Paysandú de 1864. Diecisiete mil almas, más o menos, sumaba la población del departamento que abarcaba entonces todo el territorio del actual Río Negro. La ciudad capital no tendría más de diez mil habitantes. Paysandú era entonces una población pequeña, agachada contra la cuchilla que cae al Uruguay. Formaba un trazado perpendicular de calles nítidas que se van esfumando sobre el verde del campo y no alcanzan a tocar el río azul. Del caserío blanco surge la fábrica inconclusa de la Iglesia Parroquial asomada a la plaza de la Constitución. El resto, casas hogareñas; mansiones de familias ilustres algunas y las demás modestas, hasta llegar a las más humildes viviendas que circundan la masa densa del centro. Se destacan entre ellas los edificios de la Jefatura, el Teatro, la Aduana, el Hospital. El empedrado era de cuña cuando no se carecía de él y sobre la piedra cruzaban ruidosos los rodados de tracción a sangre. Los jinetes vestidos a la usanza gaucha subían y bajaban la pendiente principal del pueblo. Eran pocos los carros, breaks y landós que poseía la ciudad. Alguna diligencia que va o viene de Montevideo u otros puntos del país descarga o carga su pasaje en la plaza principal. Las carretas son muchas y se agolpan con sus bueyes en los aledaños ciudadanos y en las cercanías del puerto. De día hay sol y se ve el río; de noche hay tinieblas apenas traspasadas por la luz amarilla de los faroles a aceite. Las comunicaciones son verbales o escritas, de hombre a hombre. Los "chasques" y las postas, realizan este servicio. La lucha contra las enfermedades y la muerte es precaria en los hogares ricos y en los hogares pobres. Está supeditada a los conocimientos médicos y quirúrgicos de la época. El resto de la escena es arcaico para nosotros: buques de altas arboladuras forman una reja intrincada de palos y obenques a la isla Caridad que se extiende frente al caserío blanco. Los montes del Uruguay son casi vírgenes y cobijan a pumas y yaguaretés. Es una ciudad incipiente, muy movediza tal vez y muy llena de poesía por ese acercamiento leve al río ancho.

Esto son las ciudades de la época no muy diferentes en su condición humana a lo que era la propia capital. En ese pueblo, en esas condiciones, se desarrolló la Defensa. Poco más de mil hombres pignoraron sus vidas a los azares de una causa perdida en defensa de la Patria, de la Constitución y de las Leyes.

LA GUARNICIÓN DE LA PLAZA

Los documentos existentes en el Archivo General de la Nación y los archivos del Ministerio de Guerra y Marina (hoy Ministerio de Defensa Nacional), señalan para la guarnición original (2) de la plaza de Paysandú, un total de 742 hombres de milicia discriminados en la siguiente forma:

Un Coronel (Comandante Militar)
Diez Jefes.
Un Médico Cirujano.
Ochenta y un Oficiales.
y Seiscientos cuarenta y nueve individuos de tropa.

La discriminación de las armas era así:

ESTADO MAYOR

Comandante Militar: Coronel Leandro Gómez.

Jefe de Detall Encargado del Estado Mayor: Sargento Mayor Carlos Larravide.

Jefe Político y de Policía: Comandante de Guardias Nacionales, don Pedro Rivero.

Médico y Cirujano Mayor: Doctor Vicente Mongrell.

Sargento Mayor Agregado al Estado Mayor: Torcuato González.

Encargado del Departamento de Municiones y Víveres: Capitán Francisco Peña.

Encargado del Departamento de Municiones y Víveres: Capitán Ladislao Gadea.

10 Oficiales Ayudantes del Estado Mayor. (De estos diez oficiales, cinco eran ayudantes del Comandante Militar Coronel Leandro Gómez, a saber: Capitanes Eduardo Dubroca, Hermenegildo Alarcón, Justo Lamadrid, y Alféreces Carlos Sotilla y Manuel Comesilla).

2 Oficiales encargados de la vigía.

ARTILLERIA

Jefe: Capitán Federico Fernández.
Capitanes: Lindorfo García, Mandacurú y Clavero.
Teniente: Rafael A. Pons.
Alférez: Joaquín Espilina.
Sargento 1ro. Distinguido: Juan Irrazábal.
38 individuos de tropa.

INFANTERIA

Batallón "Defensores"

Jefe: Teniente Coronel Graduado Belisario Estomba.
Sargento Mayor: José Fuentes.
18 Oficiales.
200 individuos de tropa.

Batallón "Guardias Nacionales"

Jefe: Comandante Federico Alberastury
Sargento Mayor: Pedro Rivas.
21 Oficiales.
166 individuos de tropa.

Compañía del "Batallón 1ro. de Cazadores"

Comandante: Capitán Adolfo Areta.
3 Oficiales.
40 individuos de tropa.

Piquete de Voluntarios

Jefe: Sargento Mayor Gómez.
3 Oficiales.
36 individuos de tropa.

CABALLERIA

Escuadrón "Guardia Nacional"

Jefe: Coronel Emilio Raña.
Segundo Jefe: Capitán Laudelino Cortés.
12 Oficiales.
140 individuos de tropa.

Piquete Escolta

Comandante: Capitán Hermógenes Masante.
2 Oficiales.
28 Individuos de tropa.

LA CIUDAD SE ATRINCHERA

Para enfrentar a un asedio al que no es posible prever su fin, lo fundamental es atrincherar en lo posible el espacio de la ciudad a que quedarán reducidos los defensores.

Hemos dicho que Paysandú era una población pequeña que se iba disolviendo, sin límite de transición, hacia el campo. Formaba, por lo tanto, una ciudad abierta como todas las ciudades de la República de hace un siglo, incluso Montevideo, única ex-plaza fuerte española durante la Colonia.

El procedimiento con que se atrincheró Paysandú en el 64 puede llevar a confusión si no se aclara cuál fue el sector dentro del cual se desarrolló la Defensa. En este sentido, no vaya a creer el lector que el atrincheramiento de Paysandú abarcó todo el perímetro urbano y ni aun la parte más importante de la ciudad. Lo que se atrincheró fue el centro lógicamente, la parte más alta de la población y ello se redujo a ocho manzanas completas por una razón llena de lógica: era necesario utilizar las manzanas que poseyeran una edificación compacta, es decir, sin o con pocos lugares no edificados, que formaran un natural atrincheramiento.

Las manzanas que quedaban fuera de esta zona, eran aquellas que poseían una edificación más abierta, con abundancia de quintas y baldíos, en las que hubiera sido necesario levantar largas y costosas trincheras. En la forma elegida, las trincheras se reducían a quince bocacalles que no pasaban de algunos metros ninguna de ellas. En los casos en que existió algún punto débil debido a espacios vacíos dentro de las manzanas, los defensores arpillerizaron los alambrados o cercos que ofrecían puntos flojos en el amanzanamiento. Las trincheras consistían en escarpas de madera rellenas de tierra en su interior, con sus correspondientes troneras.

De esta manera, la zona correspondiente a la Defensa se encontraba encerrada dentro de las calles Montecaseros al este; Montevideo al oeste; Florida al norte; y 8 de Octubre al sur. Entre las bocacalles del oeste y las orillas del río Uruguay, la distancia comprendía unas diecinueve cuadras más o menos.

Todas las trincheras se construyeron **"de ladrillo sentado en barro, con una zanja exterior en las bocacalles de tres metros de profundidad por otros tantos de ancho"**, dice Ribero. El mismo autor establece que **"las entradas principales al radio fortificado eran los extremos de la calle 18 de Julio, cerradas por un portón de fierro y un puente levadizo por medio de roldanas, cuyo puente se mantenía echado sobre la zanja". "Tres trincheras, en forma de semicírculo, estaban situadas: una en la calle 18 de Julio, extremo oeste; otra en la calle 8 de Octubre y Montevideo, esquina de la Jefatura de Policía, y la otra, en la misma calle 8 de Octubre y Montecaseros, frente al Hospital". "Las demás eran rectas. Como en la zona que abarcaba y cerraba el atrincheramiento habían muchos cercos de pared, éstos habían sido arpillerados, pero sin oponer más resistencia que el simple muro."** (3)

El punto más alto de la ciudad lo constituían la cúpula y las bases de las torres de la Iglesia Parroquial en construcción. Allí flameaba el pabellón nacional y en la base de la torre izquierda se construyó una habitación a dos aguas para el vigía.

Como la iglesia sería el centro de la metralla enemiga, se construyó un torreón de ladrillo y cal en el ángulo sudeste de la Plaza Constitución, al que Leandro Gómez bautizó "Baluarte de la Ley". A este torreón se ascendía por una explanada en caracol y los servicios que prestó a los defensores fueron de distinta índole. Sirvió como punto de observación o atalaya conjuntamente con el vigía de la iglesia; como emplazamiento de altura para tres piezas anacrónicas de calibre 6 y 8; para cuadra de los artilleros y para polvorín. Junto a él, protegida por un cerquillo de hierro, se hallaba la pirámide de la Libertad.

La Comandancia Militar se constituyó en el viejo edificio conocido como "La Azotea de Paredes" en la esquina de las calles Florida y Montecaseros (ángulo noreste de la Plaza Constitución) y allí asentó sus habitaciones el Jefe de la Defensa Leandro Gómez.

* * *

Las piezas de artillería con que contaba la plaza formaban un conjunto arcaico en parte, antifuncional y descompleto. Según Ribero (4) la artillería consistía en nueve piezas así discriminadas:

2 piezas de bronce calibre 4.

1 pieza de bronce calibre 5.

2 colizas o plataformas giratorias con cañones de calibre 6, retiradas del "Villa del Salto" antes de su destrucción voluntaria.

2 carronadas o cañones de marina cortos, montados sobre correderas, de modelo muy antiguo, calibre 8, que fueron enviadas como obsequio desde Montevideo por el Coronel Masa.

2 cañones de hierro calibre 6, sin cureñas.

Estas piezas, naturalmente, tuvieron que ser adaptadas a las circunstancias y hubo casos fallidos en las cureñas improvisadas, que dejaron de saldo la inutilización del cañón.

En cuanto a las armas menores, se usaron las llamadas "de pistón" caracterizadas por la carga de boca con munición de plomo y fulminante. Es posible que se hayan utilizado en la emergencia, antiguos trabucos de los llamados "de chispa".

COLOCACIÓN DE LOS EJÉRCITOS SITIADORES Y BLOQUEO DE LA ESCUADRA BRASILEÑA

La táctica empleada para lograr la caída de Paysandú fue por opresión terrestre de los ejércitos combinados revolucionarios y brasileños secundada por el bloqueo fluvial y bombardeo por parte de la escuadra imperial fondeada en el río, frente a la plaza.

Las fuerzas revolucionarias del General Flores, calculadas en casi 4.000 hombres, cercaron la ciudad por la parte sur, estableciendo su cuartel general sobre las orillas del arroyo Sacra, llegando sus avanzadas hasta sus suburbios. En los momentos álgidos del Sitio éstas llegaron a ocupar las mansiones quedadas fuera del atrincheramiento, hasta el punto de llegarse a cambiar disparos de vereda a vereda en los límites de la calle Uruguay.

Los ejércitos brasileños que provinieron del norte, acamparon sobre el arroyo San Francisco, llegando a emplazar unas 40 piezas de artillería sobre la colina denominada Bella Vista.

El río Uruguay mecía la escuadra brasileña al mando del Barón de Tamandaré capitaneada por el buque insignia "Recife" y compuesta por las cañoneras "Ivahí", "Belmonte", "Araguay", "Paraguay", "Regente" y otras naves de menor porte, entre las que se encontraba el vapor de ruedas "Concordia", armado a guerra. Junto a ellos, y en calidad de observadores, se hallaban la cañonera francesa "Decidée", la corbeta española "Wad-Ras" y los buques de guerra argentinos "25 de Mayo" y "Guardia Nacional" al mando del Almirante Mature.

Esta concentración de buques, entre los que se divisaba los restos del "Villa del Salto" embicado en la costa, formaban una pantalla entre la isla entrerriana de la Caridad —situada frente a Paysandú— y la hoguera formada por la ciudad en llamas.

DESTINO DE LAS FAMILIAS SANDUCERAS DURANTE EL SITIO

La evacuación civil de Paysandú se realizó bajo los primeros fuegos, el 9 de diciembre de 1864. Constituyó también uno de los capítulos más dolorosos del Sitio. Es necesario volver el pensamiento a aquellos tiempos para valorar el sacrificio de los evacuados y el ataque a los amores y ternura que significó aquel éxodo de niños, mujeres y ancianos.

Paysandú era una ciudad progresista dentro del cuadro de la época. Estaban radicadas en ella, muchas familias ilustres argentinas y orientales, atraídas por los negocios u otras circunstancias. A las argentinas no alcanzó el sacrificio. Alertadas por sus parientes de Buenos Aires en conocimiento de los entretelones diplomáticos de Mitre y del Imperio del Brasil, sobre la cruel guerra que se desataría en la República Oriental del Uruguay, habían emigrado a su país semanas antes de iniciarse la avalancha de acontecimientos.

El sacrificio estaba destinado a las familias orientales, sanduceras, inocentes víctimas de la guerra desatada por los hombres. Para estas familias hubo una única solución para salvar sus vidas, aunque no la inevitable tragedia: las islas del río Uruguay, montosas y salvajes. Allí no llegarían las bombas pero al refugio silvestre que significaban sumaban el horror de convertirse en espectadores pasivos de la guerra que destruía a su ciudad y quitaba la vida a sus más queridos seres. La isla Caridad, frente mismo a Paysandú, fue un verdadero palco **avant-scéne** de la tragedia.

Una comisión de socorros enviada por el gobierno de Aguirre informó que en la isla Caridad recibían ración 1.428 personas, con un porcentaje elevado de niños a quienes las funciones biológicas multiplicadas por su desarrollo obligaban a duplicar la alimentación. Aguirre contribuyó en lo que le permitieron las circunstancias al envío de alimentos y medicinas a las islas y el honor mayor cupo a los pobladores entrerrianos, quienes organizaron colectas para obtener recursos y alimentos y al General Urquiza que dispuso el envío gratuito de carne de sus estancias para aliviar la situación de los evacuados.

La isla Caridad, especialmente, se transformó en hogar de las familias sanduceras. Entre toldos y carpas prestados por los buques argentinos, franceses, ingleses y españoles anclados en las cercanías, entre los montes agresivos de la flora americana, miraban el correr melancólico del río mancharse de rojo por la hoguera fraticida de los orientales.

LA GUARNICIÓN DE LA PLAZA AUMENTA SUS EFECTIVOS

El 28 de noviembre de 1864, la guarnición del Salto capitulaba frente al ejército florista. Este hecho significaba el inminente inmediato asedio de Paysandú, que se encontraba ya preparado para la defensa. A principios de este mes, el Jefe Político de Soriano Comandante Juan M. Braga se había sumado a la guarnición sanducera con oficiales y un piquete de tropa. Caído el

Salto, el Coronel Lucas Píriz se suma también a los defensores de Paysandú con trescientos hombres entre oficiales y tropa. Con la incorporación de estas fuerzas disgregadas del Salto y Tacuarembó y las ya nombradas de Soriano, la guarnición de la plaza sanducera llegó, según Eduardo Acevedo (5), al número de 1.086 defensores.

Cuando el Coronel Píriz llegó a Paysandú, el Coronel Gómez, reuniendo a sus jefes, les dijo que la dirección de la Defensa correspondía a Píriz por tratarse de un militar de mayor antigüedad y méritos en la estrategia guerrera. Lucas Píriz, en acto de auténtica justicia, se opuso a la sugerencia de Gómez aduciendo que era obra de éste la organización ya hecha de la Defensa y agregando hidalgamente: **"Si llegan a flaquear mis fuerzas, desde ya autorizo al Coronel Gómez a que me haga levantar la tapa de los sesos"**. Los jefes aprobaron por aclamación las palabras del Coronel Píriz y Leandro Gómez fue ratificado en el cargo de Comandante Militar y Jefe Supremo de la Defensa de Paysandú.

MEDIDAS TOMADAS POR EL GOBIERNO DE AGUIRRE

Conocida por el Gobierno de Montevideo la noticia de la caída del Salto y la inminencia del Sitio a Paysandú, el Presidente interino don Atanasio Cruz Aguirre en acuerdo con todos sus Ministros, tiró el siguiente Decreto: **"El Presidente de la República en uso de sus facultades extraordinarias, en Consejo de Ministros ha acordado y decreta: Artículo 1º. Declárase rotos, nulos y cancelados los tratados del 12 de octubre de 1851 y sus modificaciones de mayo de 1852, arrancados a la República. 2º. La República Oriental del Uruguay reivindica por ese acto todos sus derechos, sobre los límites territoriales que siempre le correspondieron. 3º. Las aguas de la República sobre la Laguna Merín, con sus afluentes, quedan, en cuanto pertenecen a la República, a lo dispuesto por la Ley del 25 de julio de 1854, quedando en consecuencia abiertas a los barcos y comercios de todas las naciones. La República no desconoce por este acto las obligaciones pecuniarias que a mérito de los tratados anulados tenga con el Imperio. 5º. La República se reserva todos los derechos a reclamar y obtener del gobierno imperial plena indemnización por los perjuicios. 6º. Del presente decreto se dará cuenta con un mensaje especial al Poder Legislativo inmediatamene que se abran sus sesiones."**

Inmediatamente de firmarse este decreto, el Gobierno manda quemar en la Plaza Matriz los Tratados del 12 de octubre de 1851 y sus modificaciones del 15 de Mayo de 1852. Toda la población, indignada por los acontecimientos del norte del país, presenció en silencio la hoguera en que se consumían los más vergonzosos documentos que se hayan redactado contra nuestra soberanía.

En lo militar, Aguirre esperó la oportunidad para enviar, en socorro de Paysandú las fuerzas que fueran necesarias.

ANOTACIONES PREVIAS A LA INICIACIÓN DEL SITIO

En los últimos días de noviembre de 1864, Paysandú estaba pronta para resistir el asedio. Sus pobladores habían presenciado todos aquellos preparativos militares que respondían a las apariciones intermitentes del ejército de Flores sobre las cuchillas que dominan la ciudad. Desde el recinto fortificado —preparado ya para una resistencia que ni sus mismos jefes podían prever— salían en oportunidades contingentes armados por los grandes portalones opuestos de la calle del 18 de Julio. Su misión era las obligadas escaramuzas que mantenían con las tropas revolucionarias cuando éstas aparecían en la colina. De estas pequeñas acciones la mayor fue —según Ribero— la salida de un pelotón hasta el puerto con la misión de proteger el desembarco de unos cuarenta infantes, enviados, por el Coronel Juan Lenguas desde el Salto, en dos grandes lanchones.

Estos pequeños movimientos o escaramuzas respondían al acecho en que se hallaba Paysandú, a la espera de algo que prevalecía en el aire.

Sin embargo, el espíritu castrense no desmerecía en nada la condición humana de las tropas. Dentro de la plaza existía esa desinteresada amistad y altruismo que impone la convicción de la muerte cercana por un ideal común. **"Había entre todos el convencimiento del ineludible deber que teníamos que cumplir"**, dice Ribero. **"El compañerismo entre los jefes, oficiales y soldados era innato; todos nos conocíamos: todos éramos amigos; todos nos ofrecíamos, ya fuera para ayudarnos en actos de servicio, como**

para desempeñar comisiones aunque fueran de carácter arriesgado."

En el frenesí de la lucha, cuando la hoguera arda, estas convicciones se transformarán en un heroísmo religioso; cada vida valdrá el precio que la Patria quiera. Pero es seguro que de los mil y tantos defensores de Paysandú no hubo uno que tuviera la certeza de salir con vida o con salud de la hoguera que los consumiría.

* * *

Aunque vivir es glorioso, Paysandú vio llegar la muerte con entusiasmo. Los Jefes, los Oficiales, la tropa entera, supieron que la muerte venía del norte cuando la voz de Leandro Gómez gritó a sus soldados en la Plaza de la Constitución: **"He recibido aviso de que el pueblo de Salto ha sido entregado sin disparar un tiro. El puñado de valientes que lo defendía ha sido traicionado indudablemente..."**

El chasque que le trajo la noticia no se demoró seguramente. Salto estaba en poder de Flores. El Coronel José G. Palomeque, encargado de la defensa salteña, no pudo resistir la amenaza del caudillo revolucionario por carecer de elementos de defensa. Capituló el 28 de noviembre sin manchar su honra. Las miserias humanas no le permitieron unirse a los defensores de Paysandú y emigró provisoriamente a la Argentina para no caer en manos de sus enemigos actuales y amigos de ayer (Palomeque había pertenecido al Partido Colorado hasta la presidencia de Gabriel A. Pereira).

La entrega del Salto sin tirar un tiro, aun cuando había prometido que guardaría los baluartes de la libertad **"para escarmentar al enemigo, siempre cobarde y traidor"**, fue un oscuro episodio al que no estuvo ajeno, asimismo, el Héroe de Paysandú.

* * *

El 1º de diciembre de 1864 los defensores sanduceros observan sobre las cuchillas que dan horizonte a la ciudad, la marcha lenta de las tropas de Venancio Flores. Las ven circundar el naciente y dirigirse al sur, hacia las colinas que forman cauce al arroyo Sacra, afluente del Uruguay. Según Ribero, las tropas revolucionarias se componían de **"alrededor de 2.000 hombres, en su mayor parte de caballería, y cuatro piezas de artillería rayada, que en aquella época eran las más modernas"**. Los historiadores actuales ascienden esta cifra a unos 4.000 hombres. Las anexiones tenidas por los revolucionarios en sus constantes recorridas por la campaña hacen posible esta última cifra.

Flores, bajo los primeros ardores del verano, ordena la instalación del campamento que esta vez, él lo sabe, ha de responder a un asedio definitivo. Es el inicio del último Sitio de Paysandú, la victoria de la Revolución y el antecedente directo de la larga ausencia en el poder, del Partido Blanco.

DIARIO DEL SITIO

Es difícil armar la cronología del Sitio de Paysandú. La documentación existente carece de exactitud en cuanto a las fechas y no se adapta entre sí sino en los episodios más comentados y por tal conocidos del asedio. Aun en éstos, hemos comprobado diferencias de fechas entre algunos de ellos aunque pertenezcan a los grandes historiadores. Tampoco concuerdan exactamente en el relato objetivo de los sucesos. Otros de gran significación no cuentan en la prensa de época o carecen de datos cronológicos en las obras más reconocidas. Los diarios de Montevideo daban las noticias con cierto retraso y confusionismo, debido al estado de guerra y a la mediocridad en los medios de comunicación de un siglo atrás.

Este desorden, esta dificultosa colocación de hechos por lo general confusos en el cuadro cronológico del Sitio, nos obliga a dar una relación simplista de los episodios guerreros ocurridos durante los treinta y un días que duró el asedio.

De todas maneras, el sentido de la lucha y el horror de la tragedia emanarán de la recomposición de datos obtenidos de todas las fuentes documentales sobre el Sitio de Paysandú.

1º de diciembre de 1864

El General Venancio Flores acampa con su ejército de unos cuatro mil hombres en las orillas del arroyo Sacra, al sur de la ciudad. Era la sexta vez que los revolucionarios aparecían por las colinas linderas a Paysandú y la tercera que entablaban un sitio formal a la plaza. Inmediatamente comienzan los preparativos del asedio.

El Jefe de la Defensa Coronel Leandro Gómez comprende que ha llegado la hora de la lucha y el martirio. Su intuición de guerrero se lo decía ahora. Horas antes había reunido a sus soldados para dirigirles es-

la proclama: "He recibido aviso de que el pueblo de Salto ha sido entregado... sin tirar un tiro... El puñado de valientes que lo defendía ha sido traicionado indudablemente".

"Unidas las fuerzas de este departamento a las de Salto y Tacuarembó mandadas por el valiente Coronel Píriz y los bravos campeones López, Azambuya, Benítez, Orrego, etc. constituyen una falange que ha de regar con la sangre de los traidores el baluarte sagrado que se llama Paysandú... en donde el estandarte de la Patria será sostenido con gloria, recordando al mirarle que somos descendientes de aquellos bravos orientales que nos entregaron la República libre e independiente, como la hemos de legar también a nuestros hijos, libre, independiente y sin mancilla... Para ella nada os pido, nada os recomiendo, porque arde en vuestro pecho el santo amor a la Patria y el valor tradicional de los hijos del inmortal Artigas."

Luego de estas palabras fervorosas se produce el episodio, ya narrado, en que el Coronel Gómez intenta entregar la dirección de la defensa al Coronel Lucas Píriz. Declarado Leandro Gómez Comandante en Jefe de la guarnición, toma las primeras providencias proveyendo los cargos jefaturiales en esta forma:

Jefe de la Defensa: Coronel don Lucas Píriz.

Jefe de Cantones del Este: Coronel don Emilio Raña.

Jefe de Cantones del Oeste: Capitán Pedro Ribero.

Jefe de Cantones del Sur: Teniente Coronel Tristán Azambuya.

Jefe de Cantones del Norte: Federico Alberastury.

De acuerdo con la revista realizada en esos mismos momentos el total de la guarnición, incluidas las incorporaciones, ascendía a la cifra de 1.086 hombres según Eduardo Acevedo.

2 de diciembre

El General Flores, ya instalado, establece el Sitio.

3 de diciembre

Aún en inactividad bélica por ambas partes, el General Flores, deseando evitar la tragedia que significará el bombardeo de la ciudad, envía al Comandante en Jefe de la Defensa un parlamentario con un pliego de instrucciones que será entregado al Capitán Enrique Olivera. El Jefe revolucionario intima por él la rendición de la plaza y, en su defecto, amenaza con el bombardeo simultáneo de sus baterías y de la Escuadra brasileña. Leandro Gómez leyó indignado la intimación y con su propia letra estampó al final del documento, sobre su rúbrica, estas palabras: "Cuando sucumba". El mismo parlamentario se encargó de devolver a Flores la contestación del Coronel Gómez.

El Almirante Tamandaré comunica por su parte, que de no rendirse la plaza, iniciará el día siguiente el bombardeo de la ciudad.

Gómez le contestó que, de hacerlo, lo haría impunemente, pues los defensores de Paysandú carecen de cañones para contestar a los morteros y obuses de la escuadra. Inmediatamente ordenó formar a toda la guarnición y les solicitó el juramento de defender la ciudad hasta morir. El juramento se hizo con fuertes vivas al gobierno y a la Patria y los preparativos prosiguieron a ritmo acelerado.

4 de diciembre

La amenaza del Almirante Tamandaré no se cumple este día. Tampoco se inicia la ofensiva por parte del ejército revolucionario.

5 de diciembre

Otro día sin bombas ni balas. Los preparativos prosiguen en uno y otro de los campos enemigos.

6 de diciembre

Es el día marcado para la iniciación de las hostilidades. Con las primeras luces de la aurora irrumpe un fuego cerrado de artillería desde el lugar conocido por la "Azotea de Servando Gómez". Un grupo de revolucionarios ha logrado instalar allí algunas piezas de gran calibre. Los defensores contestan desde lo alto del Baluarte de la Ley, donde había ascendido el Coronel Gómez, con una descarga de fusilería que desbarató por algunos instantes la posición enemiga. Sospechando la inminencia de un asalto a la plaza (las formaciones del ejército florista reflejaban este intento del Jefe revolucionario), Leandro Gómez descendió del Baluarte de la Ley, montó su caballo y comenzó a recorrer con su Estado Mayor las calles guarnecidas en el preciso mo-

mento en que la Escuadra brasileña comenzaba también el bombardeo de la ciudad.

La puntería del ejército revolucionario comenzó con eficacia cobrándose una docena de hombres entre muertos y heridos. La Escuadra brasileña, en cambio, no consiguió objetivo en las primeras descargas, pues éstas venían por elevación y estallaban en el aire sin ofender mayormente a los defensores.

Luego de las primeras descargas con bombas y granadas, se inició el ataque a la plaza. Leandro Gómez ordenó inmediatamente que la banda de música comenzara a ejecutar marchas militares, mientras recorría las calles entre trincheras. Lo mismo ordenó a los jefes de cantones, en lo que tiene que ver con sus tambores, clarines y cornetas. El ataque enemigo fue recibido así entre un estruendo de descargas de fusil y granadas, con un fondo musical que elevaba el espíritu de sus defensores y acicateaba su valor para hacer frente al enemigo y soportar la tragedia de los primeros muertos y heridos.

Así comenzó la destrucción de Paysandú y el martirio de su guarnición. Según un corresponsal de prensa, testigo de este día primero en las hostilidades, cayeron sobre la plaza más de 700 bombas y granadas.

Mientras tanto, en medio de aquella desolación y enfrentando a la muerte el Coronel Gómez no perdía oportunidad de arengar a sus soldados, de ayudar a los heridos y de reconfortar a los moribundos. En estas recorridas una bala de cañón mató al caballo que montaba salvándose milagrosamente el Jefe de la plaza. En el Hospital de sangre, instalado circunstancialmente en el edificio de la Escuela (Calle 18 de Julio entre las Del Plata y Queguay), el doctor Vicente Mongrell había iniciado también una batalla contra la muerte. Era un notable cirujano conocido por "Padre de los Pobres". Su corazón de médico, de filántropo y de patriota, no supo de rencores partidarios. Sintió el dolor de sus semejantes por encima de toda divisa. Fue un hombre santo. Blancos y colorados le admiraron y blancos y colorados fueron atendidos por su sabiduría. La esposa de Mongrell junto con las señoras que se negaron a abandonar la plaza y las santas Hermanas de la Caridad ayudaron a este único médico de la guarnición en su permanente lucha por salvar a los heridos.

Al terminar este día, las fuerzas revolucionarias a las que se había sumado un cuerpo de tropa de desembarco brasileño compuesto por trescientos hombres, no llegó a culminar el avance dirigido contra las trincheras del sur. Lo patético correspondió exclusivamente a la acción de la metralla y al bombardeo constante. Paysandú sentía el dolor de las heridas en sus puntos más estratégicos.

Por la noche todo se detuvo. El silencio y la música de la naturaleza sucedió al estruendor del día. En la calma nocturna los bandos en lucha enterraron a sus muertos.

7 de diciembre

Con las primeras luces del día recomienza el combate con bombas de granadas y fusilería. La plaza no podía contestar porque su artillería estaba en su mayor parte inutilizada. Por otra parte, los cañones no tenían fuerza de tiro como para llegar al grueso del ejército revolucionario y, menos aun, a la escuadra brasileña.

Más tarde, nuevos cañones desembarcados de los buques brasileños, fueron emplazados en todas las bocacalles de la ciudad. Las pocas piezas de que disponían los defensores fueron utilizadas para repeler el ataque, pero poco pudieron hacer debido al estado de las mismas. Las cureñas improvisadas se partían y el cañón quedaba totalmente inservible.

En las últimas horas, una avanzada de Flores se habría apoderado de las casas que enfrentaban a la Jefatura de Policía si no hubiera mediado un contrataque dirigido por el Capitán Pedro Ribero y por el Mayor Belisario E[illegible]a.

Mientras tanto, la ciudad se iba convirtiendo en escombros.

8 de diciembre

Prosigue el bombardeo en la misma forma. En un momento de calma el Comandante de la cañonera francesa "Decidée", fondeada frente a Paysandú como hemos visto, bajó a tierra y se dirigió a la plaza con la misión de ofrecer su mediación al Coronel Leandro Gómez, en busca de una capitulación honrosa. El Coronel Gómez, que estaba en pie y sostenía una bandera oriental en su mano, llamó a su Estado Mayor, clavó el asta de la bandera en tierra y desenvainando los sables, claváronlos cruzados frente al pabellón nacional. Hecho esto juraron en presencia del Comandante francés **"Vencer o sepultarse bajo los escombros de Paysan-**

dú". El marino extranjero "estrechó en silencio las manos de esos valientes sin poder articular una palabra, pero las lágrimas que corrían por sus mejillas atestiguaban su emoción." (6)

9 de diciembre

Continúa el bombardeo y la destrucción de la ciudad. En una pausa de ambos bandos, las familias orientales y extranjeras que no habían evacuado la ciudad aún, abandonaron la plaza para embarcarse en unos lanchones que las llevarían a las islas del río Uruguay. Fue este acto tal vez, el más penoso y tierno de cuantos hubo en los treinta y un días que duró el Sitio. El amor humano en su más alta expresión dio lugar a las más melancólicas escenas: madres que se despedían de sus hijos; esposas de sus esposos; novias de sus novios para no volverlos a ver si es que la Providencia no salvaba sus vidas. El heroísmo estaba también en sus corazones y con cristiana resignación se entregaron al llanto y la esperanza en la vida primitiva y sacrificada que les esperaba entre los montes isleños.

Pero no todas las mujeres abandonaron a sus seres queridos y a sus soldados. Muchas quedaron al pie del cañón, sirviendo como enfermeras, limpiadoras, cocineras y hasta para alcanzar municiones cuando las cosas se agravaban. Por deber y por el eterno reconocimiento que los ciudadanos de hoy debemos a estas heroínas, transcribimos la lista consignada por el Capitán Musante en sus "Memorias": "Entre las familias que prefirieron correr la suerte de los suyos, figuraban la ya nombrada doña Rosa Rey de González, su señora madre doña Isabel Olaguibe de Rey y una sirvienta de ésta; doña Dolores Francia; doña Isabel Abreu de Merentiel y su hija Juana, doña Josefa Catalá de Ribero, doña Adelina Ribero de Alberastury, doña Mariana Ribero de Ayala, la viuda del doctor Berenguell, y sus hijas que hacían la comida para los enfermos que se alojaban en el hospital de sangre instalado en la escuela pública, la esposa del Capitán Laudelino Cortés, doña Isabel González del Aberastury, familias de Brian, Belis y tres o cuatro más que no se citan.

10 de diciembre

Sin declinar el fragor de la batalla, los defensores temen la declinación de su provisión de pólvora. El Coronel Gómez, previendo esta calamidad, comunica al Presidente Aguirre: "**Si la pólvora se nos acaba, las lanzas y bayonetas están aguzadas, las espadas y facones cortan y entonces el combate será cuerpo a cuerpo, pero Paysandú, convertido ya en ruinas, no se rinde; tal es mi voluntad y la de todos estos orgullosos y bravos orientales que me rodean, cuyo valor se reanima mil veces contemplando el pabellón de la Patria que tremola en los edificios más altos de la ciudad.**"

11 de diciembre

En una detención momentánea del bombardeo, los comandantes de las cañoneras española, inglesa, francesa e italiana bajan a tierra y penetran en la plaza para observar los destrozos ocasionados por la guerra. Ante el cuadro dantesco en que se mueven los defensores, los jefes extranjeros felicitan al Coronel Gómez y se retiran para que se reinicie la lucha.

Este mismo día un decreto dictado por el Gobierno declara beneméritos de la Patria a los Defensores de Paysandú y eleva al grado de General al Coronel Leandro Gómez.

12 de diciembre

Llegan buenas noticias para los defensores. Una comisionada del Gobierno exhorta a la guarnición a que se mantenga sin claudicar e informa que el ejército del General Juan Saa ha vadeado ya el río Negro y se dirige en ayuda de la plaza. Aunque la exhortación no es necesaria (pelear hasta morir es la consigna), las perspectivas llenan de júbilo a los defensores.

13 y 14 de diciembre

El asedio ha entrado en un "impasse". Hay poco movimiento en ambos bandos. Tanto los sitiados como los sitiadores se dedican a enterrar sus muertos y a ordenar los destrozos cometidos durante la lucha. En la tarde del 14 llegan a la plaza algunas Hermanas de Caridad y el Vicario.

15 de diciembre

El General Gómez resuelve intentar una salida de la plaza. Con un ejército de 500 hombres abandona el recinto atrincherado y ataca a un piquete de revolucionarios acampado en las cercanías. Estos son sorprendidos y se desbandan, apoderándose los defensores de muchos de sus objetos. El resto del día permanece en calma.

16 de diciembre

Desde la madrugada se observan movimientos en las posiciones sitiadoras. Por la tarde el enemigo ha vuelto a ocupar sus avanzadas de combate.

17 de diciembre

Pasa este día sin mayores novedades para ambos bandos.

18 de diciembre

Semejante al anterior. Dentro del recinto se produce un hecho digno de consignarse porque representa la faceta tierna del duro exterior del General Gómez. Este hecho se resolverá en dos actos; el segundo acto se resolverá en el día de mañana. Pasamos a relatarlo.

Días antes, el Jefe de la Defensa había publicado en bando una orden por la que se aplicaría la pena de muerte a todo defensor de la plaza que fuera encontrado en "in fraganti" delito de robo en las casas de comercio que estaban bajo custodia de la guarnición. Hechos de esta índole producidos con anterioridad obligaron al General a tomar esta medida. La ocasión de aplicar la mayor de las penas se presentó este día. Un artillero correntino apodado "Ñorita" fue sorprendido cuando penetraba en la Zapatería de don Antonio Castells y se apoderaba de varios pares de botas. Tomado por las autoridades, el correntino fue juzgado por un Consejo de Guerra y condenado a ser pasado por las armas a las cuatro de la tarde del día siguiente.

19 de diciembre

Por la mañana comienza nuevamente el bombardeo de la plaza. Las granadas provienen ahora de una batería situada en la cuchilla, hacia el noroeste. Un proyectil dio en tierra (o mejor dicho, en la base de la torre), con la construcción de madera existente en lo alto de la iglesia, que servía de refugio a los vigías. El Jefe de éstos, Capitán Francisco Peña, había recibido una esquirla en el acontecimiento. Era una herida peligrosa abierta en la frente que se prolongaba hasta el carrillo. El Capitán Peña bajó de la torre bañado en sangre y dirigiéndose al General Gómez le dijo: **"Señor General; por la sangre que vierte la herida que acabo de recibir, pido gracia para el reo".** El General Gómez, reconfortado por el valor y la conmiseración del hombre que tenía delante, le contestó: **"Sí Capitán, ya le ha sido concedida".**

Antes del perdón el negro artillero había protagonizado una escena que llenó de emoción a los soldados que la presenciaron. El reo había sido auxiliado por el Teniente Cura del pueblo, Padre Juan Bautista Bellando, quien le administró los últimos Sacramentos. Antes de ser colocado en el paredón de fusilamiento, solicitó al General le permitiera hablar. Leandro Gómez asintió con esta frase: **"Que hable, pero si se sobrepasa en inconveniencias, que redoblen los tambores".** El reo subió al "Baluarte de la Ley" y desde sus alturas arengó a sus hermanos de armas con estas palabras: **"Compañeros; sírvales de ejemplo el acto que en mí se ejecuta por no haber dado cumplimiento a lo ordenado por nuestro valiente General. Defiendan la Patria hasta morir; por mi desgracia no puedo seguir haciendo fuego al enemigo."**

Las palabras del soldado y el pedido del Capitán movieron esta vez el corazón del General Leandro Gómez, convirtiendo aquella plaza en un delirio de agradecimiento.

20 de diciembre

Con las primeras luces del día los defensores vieron con asombro que el grueso del ejército de Flores se había retirado quedando sólo un Escuadrón de Caballería y el Batallón de Marina brasileño en su posición noroeste a la plaza. Los cañones que habían bombardeado la ciudad desde este sitio habían sido reembarcados en los buques de la Escuadra Imperial a que pertenecían. Un grupo al mando del Coronel Lucas Píriz salió de la plaza para atacarlos. El batallón brasileño fue desbandado con algunas pérdidas en soldados y municiones. La Escuadra hizo algunos disparos con artillería gruesa, pero ninguno de ellos dio en el blanco. El resultado de esta acción fue el reembarco también de todos los soldados que componían el batallón.

21, 22 y 23 de diciembre

Estos tres días transcurrieron sin mayor novedad.

24 de diciembre

Regresa a Paysandú el Oficial comisionado por el General Gómez para entrevistarse con el General Saa. Trae un mensaje de Saa fechado en el Río Negro el 15 de di-

ciembre comunicando que quedará acampado en aquel río (18 ó 20 leguas de Paysandú) a la espera del batallón de Bastarrica y la División de San José que ha solicitado al Gobierno. Agrega que cuando reciba estos refuerzos marchará en auxilio de los sitiados.

Esta noticia llena de nuevo júbilo a los defensores que calculan, de acuerdo con los días ya pasados desde la fecha del mensaje, que el ejército libertador estará ya por llegar a la ciudad sitiada. No sospechaban, naturalmente, que el auxilio de Saa no llegaría nunca; que Paysandú estaba condenado; que el Estado Mayor de la Defensa y algunos de sus oficiales tenían contados sus días.

De todas maneras la Noche Buena fue festejada con alegría y con ánimo para proseguir en la lucha.

25 de diciembre

En las primeras horas de la mañana el grueso del ejército de Flores reaparece sobre las colinas del sur y vuelve a tomar posiciones. Venía de amedrentar al ejército legal comandado por el General Saa. Por la tarde se reinicia el fuego. Es el regalo de Navidad que los revolucionarios tenían preparado para la ya agotada guarnición de la plaza.

26 de diciembre

Bajo un fuego cerrado de fusilería y artillería, el enemigo estrecha el sitio.

27 de diciembre

Este día marca el principio del fin. En horas de la tarde los vigías apostados en la iglesia anuncian la llegada de un gran ejército. Asoma por el noreste sobrepasando la cuchilla. Hay un gran júbilo en la plaza. En medio de la sangre y de las ruinas agradecen a Dios la llegada del ejército libertador del General Juan Saa. No saben los defensores que el ejército gubernista ha debido abandonar las intenciones y regresar a Montevideo para no verse encerrado entre el ejército revolucionario y el poderoso ejército brasileño que ha entrado al país por la frontera de Cerro Largo.

La alegría perduró hasta que pudieron ver los colores de los uniformes. Entonces, todo se nubló en el espíritu de la guarnición. Eran más de 10.000 soldados bien armados y pertrechados los que se acercaban enviados por el Emperador del Brasil don Pedro II para poner fin al ya largo Sitio. El Almirante Mena Barreto es el General en Jefe del poderoso escuadrón.

Los defensores de Paysandú, perdidas sus esperanzas, se entregarán, con la furia de un tigre acorralado, a defender las últimas posiciones que circundan las trincheras. Acosados por los cuatro costados; con un número de soldados enemigos treinta veces mayor; sin armas ni municiones; sin alimentos casi; sin tiempo para comer ni para enterrar a sus muertos, la guarnición ya heroica mantendrá en jaque al enemigo por seis días más, hasta el último aliento de quienes cuidaban las trincheras.

28 de diciembre

El poderoso ejército brasileño ha levantado su campamento en las orillas del arroyo San Francisco, afluente del Uruguay, a una legua y media de la ciudad. El cinturón de fuerzas enemigas ha cerrado el círculo y pronto comenzará el estrechamiento.

29 de diciembre

El ejército de Mena Barreto no ha iniciado aún ningún tipo de ofensiva. En la plaza sitiada comienzan a escasear los fulminantes. El fulminante es el elemento vital para accionar las armas de los defensores. Orlando Ribero, hombre de voluntad e ideas como ya hemos visto, ha comprobado que los fósforos logran realizar el mismo cometido en los fusiles de pistón. El escepticismo de Leandro Gómez frente a las explicaciones del soldado, se rinde ante la evidencia cuando una demostración de éste da repetidos resultados positivos. El General pregunta aún: ¿Y de dónde sacaremos los fósforos? De la almacén de mi padre, contesta Ribero entusiasmado. Gómez palmoteó al muchacho y media hora después todas las trincheras tenían su provisión de fósforos para accionar sus fusiles. Los escasos fulminantes fueron reservados para los momentos decisivos.

30 de diciembre

Las fuerzas brasileñas de tierra permanecen inactivas aún. Por las primeras horas de la noche, Leandro Gómez ordena a un pelotón salir sigilosamente amparados por las sombras. Quiere averiguar qué pasa en el ejército de Mena Barreto. El pelotón sale, se arrastran los soldados como pumas y regresan con la noticia: el ejército

brasileño monta con celeridad varias baterías con piezas de gran calibre en la colina de Bella Vista, punto estratégico para el bombardeo de la ciudad.

El General Gómez ordena inmediatamente que todos los soldados estén en sus puestos y que se formen barricadas en los puntos de la plaza que ofrezcan menos resistencia.

31 de diciembre

A las cuatro de la mañana del último día del año la Defensa inicia un fuego cerrado de fusilería contra los artilleros enemigos. Es la concreción del gran combate; **"triste aurora para muchos de los nuestros,** —dice Ribero,— **pues que fue saludada la plaza por una lluvia de fierro y plomo candentes, convertidos en toda clase de proyectiles conocidos hasta entonces: balas rasas, granadas, metrallas, cohetes a la congreve y balas de fusil".** A los escombros de la ciudad se sumaron los de la Comandancia Militar, la Iglesia, el Torreón y todos los edificios de significación que formaban los cantones. **"Treinta y seis piezas de cañón y varios cohetes hacían fuego simultáneo sobre el recinto atrincherado, fuera de la gruesa artillería que funcionaba sobre la escuadra",** agrega Ribero.

Al gran bombardeo sucedió el avance de la vanguardia enemiga y la toma de posesiones en las manzanas adyacentes a los atrincheramientos. El ataque se dirigió contra la parte este de la ciudad, es decir, del lado donde se encuentra la Plaza Constitución y la Iglesia. En prevención de la toma de los puntos atacados se construyeron trincheras en las desembocaduras de las calles Florida y 18 de Julio. Al quedar totalmente destruida esta parte de la ciudad, contando la Iglesia y la Comandancia Militar, el General Gómez trasladó esta última a la otra esquina de la Plaza Constitución, quedando así detrás de las nuevas trincheras construidas. Los defensores se replegaron entonces sobre la parte Este del recinto atrincherado, también convertido en ruinas. El desplazamiento era difícil debido a los escombros acumulados sobre todas las calles. Los fusileros se mantenían agazapados, protegiéndose contra las paredes que quedaban en pie, mientras centímetros más arriba silbaban sin interrupción balas y granadas que derribaban todo lo que encontraban a su paso, dejando muertos y heridos en aquella hoguera de fuego y sangre. **"No solamente los proyectiles nos causaban daño, éramos lesionados también por los fragmentos de ladrillo, desprendidos de las paredes con el choque de las balas",** cuenta Orlando Ribero.

Por la noche, —triste noche de fin de año— el General Lucas Píriz (promovido al grado el 22 de diciembre) intentó con suerte el desalojo del edificio de la Aduana (calles 18 de Julio y Treinta y Tres) que enfrentaba a la trinchera y portón de Oeste, que había sido tomado por el enemigo. La acción de Píriz constituyó la única carga a bayoneta a que obligaron las circunstancias durante todo el Sitio. Desalojada la Aduana, los defensores esperaron un ataque similar continuo al bombardeo. No obstante, en ningún punto de la Defensa y nunca, los sitiadores usaron el arma de cuerpo a cuerpo para tomar una avanzada. En las primeras horas del año 1865, la guarnición de Paysandú, disminuida, rendida de cansancio y de hambre, buscaba alimentos para saciar su debilidad y su sed. Buscaban energías para mantener su cuerpo. Su espíritu era el mismo y con las luces del alba proseguirán luchando, tal vez para cumplir la autoimposición de Artigas: "Cuando me falten hombres les pelearé con perros cimarrones".

1º de enero de 1865

El ejército de Mena Barreto contaba con unos doce mil hombres de todas las armas equipados con modernos y abundantes pertrechos de guerra. Los revolucionarios del General Venancio Flores contaban con unos cuatro mil hombres. Eran un total de 16.000 soldados que estrechaban el círculo sobre unos 500 a 600 hombres que quedaban con vida en el recinto de Paysandú, sin contar las seis cañoneras que desde el río arrojaban lluvias de metralla.

El panorama era sombrío y funesto. El General Gómez mantenía su posición y su palabra y no quería oír hablar de rendición. Algunos jefes, en su fuero íntimo la deseaban. Era humano esto. Nada había que hacer ya sino morir en el instante de una bala o agonizar lentamente bajo una montaña de escombros. Y morir era la consigna.

En ese día, —1º de enero—, la metralla llegó al nivel de las más grandes torturas. Nada podían hacer los defensores a quienes sólo les quedaban los fusiles. Los cañones enemigos estaban a distancias muy superiores al tiro de fusil. Sólo restaba aguardar un cuerpo a cuerpo para verter las

últimas gotas de sangre que le quedaban a la guarnición.

El enemigo ya victorioso cambió su primitivo punto de mira hacia la parte oeste de la plaza, donde se hallaban la Jefatura de Policía y el Cantón Azambuya. Por este ángulo tomaron los edificios linderos a las calles 8 de Octubre, Treinta y Tres y Florida reduciendo la distancia entre los campos enemigos al ancho de las calles nombradas. Se combatía entonces de puerta a puerta, de ventana a ventana, de vereda a vereda y siempre por disparos de fusil.

En la esquina de las calles 18 de Julio y Montevideo, el General Lucas Píriz hizo colocar una de las piezas de artillería que se mantenían aún en funcionamiento con el objeto de bombardear un edificio que quedaba por la parte norte, donde un grupo de enemigos introducían la metralla por el corredor de la calle Montevideo. Píriz fue alcanzado entonces por una bala de fusil que le penetró en el vientre. La gravedad de la herida dejará a Paysandú sin uno de sus más grandes estrategas y sin el espíritu comprensivo y alegre de su más querido general. El valiente entrerriano muere en las últimas horas del primer día del año. En la misma forma es herido el Jefe de la Guardia Nacional de Paysandú Coronel Emilio Raña, que soportará su grave estado durante tres días para morir después de la toma de la plaza.

El General Gómez veía cómo se le iban yendo sus principales guerreros. Estas ausencias definitivas, estos golpes dados sobre la vida de sus más bravos colaboradores, debieron abatir sus fuerzas y entregar la plaza que no era tal en estos momentos, sino un montón de ruinas, un haz de tragedia, un símbolo de dolor. Pero el recio soldado que había forjado la voluntad de aquel hombre de hierro tenía que cumplir con su promesa, vencer o morir.

Aun así, la situación era más que desesperante por muy diversos motivos ajenos a las tácticas guerreras: la abundancia de heridos sin asistencia y la grave pestilencia provocada por los cadáveres que el calor del verano descomponía rápidamente.

Frente a este cuadro dantesco, durante las primeras horas del día 2 de enero, el General Gómez convocó a los sobrevivientes de su Estado Mayor para cambiar ideas, mientras en las trincheras y en las brechas abiertas por el enemigo en los muros de las casas, el sueño, el hambre y la sed hacían caer a sus soldados. Cualquiera hubiera pensado que aquella reunión era para negociar con el enemigo. Sin embargo bien equivocado hubiera sido su pensamiento. De la reunión salió simple y llanamente un pedido de tregua a los Generales enemigos para recoger heridos y enterrar muertos.

El Coronel Atanasildo Saldaña, Jefe revolucionario que fue prisionero de los defensores durante todo el Sitio, fue el encargado de llevar la nota en que tanto se pedía al General Venancio Flores.

Se estaba ya en la madrugada del 2 de enero, cuando el Coronel Saldaña regresó con la contestación del General Flores. El Jefe Revolucionario no solamente se negaba a la tregua solicitada, sino que reintimaba la rendición incondicional de la plaza prometiendo la vida y el honor de todos los sobrevivientes de la guarnición sanducera.

El General Gómez no se doblegó tampoco. En la pieza destartalada que constituía ahora la Comandancia comenzó a redactar la contestación a Venancio Flores. En estas circunstancias fue sorprendido por un piquete comandado por un Oficial brasileño. **"General Gómez,** —le dijo el Oficial—, **la guerra ha terminado para Paysandú. Usted es mi prisionero".**

Leandro Gómez, desconcertado, se irguió y dijo **"Vamos, Comandante",** y salió el grupo a la calle. **"General Gómez,** —volvió a hablar el Jefe brasileño—, **aún se combate inútilmente en algunas trincheras".** El Jefe de Paysandú observó a la luz de la madrugada la escena lúgubre de la ciudad y envió un comisionado para ordenar poner bandera de parlamento en todas las trincheras que proseguían respondiendo al bombardeo enemigo. Al rato todo fue silencio. Paysandú era una hoguera de la que el humo se levantaba y era llevado por el viento hacia el sur, hacia el Río de la Plata como un mensaje de angustia y dolor.

* * *

Las trincheras que habían cedido fueron las del este por incontención desesperada del alud enemigo. Quienes entraron primero a la plaza fueron los brasileños; luego los revolucionarios. Hasta pocos instantes después de que los brasileños tomasen prisionero al General Gómez, las trincheras restantes proseguían el fuego de fusilería sacando fuerzas del espíritu porque sus cuerpos estaban doblegados. La noticia del parlamento produjo en los valientes defensores de última

hora una inconmensurable angustia que dio con sus cuerpos en el suelo. El cansancio y la desnutrición fueron sus peores adversarios.

* * *

Cuando el sol subió y disipó esa nebulosidad típica de los amaneceres estivales, la bandera oriental había sido sustraída de las alturas de la Iglesia; flameaba en su lugar el pabellón imperial.

La Defensa de Paysandú había terminado. Falta aún el último capítulo, el más doloroso, el más inexplicable, el que llenó a todos los orientales, a los soldados brasileños y a las tripulaciones de las naves extranjeras que presenciaron la inmolación de la ciudad, de un inesperado estupor: el fusilamiento del Jefe de la Defensa y sus oficiales por un piquete de avanzada de las fuerzas del General Flores (7).

TOMA DE PAYSANDÚ Y FUSILAMIENTO DE SUS JEFES

Antes de entregarse al Comandante brasileño que lo tomara prisionero, el General Leandro Gómez explicó a su apresador que estaba redactando la contestación al General Flores y al Almirante Tamandaré de acuerdo con el cambio de notas que había habido. El Comandante brasileño le contestó: **"General Gómez, ya no hay tiempo para eso: le intimo que se entregue prisionero con sus jefes y oficiales bajo mi palabra de que serán respetadas vuestras vidas".** El General Gómez le entregó su espada y pidió garantías para todos los valientes que habían intervenido en la Defensa de Paysandú; en cuanto a su persona dijo quedar sujeto a las leyes de la guerra.

El grupo de Jefes orientales salió de la Comandancia custodiados por el pelotón de soldados brasileños que los sorprendieran. Tomaron 18 de Julio hacia el río, en dirección al Portón. Mientras, las fuerzas revolucionarias de Flores también se habían introducido en la plaza por varios puntos diferentes. Por aquel punto se les cruzó el Comandante revolucionario Francisco Belén, quien solicitó al brasileño le entregara el grupo prisionero indicando órdenes del General Flores. Hubo aquí un altercado respecto a los derechos de ambos Comandantes para retener al grupo. El acuerdo no se logró. Entonces, para dirimir la disputa, resolvieron preguntar al propio General Gómez de quién prefería ser prisionero. El Jefe de la Defensa respondió firmemente: **"Prefiero ser prisionero de mis compatriotas".**

Se traspasó entonces el grupo al Comandante oriental. Bajaron por 18 de Julio hasta doblar por Comercio (hoy 19 de Abril). Por ésta llegaron hasta 8 de Octubre, deteniéndose junto a la trinchera existente en esta esquina. Aquí estuvieron por varias horas los prisioneros orientales, mientras los amigos de muchos de ellos que militaban en las fuerzas del General Flores consiguieron su erradicación del grupo y, por ende, su salvación. Entre estos se contó el Mayor Belisario Estomba.

A su tiempo fueron nuevamente movilizados los prisioneros que quedaban. Tomaron por la calle 8 de Octubre hacia abajo. Al llegar a la esquina de Treinta y Tres, el grupo fue introducido en la casa del comerciante sanducero don Maximiliano Ribero. "Esta casa, —según Orlando Ribero, hijo del propietario—, **tenía dos cuerpos: uno lo formaba un almacén y dos piezas, con frente a la calle Treinta y Tres, y a su fondo, en la misma, un patio con cochera y caballerizas. El segundo cuerpo era la casa de familia, con frente a la calle 8 de Octubre: su zaguán daba entrada a un patio en cuya extremidad se encontraba el comedor con un corredor sostenido por columnas, teniendo éste comunicación por sus extremos, por un costado al patio de la cochera y por el otro al huerto del jardín. Esta casa quedaba fuera de la línea de trincheras pero frente al ángulo suroeste del comercio llamado "El Ancla Dorada".**

Una vez dentro de la casa de Ribero, los prisioneros, que habían quedado reducidos a cinco, fueron instalados en las caballerizas. Allí esperaron algunos minutos hasta que llegó un Comandante García que venía de parte de su tío, el Coronel Gregorio Suárez (Goyo Suárez o Goyo Geta, como se le llamaba comúnmente). En el comedor fue instalado un Consejo de Guerra. El primero en ser llamado fue el General Leandro Gómez quien, sin juicio previo, fue condenado a la pena capital por fusilamiento. Inmediatamente fue sacado al huerto donde esperaba un pelotón de fusileros. Gómez fue colocado contra la pared de ladrillo que daba límite a la casa y traspasado su corazón por las balas. Eran las 2 de la tarde del 2 de enero de 1865.

La misma suerte corrieron por su orden

el Comandante Braga, el Comandante Eduviges Acuña y el Capitán Federico Fernández. El [illegible] nto sentenciado Capitán Atanasio Ribero, salvó su vida debido a un arranque de conmiseración del Coronel García por la juventud y la entereza del condenado.

Los cuatro fusilados fueron tendidos en el patio de la casa de Ribero y luego llevados al Cementerio para ser depositados en una fosa común. Los restos de Leandro Gómez, dice la tradición, fueron retirados luego y descarnados en Entre Ríos por el doctor Vicente Mongrell, Médico de la Defensa. Vueltos a Paysandú, fueron depositados en el Panteón de la familia Iglesias en el Cementerio local (hoy Monumento a Perpetuidad) para ser trasladados luego al Cementerio Central de Montevideo, donde han reposado hasta ahora.

Sobre estos fusilamientos dice José M. Fernández Saldaña en su "Diccionario Uruguayo de Biografías" (Suárez, José Gregorio): **"Hecho sin justificativo alguno, configura un extravío que la historia no puede atenuar, y arroja una sombra sangrienta sobre el triunfo de las fuerzas revolucionarias".**

* * *

A las cinco de la tarde entró a la plaza fortificada el Jefe Revolucionario General Venancio Flores acompañado por el Comandante de la Escuadra Imperial Almirante Tamandaré. Era tarde ya para impedir los fusilamientos. Ambos Jefes se conduelen de la muerte de Leandro Gómez y sus tres oficiales. En un hombre como Venancio Flores no es aceptable la culpabilidad de este evento. El Jefe de Paysandú cayó bajo una orden propia del rencoroso Coronel Gregorio Suárez. Emocionante y epopéyica hubiera sido la entrevista de los jefes vencedores con el jefe vencido. Tal vez (¿porqué no creerlo?), hubiera sido bajo el toque de dianas. Eran dos orientales al fin de cuentas.

Lamentablemente, el destino se opuso a ello y el General colorado sólo pudo sentir un hondo arrepentimiento, un dolor desgarrante, ante el montón de escombros que era ahora la ciudad sonriente del litoral. Paysandú era el cadáver de una hija muerta por su propia mano. El General oriental, enardecido por el triunfo que sabía cobarde, debe haber derramado alguna lágrima en los momentos de soledad y silencio.

* * *

Concluido el Sitio de Paysandú, el Gobierno Imperial protestó ante Flores por los fusilamientos que enturbiaron el triunfo.

Es esto un golpe para los uruguayos, un nuevo golpe que ahonda aun más el dolor de la tragedia sanducera. Flores tomó las provindencias del caso, pero tuvo necesidad de la admonición brasileña para que los hijos de Caín pagaran por la muerte de Abel. El General oriental, por olvido, por inconmiseración o por el frenesí del poder, olvidó por sí solo el castigar el crimen contra un puñado de valientes que habían merecido ya el reconocimiento de la Patria.

* * *

El General entrerriano Justo José de Urquiza, héroe de Caseros, solicita a Flores el envío de los oficiales prisioneros para albergarlos en su mansión de San José. El noble pedido ha llegado tarde. No hay oficial con vida. El único sobreviviente es el Coronel Graña herido de muerte en el combate. Desde su lecho de moribundo contesta al General entrerriano que agradece la invitación pero prefiere morir entre las ruinas de su ciudad. Graña murió entre los escombros de Paysandú el 4 de enero de 1865.

* * *

El ejército Imperial conserva algunos oficiales prisioneros. Accede al pedido de Urquiza y los embarca con destino a Entre Ríos en una de sus cañoneras. Al desembarcarlos en la costa argentina, los marinos brasileños hacen sonar sus tambores en honor a los vencidos. Algunos orientales lloran ante este acto de alta conducta militar mientras ven alejarse las ruinas de Paysandú sobre la loma que baja a beber las aguas del Uruguay.

CONSIDERACIONES FINALES

El Sitio y la toma de Paysandú fue un eslabón más en la larga cadena de acontecimientos políticos consecutivos a la terminación de la Guerra Grande. Fue, además, una de las tantas consecuencias de las urdimbres diplomáticas que se tejieron en los salones alfombrados de las cancillerías de la República Argentina y del Imperio del Brasil.

La República Oriental del Uruguay fue el campo de operaciones en tejes y manejes de la política tendenciosa de las naciones limítrofes. No por propia intervención, sino por el poder oculto de la diplomacia.

Una causa común unía a argentinos y brasileños. Más allá de Misiones estaba el Paraguay con su política aislacionista. De Francia a Carlos Antonio López y de éste a su hijo Francisco Solano, el sistema había convertido a la nación guaraní en un bastión cerrado, donde se lucubraban —según argentinos y brasileños— las más atrevidas empresas de expansión territorial.

Un gran ejército daba pie a estas creencias. Según la diplomacia brasileña, el poder ofensivo preparado por Francia y sus sucesores, estaba en condiciones de atacar con éxito a las fuerzas del Gobierno Imperial.

Este nivel guerrero del país hermano, este pretendido acecho sobre las fronteras vecinas, configuraba según argentinos y brasileños una amenaza constante para sus propios territorios. Por eso, la preocupación rebasaba sus propios límites y se convertía en obsesión. "Hay que voltear al dictador paraguayo", se proclamaba en las cancillerías de Mitre y del Imperio; "nuestra guerra no será contra el pueblo del país hermano, sino contra su gobierno dictatorial". Las intenciones eran de manifiesta intervención. Lo que las impugnaba, naturalmente, era la imposibilidad de derrocar al Dictador sin destruir a su pueblo.

Estas eran las intenciones argentino-brasileñas del 1862 para adelante. Todo era fácil y seguro. Pero, ¿y el Uruguay?; el Uruguay molestaba, destruía los planes, se interponía con su política neutral sobre los problemas paraguayos; mantenía relaciones justas con el gobierno de López que en nada había turbado la paz de América en su medio siglo de aislacionismo junto a la selva tropical.

* * *

El problema, sin embargo tenía una solución. El Uruguay era intocable para las potencias vecinas. Ni la una ni la otra se hubieran atrevido a profanar sus fronteras bajo pena de enredarse en un conflicto mutuo. Pero en las poltronas presidenciales del General Mitre se sentaba a conversar con el Presidente el General uruguayo Venancio Flores, deseoso siempre de volver a su país. Argentina y Brasil encontraron en Flores al hombre que ataría al Uruguay al carro de guerra contra el gobierno de Asunción. Y lo hicieron. La empresa revolucionaria contra el gobierno blanco y neutral de Bernardo Berro y su sucesor Atanasio Cruz Aguirre duró casi tres años; pero ello no importaba. La complicada y sutil diplomacia necesitaba tiempo para fructificar. Flores inició la "Cruzada Libertadora" y recorrió el Uruguay a su gusto y ganas, batallando cuando le convino y huyendo cuando no. Las caballadas frescas y abundantes recibidas de Río Grande le daban esta chance que de poco le sirvió frente a la reciedumbre de la defensa legal. Dos años, nueve meses y 21 días le costó sentarse en la Casa de Gobierno. Pero en su larga trayectoria encontró una piedra grande: Paysandú. Frente a la heroicidad de los legalistas vio perder su oportunidad y también la vieron los gobiernos interesados. La ayuda creciente de Buenos Aires, la Escuadra Imperial de Tamandaré y el Ejército inconmensurable de Mena Barreto lograron (no podía ser de otro modo) destruir a Leandro Gómez y abrir el camino a Montevideo.

La Capital de la República recibió al gobierno colorado de Flores un mes después de Paysandú. El titular del Ejecutivo don Tomás Villalba evitó la nueva tragedia que se hubiera multiplicado por diez en la ciudad grande. En la Unión se firmó la Capitulación con las firmas de Manuel Herrera y Obes, Venancio Flores y el representante brasileño don José María da Silva Paranhos. No corrió una gota de sangre cuando el General revolucionario entró a Montevideo.

* * *

La estrategia diplomática dio sus resultados. Con Flores en el poder, el Uruguay dio la espalda al gobierno guaraní y el Tratado de la Triple Alianza fue firmado sin observaciones.

El pliego de condiciones unía los ejércitos de Argentina, Brasil y Uruguay para hacer la guerra al dictador Francisco Solano López. No era, —decían— una guerra contra el pueblo del Paraguay; era contra su gobierno. La realidad no respondió al "slogan" del triple ejército. Muertos la mayoría de sus hombres, destruidas sus ciudades y pueblos, presa de la desolación, el hambre y la peste, el pueblo paraguayo se sumergió en la oscuridad de la selva y sólo quedó un fantasma de la realidad que fue, para no volver a levantar cabeza durante casi una centuria.

No obstante la dictadura, no obstante la prepotencia del déspota, no obstante el derecho que fue y es de los pueblos para go-

bernarse a sí mismos, el heroísmo del hombre paraguayo, al igual que el de Paysandú y el de tantos otros pueblos que viven y sufren sobre la faz de la tierra, salpicó con colores de gloria las muchas manchas negras de la historia americana.

NOTAS

(1) "Nueva Numancia" (Defensa y Toma de Paysandú), por un Republicano. Concordia, 1865.

"La Defensa de Paysandú" (Recopilación de documentos, narraciones, extractos de prensa, etc.) coleccionados y publicados por Rafael A. Pons y Demetrio Errausquin. Montev. 1877.

"Recuerdos de Paysandú" (Apuntes históricos de la Defensa de Paysandú en 1865), por Orlando Ribero. Montevideo, 1901.

"La Defensa de Paysandú", por Francisco R. Pintos. Montevideo, 1964.

"El General Leandro Gómez y el Sitio de Paysandú", por Francisco de Olarte. Montevideo, 1964.

(2) Denominamos "guarnición original" a las fuerzas militares que correspondían a Paysandú en tiempos normales. Esta guarnición original fue luego aumentada con tropas venidas de Soriano, Salto y otros puntos del país, como veremos más adelante.

(3) Orlando Ribero. "Recuerdos de Paysandú". Montevideo, 1901.

(4) Orlando Ribero. Obra citada.

(5) Eduardo Acevedo. "Anales Históricos del Uruguay". Montevideo, 1933.

(6) Notas del periodista enviado a la plaza de Paysandú por la prensa de Montevideo.

(7) Rendida Paysandú y fusilados Leandro Gómez y sus oficiales, llegó a la isla Caridad don José Hernández, autor del "Martín Fierro" y defensor de los desamparados. Su propósito era participar como soldado en la defensa de Paysandú, pero llegó tarde. No obstante y en compañía del poeta Carlos Guido y Spano, asistió a su hermano Rafael que había sido seriamente herido en la contienda.

HUGO LICANDRO

LA GUERRA DEL PARAGUAY (Sus orígenes y la lucha diplomática)

Este artículo es, en casi su totalidad, extracto de un trabajo realizado en 1964 en los cursos del profesor J. E. Pivel Devoto en el Instituto de Profesores Artigas. Conserva sus características originales, en las que debe incluirse sus limitaciones, acordes, por otra parte, con la naturaleza de su autor, quien está —literalmente— en las antípodas del especialista.

ACONTECIMIENTO bélico, quizá el más grave que sucedió en América del Sur después de las guerras de independencia, su interpretación ha dado lugar a enconadas polémicas y a una historiografía contradictoria, en razón de su complejidad, de los numerosos intereses que se conjugaron para promoverlo, y por las diferentes posturas políticas o filosóficas de quienes han tratado el tema. Se han rastreado los orígenes de la Guerra del Paraguay en los problemas que tenían Argentina y Brasil con Paraguay, en las propias necesidades internas de los dos grandes países, en la singular condición del régimen paraguayo, en los conflictos de la Banda Oriental y sus relaciones con los estados limítrofes. Se han barajado las causas económicas, las políticas, las meramente diplomáticas y, aun, la acción de las pasiones individuales. Las interpretaciones escasamente resultan de una investigación pura ceñida a criterios objetivos; predomina el carácter polémico y el prejuicio del partido tomado, sea a tenor de los nacionalismos o de las filosofías —liberalismo o antiliberalismo— o, también, en torno a algún personaje sobresaliente —mitrismo, antimitrismo—. Explicar, comentar, valorar esa historiografía con respeto hacia sus autores implica seguirles, lo más completamente posible, por todas las reconditeces de sus argumentos, y éstos se apoyan en sucesos que abarcan medio siglo —el primer medio siglo— de vida independiente o de lucha por la independencia de los países comprometidos en el conflicto. Amplísimo panorama, pues, que toda síntesis arriesga la omisión en los mejores casos, y la sospecha de infidelidad en los peores.

LAS LUCHAS INTERNAS ORIENTALES. LA INTERVENCIÓN BRASILEÑA EN EL PLATA

La política de fusión que buscó realizarse en 1851 no prosperó; toda la década está jalonada por las luchas partidarias; cuando en setiembre de 1853 el presidente Giró debió asilarse en la legación de Francia, y el general Flores quedaba dueño de la situación, parecía que el caudillismo volvía a imponerse a los doctores, pero éstos no cejaron. Todos buscan el respaldo brasileño, esgrimiendo las cláusulas de los tratados del 12 de octubre de 1851, en especial aquellas que declaraban la alianza perpetua entre el Imperio y el Estado Oriental para defender su independencia, comprometiéndose el Brasil a prestar ayuda al gobierno legal que la reclamase, y la que fijaba la obligación

de Brasil de dar un subsidio mensual al Estado Oriental, a cambio por parte de éste del reconocimiento de las deudas al Brasil, las que afectarían las rentas y especialmente los derechos aduaneros. "Las angustias financieras —dice Efraim Cardozo— hacían depender a la administración casi enteramente del subsidio brasileño, y la carta de triunfo con que jugaban las facciones políticas eran las tropas del Imperio, siempre listas para acudir en protección de la independencia; del orden público o de la independencia, invocadas alternativamente por quienes no confiaban en sus solas fuerzas para imponerse en las enconadas y casi siempre sangrientas luchas intestinas. El Brasil reinaba sobre la desgracia nacional." En 1855, Andrés Lamas llama a la concordia de los orientales, a la ruptura con los caudillos, y recomienda, además, la alianza con el Brasil. A la unión de los doctores contesta el caudillo con el Pacto de la Unión y la candidatura Pereira, pero en 1856 debe abandonar el país. Pereira quiere hacer política de fusión pero no tiene el respaldo de los colorados conservadores, entre los que se cuenta Juan Carlos Gómez quien, desde el Nacional, desata una campaña contraria, reclamando un exclusivismo de la Defensa. Su conocida manera de pensar, partidario de la Patria Grande, es decir, de una Gran República del Plata, pues no creía en la viabilidad de los países pequeños, despierta grandes temores en Montevideo sobre las posibles pretensiones de Buenos Aires; cuando en 1857 César Díaz empieza su revolución se tiene la convicción que Buenos Aires aspira a constituir esa famosa república. "Juan Carlos Gómez es el verbo inflamado. César Díaz la espada vengadora" resume R. J. Cárcano ese estado de ánimo. Viene Quinteros y el ajusticiamiento de César Díaz; pero los temores de Pereira motivaron, una vez más, el pedido de ayuda a Brasil, invocando los pactos de Lamas. Como dice Cárcano: "Antes fue el gobierno blanco, después el colorado, y ahora es nuevamente el gobierno blanco el que esto inicia."

Tampoco la presidencia Berro (desde 1860) pudo impedir el resurgimiento de los partidos y la intervención brasileña. En abril de 1863 debió sufrir la invasión de Flores y luego la brasileña, agravadas por la discutida complicidad mitrista, aspectos que se verán con mayor detalle más adelante, y que ahora indicamos a título de inventario de los conflictos orientales. Veremos de inmediato el otro aspecto, la intervención brasileña. ¿Qué razones tenía el Imperio para intervenir, no sólo en el Estado Oriental, sino en todo el Plata? Con esta pregunta ya entramos en el laberinto de las opiniones controvertidas. Joaquín Nabuco y Helio Lobo, ambos brasileños, niegan todo afán de conquista territorial pues para el primero, "nuestro único propósito (el de Brasil) era tener una frontera tranquila y segura, para lo que era condición esencial la completa independencia de aquel estado", es decir, el uruguayo; para Lobo, el hecho de la Cisplatina, sólo fue "negocio de circunstancias..."

Más que esta posición, en la que el chovinismo impide una visión crítica de los hechos, conviene desarrollar las causas propuestas por otros autores. Señalaremos en primer término la ambición por nuevos territorios; para J. B. Alberdi la expansión hacia el sur era una necesidad vital del Imperio. "Confinados en la zona tórrida —dice— los brasileños ocupan un suelo hermoso sin duda, pero que en sus inmediaciones al mar sólo puede ser habitado por las razas de África, y cuyas regiones interiores son inaccesibles por falta de vías de comunicación." "...necesita salir de la zona tórrida en que está metida la casi totalidad de su territorio... necesita la Banda Oriental o el Estado del Uruguay, Misiones, Corrientes, Entre Ríos y el Paraguay..." Entiende que el inmenso Imperio sólo era habitable, en gran parte, para los pueblos de raza negra; pero ésta está sometida; el país no es para esa raza; se quiere, violentando la naturaleza, que sea para la dinastía europea; de ahí la necesidad de acrecentar su población blanca, pero como ésta no se aclimata al clima tórrido, era necesario colonizar las zonas del Plata. Agrega luego causales implícitas en el régimen político y social brasileño, el Imperio necesita estos territorios "a impulsos del hambre", a la necesidad de carne oriental, que se manifiesta en las californias. "El Brasil, en efecto, debe esa nueva plaga del hambre a la sed de ganancia de sus grandes propietarios, que son dueños de los 4/5 de su suelo. En vez de consagrar una parte al cultivo de cereales y animales para la subsistencia de su población, lo destinan todo a la producción del azúcar, del tabaco, del café, del té, que los enriquece a ellos a expensas del pueblo trabajador que muere de hambre..."; el gobierno brasileño "halla más cómodo conquistar los países vecinos... que obligar a sus grandes propietarios a dejar la cultura que los enriquece, por otras más ventajosas para el pueblo..."

El mismo Alberdi releva la importancia que tiene para el Imperio el dominio de los ríos de esta zona, es decir, el Río de la Plata y sus afluentes, el Paraná, el Uruguay y el Paraguay porque "...no tiene otro medio de asegurar la posesión de los países que hoy integran el Imperio." Gran parte de esos ríos y fundamental-

mente allí donde son más navegables y sirven de comunicación con el resto del mundo, pertenecen al Paraguay, a la Argentina y al Uruguay; son, por otra parte, rutas imprescindibles para el Imperio para su comunicación con las provincias de Río Grande y Matto Grosso; en una época en que la libre navegación de los ríos sigue siendo discutida, cuando aún no se ha levantado como un principio internacional reconocido, sino que los estados son celosos de sus derechos de posesión y navegación, como hacía el mismo Brasil con su Amazonas, "el emperador don Pedro tiene que saludar a las modestas banderas de esas repúblicas y obtener su venia.. para pasar a ejercer su autoridad soberana en los confines de su propio imperio." Y lo más grave es que esas provincias son "las únicas capaces de aclimatar al hombre de la Europa", estando en ellas "todo el porvenir y toda la grandeza futura del Imperio".

Las dificultades para comunicarse con esas provincias se unían al peligro de perderlas, porque en la medida que la libre navegación de los ríos se fuese imponiendo, correría el riesgo de la secesión de Matto Grosso y Río Grande, atraídas por el comercio mundial, proclives a romper los lazos con Río de Janeiro.

El dominio de los ríos aparece como razón de la intervención brasileña en otros autores, pero desde enfoques diferentes. Para Cárcano, Brasil necesita dominar los ríos porque teme la reconstrucción del antiguo virreinato de Buenos Aires; el autor, argentino y mitrista, interpreta que ese temor es infundado, pero no por eso menos actuante, y para el Imperio la reconstrucción del virreinato era colocarlo frente a un poderoso que podría arrebatarle aquellas provincias; de ahí que su estrategia sea la permanente intervención para mantener o promover la división y la discordia de los estados rioplatenses. Cardozo da una explicación similar pero para el autor paraguayo los temores imperiales no eran infundados: allí estaban presentes experiencias recientes como fue la clausura de los ríos por Rosas y su intervencionismo en el Estado Oriental; o las propias ideas atribuidas a Mitre y otros prohombres argentinos en el sentido de reconstruir el virreinato. El Imperio, a fin de conservar su integridad, debe practicar una política de división entre los estados limítrofes; en 1858 el ministro inglés en Río de Janeiro, Scarlett, decía: "...alentando las esperanzas de todos los partidos, el Imperio ha mantenido por largo tiempo su influencia sobre todos, sin comprometerse por completo con ninguno. Divide et impera es su lema, que por cierto ha arrojado a todos estos republicanos a sus pies."

Por último, se hace mención al problema particular creado por la provincia de Río Grande. Cincuenta mil súbditos brasileños estaban radicados en nuestro país, al norte del Río Negro, elemento de perturbación porque pedían al gobierno imperial protección contra los atropellos de los orientales; encontraban apoyo en los señores feudales de Río Grande, ganaderos que querían campos de pastura en el Uruguay y especulaban con el proceso de colonización de sus compatriotas; también los saladeros que prosperaban en la provincia brasileña mediante la explotación de ganado criado y engordado en las feraces tierras orientales, reclamaban a su gobierno una intervención que arrancase al gobierno oriental tratados favorables a sus intereses. ¿Era una política deliberada del Imperio? ¿Promovía esa colonización para anexarse territorios de acuerdo al principio del utis possidettis? Sí y no; si el interés y opinión de los señores feudales riograndenses prevalecía en el gobierno brasileño, entonces la política del Imperio coincidía con su interés; en este caso, lógicamente, debe hablarse de una política deliberada; pero cuando en los órganos de gobierno la opinión riograndense estaba en minoría, debía acceder, de todos modos, a riesgo que de lo contrario reverdeciesen los intentos separatistas riograndenses, peligro que recuerdan tanto Cardozo como P. H. Box. En efecto, ciertos corresponsales de Río Grande habían dicho: "Nosotros los riograndenses, llegada la última necesidad, sabremos hacer que nos respeten. Se torna inevitable un conflicto del Imperio con la República Oriental o con la provincia del Río Grande... Si la nacionalidad no sirve a nuestros compatriotas para ser respetados en el exterior, para nada más les vale..."

LAS GUERRAS CIVILES ARGENTINAS Y LA INVASIÓN DE FLORES

La invasión florista de abril de 1863 ha sido interpretada como el preámbulo necesario de la guerra con el Paraguay; no sería un antecedente más o menos inmediato, sino un episodio inevitable de la serie fáctica que conduciría a la conflagración mayor. De ahí la importancia que asume el análisis de las circunstancias internacionales que rodean al episodio.

Las luchas civiles argentinas no habían terminado con Caseros. En un primer momento brilla la estrella del gran triunfador aparente, Urquiza. Por el acuerdo de San Nicolás (31 de mayo de 1852), las provincias autorizan al caudillo entrerriano a dirigir las relaciones exteriores de la Confederación hasta la reunión del

Congreso Nacional; aprueban el pacto federal del 3 de enero de 1831 que Rosas había violado; de esta manera se suprimían las aduanas interiores permitiendo el libre tránsito de mercaderías entre provincia y provincia, eliminando así uno de los mayores obstáculos para la unión nacional. Sólo Buenos Aires rechaza el acuerdo por el papel conferido a Urquiza, investido con el título de Director Provisorio de la Confederación. Mientras en Santa Fe se promulga en mayo de 1853 la Constitución Nacional, Buenos Aires se separa de la Confederación y se da a su vez una constitución como estado independiente. ¿Cuáles son las causas profundas que impiden, a casi medio siglo después de mayo, la conformación definitiva de la nación argentina? Nos ceñiremos al bosquejo de las opiniones vertidas por los autores que han tratado nuestro tema principal, puesto que nuestra finalidad es reseñar los puntos que cada uno de ellos estiman esenciales para comprender los orígenes de la guerra del Paraguay. "No es difícil ver en la confusa historia de la Argentina después de Caseros —dice Box— ...la causa mediata de una lucha de clases en que estaban frente a frente, por una parte, una burguesía urbana con un proletariado no despierto bajo sus órdenes, y, por otra, los magnates agrarios y los caudillos semifeudales de las provincias, con sus indómitos subordinados, los gauchos, clase agraria ésta, inconsciente aún de sus intereses especiales y lista para ir en pos de sus señores en cualquier aventura."

Era, entonces, una verdadera lucha social, donde las determinantes económicas transformaban en lucha política los antagonismos estructurales. "Estos crudos antecedentes económicos —dice Luis A. Herrera— dan la explicación precisa de muchos conflictos y de graves rozamientos, su lógica derivación..." Ellos explican que cuando "en 1853 el general Urquiza y los plenipotenciarios de Francia, Inglaterra y Estados Unidos suscriben tratados declarando la libertad fluvial... (y) los ríos quedaban abiertos a la civilización y al comercio de todas las banderas... Buenos Aires ensaya su protesta. Dueña y señora del estuario... ha defendido —como un tesoro— el régimen colonial, aplicado sin alivio a las provincias." Abrir nuevos puertos en Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, significaba el ingreso de mercaderías que antes sólo podían hacerlo por Buenos Aires, de modo que ahora sería el gobierno federal el beneficiario de las rentas aduaneras, y no Buenos Aires, hasta allí monopolizadora del comercio y las rentas.

Estos son juicios que ya recogen el consenso general, pero es justo recordar que ha sido el político más que historiador uruguayo uno de los pioneros en esa orientación; por la misma razón García Mellid lo considera uno de los fundadores del revisionismo. Sólo cabría indicar, aunque resulte abusivo, la interpretación de Cárcano, quien descubre en esos fenómenos centrífugos errores o equívocos circunstanciales, egoísmos o pasiones individuales, que niegan episódicamente la nacionalidad; supone Cárcano que la idea de nacionalidad es una fuerza implícita, apriorística, determinada por una comunidad de raza, lengua y origen; no releva la importancia de los intereses regionales o locales que pueden ser antagónicos; las tendencias centrífugas no emanan de la propia naturaleza de la presunta nación; ésta existe de por sí; es un "deber ser" ineludible. Todos los intentos separatistas, provengan de las provincias o de Buenos Aires, le merecen el siguiente comentario: "Estas combinaciones abortivas son siempre sugestiones del extranjero; recursos políticos o angustias de la desesperanza." El extranjero, claro, es Brasil.

Las medidas tomadas por el gobierno de Paraná para atraer el comercio exterior y liberarse de la tutela de Buenos Aires no tuvieron sin embargo éxito. Luego de décadas de paulatina ruina de las economías provinciales su deformación era tal que los comerciantes de provincia siguieron operando a través de Buenos Aires; la guerra económica la ganaría la antigua capital virreinal; entonces las provinvincias comprendieron que no podían vivir sin Buenos Aires, pero reivindicaron la nacionalización de las rentas. En Cepeda (octubre de 1859) es derrotado Mitre. Al mes siguiente se firma el Pacto de la Unión que marcaba el triunfo de las provincias pues quedaba establecida la reincorporación de Buenos Aires a la Confederación y la nacionalización de las aduanas. Triunfo sin futuro; hábiles maniobras de Mitre devuelven a Buenos Aires el monopolio. En setiembre de 1861, en la batalla de Pavón, se termina el litigio consolidando la preminencia de Buenos Aires y de Mitre. Urquiza comienza una conversada siesta en San José.

Si para Cárcano, Pavón significó el triunfo de la unidad nacional, gracias al renunciamiento patriótico de Urquiza y a las elevadas miras de Mitre, para Alberdi no solucionaba nada. "La unión del general Urquiza —dice— con el general Mitre, en efecto, no impide que el presupuesto provincial de Buenos Aires, de valor de diez millones de duros, prosiga, en plena unión, garantiéndose y pagándose con los diez millones en que consiste la renta total de las provincias..." Lo cierto es que para muchos provinciales Pavón había sido una derrota y co-

mo así lo sentían, no abandonaban sus esperanzas en el resurgimiento de la estrella de Urquiza.

Dieciocho meses después de Pavón comienza la revolución de Flores; el caudillo oriental había servido en las fuerzas mitristas, había participado en la famosa batalla, junto con otros orientales; en las provincias argentinas se le conoció, a él también, como degollador. El 8 de marzo de 1863 pide la baja del ejército argentino y el 19 de abril desembarca en el Rincón de las Gallinas. Según Alberdi, Mitre promueve la invasión florista, no para reconstruir el virreinato, sino como medio para retener las provincias argentinas y para ello necesita un gobierno adicto o aliado en el estado vecino; ese aliado es Flores o, aun, puede llegar a serlo el Brasil, si éste decidiese anexarse el pequeño estado. "Poco importa al gobierno del general Mitre —razona— que la Banda Oriental pertenezca al Brasil, con tal que pueda pasar por su territorio para ir a las provincias argentinas, que se trata de dominar; y con tal de que, brasileña o independiente, la Banda Oriental le sirva de aliada para mantener indefinidamente esa dominación", porque, en su opinión, Pavón no entraña la unidad nacional, sino la dominación de un país —Buenos Aires— sobre otro, las provincias. La figura de Mitre se yergue, entonces, como el gran culpable, como una potencia satánica, juicio del que participa Herrera a contrario de Cárcano que afirma, con más mitrismo que probidad científica, la absoluta neutralidad del personaje.

Nos adelantamos a transcribir este juicio de Herrera para justificar el desarrollo que hemos dado a nuestro tema. "A su calor (habla de Mitre) nace y crece la anarquía en el Uruguay, prospera el agravio oficioso al Paraguay y adquiere cuerpo la alianza con el Imperio, para renovar el delirio de 1816..." "De ahí que sea indispensable repetir... que el día de Pavón hicieron crisis los destinos de esta región de América..." porque para Herrera allí había sido sustituida "la política federal, amplia, de solidaridad internacional y pacífica, por la funesta política de estirpe unitaria, helada y vengadora." Las flamígeras frases de nuestro autor encierran conceptos que parte de la escuela revisionista repite y que, oportunamente, discutiremos; se trata de esa identificación que se hace del federalismo artiguista con la personalidad de Urquiza. Alberdi y Herrera sostienen que Pavón y la revolución de Flores son pasos previos para la Guerra del Paraguay. Conviene analizar algunos aspectos del sistema paraguayo.

EL PARAGUAY

Dos aspectos importan retener de su historia. En primer término, las características peculiares del sistema político, económico y social del Paraguay, y, en segundo término, la nueva política exterior que inauguró Carlos Antonio López. El sistema impuesto por Francia se mantuvo, en lo político, más o menos invariable con sus sucesores, los dos López, es decir el poder dictatorial; en lo económico predominó la directiva de un estado omnipotente, que coincidía con el dictador, propietario monopolista de la yerba y el tabaco, y de gran parte de las tierras; en lo social ausencia de una clase media comercial independiente, al decir de Box, o de una burguesía como la porteña, con intereses de clase nítidos y fuertes. "La población guaraní —dice este autor refiriéndose a Francia— era el verdadero cimiento de su dictadura; la aristocracia y la burguesía española y nativa, eran sus únicas enemigas. Se mostró implacable en aplastar a sus enemigos, que eran también los explotadores de los campesinos guaraníes, y con una comprensión verdaderamente revolucionaria aprehendió la importancia de la confiscación de bienes para derribar la dominación de una clase." Sistema que Carlos Antonio López conservó porque la mayor parte de las tierras siguieron perteneciendo al estado que las arrendaba a las familias en pequeños lotes. Incluso por un decreto de 1854 se prohibió la venta a extranjeros. Mediante el fomento de las artesanías nacionales se iniciaba, posiblemente, un proceso de industrialización. El régimen inaugurado por Francia era cuasi autárquico; según A. García Mellid, pleno de posibilidades para un desarrollo ulterior pues "el trabajo y la riqueza quedaban en el país, que así fue dejando de ser tributario de ávidos mercaderes extranjeros, que es precisamente lo que disgusta a los ideólogos de la libertad liberal, que es la menos liberal de las libertades." El autor, argentino y antimitrista, francamente entusiasta de la experiencia paraguaya entiende que "El despotismo del doctor Francia consistía, precisamente, en preservar los módulos atávicos aborígenes de la corrosión disolvente de los intereses extraños y abusivos. En materia agrícola conservó y afianzó el régimen de comunidad agraria que, en ese lugar y a su modo, venía desde el fondo de las edades. Lo habían respetado los conquistadores e impuesto en sus reducciones los padres jesuitas."

Este juicio valorativo queda enfrentado radicalmente con el de Cárcano; elogioso del liberalismo con el mismo calor que G. Mellid lo combate, concluye que ese sistema conducía al

aislamiento, la xenofobia, la ausencia de una clase liberal o burguesía individualista, de modo que el destino del estado quedaba en manos de una voluntad personal y única, la del dictador, fuente de los futuros desaciertos de la política paraguaya.

¿Cómo explicarse que, a diferencia y en contraste con el resto de las provincias del virreinato, el Paraguay adquiriese esta fisonomía tan peculiar? Tanto los ya citados Box, Alberdi, Herrera, como el paraguayo Juan E. O'Leary, atribuyen a la política monopolista porteña la reacción de Francia que condujo a ese aislacionismo con todas sus consecuencias políticas y económicas, porque el dictador intentó tener relaciones ultramarinas exigiendo el pasaje por los ríos libre de derecho o peaje, a lo que se opuso Buenos Aires. Conviene aclarar que Herrera, si en la Clausura de los Ríos carga la responsabilidad en dicha ciudad, posteriormente (en Por la Verdad Histórica) dirá: "...el antagonismo paraguayo no es sólo con Buenos Aires... Inquina generalizada a todos los gobiernos litorales que sistemáticamente cierran a doble llave, el pasaje del Paraná a los otros ribereños... Cada uno quiere cruce libre para sí, pero no para sus convecinos. Buenos Aires se vuelve contra Santa Fe... Corrientes prohibicionista frente al Paraguay y, éste, opuesto al ascenso fluvial brasileño a Matto Grosso... De ahí que sea demasiado unilateral imputar por entero a los demás usufructuarios del río la responsabilidad histórica de la soledad paraguaya."

Con Carlos A. López se inicia una política de apertura; en lo interno se conservó, casi sin cambios, el sistema de Francia, pero fue importante el desarrollo del comercio con el exterior; López quiso modernizar el Paraguay; convocó el ejemplo europeo en su técnica y en su civilización industrial; instaló fundiciones, construyó astilleros y fábricas, fundó la primera vía férrea y la primera línea telegráfica de Sudamérica; al Paraguay fueron técnicos franceses, alemanes, ingleses y norteamericanos para trabajar tanto en la industria civil como en la militar. Decía López: "El gobierno de la República del Paraguay no es, ni quiere, ni puede ser estacionario; conoce que se han de crear en la república necesidades sociales, que es necesario satisfacer." "Las necesidades sociales y los progresos de la civilización exigían algunas prudentes modificaciones del sistema anterior y la apertura de los puertos al comercio extranjero." Quizás el sistema paraguayo pudo conducir a un desarrollo por la llamada vía prusiana si daba paso al surgimiento de una clase capitalista o a un régimen que sería fantasioso tratar de definir; parece evidente, de todos modos, la imposibilidad de una evolución ajena a las inspiraciones o exigencias de un mundo que se transformaba en un mercado mundial.

Ante esta apertura al exterior iniciada por López, dice Cárcano: "...Rompe las barreras de neutralidad y entra en relación con los vecinos. Marca el punto de partida de los peligros y desgracias que más tarde sufre el Paraguay, arrastrado por la inepcia de los gobiernos personales." Menos insolente, Box también estima que allí se inician las dificultades paraguayas porque, al abrirse al exterior, el Paraguay tenía que resolver sus relaciones con los otros estados copartícipes de los ríos, únicas vías de comunicación.

GESTACIÓN Y DESARROLLO DE LAS ALIANZAS

Según Box el momento elegido por López no era el más indicado; Rosas planteaba su política de clausura de los ríos, fuese para luchar más eficazmente contra las provincias, o para cumplir la unificación del virreinato; para conseguir sus objetivos López debía hacer una política común con los otros perjudicados por las medidas rosistas y, en especial, con Brasil a quien también se le cortaba la comunicación fluvial con Matto Grosso. Hay un acercamiento desbaratado y luego del pronunciamiento de Urquiza, Brasil obtiene la libre navegación de los ríos y adquiere amenazante predominio en estas latitudes; solucionada la situación en el Plata, el Imperio trata de resolver viejos problemas de límites con el Paraguay; exige que la frontera con Paraguay sea señalada por el río Apa, con lo que agregaría nuevos territorios a los ya usurpados desde la época colonial. El Semanario paraguayo comenta: "La frontera sobre el Apa sería como una pistola asestada al corazón de la república"; López propone neutralizar esa zona; Brasil no acepta; López teme que el Imperio consiga sus objetivos por medios violentos y para crearle obstáculos de carácter militar prohíbe el tránsito por el río Paraguay. "Estos hechos —dice O'Leary— podían haber provocado un rompimiento, podían haber traído la guerra. Parecía que el Brasil no buscaba otra cosa. Pero no. La astuta diplomacia lusitana sólo iba preparando el terreno para sus manejos posteriores... Tenía que desaparecer la influencia de Urquiza —amigo del Paraguay— para que pudiese entenderse con la oligarquía porteña, siempre llena de prevenciones contra nosotros."

López, mientras tanto, busca arreglar su si-

tuación con la Confederación Argentina; estamos en el momento que brilla Urquiza; éste trataba de asegurar sus espaldas con un aliado en la lucha que se descontaba habríase de producir con Buenos Aires. Hay un arreglo de límites que atacaban derechos pretendidos por Brasil, pues López concede las Misiones a la Confederación, territorio reivindicado por el Imperio. Paraguay está decidido a resistir, pero Urquiza suspende el acuerdo porque ya está en lucha con Buenos Aires y quiere evitar nuevas complicaciones. Brasil, por su parte, que se preparaba para abrir por la fuerza la libre navegación del Paraguay, obstaculizada por López, cambia sorpresivamente su estrategia diplomática tradicional. Dice Cardozo: "Paranhos, el más lúcido de los estadistas brasileños, el que mejor conocía al Río de la Plata... sabía que eran sumamente escasas... las posibilidades de someter por las armas al Paraguay, si el Brasil no contaba con la alianza o lo buena voluntad de la Argentina. En consecuencia... se propuso plantear de nuevo toda la estrategia imperial en el Río de la Plata, hasta entonces basada en un supuesto fundamental: la secular rivalidad entre el Brasil y la Argentina. Esa rivalidad había que trasmutarla en amistad y alianza." Según el autor paraguayo, Brasil temió que los preparativos militares de López se hicieran con el fin de recuperar los territorios de Matto Grosso y para defenderlos le era necesario tener acceso al Río Paraguay y el consiguiente asentimiento argentino porque "la guerra... tendría que ser aniquiladora... pero para ello no bastaba una escuadra... Era menester la invasión terrestre, que razones topográficas insuperables hacían imposible por Matto Grosso o por cualquier punto de las comunes fronteras; ella era factible sólo a través de territorio argentino. Se imponía, en consecuencia, ganar la amistad argentina. Es éste un punto principalísimo para calibrar el significado de los hechos posteriores según las diversas interpretaciones. Brasil, luego de titubear entre Buenos Aires y Paraná, elige a Urquiza; éste, por su parte, así como había estado decidido a firmar un tratado de amistad con Asunción para su lucha con Buenos Aires, también lo está, y por los mismos motivos, a firmar otro con el Imperio. Conviene retener este hecho que contradice cualquier juicio sobre Urquiza que le atribuya una conducta monolítica, fija e inalterable frente al Imperio; su política, como posiblemente fue la de todos en estas circunstancias, se caracteriza por lo versátil, lo aparentemente contradictoria o lo sinuosa, dicho sin elegancias. En 1857 se entablan las conversaciones entre Paranhos y el caudillo entrerriano. El ministro brasileño promete la ayuda de su país a Urquiza y se firman las siguientes cláusulas: a) convención fluvial para la navegación en común de los ríos Paraná, Paraguay y Uruguay; b) extradición de criminales, desertores y esclavos, condición esta última que el Imperio imponía sin pudor, ni suyo ni del otro contratante como ya había pasado con los gobiernos orientales, fuesen republicanos y federales; c) límites entre Brasil y la Confederación; d) el Imperio haría un préstamo de trescientos mil patacones que Urquiza necesitaba para su lucha contra Mitre. Al mismo tiempo Paranhos plantea a Urquiza el problema paraguayo. Dice Cardozo: "Urquiza no se mostró renuente a aceptar la mano que se le tendía, pero pidió mucho más. Dijo que una guerra contra el Paraguay encontraría ecos simpáticos en las provincias, sólo si tuvieran como objetivo la solución de todos los problemas, entre ellos el territorial... El Chaco, hasta la Bahía Negra, tendría que ser de la Argentina..."

Estos hechos son suficientes para rechazar aquel juicio de Herrera sobre las diferencias entre la diplomacia de Urquiza y la de Mitre; resulta asombroso que, en lo que respecta al Paraguay, lo que proponía el caudillo federal, es igual a lo que luego se establecerá en el Tratado de la Triple Alianza: la reivindicación por parte de Argentina del Chaco paraguayo. Si se tiene en cuenta la posterior política de Urquiza, antes de someterse totalmente a Mitre, parecería que cabe hablar de una conducta contradictoria; pero también ¿no podríamos suponer la expresión en ésto de un régimen feudal ambicioso de tierras?

Naturalmente, Mitre protestó contra ese acuerdo y gritó que Argentina jamás haría la guerra al Paraguay. Paranhos no perdió tiempo y se dirigió a Asunción; obligó a López a firmar un tratado por el cual se proclamaba el libre tránsito fluvial. El Imperio obtenía un éxito tras otro; el Estado Oriental en vías de transformarse en una segunda cisplatina; tranquilidad o complicidad del lado argentino; un Paraguay acorralado que debía resignarse a abrir sus ríos, por los que podía amenazarle la propia integridad territorial. Pero en este ordenamiento se van a dibujar precipitadamente nuevos vínculos porque en lugar de perseverar en su acuerdo con Urquiza, Brasil opta por Mitre, quizás como supone Cardozo, porque temió un acercamiento Buenos Aires-Asunción. El caudillo federal se queda sin los patacones. Para Cárcano significa el fracaso de la diplomacia con signo monetario brasileño; según Alberdi, todo lo contrario, porque la unidad nacional que cumpliría Mitre era la conveniente para Brasil, puesto que la solución porteña (centralista y

monopolista) dejaba latente las causas de la desintegración, de la debilidad y de la anarquía, de modo que siempre el Imperio podría satisfacer sus ansias de conquista.

Como primer paso a este cambio de frente Brasil asume la neutralidad en los conflictos argentinos y declara la necesidad de neutralizar la Banda Oriental; con tal fin, dice Cardozo, "movió al gobierno de Montevideo a no inmiscuirse en la lucha. Siguiendo la nueva línea, Bernardo Berro, designado presidente de la república en 1860, anunció el propósito de desinternacionalizar las luchas políticas de su país... Cuando en 1861 se dirimió el pleito argentino en Pavón, y Buenos Aires quedó al frente de la Confederación, ésta ya no contó con el apoyo de sus amigos blancos y el Imperio guardó estricta neutralidad."

También López ha practicado la neutralidad en los conflictos argentinos; según Herrera porque está empujado por el deseo ferviente de que cesen las desgracias vecinas, pero es apreciable el razonamiento que hace Puiggros: desde 1858 el Paraguay tenía la evidencia del peligro que entrañaba la diplomacia del patacón, luego de los tratados de Paranhos en Paraná y Asunción; Paraguay debía encontrar la fórmula que equilibrase las fuerzas de los estados limítrofes, ahora favorables al Imperio, de ahí su urgencia en que se consolidase la unión argentina, que sirviese de contrapeso al poder brasileño; prueba de ello son sus afanes en mediar entre Mitre y Urquiza. Pero ahora quedaba "sofocado por dos poderosos bloques nacionales que lo estrechaban entre sus flancos y desataban las tendencias expansionistas próximas a estallar."

Esta nueva situación la tiene en cuenta Cardozo puesto que "El general Mitre era conocido por las ideas que, como historiador, había sostenido respecto a la independencia del Paraguay. En su Historia de Belgrano, aparecida en 1859, se leía que el Paraguay, al romper los vínculos con Buenos Aires en 1811, se había dejado arrastrar por el genio atrabiliario del doctor Francia..." El historiador paraguayo entiende que esas ideas de reconstrucción del virreinato de Mitre, comunes a Juan Carlos Gómez y a Vélez Sarsfield, no eran simples sueños o "accidentes del camino" como afirma Cárcano, sino reales y ávidas de llevarse a la práctica si se presentaba la oportunidad. Conociendo el pensamiento mitrista no es de extrañar, entonces, que los blancos de Montevideo intuyesen como inminente la invasión de Flores, luego de Pavón. De ahí que en 1862 Juan José de Herrera es comisionado para exponer a López el peligro de un acuerdo entre los dos grandes estados —Brasil y Argentina— en detrimento de los pequeños estados de Paraguay y Uruguay: se imponía una alianza entre éstos, pero López la rechazó.

Francisco Solano López hereda esa situación candente. Intensifica el armamentismo paraguayo. Cárcano y Nabuco descubren aquí nuevos argumentos para demostrar la sed militarista y de conquista territorial del segundo López. Sin embargo O'Leary y Cardozo (ambos paraguayos, aunque la conacionalidad no los lleva a opiniones siempre idénticas) consideran que en ese momento los planes lopiztas se rigen por la neutralidad y el deseo de arreglos pacíficos, de acuerdo a los consejos de su padre de arreglar las cosas "con la pluma y no con la espada". Más aun, en informes dados por el mismo López en 1862, reconoce que su armamento es anticuado y, además, dice Cardozo, estaba en sus planes transformar la rivalidad con Brasil en amistad, mediante su unión matrimonial con una de las hijas de don Pedro II. Aunque el argumento es secundario corresponde de todos modos señalar que, según García Mellid, las fuentes que aportan ese dato carecen de seriedad.

LA REVOLUCIÓN DE FLORES Y LA LUCHA DIPLOMÁTICA

La invasión de Flores agravó las relaciones entre el gobierno blanco y el Imperio porque en las fuerzas invasoras ingresan elementos de Río Grande; la prensa riograndense se manifiesta partidaria del caudillo colorado; aumentan los mutuos atropellos de autoridades orientales a súbditos brasileños radicados en Uruguay y de las autoridades riograndenses a ciudadanos orientales. El gobierno imperial ordena a las autoridades brasileñas que impidan la participación de sus súbditos en el conflicto oriental. ¿Era sincera la política del gobierno brasileño? Según Box, en el primer año de la invasión, Brasil cumple la neutralidad porque desconfía por igual de todas las facciones orientales: "Todos estaban dispuestos... a llamar en su ayuda al Imperio, ...pero ninguno deseaba mantener una alianza larga con los macacos." Por otra parte, aunque Brasil hubiese aspirado en ese momento realizar sus viejos planes de expansión territorial, Francia e Inglaterra no lo habrían permitido; afirma el autor: "...la lectura de la correspondencia diplomática británica referente al Río de la Plata, en la década comprendida entre 1850 y 1860, revela con asombrosa claridad que la Gran Bretaña y Francia constituían un obstáculo insuperable para la realización de aquellas miras." Es

importante retener las fechas indicadas por el autor porque como se verá más adelante, en los años siguientes ese obstáculo desapareció o pudo cambiar la actitud de alguna de las potencias indicadas, más concretamente Inglaterra.

Podría confirmar el juicio de Box sobre la neutralidad imperial la misma correspondencia de Juan José de Herrera; en nota enviada a Lapido el 22/9/863 le informa que Loreiro, ministro del Brasil ha llegado a Buenos Aires con instrucciones de Río de Janeiro por las cuales se haría "sentir seriamente al gobierno argentino todo el disgusto con que el Gobierno de S.M. ve y verá la cooperación que desde Buenos Aires se le dispensa a la invasión de Flores, y la decisión en que está el gobierno imperial de llenar sus compromisos internacionales de proteger la paz y la independencia de la República O. del Uruguay."

Sin embargo el cuadro descrito cambiará al influjo de los reclamos del general Netto. Box lo define como un caudillo feudal del tipo de Urquiza. "Había levantado una fortuna proveyendo de ganado al ejército del general Oribe durante el sitio de nueve años de Montevideo. Si bien así había ayudado a los blancos, sufrió algunos perjuicios económicos por parte de éstos, cuando subieron al poder, y estaba deseoso de ver si los colorados harían algo más que tratar de gravar con impuestos a los ricos." Era en ese momento el representante principal de los magnates de Río Grande, y su presión será un factor esencial para el viraje imperial.

Cardozo coincide con Box en atribuir una política de neutralidad al gobierno imperial, pero la interpretación que dan de la misma es sustancialmente diferente. Para Box, repetimos, es una conducta sincera o, a lo sumo, condicionada por la previsible intolerancia de Francia e Inglaterra, y que cambiará bajo la influencia de los caudillos riograndenses. El conflicto que se desarrollará entre Brasil y Uruguay tiene su origen en las relaciones de los dos países. Para Cardozo la conducta brasileña gira alrededor de sus objetivos diplomáticos más generales, en especial el problema paraguayo, para cuya solución contaba con la línea iniciada por Paranhos de acercamiento a la Argentina. A la, para Brasil, notoria complicidad de Mitre con Flores, aparenta ignorarla, precisamente para facilitar la apertura hacia Buenos Aires, y por consiguiente, para no tener roces que frenen la alianza, se abstiene de intervenir en el conflicto oriental, contra la obligación que en tal materia le imponían los tratados, como garante del gobierno legal. El barón de Mauá, con la ayuda de Andrés Lamas, entonces residente en Buenos Aires, intercedió eficazmente para facilitar el gran cambio que prohijaba la diplomacia oriental con la vista puesta no en el Estado Oriental, sino en la República del Paraguay. Ahora bien, los contactos iniciados por los blancos con López, luego de Pavón, hacían temer a Buenos Aires un acercamiento de Asunción con las provincias antimitristas, volviendo a poner sobre el tapete el peligro federal. Por su parte el Imperio veía acelerarse la posible intervención del Paraguay en los asuntos del Plata. Todos estos recelos, concluye Cardozo, "tenían que aunar, de por fuerza, en sus alarmas, al Imperio y al gobierno argentino." Este último quedaba mejor dispuesto a ingresar en el círculo dibujado por Brasil.

La historiografía plantea aun otro detalle: ¿Hay en esa tolerancia brasileña una política hábil que enreda a Mitre, o se trata de un plan previo y mutuamente consentido? De acuerdo a lo dicho queda claro que para el autor paraguayo Mitre ha sido envuelto por la diplomacia brasileña. Algo violentamente, García Mellid enjuicia a Cardozo; reconoce que es un investigador prolijo y documentado, pero lo denuncia liberal y que por eso trata de salvar a Mitre haciéndolo aparecer como víctima de la habilidad imperial. Herrera sostiene que en función de las necesidades mitristas de retener las provincias debía promover la invasión de Flores, pero previamente asegurarse el consentimiento brasileño, cosa que se consiguió. Como argumento probatorio de esa vinculación previa a la invasión florista, recurre Herrera a la famosa polémica entre Juan Carlos Gómez y Mitre. En el transcurso de la misma y ante las críticas que hace el oriental al Tratado de la Triple Alianza, Mármol interviene en el debate y reclama de Gómez que, si le merecen críticas las cláusulas del Tratado, también tendría que hacerlas al tratado "madre" de aquel, es decir, la alianza contra Berro. A esto contesta Gómez, y he aquí lo que interesa, que él no estuvo de acuerdo con la invasión de Flores porque discrepaba con "la ingerencia del Brasil en ella..." Y comenta Herrera: "Categórica la manifestación: desde antes de invadir el general Flores, estaba sobre el tapete el apoyo imperial, juzgado decisivo, como decisivo fue".

Se oponen a este argumento, por parte de Nabuco, ciertas palabras de Elizalde en su polémica con Mármol, por las cuales se informa que el gobierno de Brasil era "casi aliado y protector del gobierno de Montevideo y no tenía relación alguna con el argentino, ante el cual no había acreditado ningún representante". No parece insospechable la fuente usada por el autor brasileño, pero no podemos, sin más, negarle correspondencia con los hechos si recordamos la nota

ya citada de Herrera a Lapido del 22/9/863 y otra del 31/8/863 donde leemos: "Para este gobierno (el oriental) es ya fuera de duda que la guerra que se le ha traído desde Buenos Aires tiene por objeto herir la independencia nacional...; (el gobierno oriental) apelará a todo recurso... Tiene en su apoyo inmediatamente la opinión de la diplomacia europea... Muy especialmente el Brasil, si mantiene fidelidad a los tratados, se verá en el caso de tomar una parte activa". Visto así, en los primeros meses de la invasión, habría sido posible la intervención brasileña, no a favor de Flores, sino del gobierno blanco. Más que posiciones claras y definidas los actores parecen moverse, por momentos a ciegas; es como si en una partida de ajedrez, en lugar de dos colores, hubiesen varios, y en sus primeros movimientos las piezas no supiesen aún contra quién van a combatir. No sería éste un fenómeno curioso de la historia del Plata; la historia universal está plagada de esos titubeos en las colisiones internacionales.

Faltaría aún agregar la interpretación de Cardozo que, ni cree como Cárcano en la radical neutralidad mitrista, ni en un plan preconcebido en la forma que sostiene Herrera. El autor paraguayo sigue, paso a paso, las posibles reacciones de los protagonistas frente a cada actitud que asuma el contrario; no tiene, visiblemente, la pasión ni el partidismo de los anteriores; esta lejanía le predispone a ver las cosas equidistantemente; ello no quiere decir que sea necesariamente más objetivo; en las ciencias históricas, como en todas, la neutralidad no es sinónimo de objetividad, ni la lejanía desapasionada garantía de verdad. Pero para aquellas circunstancias donde se impone un criterio relativista y flexible su actitud intelectual es fecunda y crítica. Hechas estas salvedades es interesante que quede indicada la interpretación que da al proceso; y tratándose de este autor corresponde hablar de proceso porque mientras en los anteriores todo parece estar prestablecido, desde Pavón hasta la Guerra del Paraguay, Cardozo da enorme valor a los pequeños hechos, que se van agregando, se diría, con la terrible fatalidad de las casualidades acumuladas, como en esos melodramas, donde todo parece evitable, pero donde un segundo más o un segundo menos, un gesto distraído, un error pueril, desencadena desgracias propias de una tragedia.

En primer término, conviene aclarar, Cardozo también entiende que la invasión de Flores significaba para Buenos Aires poner término a la lucha entre unitarios y federales; lucha que para algunos había quedado mal resuelta en Pavón por las complacencias de Mitre con Urquiza. La notoria protección que da el presidente argentino al caudillo invasor promueve la protesta de Berro. Las relaciones entre Buenos Aires y Montevideo quedaron al borde de la guerra. Los blancos se orientaron entonces, hacia Asunción y con tal fin comisionaron a Octavio Lapido para proponer a López todas las posibles soluciones políticas de estos estados; Urquiza, por su parte, enterado de la misión Lapido también envió a López propuestas de unión, temeroso de que, caído el Estado Oriental en manos de Flores, Mitre llevase un último ataque a Entre Ríos. Solano López rechaza las insinuaciones, tanto de Urquiza como las de Lapido, pero igual pide explicaciones a Buenos Aires sobre las denuncias que hacía el gobierno oriental. Esta infidencia cometida por López del mensaje enviado por el gobierno oriental produjo grandes temores en Buenos Aires; se comentó que había una alianza entre López, Urquiza y el Estado Oriental. La verdad es que López había rechazado las propuestas. Urquiza, por su parte, aseguró a Mitre que de ningún modo haría ninguna alianza con el dictador. Sin embargo, las dudas quedaban y cuando Brasil aprovecha las circunstancias para acercarse a Buenos Aires, según su nuevo plan diplomático, el gobierno de Mitre ya está dispuesto a aceptarla.

Cardozo hace jugar los mismos elementos que Herrera y Alberdi, pero no establece entre ellos una rígida relación causal; hay situaciones que potencialmente pueden devenir en algo más grave; pero que necesitan el agente que las actualice; así, el conflicto de Buenos Aires con las provincias era una situación potencial; su alianza con Brasil era también potencial; de la potencia se pasa al acto, porque la misión Lapido y los rumores de Entre Ríos previenen a Mitre contra el peligro, en el fondo inexistente, porque a su vez las prevenciones del gobierno blanco, de Urquiza y de López, no tenían suficiente asidero; he aquí los primeros equívocos del melodrama.

Se ha dado mucha importancia, por algunos autores, a la diplomacia blanca, hasta llegar a sostener que la enorme responsabilidad de la guerra recae sobre lo que se ha llamado la "intransigencia de los blancos". Esta interpretación parte para su análisis de la omisión de los planes imperiales relativos a Paraguay. Se hace aparecer a López como una víctima de la intriga oriental. Para dilucidar qué grado de acierto hay en estas apreciaciones, corresponde analizar primeramente en qué comprometía a López la independencia del Estado Oriental. Según O'Leary la independencia del Estado Oriental "no le era, ni podía serle indiferente... por ser un país al cual estábamos vinculados por razo-

nes geográficas que eran de vida o muerte para el Paraguay". Repite luego los razonamientos de Alberdi; el interior del Brasil necesita del Paraguay para tener la libertad de los ríos, pero esa libertad amenaza la segregación de estas provincias del Imperio; éste quiere retenerlas; para ello busca cerrar los ríos; debe atacar la Banda Oriental y conquistarla; entonces cerraría los ríos y el Paraguay quedaría encerrado en los dominios imperiales, con la amenaza consiguiente a su independencia, dadas las ambiciones territoriales brasileñas. Este razonamiento quedaría confirmado por propias declaraciones de Paranhos quien ha fundamentado la declaración de guerra al Paraguay de la manera que sigue: "la cuestión de límites es la causa principal de la contienda. Para resolver este problema Brasil le saca ventajas al Paraguay conquistando el Uruguay y quedando, por efecto de esa conquista, con las llaves de la navegación del Paraguay".

Cárcano también admite, recogiendo parte del pensamiento de Alberdi, que la ocupación del Uruguay entrañaba un claro peligro para el Paraguay. El autor argentino, siempre laudatorio al referirse a Mitre, hace historia más crítica si se trata de Brasil. Es evidente que si admite lo dicho, el papel que hayan podido jugar los comisionados blancos atizando el fuego de los temores o ambiciones de López que, como se verá más adelante, asevera Cárcano, no es fundamental para comprender la conducta del mariscal.

Box entiende que "no fue el factor menos importante en arrastrar al Paraguay a intervenir en los asuntos del Plata" y más terminante es el propio Herrera al decir que la futura ingerencia paraguaya en los problemas del Plata "es fruto d i r e c t o de la gestión diplomática oriental".

Ya se ha visto cómo, luego de Pavón, en 1862, el gobierno blanco mediante su ministro Juan José de Herrera se había acercado a López, planteándole el peligro que traía para ambos países el triunfo de los unitarios. En 1863 por intermedio de Lapido, Herrera plantea no sólo la necesidad de un acuerdo paraguayo-oriental, sino que incluso ya esboza la posibilidad que Entre Ríos y Corrientes se separasen de Buenos Aires, y llegado este caso proponía las diversas soluciones viables para todos estos estados, desde una alianza hasta la formación de una república única entre Uruguay, Paraguay, Entre Ríos y Corrientes. Comenta Box: "Este despacho demuestra claramente que más de un mes antes de que Flores y sus amigos salieran de Buenos Aires, el gobierno blanco ya había iniciado una negociación dirigida contra la paz de la Argentina". Importa observar que en entrevistas anteriores al año 1862 y ante expresiones de Berro que indicaban la confianza del presidente oriental en la neutralidad de Mitre, López habría recomendado, en cambio, que se desconfiara del presidente argentino y agregado que Paraguay tenía el peligro en sus fronteras; de un lado "a los más incorregibles anarquistas (léase argentinos), y de otro a los macacos, siempre aleves y llenos de doblez".

Lo que ha hecho pensar en la incidencia de la diplomacia blanca sobre las decisiones lopiztas es la demora con que éstas fueron tomadas; lo sostiene claramente Herrera: "...la cancillería oriental tuvo la visión exacta de los acontecimientos y, a haberse seguido al pie de la letra su plan de heroica resistencia, otra hubiera sido la solución de aquellas complicaciones..." "...se invitaba al Paraguay a dominar con su escuadra —incontrastable entonces para Buenos Aires— el estuario, procediendo en combinación con tropas orientales, al desalojo de las fuerzas porteñas usurpadoras de la isla estratégica de Martín García. Desgraciadamente el mariscal López no se decidió en tiempo oportuno. Un exceso de cautela lo inclinó a postergar la acción ejecutiva... Cuando quiso obrar ya estaba agonizante el orden constitucional de nuestro país y nuestro apoyo coordinado era un mito". Es interesante compulsar este texto de nuestro autor con lo que dice el cónsul de Francia en Montevideo, M. Maillefer en correspondencia del 14/12/863: "Siempre me ha parecido muy difícil hacer salir a esta China (se refiere a Paraguay) americana del sistema de aislamiento que hasta el presente le resultó tan bien a sus gobernantes. Para tentar la ambición del Gral. Solano López y obtener su alianza activa, el Sr. Berro, al decir del Sr. Mármol, le habría hecho ofrecer la famosa isla de Martín García, sobre la cual la Banda Oriental le cedería sus derechos, por otra parte bastante hipotéticos, a condición de que él mismo se encargara de tomársela a los porteños". A lo que el prudente paraguayo habría respondido «que no aceptaba un don hecho con el bien del prójimo». Que cualquier medida en ese sentido era fundamental en términos militares lo indica el mismo informe: «Sea como sea de la actitud del Presidente López dependen, según parecen, desde hace un tiempo, las resoluciones del Sr. Berro, de Urquiza, de la provincia de Corrientes y de una porción considerable de la Confederación Argentina; y por confiado que aparente estar el Gob. de Mitre, ha hecho fortificar a toda prisa el Gibraltar del Plata, ha concentrado allí su escuadra, y los diarios porteños anuncian que envían 6 batallones con una brigada de artillería bajo las órdenes de los je-

fes militares más importantes. Desde Martín García se domina en efecto, el estuario del Plata, el curso del Paraná y el del Uruguay; se amenaza o se inquieta al Estado Oriental, a Entre Ríos, Corrientes y el Paraguay»".

Es obvio que la reacción de López no podía emanar de una ignorancia sobre las consecuencias estratégicas de la ocupación de Martín García, y ha sido resultado de una excesiva cautela como dice L. A. Herrera, pero esa reserva no era más que momentánea, tal como se desprende de una nota posterior que Lapido envía a J. J. Herrera el 20/7/863: "Pidió, por último, la más completa reserva sobre nuestras conferencias, agregando que, debiendo salir de la política de aislamiento que era la tradicional, y en la que había vivido ese país, consideraba necesario guardar la mayor reserva..." Por otros antecedentes puede afirmarse que los López preparaban el gran salto, por sí solos, sin necesidad de estímulo exterior alguno. Es precisamente lo que sostiene Cardozo, para quien uno de los rasgos personales que define a Carlos Solano López era la ambición de transformarse en árbitro del Plata. Entonces es necesario admitir que López evitaba compromisos definitivos y publicitados por cálculo político. ¿Cuál puede ser? Posiblemente la clave esté en que nadie sabe aún con precisión hacia qué lado se van a mover las piezas, en el movedizo tablero de las alianzas internacionales; López, mientras atendía la diplomacia blanca, no abandonaba definitivamente la eventualidad de arreglar sus problemas fronterizos con Argentina, directamente con Mitre, y en forma amigable; en todos estos meses hay un permanente intercambio epistolar entre ambos gobernantes; incluso, parecería, tampoco se puede saber con exactitud cuál habría de ser la reacción argentina frente a cualquier medida brasileña atentatoria de la integridad oriental; el historiador, desde su privilegiada posición de observador de los hechos consumados, puede caer en el riesgo de considerar como evidente lo que para los actores de la historia era dubitativo o aleatorio en el momento mismo de los hechos.

Y, en cierto sentido, podría decirse que López quiso nadar aguas arriba; interrogado Lapido por el mariscal sobre cuál sería el medio para presionar sobre el gobierno argentino e impedir su intervención en Uruguay apoyando a Flores, el oriental le inspira el envío de una nota reclamatoria, lo que pocos días después López hace. Pero esa nota fue enviada sin conocimiento de los representantes orientales; más aun, éstos no habrían creído oportuno hacerlo en aquel momento porque, como lo explica Herrera, la diplomacia blanca entendía que era inevitable el conflicto con Buenos Aires, pero también inevitable el levantamiento de las provincias; había, por lo tanto, que armonizar todos esos movimientos mediante una alianza entre paraguayos, orientales y provinciales, prepararse militarmente, antes de cumplir cualquier reclamo oficial ante Buenos Aires, de manera que éste no pudiera prevenirse; todo lo contrario es lo que hace López, comete la infidencia, y según Box ello demuestra el deseo del mariscal de ganarse la buena voluntad de Mitre para resolver sus problemas fronterizos; es curioso que Box concluya que de esa manera López atraía contra sí el "reñidero del Río de la Plata"; más bien parecía querer evitarlo.

Otro elemento que se ha tenido en cuenta para hacer recaer sobre los blancos determinante responsabilidad en los ulteriores conflictos, es su actividad diplomática en las provincias argentinas antimitristas. El punto es remarcado por Cárcano y es comprensible que su atención se dirija en ese sentido porque es uno de los pocos hechos concretos, graves, trascendentes, para justificar la política mitrista, desde los intereses porteños, naturalmente. Luego de Pavón los blancos han conspirado para derrocar a Mitre, cuya destrucción suponen indispensable para evitar la rebelión de Flores, considerada la sospecha de connivencia mitrista. Para Cárcano, ya se ha dicho, eran sospechas infundadas, pero dice el autor argentino: luego de cantar "a López, al oído, durante años la sugestión gloriosa" de la fácil anexión de Corrientes y Entre Ríos, Matto Grosso y Río Grande al mismo tiempo "se trabaja por sublevar a Entre Ríos y Corrientes, romper la unidad nacional... El plan reaccionario es verdadero... Se cuenta con las pasiones regionales, especialmente de las dos provincias guerreras. Se consigue decidir la voluntad de sus caudillos y hombres prestigiosos... En esta obra de odios y anarquía están empeñados argentinos, paraguayos y orientales". Comisionados paraguayos y orientales buscan promover la rebelión provincial facilitando "hombres, armas y dinero". Aunque en junio de 1863 Ángel Vicente Peñalosa, el Chacho, el famoso caudillo federal, es aplastado en Las Playas, la agitación provincial continúa, a la espera de que el jefe Urquiza convoque todas las fuerzas federales, cuyo liderato las animaría para el salto definitivo contra la ciudadela mitrista. Es innegable la actuación de los blancos en las provincias, que persiste aun después de la muerte de Peñalosa: en nota del 31/8/863 de J. J. Herrera, leemos: "La cooperación decisiva del Paraguay.... está a nuestro juicio en la inmediata ocupación... de Martín García. En cuanto este hecho se produzca, y a su abrigo, el Entre Ríos y Corrientes, ya en inteligencia con el Estado Oriental, se pronun-

starán a favor de una liga defensiva y ofensiva, poniendo en acción sus medios que ya se preparan con el debido sigilo para tal eventualidad... (la ocupación de Martín García) decide de las ulteriores y precipita irremediablemente las provincias del litoral del Uruguay que, simultáneamente con su incorporación, producirán favorable conmoción en el litoral derecho del Paraná inquieto, como se le tiene... desde Pavón". Es indiscutible, volvemos a repetir, la acción subversiva blanca, pero como lo demostrarán los hechos posteriores, la permanente oposición que sufrió Mitre durante la Guerra con el Paraguay, las provincias no necesitaban las sugerencias orientales para levantarse contra Buenos Aires.

Para Cardozo los acontecimientos se van a precipitar por acumulación de temores y recelos, pero indica como momento relevante el cambio político en el gobierno imperial, cuando al partido conservador le sucede el partido liberal, de tendencias más firmes en cuanto a intervenir en el Estado Oriental, de modo que pasan a predominar en la diplomacia imperial los intereses riograndenses; don Pedro II ha debido hacerse eco de los reclamos de los caudillos y con el fin de cumplir esa nueva política, Saraiva es comisionado a Montevideo. Mientras Saraiva viaja hacia la capital uruguaya, el gobierno blanco, ahora por intermedio de Vázquez Sagastume, reitera ante López los planteamientos anteriores, agregando la perentoriedad de una acción paraguaya frente a las amenazas acrecentadas por la misión Saraiva. Según el pensamiento del historiador paraguayo se ha creado una situación plena de posibilidades beligerantes por un exceso de exigencias por parte de Brasil y por el terror que cunde en el gobierno oriental que, a su vez, se vierte sobre López, no porque éste no estuviese ya predispuesto a una intervención en el Plata, sino porque da al gobierno paraguayo, precisamente, la excusa que ansiaba para hacerse oír. A esa ansiedad habría que agregar que el comisionado uruguayo ha informado a López en forma insistente sobre lo que implicaba para el Paraguay el viaje de Mármol hacia Río de Janeiro paralelo al de Saraiva hacia Montevideo. Se estaba, pues, (habría de sugerirse una vez más a López) ante una conspiración argentino-brasileña contra los dos pequeños estados. Considera Cardozo que la susceptibilidad paraguaya la predisponía a ser permeable a esos recelos. No creemos que hubiese aquí nada más que suspicacias y estibamiento de pasiones individuales; era cosa bastante pública, en los medios bien informados, la convivencia entre Buenos Aires y Río de Janeiro. M. Maillefer informaba a su gobierno en abril de 1864: "No se puede dejar de conjeturar que, además del interés permanente de dividir, debilitar y dominar la República Oriental, los armamentos del Paraguay, su íntimo enemigo, y la eterna cuestión de los límites, han sido el punto de partida de esa alianza con la política argentina... El Brasil puede jactarse de reducir a Don Solano López a la aceptación de los límites en litigio; el argentino puede esperar otro tanto, y Montevideo de esta manera es una primera etapa para llegar de común acuerdo a la Asunción". Y en nota del 14/5/64 dice: "Es de interés vital para la navegación y las comunicaciones internas del inmenso Imperio brasileño el que las dos riberas del Paraguay no pertenezcan exclusivamente a una sola potencia. La Confederación Argentina y Bolivia reivindican una parte de los desiertos del Chaco en el borde occidental del río; parece que el Brasil de buen grado ayudaría a la Confederación a apoderarse de esos territorios en perjuicio del Paraguay y de Bolivia, con quienes tiene perpetuas disputas de límites. De ahí sin duda proviene esta asistencia indirecta dada a la empresa revolucionaria del Gral. Flores, de acuerdo con Mitre; de ahí esta extraña embajada a propósito de agravios provocados precisamente por la conducta de los ministros y de los oficiales brasileños; de ahí esos armamentos que aún permanecen en la línea de retaguardia pero que sólo esperan una señal para entrar en acción y arrastrar al mismo tiempo que a Buenos Aires, a la Banda Oriental, que podría convertirse en una molesta aliada de López II".

El informe Maillefer aporta el testimonio de quien escribe, en forma privada, para su gobierno, su conocimiento de la realidad, ciñéndose objetivamente a lo que éste le revela; no ha de buscarse, por lo menos en los trozos citados, la intención de exagerar peligros (como podría suceder en la correspondencia blanca con López) para promover temores infundados y apresurar medidas por interés partidario. Cardozo hace jugar demasiado los factores subjetivos de las sospechas recíprocas como motores del desencadenamiento final del conflicto; se apega demasiado a la posible versatilidad del juego diplomático.

LA MISIÓN SARAIVA

La misión Saraiva venía con el cometido de exigir reparaciones al gobierno oriental, pero además se preveía que, en caso de insatisfacción, se habría de comunicar a dicho gobierno que fuerzas brasileñas destacadas en la frontera ingresarían a la República para imponer orden y respeto a los bienes brasileños. Saraiva, puesto en contacto con Elizalde y el representante inglés Thornton, deciden plantear a Aguirre, ahora presidente uruguayo, unas bases de

pacificación. ¿Cómo interpretar este plan de pacificación? Si era sincero de parte del Imperio y Mitre, si realmente se quería pacificar la República, se hace difícil aceptar, entonces, la hipótesis de un acuerdo previo a la invasión de Flores entre Buenos Aires y Río de Janeiro; si la premisa de que parten quienes piensan así, es el tácito reconocimiento de parte de Brasil y Argentina que su objetivo es Paraguay, y, para cumplir éste, es necesario primero conquistar Uruguay y dominarlo mediante un gobierno adicto, como base de operaciones contra López, es evidente que no puede verse en estas negociaciones ningún intento sincero. Desde este punto de vista ¿cómo interpretarlas? Según O'Leary "Los pacificadores estaban lejos de querer la paz; sólo deseaban desvanecer las acusaciones unánimemente formuladas contra el gobierno argentino, presentándole como interesado en la reconciliación de los orientales. Flores tenía que ir al poder a toda costa... Las negociaciones de paz fracasaron consiguiendo Mitre su objeto" pues hizo recaer sobre Aguirre la responsabilidad de la guerra. O'Leary ve, pues, en todas las negociaciones una hábil maniobra diplomática de propaganda diversionista. De manera semejante opina Herrera. Pero tanto Box, Cardozo, Cárcano, como Nabuco, participan de la idea de que el problema no puede reducirse a fórmulas tan simples; las negociaciones, en gran parte, no son obra ni iniciativa del Imperio, sino de su ministro Saraiva, quien habría buscado transformar una misión de guerra en misión de paz.

Saraiva no participaría de la línea intervencionista riograndense que dominaba en el gobierno de Río de Janeiro; querría, realmente, obtener la pacificación del país y mediante ella facilitar la satisfacción de los reclamos imperiales; ha comprendido que la paz es condición previa a las satisfacciones; elude por lo tanto manejarse según las cláusulas de sus instrucciones que ordenaban un ultimátum al gobierno blanco, puesto que también quería evitar los peligros de la alianza entre Paraguay y Uruguay. ¿Cuál sería la situación del lado argentino? Según Box "el interés evidente de Buenos Aires era evitar la intervención armada en el Uruguay" y para Cardozo se trataba de conocer exactamente cuáles eran los planes del Imperio. En efecto, el cambio político habido en el Brasil y el concomitante peligro de una invasión brasileña, hicieron temer a Mitre que el acercamiento esbozado con el gobierno conservador se suspendiese con el liberal, y aun el riesgo de una guerra con el Imperio si éste quisiese realmente ocupar el Estado Oriental, con lo que quedaría roto el equilibrio del Río de la Plata que, hecho de esta manera, lo sería en perjuicio de Buenos Aires.

Había que conocer los verdaderos objetivos del Imperio, y con tal fin fue la misión de Mármol a Río de Janeiro, que el ministro Herrera interpretó o forzó a interpretar a efectos de atemorizar a Paraguay, como la materialización de la alianza argentino-brasileña, tal como sugiriera Vázquez Sagastume en Asunción. Pero el Imperio, por su parte, no estaba dispuesto a una intervención, sin la aquiescencia de Buenos Aires, pues, pese a las amenazas contenidas en las conversaciones e instrucciones que portaba Saraiva de la existencia de fuerzas en la frontera de Río Grande, éstas aún no estaban en condiciones de actuar, ni tampoco eran lo numerosas que se pretendía; el Imperio no podía aún llevar a la práctica sus amenazas; de ahí que por ambos lados, por el temor de Buenos Aires, y por la falta de preparación brasileña, ambos gobiernos querían aparecer como partidarios de la pacificación del Estado Oriental, mientras el panorama no se hiciese más seguro. Se agravaba la situación porque el gobierno uruguayo en lugar de responder satisfactoriamente a las exigencias de Saraiva, contrapuso a sus reclamos, una lista mucho más abundante de atropellos brasileños contra el Estado Oriental, llegando a acusar al Imperio de intervenir en los asuntos orientales.

"No era éste, por cierto —comenta Cardozo— el mejor camino si se querían resolver las dificultades que traía aparejada la aparición del Brasil en la contienda oriental... no se hallaba el gobierno oriental apercibido para hacer frente, en el terreno de los hechos, a las posibles consecuencias de tan arrogante actitud... ¿Entonces qué infundía tanto vigor al gobierno oriental...? ¿Era acaso el paraguayo? No podía serlo. El Paraguay no había querido darle la mano al Uruguay". Y concluye: "No era el Paraguay quien animaba a Herrera en su enérgica postura sino el estado de la opinión pública... En el fondo, por la boca de Herrera, hablaban las voces de la historia proclamando, unánimes el temor de que... el Imperio quisiera traer su frontera hasta el mismo estuario..." Buenos Aires quería asegurarse de cuáles eran las intenciones del Imperio —continúa Cardozo—; más aun que la situación con Paraguay se agravaba; la declarada intención de López de intervenir en los asuntos del Plata, sus preparaciones bélicas, hacían temer a Mitre que se rompiese el orden creado después de Caseros. "¿Qué de extraño tenía que, previendo acontecimientos y en resguardo de intereses argentinos, Mitre buscara, como en víspera de Caseros lo hizo Urquiza, un entendimiento con el Imperio del Brasil, para evitar un nuevo Rosas en el Río de la

Plata?[39] Y habría sido a efectos de conseguir la pacificación del Estado Oriental, amenazado por la intervención brasileña, que Buenos Aires envía su ministro Elizalde a Montevideo para tratar con Saraiva y Aguirre, seguida de conversaciones entre los representantes extranjeros y Flores (más los comisionados orientales Lamas y Castellanos en nombre del gobierno oriental) que concluyen en las siguientes bases: pacificación del país, cese de la guerra, reconocimiento de los grados concedidos por Flores y de su deuda hasta cierta cifra, al mismo tiempo que se seguía reconociendo el principio de autoridad de Aguirre; se llega al acuerdo, pero tanto los comisionados extranjeros como Flores, lo hacen con la esperanza de un cambio ministerial favorable a Flores, de modo que las potencias mediadoras tuviesen un gobierno oriental aliado en sus futuros planes; durante las conversaciones con Aguirre, ya por los comisionados extranjeros como luego por Flores se planteó esa posibilidad de cambio ministerial, pero ello, en aquel momento, habría significado el reconocimiento del triunfo de la revolución, en detrimento del principio de autoridad que tanto exigía Aguirre. De ahí que se admitiesen las bases antedichas y se dejase para el futuro los cambios ministeriales que se esperaban. Los mediadores se reunieron con Flores en Puntas de Rosario, y allí mismo tuvieron las primeras conversaciones referentes a la futura Triple Alianza contra Paraguay. ¿Por qué se procedía así, en el mismo momento que se buscaba la pacificación del Uruguay? Los temores y las dudas iban ganando terreno en uno y otro bando; por un lado, López, informado por Sagastume de los temores del gobierno oriental, acuciaba al dictador para que interviniera en los asuntos del Plata; ahora ya no era solamente frente al intervencionismo argentino, sino que también se trataba del peligro brasileño que se revelaba en la misión Saraiva; López, que empezaba a dar fe a esos temores, comenzaba a preocuparse seriamente en armarse y con tal fin había acelerado la compra de armas en Europa; estas medidas, a su vez, acentuaban la suspicacia argentina, de modo que en los círculos gobernantes de Buenos Aires se hablaba de una alianza entre Montevideo, Urquiza y López, y que, por lo tanto, se hacía cada vez más inevitable la alianza con el Brasil y un gobierno oriental adicto, que sería Flores, para oponer otra alianza a esa que se temía se formalizaría a corto plazo.

López, si bien trataba de fortalecer su ejército, no abandonaba sus planes de acuerdo con el Imperio; aún seguía con la esperanza de poder sellar esa alianza mediante un matrimonio y si la prensa paraguaya no ahorraba ataques a la Argentina, se cuidaba de ofender al Imperio; más aun, hacía respetuosas defensas del régimen monárquico. En momento que se resolvía el problema oriental por los acuerdos antedichos, Sagastume operaba en Asunción buscando la mediación de López, lo que éste parecía estar dispuesto a hacer, porque ello le permitiría hacer oír su voz en los problemas del Plata. Estando así encarriladas las relaciones entre los gobiernos paraguayo y oriental, Sagastume recibe noticias sobre el acuerdo tripartito y órdenes de su gobierno de abandonar los negocios con López; era desairar al mariscal, rechazar su mediación, dejar los problemas del Plata en manos de Brasil y Argentina, con total prescindencia de Paraguay.

Éste es, en general, el planteamiento que hace Cardozo; se vuelve a repetir que el factor fundamental que descubre en esa maraña de negociaciones entre todos los gobiernos es el temor mutuo, los recelos, fundados por los antecedentes históricos y por los propios pasos que da cada uno de los personajes y la interpretación que de ellos hacen los otros actores: es un melodrama de suspicacias y equívocos; la pasión y la intransigencia de los blancos que ha estado presionando sobre López, parecen por un momento, entibiarse; se cree llegar a un arreglo sin menoscabo de la autoridad de Aguirre; se abandona a López; éste no desiste de sus planes de un acuerdo con el Imperio y sufre el desaire blanco; Mitre recela de Brasil y empujado por esos temores ha buscado la pacificación; Saraiva habría conseguido sus fines: transformar su misión de guerra en misión de paz, para evitar la alianza paraguayo-oriental. El cese de la guerra civil uruguaya parecía conseguirse.

Sin embargo la mediación tripartita fracasará. Según Nabuco la causa ha de buscarse en la debilidad de Aguirre, dominado por los extremistas blancos, a quienes define como anarquistas feroces y ávidos de sangre, cosa típica, por otra parte, según el autor brasileño, de los pueblos sudamericanos de habla española. Saraiva buscaba evitar la guerra que pregonaba Netto, pero para ello entendía como necesario que el Uruguay se diese un gobierno por encima de las facciones, que pacificase realmente el país. También Box responsabiliza a los blancos por el fracaso de la mediación; seguros de la alianza con el Paraguay y del poderío militar de López, dice este autor, "estuvieron renuentes en dar a Flores garantía alguna contra otro Quinteros, y no consintieron en que el arreglo se hiciese sobre una base no partidaria. Pero, una vez que los blancos se vieron envueltos en la guerra, por obra de sus propias locuras y de-

bilidades, despertaron en el Brasil viejos apetitos".

Mientras Antonio de las Carreras, nuevo comisionado blanco, se dirigía a Asunción para reclamar otra vez la participación paraguaya, la situación se agrava cuando el 10 de agosto de 1864 Saraiva presentó un ultimátum a Aguirre en el que se le manifestaba que el Imperio intervendría militarmente si en breve plazo el gobierno oriental no respondía a conformidad de lo reclamado. Aguirre rechazó el ultimátum. En Buenos Aires, algunos representantes provinciales reclamaron del gobierno argentino una aclaración sobre los fines y alcances de la política imperial; el ministro Elizalde sostiene públicamente que el Brasil no aspira anexarse el Estado Oriental, que tiene derecho a reclamar reparaciones y aprovecha la oportunidad para hacer pública la idea de un acercamiento al Brasil, como medida que convenía a la Argentina. Las noticias de la misión Carreras empujan a Mitre a acelerar el acuerdo con Brasil y el 22 se firma un protocolo entre Elizalde y Saraiva en el que ambas partes declaran su interés en la pacificación del Estado Oriental con el fin de resolver, en común, los conflictos vigentes con dicho estado. "Puede decirse —sostiene Nabuco— que gracias a Saraiva, la combinación de fuerzas en el Río de la Plata se hizo en torno del Imperio y no contra él y se formó una triple alianza brasileña, no contra el Brasil". Para el historiador brasileño la guerra del Plata era inevitable por la lucha de Buenos Aires con sus provincias, las discordias entre blancos y colorados, y por el armamentismo de López. ¿Y cuál sería el lugar del Brasil no bien estallase el conflicto? Se hace partícipe de las siguientes palabras que el propio Saraiva habría dicho en 1894: "Mi misión en Montevideo, y en circunstancias ordinarias habría sido un error y nos hubiera producido, de cumplirla como quería el gobierno imperial, disgustos con la República Argentina. Pero Dios inspiró al gobierno para hacer patentes los designios de López y la oculta alianza que se preparaba contra el Brasil, entre López, Urquiza y el partido blanco exaltado de Montevideo".

La consecuencia inmediata de la misión Saraiva ha sido pues ese acuerdo entre Argentina y Brasil. El protocolo no fue publicado; aparentemente no estaba dirigido contra Paraguay, pero que ese era el objetivo debió ser cosa de conocimiento público; en esos mismos días escribía Maillefer: "Parece más y más probable que el Paraguay, que es actualmente la tabla de salvación del partido blanco y el espantapájaros de sus adversarios, es el principal objeto de la coalición porteño-brasileña y el ámbito de la situación". Presentía el encargado de negocios francés que toda esta región del continente sudamericano veríase surcada por tempestades, y llegaba a sospechar que el mismo Urquiza podría levantar nuevamente la bandera de la Confederación. Temores semejantes tenía Mitre pues trató de convencer a Flores de arreglar la situación decorosamente pero de manera de obtener la pacificación de nuestro país. Flores, alimentado en la esperanza de la ayuda brasileña, se volvió más exigente. Incluso en Río hubo una contramarcha, pero Saraiva ya había dado la orden de comenzar la lucha.

LA PROTESTA PARAGUAYA. LA INVASIÓN BRASILEÑA

Sagastume puso en conocimiento de López el ultimátum de Saraiva. El 30 de agosto el ministro paraguayo de relaciones exteriores José Berges, entregaba al ministro del Brasil César Sauvan Vianna de Lima, una nota por la cual el gobierno de Asunción elevaba ante Brasil una formal protesta contra el ultimátum. En ella se decía: "...el gobierno de la República del Paraguay considerará cualquier ocupación del territorio oriental por fuerzas imperiales, por los motivos consignados en el ultimátum del 4 de agosto de este mes... como atentatorio al equilibrio de los estados del Plata que interesa a la República del Paraguay como garantía de su seguridad, paz y prosperidad y que protesta de la manera más solemne contra tal acto, descargándose desde luego de toda responsabilidad de las ulterioridades de la presente declaración".

Esta protesta implicaba una declaración de guerra condicionada al ejercicio del ultimátum por parte de Brasil. Independientemente de la forma, los autores emiten juicios diversos a partir de los hechos previos a la medida de López. Pasaremos una breve revista a algunas opiniones. Según Nabuco, López inicialmente no se preparaba para una guerra con Brasil; su objetivo era la provincia de Corrientes por ambición de extensión territorial; luego de la intervención brasileña en los problemas orientales y bajo la influencia de la diplomacia blanca, López se convenció, son palabras del Barón de Río Branco, "de la existencia de un tratado secreto para el reparto del Paraguay y del Uruguay entre el Brasil y la Argentina. Bajo estas impresiones emprendió el vanidoso dictador la guerra con el Brasil".

Cardozo, como ya se dijo, se adscribe en parte a esta interpretación con la salvedad que atribuye a la propia personalidad de López una fácil receptividad a la diplomacià blanca. Agrega el autor paraguayo otra circunstancia que aun-

que menorísima, incluso en su propio pensamiento, es un buen ejemplo de los peligros del sicologismo en historia. Dice Cardozo que al mismo tiempo que llegaba a Asunción la noticia del ultimátum de Saraiva, se tenía conocimiento también de que D. Pedro II anunciaba el matrimonio de sus hijas con Gaston de Orleans y Augusto de Saxe. "De un golpe —comenta—, brutalmente, las esperanzas de Solano López quedaban destrozadas. El Brasil y su emperador nada querían saber de él. La princesa Leopoldina no sería la emperatriz del Paraguay, ni el Paraguay resolvería por la vía de su monarquización y de la unión dinástica con el Brasil, sus problemas políticos, internos y externos... he aquí una nueva y muy poderosa herida que se infería al orgullo y al amor propio del presidente legal". Este nuevo elemento habría incidido en el ánimo de López junto con las graves noticias aportadas por Sagastume. Reiteramos, García Mellid afirma que esos planes matrimoniales de López son absolutamente falsos; nuestra condición de modestos comentaristas nos exime de terciar en el asunto; por más detalles el lector puede dirigirse a la obra de García Mellid, Tomo II págs. 207 y siguientes. Nos detenemos en el punto para indicar el riesgo de una historiografía que acentúa metódicamente las subjetividades, los estados de ánimo y los recelos personales, porque queda constreñida a penetrar lo más profundamente posible en la sicología y biografía de los personajes, de tal manera que un sicologismo en demasía aplicado a los hechos históricos puede transformar a la historia en una ciencia imposible; Cardozo, cuando analiza las condiciones materiales, geográficas o económicas, lo hace como descripción de un marco dentro del cual se mueven los personajes, y son sus voluntades las determinantes del drama histórico. Es obvio que la historia estudia el pasado de las relaciones humanas; su objeto y materia es el hombre; pero se trata de saber y resolver si la voluntad humana se mueve en un marco material que usa como excusa de sus pasiones (teniendo éstas un origen desconocido) o son las condiciones materiales o las situaciones creadas por los otros hombres que se mueven en aquellas, las que determinan, o condicionan o se imponen a la voluntad; y ésta ¿no podría decirse que es, en definitiva, la elección que se hace de alternativas, cuyos términos los crea el mundo exterior? En el caso concreto que ha motivado esta disgresión habría que preguntarse nuevamente: ¿eran ciertos los planes brasileños y argentinos de llevar la guerra al Paraguay?, ¿era necesario para Mitre y para D. Pedro II hacer la guerra a López? En caso afirmativo, la subjetividad de López sólo puede explicar detalles del proceso, lo que siempre hay de singularidad en el hecho histórico; puede explicar que haya sido en tal o cual momento el que López decidiese intervenir en el conflicto del estado uruguayo, pero no la inevitable alternativa de hacerlo.

El ultimátum brasileño favoreció el ascenso en la opinión y en el gobierno de los amapolas. Aguirre, presionado, no pudo evitar más el ascenso de Carreras al ministerio que, por otra parte, era la solución ministerial reclamada en Asunción. Carreras desbordaba optimismo con la protesta paraguaya, creía que Brasil retrocedería y además confiaba en la reacción de las provincias, en donde había hecho contactos que demostraban la indignación contra el ultimátum de Saraiva. Pero el hombre que realmente importaba era Urquiza. Se pensaba, por algunos, que era suficiente un pronunciamiento del caudillo para volcar todas las provincias a favor de Paraguay y contra el Brasil. Sin embargo, en esos momentos, las relaciones de Urquiza con Mitre eran excelentes; el entrerriano manifestaba una y otra vez su adhesión al presidente, a la unión, a la República; Mitre le había ofrecido un ascenso a general que el caudillo rechazó, pero también facilidades crediticias que el caudillo aceptó; con motivo de la construcción del Ferrocarril Central Argentino, Mitre, en carta del 21/6/64 le ofrece la adquisición de acciones, aclarándole que en caso de no tener efectivo para realizar el pago de las mismas, lo hiciese mediante una letra, y agrega: "...pues me es grato darle la seguridad de que será descontada en el acto en esta plaza". Urquiza acepta la propuesta y suscribe acciones por valor de cien mil pesos oro. El caudillo, en lugar de aprestarse al combate, como algunos esperaban, trataba de medrar. Ya en setiembre de 1863 el agente confidencial paraguayo Brizuela escribía a Berges: "Sus fuertes compromisos con el general Mitre, y más que todo su egoísmo y el deseo de conservar su gran fortuna, lo tienen colocado en la precaria posición de limitar su política personal a la inacción, para garantir así mejor sus individuales intereses". Informa García Mellid que, según historiadores brasileños, "en los momentos más dramáticos de la guerra oriental, durante el sitio de Paysandú, todos esperaban de Urquiza la actitud enérgica que restableciera los derechos de los pueblos..." pero un general brasileño se presenta al palacio de San José y "concertó con el viejo caudillo una operación de venta de 30.000 caballos... lo que rindió 390.000 patacones. Un autor brasileño, Pandiá Calógeras, luego de dar los detalles de la insólita operación, expresa... Não existía em Urquiza o estôfo de um homem de Estado: não

passava de um condottieri". Baste esto para contradecir los juicios superiores que la personalidad del caudillo han merecido de Luis A. Herrera. Sin embargo, en muchas circunstancias, Buenos Aires desconfió de la firme adhesión de Urquiza y, aparentemente, a veces los blancos o los caudillos provinciales y hasta el mismo López, tuvieron esperanzas en él.

El entusiasmo que suscitaba en Montevideo la protesta paraguaya, no contagió a Andrés Lamas quien, desde Buenos Aires, trataba de evitar otros pasos que hiciesen cada vez más inevitable el conflicto. Entendía Lamas que la protesta paraguaya no detendría al Imperio desde que éste actuaba a remolque del problema de Río Grande. Y en cuanto a la ayuda efectiva que Paraguay pudiese dar al gobierno de Montevideo, decía: "Pero aún conseguido que el Paraguay quiera oponerse de facto a la acción del Brasil... ¿cómo y por dónde lo hace? Tendría que pasar por territorio argentino y puedo asegurar... que esto no le será permitido. No pudiendo pasar por territorio argentino, su acción será nula..."

Bien informado estaba Lamas, otro personaje oscuro, denunciado una y otra vez, como adicto fiel al Imperio. El momento era propicio, por el contrario, para éste, pues los planes de Paranhos se cumplían a la perfección: Brasil ya tenía el compromiso de Mitre, incluida, naturalmente, la prohibición al pasaje de tropas paraguayas por territorio argentino. Algunos autores interpretan que esa prohibición sería consecuencia obvia de la neutralidad mitrista, admitiendo la autenticidad de ésta. Así lo creía la prensa argentina que conocida la protesta del 30 de agosto reclama la neutralidad argentina. ¿Pero era posible? Es suficiente recorrer la correspondencia de Mitre con Urquiza para entender que ni el mismo Mitre lo creía; por grados va sugiriendo al caudillo los peligros que acechan a la Confederación y la posibilidad de una alianza con Brasil; le insiste reclamando su opinión sobre cada una de las circunstancias posibles que puede plantear el conflicto paraguayo-brasileño, la eventualidad del tránsito de tropas paraguayas por Corrientes, etc.; esto último no sucedería porque Brasil contaba con la seguridad, dada por Elizalde, de que el gobierno argentino rechazaría el permiso, y si Paraguay atravesase de todos modos territorio argentino, esa violación sería casus belli.

Mientras la prensa porteña comenzó a preparar el terreno para hacer pública la alianza con el Imperio, la prensa de provincias censuraba la política mitrista. El Litoral de Evaristo Carriego propugnaba la rebelión contra Buenos Aires y exhortaba a Urquiza a comandar el movimiento. El Porvenir de Gualeguaychú decía: "Entre Ríos y Corrientes saben bien que el sueño más hermoso del Brasil... es el dominio continental... y que si se ceba sus dientes en la carne de la República O. del Uruguay pronto se hará preparar entre nosotros, con la división y la anarquía, un espléndido banquete".

El 12 de octubre de 1864 fuerzas brasileñas al mando del brigadier José Luis Menna Barreto invaden Cerro Largo. Euforia periodística en Buenos Aires. La Nación arroja anteriores precauciones y proclama abiertamente la necesidad de la Triple Alianza, porque "...la cuestión es de barbarie contra civilización... pues son evidentemente los caudillos... los mandones arbitrarios... los representantes de la barbarie... ¿Qué son el Brasil, la República Argentina y el general Flores? ...significan indudablemente, el orden, la paz, las formas regulares de gobierno, la libertad y las garantías para los nacionales y extranjeros... Esta es la ley de las alianzas del Río de la Plata..." Quedaba enunciado el programa y su fundamentación ideológica. La condena de los caudillos debía incomodar a Urquiza y hasta hacerle temer por su futuro, por la tranquila soberanía que ejercía en su señorío entrerriano. No podemos seguir todas las minucias, escarceos, marchas y contramarchas del caudillo pero, sí, señalar que en el transcurso de esas semanas dramáticas los blancos arreciaron con angustia sobre su voluntad, al tiempo que López, seguramente con poca fe, escuchaba las promesas que sus comisionados le trasmitían por encargo de Urquiza, quien ofrecía ayuda al Paraguay y anunciaba que tildaría de traidor a Mitre si el presidente no autorizaba el pasaje de tropas paraguayas por territorio argentino. Es prácticamente unánime la opinión respecto a la necesidad que tenía López de transitar por Corrientes si quería realmente defender el Estado Oriental, como ya vimos, era previsto por Lamas. Urquiza estaba entre dos fuegos, la presión de caudillos federales que intuían que en todo aquello jugaba también el interés mitrista de terminar con ellos, y el trabajo persistente de atracción que hilvanaba Mitre sobre el caudillo; sobre esto último abunda la correspondencia publicada por el Archivo Mitre, de cuya lectura se desprende que Urquiza trataba de conservar la neutralidad, por eso se manifiesta partidario de permitir el pasaje de las tropas paraguayas; teme que el enfrentamiento entre Brasil y Paraguay pudiese realizarse sobre Entre Ríos y Corrientes, con la consiguiente devastación de esos territorios y opina que "Nada importaría el tránsito libre e inocente de ambos por los territorios despoblados de las Misiones, si llegase el caso".

Mitre, por su parte, no caminaba sobre lecho de rosas; el mismo Urquiza, si llegaba a recoger el clamor de los caudillos provinciales, era la gran espina; la obra de cirugía en cuanto a dialéctica convincente no era difícil; Mitre le recuerda a Urquiza sus anteriores contubernios con el Imperio, la gloriosa alianza del 51, y la más reciente del 59; se trataba de aclararle que la alianza ya hecha entre Buenos Aires y Río de Janeiro tenía sus precedentes en el propio Urquiza y con tal fin ayudaba la memoria del caudillo refiriéndose al protocolo que en 1859 los señores Derqui y López, en representación de Urquiza, firmaron con el señor Paranhos "ajustando una alianza convencional contra el Paraguay... Esta proposición... contenía otra cláusula que no era condicional, y era que en todo caso, sea que se efectuase o no la alianza, la República Argentina se comprometía a dar paso por su territorio a los ejércitos del Brasil contra el Paraguay, por reconocer que la causa era común, y que el Brasil iba a combatir a la vez por la navegación de los ríos y los límites de la República Argentina".

López ha comenzado sus acciones; en noviembre es capturado el barco brasileño Marqués de Olinda y en diciembre las tropas paraguayas invaden el Matto Grosso que, en 15 días, es conquistado. La otra etapa del plan militar consistía en invadir Río Grande del Sur y para eso se requería atravesar el territorio de Misiones. Por nota de José Berges, del 14 de enero de 1865, se solicita al gobierno argentino la autorización debida, que es rechazada el 9 de febrero. Las tropas paraguayas penetran en territorio argentino. De acuerdo a lo anunciado por Mitre era casus belli. Mientras tanto en nuestro país expiraba el mandato de Aguirre y Tomás Villalba que le sucede, rompe con los blancos extremistas, suprime la legación oriental en Paraguay e inicia negociaciones con Flores para entregarle el poder, cosa que se resuelve en la Villa de Unión el 20 de febrero. Urquiza concluye sus escarceos; declara su respaldo a Mitre. El presidente argentino veía al fin materializado su ideal, según opinan algunos autores, o también él era víctima de las presiones de un grupo porteño agresivo que, según Cardozo, tenía su jefe máximo en Elizalde; en efecto, años después, el canciller declararía: "Mis deseos particulares... eran que producida la guerra entre Paraguay y Brasil... era un bien para la República... que López nos hiciese la guerra en momentos que contando con la alianza del Brasil y de la República Oriental, podíamos acabar con un poder colosal, bárbaro, agresivo, aliado del partido reaccionario que era de vanguardia en la República, y del Partido Blanco en aquel estado, dirimir nuestras cuestiones de límites y de navegación de ríos..."

Interpreta Herrera que ante el hecho consumado de la invasión paraguaya a territorios argentinos, Urquiza, inevitablemente, debía dar su apoyo a Mitre porque "¿Cómo podrían ellos (los federales) conspirar, alzarse, rehuir el alistamiento bajo banderas, cuando la República está en peligro... a trueque, en caso contrario, de pasar por desertor...?" Urquiza habría quedado atado, por razones morales, a la red tendida por Mitre. Sin embargo, debemos ofrecer la opinión de García Mellid quien dice: "Urquiza cedió ante la conveniencia de la oligarquía de Buenos Aires a condición de que se le asegurara el predominio en su provincia y el progresista desenvolvimiento de sus negocios particulares". El autor argentino abona su hipótesis con el siguiente hecho: cuando en octubre de 1863 se temía que Urquiza recogiese la bandera federalista, el barón de Mauá, el poderosísimo banquero brasileño, "que no perseguía otros fines que los del Imperio y los del liberalismo económico", viajó a San José y de acuerdo a un "se dice" de La Nación Argentina, que es la fuente de nuestro historiador, arregló con el caudillo ciertos asuntos, "supliéndole los fondos que necesita para sus negocios particulares". Estaría por este lado, pues, el bisturí que permitió a Mitre arrancarse la espina entrerriana.

EL TRATADO DE LA TRIPLE ALIANZA

Si se fuese a definir en su forma más simple se podría decir que la Triple Alianza es la formulación de un acuerdo entre el Imperio, Argentina y Flores, unidos frente al común enemigo: Paraguay. Los orígenes de ese acuerdo es lo que ha sido estudiado hasta ahora, faltando tan sólo agregar las razones que tuvo el caudillo oriental para participar en ella. Dice Cárcano: "Apenas concluye la guerra civil, Uruguay concurre a la guerra de Paraguay..." ¿Por qué combate Flores contra Paraguay?: "simplemente por retribuir al Imperio, según contrato firmado, el socorro militar que le prestó para conquistar la dictadura. Es la expresión del poder sin restricciones. En Platón ya encontramos la doctrina: la justicia es el interés del más pudiente". "El Imperio facilita un préstamo para iniciar la marcha...; la antigua provincia Cisplatina se convierte en campo de concentración de las tropas y recursos militares de Brasil. Constituye la base de operaciones de guerra antes de contraerse la Triple Alianza..." "El general Flores no formula ningún agravio. Paga servicio golpeando a Paraguay, su valiente defensor.

Es la única voluntad de un partido, es posible de un grupo, quizá de un hombre. No es obra del país. En la naturaleza y en la vida, las pequeñas fuerzas son arrastradas por las grandes. Resulta nominal la soberanía e independencia de Uruguay con la resignación activa del propio pueblo, embriagado por la pompa de una situación falsa". Para el autor argentino no hay aquí más que la consecuencia natural de la existencia de estados fuertes y estados cojines, débiles, artificiales, resultados de espejismos estratégicos que inevitablemente caen bajo la órbita de los primeros. El Imperio ha logrado vencer la resistencia blanca, ha apoyado la revolución florista, ha impuesto la dictadura de Flores; a través de éste Brasil impone su voluntad al Uruguay; el Uruguay es la necesaria base de operaciones militares contra el Paraguay; Flores recibe los créditos necesarios otorgados por el Imperio para comenzar la campaña: es la diplomacia del patacón. Pero cabe hacerse esta pregunta: ¿nada más que los créditos necesarios para la campaña? ¿La diplomacia del patacón no habrá sido más generosa? No es suficiente explicar el apoyo y colaboración de Flores por sus compromisos morales frente al Imperio; si la moralidad lo obligaba a la gratitud, había otra moralidad mucho más trascendente, y de calidad tal que el propio país reclamaba respetarla, la de mantenerse neutral, por lo menos, en una guerra contra un país que en nada había agraviado al Uruguay.

Más explícito es Box, aunque no da mayores detalles de cómo funcionó exactamente la diplomacia del patacón. Según este autor Flores trató de escapar a la pesada influencia brasileña; "ahora que había ido tan lejos en el camino de la traición, Venancio Flores se veía acosado, en forma súbita y totalmente inesperada, por un ataque de conciencia, que acaso no fuese más que aprensión" pero "la guerra, sin embargo, era para el Libertador el precio del poder..." Por los informes de Maillefer sabemos que el precio no se pagó por adelantado mediante una entrega única; Flores habría quedado, en cierto sentido, con las manos libres; periódicamente, en el transcurso de la guerra, el caudillo colorado recibía remesas. Dejemos que el propio encargado de negocios francés nos narre cómo obtuvo el dato. "Volvamos... a mi conversación con el general Flores. (El diálogo se desarrolló en junio de 1867). Ese día estaba de muy buen humor, encontraba perfectos mis cigarrillos. En cuanto a la política, lo tenía harto. «Después de haber hecho lo mejor que podía por el bien y el reposo del país nada en el mundo podía decidirlo a conservar el poder, más allá del 1º de marzo de 1868. La guerra del Paraguay no le cuesta en realidad al tesoro más que una decena de millares de pesos por mes, y el Brasil nos entrega 30 mil a título de subsidio». Sin permitirme preguntar en qué quedaba la diferencia, objeté sin embargo, que la República aumentaba así sin necesidad... una deuda que más tarde, podría convertise en una complicación y un peligro con un vecino tan dispuesto a inmiscuirse en las querellas intestinas de estos países... Las circunstancias, respondió el general, son muy diferentes hoy. Una deuda tan poco considerable nada tiene de inquietante. Nuestro acreedor nos necesita más de lo que nosotros necesitamos de él. Sin nosotros no puede dar ni un paso fuera de sus fronteras. Por eso se mostrará siempre complaciente. Por mi parte sacrifico lo menos posible a las necesidades de la alianza; pero al fin de cuentas, nuestra palabra está comprometida, y es preciso seguir haciendo algo."

La participación del Uruguay en la guerra, quizás no deba cargarse exclusivamente sobre las espaldas del caudillo colorado. La economía de guerra fue un estimulante formidable para la prosperidad de Montevideo y Buenos Aires. Juan Carlos Gómez le dice a Mitre en su polémica: "Los proveedores y los mercachifles le baten palmas. Según ellos, era imposible resistir a López con nuestros solos elementos, hubiéramos sido vencidos y arruinados, mientras hoy nadamos en oro..." Es de toda evidencia que la futura investigación habrá de arrojar luz sobre los grupos que se beneficiaron, y sus vínculos con Flores. Por ahora nos conformamos con estas someras pautas pues, por la naturaleza de este trabajo, queremos insistir en la historiografía especial de nuestro tema.

En cuanto a los motivos de los otros aliados, quedaron, en parte, en las cláusulas del Tratado. El acuerdo fue firmado, luego de algunos cabildeos porque Argentina pretendía anexarse el Paraguay, el 1º de mayo de 1865 por Elizalde (representante argentino), Octaviano de Almeida (por Brasil) y Carlos de Castro (por Uruguay). Debía ser secreto pero por imprudencia de Carlos de Castro fue conocido por un diplomático inglés, y a principios de 1866 el gobierno británico le dio amplia publicidad, de ahí que durante la misma guerra ya hubiese suscitado severas críticas, como las que levantara Alberdi desde Europa. Los puntos principales del tratado son los siguientes: art. VI) los aliados se obligan a no firmar ningún acuerdo, armisticio o tregua, sin el consentimiento de todos; la guerra sólo terminaría con el derrocamiento del gobierno actual de Paraguay. En el art. VII se aclara que la guerra no es contra el pueblo paraguayo, sino contra su gobierno,

es decir, el mariscal López. Por el art. VIII los aliados se obligan a respetar la independencia, soberanía e integridad territorial de la República del Paraguay, lo que, por el art. IX sería garantizado por los aliados por el término de cinco años. En el art. XI se establece que el gobierno paraguayo que suceda al de López, luego de su derrocamiento, acordaría con los aliados reglamentos para asegurar la libre navegación de los ríos Paraná y Paraguay. El art. XIV imponía al futuro gobierno paraguayo el pago de gastos de guerra y reparaciones. Y el art. XVI decía: "A fin de evitar las discuciones y guerras a que dan lugar las cuestiones de límites, queda establecido que los aliados exigirán del Gobierno del Paraguay que celebre tratados definitivos de límites con los respectivos gobiernos..." y a continuación se señalaba cuáles habrían de ser esos límites, quedando las nuevas fronteras, respecto a Argentina en la Bahía Negra, y respecto al Imperio en el Río Apa.

En la interpretación de estas cláusulas también se revela uno de los grandes peligros de la historiografía que ya señalara Nabuco, la parcialidad chovinista, e, irónicamente, uno de los que comete tal pecado es el propio autor brasileño. Entiende Nabuco que el contenido del tratado era claramente favorable a Argentina; se refiere al art. XVI que fijaba los nuevos límites de modo tal que, ciertamente, Argentina adquiría casi los dos tercios del Paraguay; pero la razón de esa cláusula tan favorable a Argentina se debió a razones estratégicas. Como dice Cardozo, en el momento de la redacción, Brasil tenía el peligro paraguayo en Matto Groso; tenía urgencia en que se formalizara la alianza y estaba dispuesto a hacer transacciones; más tarde, cuando el peligro paraguayo desapareció, Brasil discutió el alcance de la cláusula. Continúa Nabuco, señalando que Argentina pretendía, en un principio, anexarse totalmente el Paraguay, y si el acuerdo se demoró en firmar, fue justamente porque Brasil luchó contra esas ambiciones por respeto a la independencia paraguaya, y de ahí el art. IX que la garantizaba por cinco años. Más adelante el Imperio exigirá una garantía a perpetuidad, para alejar definitivamente las pretensiones argentinas. Brasil, sigue Nabuco (y olvida la nueva frontera del río Apa), trató de evitar que la guerra se transformase en guerra de conquista. "...La alianza no debe ser juzgada por los términos del tratado del 1º de mayo, cuyas cláusulas fueron producto de la inspiración del momento... sino por el espíritu que la hizo posible... Visto así en el conjunto de su acción y de sus resultados, el tratado del 1º de mayo... debe ser tenido como un inspirado rasgo de imaginación política, de confianza en los buenos propósitos de las naciones aliadas... como un acto de fe en la civilización moderna". El autor confunde fines con resultados y vierte en el espíritu de aquéllos la calidad de éstos.

Gran parte de la obra de Nabuco se dedica al estudio de la lucha diplomática entablada entre Argentina y Brasil en el transcurso de la guerra, lucha guiada por la ambición argentina de cumplir las cláusulas que le eran favorables y que el Imperio, en opinión del historiador brasileño, trató de desbaratar porque había que defender la independencia del Paraguay y porque "No por haber roto López con nosotros dejaba de ser la existencia del Paraguay una de las necesidades del Brasil, cuyas comunicaciones con Matto Grosso dependían de la libre navegación del Plata y sus afluentes".

Cárcano, por su parte, hace severa crítica al tratado, pero al mismo tiempo encuentra atenuantes para Mitre. "Desde el preámbulo principia la mentira convencional —comienza su crítica— ...¿Cómo se va a respetar la soberanía e independencia, si se empieza por declarar que hará desaparecer el gobierno? ... ¿Cómo se conserva la integridad territorial si luego sin anuencia del Paraguay se fijan sus límites?" Sin desmedro de esto, y comentando la cláusula XVI dice: "El gobierno argentino no está preparado para considerar la cuestión de límites con el Paraguay. Sin embargo debe improvisar una opinión. La firma del tratado no consiente retardos. El presidente Mitre sugiere Bahía Negra, como punto que cubre todas las dudas y sonríe a la mayor ambición. Sobra tiempo para renunciar beneficios, si son inconvenientes o injustos". La lucha diplomática que mencionábamos demostrará que los beneficios renunciados por Argentina serán arrancados por las circunstancias (es decir, la oposición del Imperio) y no por la sola voluntad de los gobernantes argentinos como sugiere Cárcano; el autor argentino, con absoluta ausencia de objetividad crítica, descarga a Mitre de cualquier ambición, a la que sólo "sonríe" como dice enigmáticamente el autor. En relación a los fines brasileños, dice: "con el Imperio la situación es distinta. Está siempre preparado para defender territorios... No es tierra, sin embargo, lo que principalmente interesa a Brasil, sino la libre navegación fluvial, que interesa también al mundo civilizado". De esta manera quiere contrastar una presunta falta de ambición por parte de Mitre (para quien la guerra sería, entonces, según el criterio de Cárcano, exclusivamente defensiva) con la posición brasileña, en la que reconoce, sí, deseos de reivindicación territorial; pero al mismo tiem-

po suaviza toda posible prevención contra el aliado de Mitre (es lógico corolario que, tratándose de aliados, la culpa de uno recaiga sobre el cómplice) aduciendo que la apertura de los ríos interesaba también "al mundo civilizado", sin dar más detalles de qué entiende por eso.

Revistaremos, a continuación, los juicios de los autores francamente desfavorables al Tratado y que ven en él, confirmados, sus planteamientos anteriores. Juan Carlos Gómez presenta la particularidad de estar de acuerdo con Mitre en que la guerra con el Paraguay era necesaria, pero en discrepar con el tratado. En efecto, sobre lo primero dice: "La tiranía del Paraguay era un hecho monstruoso que importaba desapareciese de la faz de la tierra. Dios, la Providencia, el destino, la filosofía de la revolución, la lógica de los hechos, como quieran decirlo, había encargado al pueblo del Río de la Plata (argentinos y uruguayos) la ejecución de esa obra". Pero la labor que habrían de desempeñar estos pueblos no consistiría en una invasión al Paraguay, sino en la promoción de una revolución interna; la guerra con Paraguay, la intervención argentina se hizo inevitable cuando "el tiranuelo del Paraguay dio un bofetón a la República asaltando a la provincia de Corrientes y a los vapores de la República". Esas dos premisas no le impiden desaprobar el tratado, por razones que podemos agrupar en dos capítulos: 1º) **razones políticas y militares**: para derrotar a López no eran necesarias ni la alianza con Brasil ni la invasión de territorio paraguayo, porque iniciada la invasión a Corrientes, el propio pueblo paraguayo habría reconocido el atropello cometido por el déspota y se habría rebelado y asociado a sus redentores; la culpa mitrista consistía en haberse aliado al Brasil y transformado la guerra de redención en guerra internacional y "Solano López en vez de tirano de su pueblo había sido convertido en la personificación de su pueblo". 2º) **El contenido del tratado**: el tratado decía que la guerra no era al pueblo paraguayo, sino para derrocar al tirano, pero "El tratado mentía indignamente...; declaraba guerra al pueblo paraguayo y no al tirano...; ¿a quién se debía desarmar..., imponer la libre navegación, demarcarle límites...? ¿A quién si el tirano ya estaría derrocado...?

Alberdi, O'Leary y Herrera hacen, en general, las mismas objeciones que J. C. Gómez, pero en estos autores las cláusulas del tratado tienen un significado confirmativo de su interpretación general de los acontecimientos que conducen a la guerra contra el Paraguay. Así O'Leary, dice: "...este tratado no era sino la sentencia de muerte del Paraguay. En él se estipulaba la forma en que se repartirían de sus más ricos territorios..."; y comentando el art. XI, que establecía la libre navegación de los ríos, razona: "¿En favor de quién esa libertad? En favor de los ribereños, es decir, de los aliados. Es lo que siempre pretendieron Buenos Aires y Brasil. Gracias al gobierno actual del Paraguay, condenado a muerte como enemigo de la libertad fluvial, esos ríos eran libres para todas las banderas del mundo, en virtud de tratados celebrados con los grandes poderes marítimos (se refiere a los tratados de 1853 por los cuales Paraguay habría elevado la libertad fluvial a derecho internacional positivo en las aguas de su jurisdicción)... Gracias a los aliados, en adelante no serían libres sino para los que heredaron los monoplios coloniales... y que en vez de firmar protestaron contra los tratados de libertad fluvial de 1853".

Como vemos, los planteamientos son contradictorios; unos jerarquizan la importancia de la reivindicación territorial, otros recalcan el problema de la navegación de los ríos, sea para abrirlos o para clausurarlos. Sólo el análisis de las causas de la guerra demostrará en qué términos precisos puede valorarse el tratado. Adelantemos esta conclusión: si se analizan las causas propuestas de la guerra, las vicisitudes de la lucha diplomática en el transcurso de la misma, y las consecuencias de la guerra, se notará, o que los aliados fueron cambiando sus objetivos, o que hay otros motivos no contemplados por la historiografía, o, por último, que la guerra tuvo de por sí, consecuencias imprevistas para los mismos beligerantes.

LAS CAUSAS DE LA GUERRA DEL PARAGUAY

Ya se ha visto cómo para Herrera el origen de la guerra está, de parte del Brasil, en su ambición territorial y en su deseo de dominar los ríos, para clausurarlos; y de parte de Argentina, como forma eficaz de realizar la unidad nacional, matando definitivamente la resistencia federal. En este sentido la guerra habría sido un momento fundamental en la formación de la actual geografía política del Plata: habría evitado no sólo que prosperase el federalismo del litoral, sino también su natural tendencia a unirse con Uruguay y Paraguay en una alianza que sirviese de contrapeso al demasiado poder de las dos metrópolis, Buenos Aires y Río de Janeiro; en apoyo de esta opinión cita las siguientes palabras de Carlos Roxlo: "Sin la Triple Alianza, sin aquella guerra... otra hubiera sido la política internacional del Río de la Plata. No

estaríamos a merced de los colosos que nos aprietan como una tenaza; nuestro predominio comercial se hubiera mantenido; el Imperio hubiera durado menos de lo que duró y nuestros aliados naturales se hubieran desenvuelto, constituyéndose como una constelación de estados autónomos a lo largo de los ríos del sur". Se ha visto también que para Alberdi la guerra era fundamentalmente una guerra brasileña, pero en la que Mitre aprovecha la oportunidad para asegurar su dominio sobre las provincias; lo mismo sostiene, en general, O'Leary, quien hace hincapié en la conquista territorial, clausura de los ríos y destrucción de la economía paraguaya. En estos autores los objetivos de la guerra están contenidos en el tratado y éste no es más que la consecuencia lógica de toda la política previa de los dos estados.

Cárcano, por su parte, dice: "El Imperio inicia la guerra sin pensarlo...; Paraguay está preparado para la guerra...; Argentina sufre la agresión en sus núcleos vitales: la integridad territorial y la unidad nacional". "El gran incendio estalla por...: la intervención armada del Imperio en Uruguay y la invasión alevosa a Corrientes. Esta situación obliga a intervenir en la contienda a la Banda Oriental y Argentina que no tenían conflictos pendientes ni agravios a reparar". "El mariscal crea y acumula enemigos donde debiera buscar aliados". "La Triple Alianza la inventa y realiza el mariscal con su invasión inesperada a tierra argentina y neutral. No hay necesidad de estudiar la conveniencia de la convención. Ella está impuesta por los hechos...; tres naciones están unidas por el mismo motivo". Si bien hace mención continuamente a las causas lejanas, es decir, a la herencia de la lucha entre España y Portugal (cuyos herederos, en este caso, serían Brasil y Paraguay) y a los conflictos entre las provincias del antiguo virreinato, donde la responsabilidad recae sobre las tendencias dispersivas de las provincias disgregadas o aquellas que, artificiosamente, son atraídas por la influencia disgregativa del extranjero, estas causas lejanas actúan a medias en la elaboración del Tratado; con respecto al conflicto Brasil-Paraguay las causas lejanas (reivindicación territorial y dominio de los ríos) tendrían su reflejo en el Tratado; pero en relación al problema Paraguay-Argentina, las causas lejanas (conflictos entre las provincias del antiguo virreinato) habrían funcionado como meros factores sicológicos que abonaban los recelos (infundado temor de Paraguay a la reconstrucción del virreinato) pero no habrían inspirado ni la Alianza ni el contenido del tratado: la guerra, aquí, es promovida por López; la Alianza se hace por razones circunstanciales; Argentina no pretende reconstruir el virreinato; las reivindicaciones territoriales son simplemente un acto del momento sin mayores ambiciones.

Respecto a Nabuco, con lo dicho anteriormente, es suficiente. Invierte simétricamente los términos de Cárcano: para Brasil es guerra defensiva (aunque admite, por momentos, el juego de ambiciones territoriales); en cuanto a Argentina, reconoce sí sueños de conquista acordes, por otra parte, con las ideas mitristas de reconstrucción del virreinato.

Si en los primeros (Alberdi, O'Leary, Herrera) las causas lejanas actúan permanentemente y se reflejan en los objetivos del tratado, en Cárcano y Nabuco, aquellas actúan en cierto sentido, indirectamente, como reflejos que ayudan a iluminar, apenas, las causas inmediatas, pero que no explican (al menos totalmente) los objetivos del tratado.

Situación particular le corresponde a Cardozo porque estima que las causas inmediatas avivaron ambiciones antiguas, y son éstas las que aparecen en las cláusulas de la Triple Alianza. Habrá que ver, a continuación, esta última interpretación y para eso es necesario retroceder algo en los hechos. El historiador paraguayo da gran importancia a la peculiar individualidad de López y a los problemas internos que debía atender. Argumenta que no había en el Paraguay "ni Parlamento, ni prensa, ni tribuna, ni nada desde donde pudieran alzarse voces disidentes o de crítica siquiera parcial...; sólo a López le correspondía la responsabilidad de todo. De lo que él discerniera y dispusiera dependía el destino de la República..." El pueblo no participaba en la vida política; pero había síntomas de descontento que se manifestaban principalmente en "el seno de la marina, en contacto casi permanente con los libres pueblos del sur, y en el clero, que mantenía viva la tradición libertaria del catolicismo paraguayo..." "¿Y qué mejor remedio que desviar esas peligrosas corrientes conjurando los fatídicos fantasmas..., denunciar los graves peligros que apuntaban mortalmente a la independencia y al honor de la nación? Si ellos no existían, habría que inventarlos o provocarlos; si los había, magnificarlos, y en cualquier caso embarcar al país en una aventura exterior que le hiciera olvidar los problemas internos". Algo semejante pasaba con D. Pedro II, que encontraba en una guerra exterior el método de aventar los descontentos interiores, pero "en la fiebre bélica despertaron viejos apetitos. La idea de la Provincia Cisplatina volvió a surgir con deslumbrante atracción". Al atacar a la Argentina, López a su vez, facilitó la acción del partido porteño que, por razones de política interna (la lucha contra el fe-

deralismo de las provincias) ansiaba la alianza con el Imperio. En conclusión, para Cardozo es el propio López quien atrae sobre sí un cúmulo de calamidades y enemigos, primero para disolver conflictos internos que desataría la dictadura personal, luego por razones de amor propio, pero, por último, iniciado el conflicto, los intereses personales de López fueron relegados; fue desde entonces un problema de independencia nacional.

LA LUCHA DIPLOMÁTICA DURANTE LA GUERRA

Si la invasión paraguaya a Corrientes había promovido una corriente de opinión fuertemente favorable a Mitre y a la guerra contra el Paraguay, luego de rechazado el invasor, la opinión pública comenzó a hacerse contraria a la guerra; Urquiza tuvo dificultades para el enrolamiento y hubo sublevaciones en Entre Ríos, de tal modo que, para evitar mayores consecuencias, el caudillo debió autorizar el licenciamiento de los rebeldes. Alberdi, desde París, inicia su propaganda a favor de Paraguay. Entre los mismos aliados surgen contradicciones porque pasado el serio peligro que Brasil tenía con la invasión paraguaya en el Matto Grosso, el Imperio ya no vio con entusiasmo el tratado de la Triple Alianza, cuyas cláusulas, como se ha dicho, favorecían a la Argentina concediéndole las dos terceras partes del Paraguay. Contra las ambiciones argentinas atentatorias de la independencia paraguaya, Brasil había logrado arrancar el compromiso de respetarla con la garantía por cinco años por parte de las potencias signatarias, pero desde ahora quiere que esa garantía sea a perpetuidad; no encuentra para ello la buena voluntad del gobierno argentino que, evidentemente, no quiere atarse de manos en tal sentido.

A principios de 1866 Inglaterra publica el tratado secreto; la guerra se hacía más impopular aun; hay deserciones en masa. López aprovecha las circunstancias para intentar la paz; se reúne con Mitre en Yataity Corá, acepta los límites reclamados por Argentina, pero no acepta abandonar el mando de su país. Mitre, atado por el tratado, contesta que debe consultar con sus aliados; no hay arreglo. En Argentina la opinión es favorable a firmar la paz, incluso infringiendo las cláusulas convenidas que imponían la desaparición de López, pero D. Pedro II no transige. Airados por ese crimen al pueblo hermano y porque la guerra significa la leva, Felipe Varela, desde Chile, invade territorio argentino y junto con Felipe Saá levantan las provincias de La Rioja, San Juan y San Luis contra la Triple Alianza; para hacer frente a este levantamiento provincial, que parecía revivir el peligro de la disgregación nacional, las tropas argentinas destacadas en Paraguay debieron abandonar el frente para atender su retaguardia. La rebelión fue sofocada recién en abril de 1867 y las tropas argentinas pudieron retornar al frente paraguayo. "El emperador del Brasil —comenta Cardozo— no quería la paz. La Argentina estaba condenada por el Tratado de Alianza a seguir la guerra hasta el final, contra la opinión de su pueblo y del mundo entero".

En setiembre de 1867 López propone nuevamente una fórmula de paz en la que hace nuevas transacciones; acepta abandonar el país, aunque conservando su título de presidente legal, bajo las siguientes condiciones: 1) respeto de parte de los aliados de la independencia del Paraguay; 2) aceptación de los límites reivindicados por Argentina y negociación respecto a los pretendidos por el Imperio; 3) evacuación de los territorios ocupados; 4) los aliados no exigirían el pago de indemnizaciones, gastos y perjuicios. Tanto en Brasil como en Argentina la opinión era favorable a la paz pero D. Pedro II se opone nuevamente, aduciendo que, según el tratado, López debía ser depuesto, y no como pretendía éste, abandonar el país sin perder su calidad de presidente.

Como expresión de esa oposición interna brasileña a continuar la guerra, el marqués de Caxias, comandante de las fuerzas aliadas, manifiesta claramente su oposición al emperador y su opinión favorable a una solución por vías diplomáticas. En enero de 1869 pide su relevo y abandona el campo de operaciones. La actitud del marqués no era un caso aislado; las deserciones se multiplicaban y la lucha minaba los cimientos de la dinastía imperial. El New York Herald de N. York decía: "D. Pedro II se bate hoy sólo por mantener la corona que escapa de su frente, como el mariscal López se bate por la nacionalidad del Paraguay".

Mientras la resistencia de López y del pueblo paraguayo se exacerbaba hasta lo trágico, los aliados trataron de formar un gobierno provisional; entre los paraguayos antilopiztas había dos tendencias: el Gran Club del Pueblo que reunió personalidades adictas al Brasil, y el Club del Pueblo, cuyos integrantes se apoyaban en Argentina para detener las ambiciones brasileñas. En este momento quien tiene más influencia en Asunción es Paranhos, que logra que sus adictos del Gran Club del Pueblo obtengan la mayoría; ese futuro gobierno, sostenía Paranhos, debía, antes que nada, aceptar el Tratado de la Triple Alianza. Argentina, por intermedio de su

canciller Mariano Varela, rechaza tal criterio, por entender que la "victoria no da derechos" y que era de justicia negociar con el futuro gobierno paraguayo. Lo cierto es que, en estos momentos, con Asunción ocupada por las tropas brasileñas, con la comisión de paraguayos, encargada de constituir el gobierno provisorio, adicta, en su mayoría, al Brasil, era previsible que el gobierno provisorio habría de aceptar la posición brasileña. En julio de 1869 se constituye el gobierno provisorio con el cual en enero de 1872, en forma unilateral, Brasil firma un tratado de límites (tratado Loizaga-Cotegipe), que fijaba el río Apa como demarcación entre los dos países. De esta manera Brasil conseguía el reconocimiento de sus pretensiones contenidas en el Tratado de la Triple Alianza.

Pero el gobierno paraguayo, al mismo tiempo que accedía a las ambiciones brasileñas, pretendía ejercer jurisdicción en Villa Occidental, ocupada por los argentinos y que, de acuerdo a la Triple Alianza, les pertenecería. La opinión argentina, hasta allí conciliadora, reclama por sus derechos, exige del Imperio el cumplimiento de los compromisos. ¿Qué quedaba de las palabras de Varela sobre que la victoria no daba derechos? Por eso dice Herrera: "La serena investigación agrega que la premisa generosa de 1871 (se refiere a la frase de Varela) tan platónica como pasajera, respondió al propósito de contener el apetito territorial del Imperio. Temióse que éste, apoderado en el hecho de todo el Paraguay oriental y de la Asunción, convertida en su cuartel general, intentara consolidar su posición trayendo la frontera hasta el Paraná, con amenaza de la espalda argentina". Según el autor uruguayo la diplomacia argentina había sido tibia porque debió atender los problemas internos, la rebelión federal, pero sofocada ésta se decidía "encarnar en la realidad sus anhelos pantagruélicos", para repetir su pintoresco estilo. Argentina exige el Chaco Paraguayo: si la victoria no da derechos, ¿para qué la guerra? pregunta Mitre, que ahora hacía algo más que "sonreír" a la mayor ambición, para usar de otro estilo pintoresco, esta vez del argentino Cárcano. Es tal la tirantez de la situación, tan eminente la guerra entre los mismos aliados, que Sarmiento, actual presidente de la República Argentina, envía al ahora ministro Mitre a tratar en Río de Janeiro; mediante un protocolo se reafirmaba la Triple Alianza, pero Brasil, ya satisfecho, tratará de eludir su cumplimiento. Por último, el propio gobierno paraguayo temió transformarse en una provincia brasileña y resolvió transar con Argentina. Por este lado recién en 1876 (tratado Irigoyen-Machain) se concluye el conflicto. Repitamos a García Mellid: "La Argentina quedó en poder de los territorios entre el Pilcomayo y el Bermejo, en la región occidental, y de las Misiones Orientales, con un total de 94.090 kilómetros cuadrados. Ambos beligerantes sustrajeron al patrimonio territorial paraguayo un total de 156.415 kilómetros cuadrados. La pobre y desventurada tierra paraguaya quedó reducida a 406.415 kilómetros cuadrados".

Todo lo dicho demuestra lo sofístico que es tanto el planteamiento de Cárcano como el de Nabuco; si la historia no cumplió la letra del tratado, no fue en aplicación de su espíritu (como diría el autor brasileño), sino porque no se pudo aplicar estrictamente en su letra y espíritu. No siempre los resultados finales de la diplomacia se acuerdan perfectamente con los objetivos iniciales de la guerra, pero no por eso la historia ha de deformarse caprichosamente. Los resultados de una guerra pueden iluminar sus causas, pero no invariablemente; no es en el final y en las últimas soluciones diplomáticas donde deba buscarse la naturaleza de la guerra del Paraguay, sino en la lucha diplomática entablada en el curso de la misma y en su génesis. Y esta lucha ilumina en el sentido de Herrera, Alberdi y O'Leary y no en el de Nabuco o Cárcano. Parece de todo punto de vista correcto lo que dice Carlos Pereira: "Los dos aliados principales no podían dejar de entrar en pugna sobre la cuestión de límites. Y esto salvó al vencido. Las fronteras actuales del Paraguay fueron dictadas por los vencedores, pero no por los dos de común acuerdo... Las soledades del Chaco, objeto de reclamaciones del gobierno argentino, hubieran pasado a poder suyo sin la intervención del Brasil. El Imperio se levantó como protector del Paraguay, para tenerlo bajo su dependencia y, sobre todo, para servirse de la pequeña república como de un colchón que embotara los golpes de un vecino invasor".

LA GUERRA DEL PARAGUAY Y LA POLÍTICA DEL LIBERALISMO ECONÓMICO

Dice Pereira: "El conquistador brasileño era el titular legítimo de los despojos del vencido, pero D. Pedro encontró que un imperio entrampado no es un imperio, que el dinero gobierna y que la presa no era suya, sino de sus propios acreedores. Hizo una guerra sólo para los ingleses. Había arruinado al Brasil y había arruinado al Paraguay. ¿Para quién sino para los ingleses? Este párrafo nos servirá de introducción para estudiar qué papel tuvieron los países europeos en los orígenes de la guerra; si desem-

peñaron un rol activo favorable a la misma, de modo que pudiese encontrarse en ella una expresión de la "penetración imperialista" o si ésta no es más que un fantasma hipotético, aunque como consecuencia del conflicto, Inglaterra, feliz potencia industrial y financiera, haya recogido los mejores frutos cosechados sobre la sangre del pueblo paraguayo.

Es García Mellid uno de los más decididos denunciantes de la viva participación de este personaje a lo largo de todo el conflicto. En el transcurso de la revolución de Flores el ministro Thornton participó activamente en los conciliábulos mantenidos por Elizalde y Saraiva con Aguirre y Flores. La conducta desarrollada por el ministro, que hemos obviado precisarla, le merece al autor argentino, radicalmente antimitrista, el siguiente comentario o hipótesis: "Los síntomas externos mueven a la sospecha de que más dirigía nuestra política exterior Mr. Thornton, que el doctor Elizalde. O, lo que es lo mismo, que los planes que se desarrollaban eran originarios de la cancillería británica, o de los comerciantes ingleses en el Río de la Plata, actuando Thornton como su intérprete y mediador. Todo lo actuado por el elenco liberal porteño, en materia de política internacional, coincidió con lo que correlativamente realizaba el representante del Imperio entre nosotros". Véase que García Mellid se mueve en el terreno de las hipótesis, pero no parece desacertado al encontrar coincidencia entre lo obrado por el ministro y los pasos mitristas. El varias veces citado Maillefer, a quien usamos como testimonio de los juicios emitidos por los historiadores que nos interesan, decía en carta del 29/7/64: Inglaterra "...se declara abiertamente por Buenos Aires, trata con singulares miramientos las insostenibles pretensiones del Brasil, que antaño nos ayudara a combatir, y patroniza casi abiertamente la revolución (de Flores, aclaramos), aun a riesgo de dañar los intereses que tiene aquí en común con nosotros, el principal de los cuales es el pago exacto del crédito franco-inglés". "...ya he llamado la atención... sobre esta nueva actitud de los agentes británicos, que hace muy delicada mi posición, y creo que interesa verificar si concuerda con las instrucciones de su Gobierno que, hasta el presente, habían sido entenderse amistosamente con nosotros, en todas las cuestiones que pudieran interesar ya sea a nuestras comunes reclamaciones, ya sea a la independencia e integridad de la República Oriental, primera prenda indispensable de nuestros créditos".

El encargado de negocios francés se manifestaba, por lo tanto, perplejo hacia esa política de los agentes británicos, que rompía una línea anterior de protección de la independencia del Estado Oriental. Ya en mayo del mismo año informaba que el señor Lettsom, ministro inglés en Montevideo, era "un pronunciado florista". Interrogaba a su gobierno sobre si aquello indicaba un cambio de política inglesa o simplemente una libertad de los ministros. Parecería que a un siglo la pregunta sigue, para nosotros, sin respuesta. Dice García Mellid: "La equívoca actitud del parlamento inglés, que aparentando una mediación se inclinaba hacia una de las partes ¿consultaba la opinión del Foreign Office? Así corresponde deducirlo, pues en ningún momento fue desautorizada su extraña conducta." Nos movemos en el plano de las deducciones lógicas, pero falta el documento probatorio; de seguro, como lo han dicho varios historiadores, en los archivos británicos podría hallarse la pista.

Las palabras de Maillefer nos revelan que el ministro inglés se mostraba partidario de las fuerzas que luego integrarían la Triple Alianza, y podría interpretarse, como lo hace García Mellid, que en los orígenes de la guerra del Paraguay la mano inglesa no estuvo ausente. A mayor abundamiento conviene repetir la siguiente frase perteneciente a una memoria que, fechada el 6 de setiembre de 1864, hiciera Thornton sobre el régimen paraguayo y que leemos en la obra del autor argentino: "Si a la larga se produjera una revolución (en Paraguay), sería traída por los paraguayos que ahora se educan en Europa, o sería la obra de una invasión extranjera..."

Sin embargo The Standard, órgano de la colectividad inglesa en Argentina, polemizaba con Mitre sosteniendo: "El presidente López dice que se propone conservar el equilibrio del Río de la Plata. Tal vez sea él el único que al presente puede efectuarlo... Los intereses del Paraguay por lo que toca a la cuestión brasileña son idénticos con los de la República Argentina". Es decir que para esta opinión inglesa era necesario el equilibrio en el Plata y la pacificación; un Brasil avanzando sobre el Estado Oriental amenazaba tanto a la Argentina como a los intereses universales, en especial, los británicos, puesto que el comercio y el ingreso a los ríos dependerían de una sola voluntad, la imperial. Podríase suponer que estamos ante diversos grupos británicos de intereses, pero para García Mellid se trata de otra cosa; lo transcribimos: "...conviene reparar en que Inglaterra no juega nunca a la teoría de las unanimidades, salvo cuando así lo exigen los intereses sagrados del Imperio". Decía, desde París, M. Poucel: "Cette tactique est stétréotypée pour l'Anglaterre: d'abord favoriser le plus fort, puis laisser une porte au plus faible". "En este juego... el Imperio Británico deja que las partes en conflicto

vayan forjando los eslabones de la cadena con que luego serán atados. ¿No llegó a alimentar, al mismo tiempo, las calderas del liberalismo que asolaba al Paraguay y los medios de resistencia que el Paraguay les oponía?" En 1869 —sigue argumentando el historiador argentino— en una encuesta sobre el aprovisionamiento de López, un testigo declaró "...el vapor inglés Esmeralda y otros hacían provisiones de víveres, armamentos y municiones de guerra" al gobernante paraguayo.

Sin desmedro de esto considera el autor que el interés británico era la ruina del Paraguay porque "El estado paraguayo había entrado en la vía del desarrollo económico y del progreso técnico, y les llevaba, en este sentido, una enorme ventaja a las Repúblicas vecinas. Y puesto que éstas, mediatizadas por el capitalismo inglés, no podían salir de la etapa agrícolo-ganadera y pastoril, el ejemplo del Paraguay las iba a despertar de su pesado sueño. La victoria de un ensayo institucional y económico de raíz típicamente americana, autónomo y original, demostraría que el factor de atraso, en las otras repúblicas, provenía de las instituciones y sistemas postizos introducidos por el liberalismo".

Lo que cuestiona es la filosofía liberal, y concluye en que la guerra del Paraguay fue una guerra del liberalismo, traído por Inglaterra, asimilado por el mitrismo e impuesto mediante cañones y la muerte de casi toda su población masculina, al Paraguay. El liberalismo económico deformó la mentalidad porteña; esas ideas "pulverizaron nuestras posibilidades de desarrollo, aniquilaron los ensayos de autarquía política y espiritual, malversaron las riquezas, entregaron las tierras y masacraron los pueblos, al mismo tiempo en que se vanagloriaban de sus insólitas correrías para extirpar el caudillaje, derrocar tiranos o abatir la barbarie..." Ya en 1862 decía López a J. J. Herrera: "Lo que hay de cierto es que la Europa se miraría mucho antes de lanzarse a una expedición a América, si en América misma no contara con poderosos auxiliares..." Las proféticas palabras de Canning en 1825 de que la América Hispánica liberada (y dividida) sería inglesa, se cumplía por obra y gracia de las oligarquías criollas; el experimento paraguayo fue detenido por el mitrismo, expresión argentina de la oligarquía liberal. Dice Box: "Los aliados fueron a libertar a los guaraníes de su tirano, y a abrir de par en par las puertas de la civilización moderna, en forma de concesiones, financiación, inversiones extranjeras y otras emanaciones de la Bolsa de Berlín, Londres, Nueva York y Buenos Aires. Las bendiciones del laissez faire remplazaron a los males del paternalismo y, como de costumbre, el campesino se convirtió en peón explotado y sin tierra". En efecto, aquella tierra paraguaya que los López arrendaban en lotes a los campesinos, luego de la guerra fue dividida en grandes latifundios que capitales extranjeros adquirieron a precios irrisorios. Pero como en este momento el capitalismo europeo a ingresado a la etapa del imperialismo financiero, le interesa sobremanera exportar sus excedentes de capital, de ahí que el Gobierno Provisorio paraguayo coloca, por ley de febrero de 1871, un empréstito en Londres por un millón de libras esterlinas. Fue designado cónsul en Londres, para facilitar la operación, Mariano Terrero, miembro casualmente de la firma M. Terrero y Hno. de Buenos Aires. Desde ese momento Paraguay quedaba atascado por los pases brujos de las refinanciaciones, de modo tal que en 1927 la deuda ascendía, según datos que tomamos de García Mellid, a 3.222.059 libras esterlinas, "para un ingreso real, a las arcas fiscales, de 430.000 libras". Por eso pudo decir en 1873 Vicente Fidel López: "¿Qué somos ahora? No somos sino agentes serviles y pagados a módico precio, de las plazas extranjeras".

Nos parece que, excluida la experiencia paraguaya, no corresponde contraponer una filosofía liberal extranjerizante, de cuño europeo, a una filosofía americanista que, en algunos autores, es frecuente referirla a los caudillos federales, sin mayor distinción entre los diversos tipos de caudillos. Tampoco parece legítimo trazar una amplia curva que incluya a López, Rosas, los caudillos provinciales y el partido blanco, como expresiones todos de esa presunta filosofía americanista. Alianzas episódicas, mil veces quebradas mediante traiciones recíprocas por otra parte, no admiten que coincidencias políticas o militares sean proyectadas como expresión de una filosofía común. Antonio de las Carreras, por ejemplo, dinámico promotor de la alianza con López, recomendada en enero de 1865, ante los grandes poderes europeos, al Sr. Juanicó portador de un mensaje del gobierno blanco reclamando la intervención europea y en la misma carta decía: "A la Europa que cultiva relaciones de comercio con estos países, que tiene necesidad de pueblos consumidores para dar salida a sus productos, interesa altamente la integridad territorial, la independencia del Estado Oriental, su paz y orden interno, porque aparte lo de que es la residencia, la segunda patria de millares de europeos pacíficos y laboriosos, las condiciones del suelo y del clima y la índole de los indígenas ofrece grandes esperanzas a la industria y al comercio del universo". ¿Será éste otro ejemplo de mentalidad portuaria? Parece indudable.

Por último, es necesario analizar hasta dónde la responsabilidad inglesa tiene un lugar preponderante en el desarrollo del conflicto como sugiere García Mellid; no nos referimos a la obra socavadora y transformadora —con signo negativo o positivo según se quiera— del liberalismo porque habiendo sido fenómeno universal debe ser entendido en esa escala y atendiendo a todos los medios y cauces por los que fue impregnando al mundo; hasta el zorro que sale de su madriguera se arriesga a caer en el mercado mundial. Apuntamos hacia la incidencia inmediata que los países europeos pudieron tener en la conmoción de estos países. Ciertos conceptos generales, así reflejen gran parte de la realidad, usados sin la debida precaución de confirmarlos documentariamente, suelen conformar al historiador si encajan en la lógica de las llamadas líneas generales o planteos de larga duración, pero pueden ser también fuente de inexactitudes. Recomendábamos al lector prestase atención a una afirmación de Box en el sentido de que en la década del cincuenta "Gran Bretaña y Francia constituían un obstáculo insuperable" para las posibles ambiciones territoriales brasileñas a costa del estado uruguayo; el rol de los ministros ingleses en el Plata, ya indicados, parecería revelar que luego del 60 ha cambiado la tesitura británica, pero no es simple minucia encontrar el momento exacto en que se produce el viraje porque sólo la precisión cronológica permitirá a la historiografía la correcta interpretación de todos los factores que se conjugaron para determinar la invasión de Flores y la Guerra del Paraguay. Sin esa labor previa se puede caer fácilmente, con el riesgo del error, en la hipótesis de una gran maquinación británica; no se puede, a priori, desdeñarla, pero también es permisible suponer un gran oportunismo de Londres para moverse en las contradicciones de los países sudamericanos y especular con los antagonismos de clases o facciones.

En 1855 escribía Maillefer: "Acá existe en materia de tratados un instinto repulsivo o una soberbia pereza, de la que uno se sorprende, tan luego de parte de estados tan jóvenes y tan débiles. Estos embriones de pueblos sudamericanos parecen, como los turcos y los chinos, poner orgullo en verse cortejados y solicitados por las naciones más antiguas y más poderosas del globo. A más de una satisfacción de amor propio ganan con esto tiempo y las concesiones a las que su debilidad original las ha obligado en materia de nacionalidad, de sucesión o de comercio, pueden esperar retirarlas algún día evitando renovarlas por compromisos formales". La mayúscula diferencia de poder entre las potencias europeas y los países sudamericanos era, es obvio, la gran ventaja de aquéllas, pero su penetración no fue gratuitamente aceptada, y, aparte la competencia que hubo entre ellas, debieron hacer frente a los propios poderes de raíz americana. El representante francés se lamentaba del orgullo de estos países para formalizar convenios comerciales y a más de las razones expuestas agrega: "...puede ser que la influencia brasileña, hace aquí difíciles estas transacciones diplomáticas". En junio de 1858 escribía el contralmirante francés de Chavannes: "...la opinión general acá es la de que se necesita mantenerse constantemente en guardia contra el Brasil, en todo lo que se relaciona con los asuntos del Río de la Plata. El tratado de comercio con Montevideo, ...va a ser adoptado a pesar de su impopularidad y se asegura que para llegar a este resultado el Brasil ha tenido que recurrir a medios muy en uso en este país y muy eficaces: los de ganar los sufragios con dinero..." La diplomacia del patacón expresaba crudamente que si bien Brasil debía cuidarse de atacar el Estado Oriental por los motivos que señala Box, no es menos cierto que las potencias europeas tenían en el Imperio un competidor de fuste.

En estas circunstancias, ¿qué convenía a las potencias europeas?; en cierta medida la independencia, neutralidad y pacificación del Uruguay, como exclama Maillefer: "...a qué punto podrían hacerse fructíferas nuestras relaciones con este pequeño estado del Uruguay si estuviera provisto de un gobierno pasable y preservado de nuevas revoluciones". Esto lo decía en 1857, pero aún en 1864 aconsejaba "que los gobiernos de París y de Londres se entendieran respecto a ejercer si fuera necesario, ya sea aquí o en Río de Janeiro o en Buenos Aires, los derechos de protección que les dan los tratados relativos a la independencia y a la integridad de esta República, condición del fiel cumplimiento del convenio de las indemnizaciones y del desenvolvimiento de las relaciones comerciales con el Viejo Mundo". Este juicio europeo era el que recogía Juan José de Herrera cuando en instrucciones dadas a Lapido, en 1863, como medio de ganarse la buena voluntad de López, le recomendaba usar los siguientes argumentos: "La paz a radicar, a cuyo nombre procederíamos (se refiere a la alianza que se propondría a López), simpática a la Europa, pues nada como ella proteje y aumenta el valor de sus intereses en estos países...; el interés europeo en América está en prestarle la mano a la política de la paz que agranda sus lucros y da salida a su población menesterosa...; el Paraguay y el Uruguay gozan de paz; y esta paz, fácil de mantenerse internamente, si no intervienen para perturbarla otros factores que los

internos y de pública opinión nacional, puede ofrecer, si el desasosiego argentino prosigue, asilo seguro y tranquilo a los intereses universales de población y comercio que se ven en peligro en la república vecina".

Creemos, entonces, que la guerra del Paraguay no es un tema agotado por la historiografía; más aun, pensamos que lo transitado queda en la superficie. La red factorial que desembocó en la terrible conflagración, que liquidó literalmente a un pueblo, no ha sido suficientemente investigada. Se requiere un estudio más profundo de ese momento, aún impreciso, en que la diplomacia británica cambia de rumbo y se hace florista, mitrista y pro-imperial; la trama de la confabulación no se aclara desde posturas nacionalistas, finiseculares, acríticas y laudatorias ni con sicologismos que arrojan la verdad histórica al infinito. Tampoco es de satisfacerse con la presunta lógica de la expansión imperialista porque ésta actuó a través de una riquísima gama de medios, desde los métodos más violentos e hipócritas hasta los pacíficos, aunque como también se sabe hayan sido estos una forma discreta de conquista, menos onerosa que la guerra. El liberalismo europeo se expandió porque convenía a los países industriales, se impuso de variadas formas, en las que no faltó el propio llamado de la víctima (no olvidamos que se debe diferenciar las voces de las oligarquías de las voces de los pueblos, que nada tienen que ver los taiping, por ejemplo, las verdaderas víctimas, con los mandarines que llamaron a Inglaterra); y fue método constante el oportunismo. Lo que la investigación debe esclarecer es a qué categoría de éstas corresponde la guerra del Paraguay. Entonces sí, tendremos ante nosotros perfectamente descorrido el velo que cubre tantas reverenciadas sepulturas, no para emitir juicios morales sobre el pasado, sino para que el estudio de éste nos ayude a entender por qué América es, hoy, tal como es, sin caer en la falsa disyuntiva liberalismo-autarquía, ni en su pariente europeísmo-americanismo, como si Sudamérica hubiese tenido "su destino manifiesto" abortado.

BIBLIOGRAFIA CITADA

Alberdi, Juan Bautista - Historia de la Guerra del Paraguay.

Archivo Mitre - Guerra del Paraguay Tomo II.

Archivo Mitre - Antecedentes de Pavón. Tomo VII.

Box, Pelham Horton - Los orígenes de la guerra de la Triple Alianza.

Cardozo, Efraim - El Imperio del Brasil y el Río de la Plata.

Cardozo, Efraim - Paraguay Independiente, Tomo XXI de Historia de América.

Cárcano, Ramón J. - Guerra del Paraguay.

García Mellid, Atilio - Proceso a los falsificadores de la Historia del Paraguay.

Gómez, Juan Carlos - Su actuación en la prensa de Montevideo.

Herrera, Luis A. - La clausura de los ríos.

Herrera, Luis A. - La diplomacia oriental en el Paraguay; Correspondencia oficial y privada del doctor Juan José de Herrera, etc.

Herrera, Luis A. - Por la verdad histórica.

Herrera, Luis A. - El drama del 65.

Lobo, Helio. - Nas portas da guerra.

Nabuco, Joaquín. - Guerra del Paraguay.

O'Leary, Juan E. - Artículo de La Prensa, Lima, 6/1/914.

O'Leary, Juan E. - La Guerra del Paraguay.

Pereira, Carlos - Solano López y su drama.

Puiggros, R. - Historia económica del Río de la Plata.

Revista Histórica. - Publicación del Museo Histórico Nacional - Juan E. Pivel Devoto: director. Tomos XXII, XXXIV, XXXVI y XXXVII.

Modelo de Marx → Macroeconómico (mec. de la repartición ~~entre~~ del producto clases sociales, entre grupos y sub grupos, dentro de cada clase, y por fin entre los individuos)
→ sociológico
→ de largo plazo

Distribución
- clase trabajadores
- " capitalista
  - Empresario
  - prestatario
  - propietario
  } individuos

Para Marx, a diferencia de los clásicos, las instituciones no son datos del problema y por tanto invariables. ~~Es~~ Ricardo y Smith escriben en los albores del capital y creen que no cambia. Así Marx, ¿que? por las instituciones sociales no cambian más.

a) distribución funcional en función de los factores aportados (cantidad y calidad) remuneración de los factores
b) " institucional entre grupos, según fuerzas de los grupos (son las instituciones las que determinan el mec. de reparto)

concepción de capital y capitalista (dif. entre clásicos y Marx.)
~~juego de factores~~
→ comportamiento del capitalista.
y el capital es el instrumento que usa un grupo para explotar a otro

Renta en la concepción marxista
producto es imputado sólo al trabajo.
los agentes naturales no tienen remuneración
pero no todos los trabajadores son productivos
Marx
1) sociológica e institucional (criterio ~~de~~ trabajo productivo). para medir
2) concepto de materialidad

Renta es conjunto de bienes producidos (en matriz precios demanda final × los bienes producidos por los trabajadores (ojo que los hay productivos e improductivos))

) criterio sociológico de trabajo productivo. trabajo del asalariado que en el cambio contra la parte ~~variable~~ variable del capital, reproduce esa parte variable del capital y genera un excedente que queda para el capitalista. Repone el capital variable y genera el excedente.

renta →
h. 8 – 5 productividad absoluta
3 " relativa.
plusvalía
) el sistema capitalista permite que el capit. se apropie de la p. relat. = plusvalía

en el sistema colectivista renta = salario